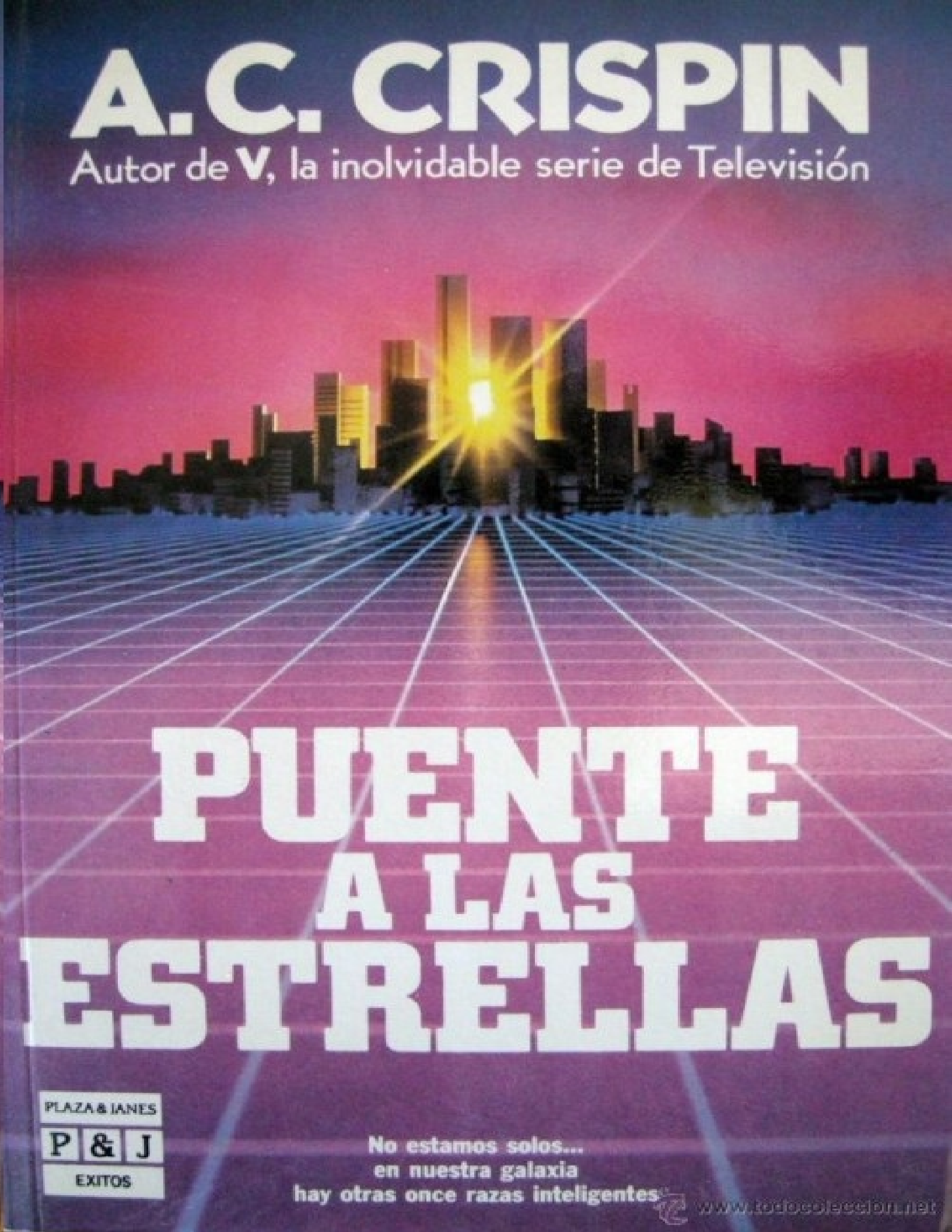


A.C. CRISPIN

Autor de **V**, la inolvidable serie de Televisión



PUENTE A LAS ESTRELLAS

PLAZA & JANES

P & J

EXITOS

No estamos solos...
en nuestra galaxia
hay otras once razas inteligentes



www.todocoleccion.net

Puente a las Estrellas

A. C. Crispin

1989

Narrativa, Novela, Ciencia-Ficcion

ARGUMENTO

A. C. Crispin es autor de la inolvidable V. Centenares de millones de telespectadores de todo el mundo se estremecieron con la impresionante serie de televisión del mismo título, en la que unas colonias de extraterrestres intentaban el dominio de la Tierra. Ahora, en *Puente a las estrellas*, Crispin nos traslada hasta el siglo XXIII. El crecimiento demográfico ha hecho necesario ocupar tres planetas a grandes distancias de la Tierra. La joven Mahree y el doctor Rob emprenden un viaje de regreso a nuestro planeta, pero, antes de llegar, viven fascinantes aventuras al encontrarse con otras razas galácticas.

AGRADECIMIENTOS

Hay escritores que son capaces de hacer un libro encerrados en un desván o en un espacio vacío, sin necesidad de más inspiración ni ayuda que su propia voz interior.

Yo no soy de éstos.

Soy de los que necesitan a los amigos, y tengo una deuda de gratitud con muchas personas por el apoyo que me han prestado en la creación de *Puente a las estrellas*. Debo sincero agradecimiento, en primer lugar, a Kathleen O'Malley, colaboradora mía en el Libro Tercero de la serie *Puente a las estrellas*, titulado *Los bailes del silencio*. Ella, además de buena amiga, es mi consejera cercana, quien, siempre sincera, me mantiene alerta desde que empiezo hasta que termino un libro. Sin su creatividad, sus consejos y su competencia profesional, *Puente a las estrellas* nunca hubiera despegado.

También estoy agradecido a:

Ginjer Buchanan, excelente correctora de la ACE, que mejoró en gran medida *Puente a las estrellas* por el procedimiento de someterlo a una rigurosa dieta. Ginjer, gracias por tu confianza en mí, en este libro y en la serie.

Mi agente, Merrilee Heifetz de «Writer's House», de quien partió la idea de que había llegado el momento de que yo creara mi propia serie.

Deb, Teresa, Anne, Deborah y Faith, mis compañeras de Whileaway, quienes, como siempre, me dieron ánimo, consejos y apoyo moral.

Quiero dar asimismo las gracias a mi madre, Hope Tickell, por leer las pruebas.

A mi amiga Paula Volsky por sus consejos y su estímulo. Yo no soy científica, por lo cual, para poner la «ciencia» en mis relatos de ciencia ficción, necesito de los que «saben». Deseo expresar mi reconocimiento a las siguientes personas (y puntualizar que cualquier error que contenga la obra es exclusivamente mío):

Vonda N. McIntyre, la amiga que con tanta paciencia me escuchó por teléfono y me aconsejó.

Doctor Robert Harrington, del Observatorio Naval de los EE. UU., por su ayuda en el cálculo de órbitas, distancias interestelares y cosas similares.

Irene Kress, por leer y comentar el manuscrito.

Ben Bova, por su información sobre los efectos de la descompresión explosiva.

También a:

Hérica Kamer, por pulir mi oxidado francés.

J. Kalogridis, por su información y asesoramiento sobre lingüística, tanto humana como extrahumana.

Harían Ellison, por los consejos literarios que me dio durante las Jornadas de Escritores de Boca Ratón de 1983, y por la inspiración que durante años me han deparado sus obras. Con el

deseo de borrar el último «escalofrío de desolación». Muchas gracias también por reservarme una *suite* con camarera y manjares para cuando llegue al cielo... Y, por último, de un modo muy especial, gracias a Randy, mi marido, por su colaboración en las tareas de puericultura, manejo del aspirador y lavavajillas y abastecimiento de *pizza* cuando yo estaba a años luz de casa.

Este libro está dedicado a Andre Norton, Primera Dama de los relatos de ciencia ficción y fantasía... y amiga mía entrañable.

Cuando yo era pequeña, tus libros más que cualesquiera otros me llenaban de una sensación de asombro ante el Universo. La sensación de asombro es uno de los mejores regalos que pueda hacer un escritor... algo que se conserva siempre como un tesoro. Gracias, Andre.

I. A DIECISÉIS SEGUNDOS PARALÁCTICOS DE NINGUNA PARTE...

Querido Diario:

En el espacio nunca pasa nada. Desde luego, el tío Raoul está encantado. Supongo que si *Désirée* chocara con un trozo de cometa o se metiera en un agujero negro sería malo para el negocio. Ya me previno que los viajes espaciales son aburridos. Pero nunca imaginé que pudieran serlo tanto.

Supongo que *maman* me dio las cassettes de recuerdos y me aconsejó que escribiera un Diario para distraerme porque debía de acordarse de su viaje de la Tierra a Jolie. Procuraré escribir algo cada día. Quizá sea lo único que pueda evitar que pierda el juicio.

Hasta ayer no me despertaron de la hibernación y ya he explorado la nave cinco veces; salvo las bodegas que me estarán vedadas durante los seis meses que faltan para que llegemos a la Tierra.

¡Seis meses!

De aquí a entonces estaré para que me encierren. No creo que la Universidad valga esto. La «cuna de la Humanidad» no puede compensarse con tanto tedio. Todo el mundo afirma lo maravillosa que es la Tierra, lo mucho que me va a gustar... Pero, a renglón seguido, dicen que hay tanta gente y tanto ruido que no se arrepienten de haberse hecho colonos. Pero, si quiero estudios superiores, no tengo más remedio que soportar el aburrimiento. Mahree Burroughs, dieciséis años, casi diecisiete, embarcada en un viaje monótono y rutinario, en una nave tediosa y corriente. Puede que sea la primera persona de la Historia que se muere de aburrimiento.

Si, por lo menos, yo fuera de otro modo. Pero soy tan rematadamente vulgar... Pelo castaño, ojos castaños, piel clara, estatura media, complexión normal (salvo el contorno de pecho que es asquerosamente anormal).

Mediana... normal... corriente...

Cuando era pequeña, tenía miedo de desaparecer.

Papá opina que, con los años y la experiencia, ganaré. Dice que yo me parezco mucho a él cuando tenía dieciséis años. Ahora, aunque no sea guapo, es atractivo, distinguido. Lo malo es que él es hombre; y las facciones que están bien en un hombre de mediana edad, lo más probable es que, en mí, cuando tenga sus años, resulten una birria. Pensar esto me parece una deslealtad; pero yo preferiría parecerme a *maman*, que tiene un pelo precioso color caoba y ojos de zafiro.

Desde luego, mi padre de corriente no tiene nada, ya que es el doctor Stanley Burroughs, médico e investigador, descubridor de la vacuna L16. *Maman* tampoco es del montón. Ella diseñó y construyó la mitad de los edificios de Nouvelle Marseille.

¡Seis meses!

Y, para acabar de arreglarlo, en la nave todo el mundo es venerable. Todos tienen más de cuarenta años.

Con una excepción: Robert Gable, el médico de a bordo. Tiene veinticuatro años, apenas siete más que yo. (Mi hermano pequeño consiguió colarse en los archivos de seguridad de este sistema.)

El doctor Gable era el ayudante y amigo de mi padre durante la epidemia de fiebre de Lotis; pero, a causa de la cuarentena que impusieron en el Continente Norte, no llegué a conocerlo.

Qué terrible... Cuando se declaró la epidemia, no pude volver a casa. Tuvimos que quedarnos en la escuela. Creían que en las montañas estaríamos a salvo; pero también llegó hasta nosotros. Murieron varios profesores y dos de mis mejores amigos. Yo no había visto morir a nadie...

De todos modos, eché un buen vistazo a Robert Gable cuando me metí en el sistema y puse el vídeo de su entrevista personal. Es francamente atractivo... Y muy inteligente. Incluso en nuestros días de carreras aceleradas y técnicas de enseñanza por hipnosis es una especie de fenómeno. A los trece años terminó el bachillerato y a los veintiuno era médico. ¡Conocerlo a él me ayudaría a aliviar el aburrimiento, desde luego!

Lo malo es... que por el momento está metido en una urna, más tieso que un raíl. No lo despertarán hasta...

¡Uf! Era el tío Raoul que preguntaba por el intercomunicador si ya había terminado mis tareas de hoy. Si me han despertado al cabo de sólo tres meses es porque tengo que estudiar. Las escuelas que tenemos en Jolie son buenas; pero no enseñan todas las asignaturas que se estudian en la Tierra. Así que tengo que ponerme al corriente... sobre todo en Historia de la Tierra.

Quizá después vaya otra vez a mirar las estrellas. Parecería lógico que me hicieran sentirme pequeña y sola; pero, no sé por qué, mirarlas me consuela. Hace tanto tiempo que están ahí... Y ahí seguirán estando cuando todos nos hayamos ido. Pero ni siquiera ellas son eternas...

Basta de rumiar cuestiones filosóficas. Volvamos a la Historia. Francamente, no veo por qué tengo que aprenderme todas esas cosas que pasaron hace cientos de años. ¿Para qué pueden servirme? ¡Y la Segunda Colonia Marciana es tan pesada!

Au revoir. Diario.

Mahree Burroughs pulsó la tecla de «guardar» en la terminal del ordenador de su pequeño camarote y frunció el entrecejo por la lentitud de reacción del sistema. Luego, pidió su texto de Historia y estuvo contemplándolo muy fija durante varios minutos. Pero sin poder concentrarse. Por fin abandonó y se tendió en la cama. «No puedo —pensó con desolación—. No puedo soportarlo...»

Luego, dio la vuelta y se sentó en la cama. Se recogió el pelo con la mano, buscó el cepillo y se giró hasta quedar de cara a una zona de la pared situada encima del minúsculo lavabo.

— Espejo —ordenó.

La superficie se hizo azogada y reflectante. Con los ojos bizcos por la concentración, Mahree empezó a trenzar su largo cabello, moviendo los dedos con la agilidad que da la práctica.

«Si, por lo menos, no fuera tan corriente, tan borrosa que casi resulto invisible...»

Cuando terminó, se echó la pesada trenza a la espalda.

— Pared —ordenó.

El espejo desapareció difuminándose en el azul celeste de las paredes de plastiacerro,

ligeramente acolchadas.

— Y que sea verde, que ya estoy cansada de azul.

Miró en derredor y observó cómo las paredes, el techo y el suelo cambiaban de color. Pero hasta jugar con el control de colores de su pequeño camarote había dejado de divertirla.

En el pasillo sonaron suaves pisadas.

— ¿Dos latidos? —preguntó una voz por la que Mahree reconoció a su tío—. ¿Está seguro de que su aparato registra dos latidos?

— Seguro —fue la respuesta—. Esta mañana empecé a administrarle la mezcla de vitamina y estimulante; porque está programado para despertar mañana por la tarde. Y ahora, cuando comprobé su unidad, se recibían dos latidos, capitán; uno normal para un hombre de su tamaño y el otro mucho más débil, que partía del abdomen.

Mahree acercó el oído a la pequeña rendija que había dejado en el sistema de sellado de la puerta.

— ¿Qué insinúa? —preguntó Raoul Lamont con sarcasmo—. ¿Que está embarazado?

— ¡Claro que no, capitán! Yo sólo...

Las voces se apagaron y las pisadas se alejaron por el corredor.

Muy intrigada, Mahree abrió la puerta y se deslizó sigilosa por el pasillo de acero plástico color arena. Sus pies descalzos no hacían ruido en el pavimento un poco mullido. El interlocutor de su tío era Simón Viorst, biólogo jefe de la Sección hidropónica de la nave *Désirée*. Los dos hombres, enfrascados en su conversación, caminaban sin mirar atrás, hacia la cámara de hibernación situada delante de la bodega de carga.

— ¿Y cómo no se ha dado cuenta hasta ahora? —preguntó el capitán cuando Mahree se aventuró a acercarse lo suficiente para poder oírlos.

El oficial jefe de la hidropónica parecía violento.

— No lo sé, señor. Yo he venido comprobando las lecturas todos los días, según la norma. La segunda no se ha registrado hasta hoy. Ignoro por qué.

— ¿Podría despertarlo ahora?

— Desde luego —respondió Viorst con seguridad—. No hay más que suministrarle el resto de la vitamina y el estimulante en una inyección. ¿Es eso lo que desea?

— En cuanto lo examine.

Abrieron la puerta de la cámara de hibernación. Mahree se escondió detrás de un puntal. En cuanto su tío y el biólogo entraron, ella contó hasta veinte y empezó a andar con naturalidad. Al llegar a la puerta abierta, los miró, se detuvo y preguntó:

— Hola, tío Raoul. ¿Qué hacéis aquí abajo?

— Simón está preocupado por unas oscilaciones que ha observado en las lecturas de la unidad que contiene al médico de la nave —dijo Lamont, peinando con los dedos su escaso pelo castaño, lo cual era en él un peculiar ademán de preocupación—. De manera que vamos a despertarlo para comprobar si todo está bien.

Mahree los siguió a la cámara, mirando en derredor con estudiada indiferencia. Las unidades de hibernación eran como ataúdes. Había diez, y cubrían tres lados de la cámara. Cada una tenía en la tapa una batería de indicadores y una pequeña ventana para que se pudiera identificar al

ocupante. Los hombres estaban junto a una de las unidades situadas en el centro. Ella se acercó.

— ¿Puedo quedarme, tío Raoul? Nunca he visto reanimar a nadie.

— Supongo que no hay inconveniente, a no ser que experimente una reacción adversa cuando abramos la unidad —dijo su tío mientras manejaba los mandos exteriores—. A algunas personas, el *Vita-Stim* les provoca vómitos. E imagino que podría sentirse violento.

Mahree miró al médico. «El bello durmiente», pensó maliciosa. Y volvió a sentir la misma atracción que cuando solicitó la imagen de Robert Gable en la pantalla de vídeo en relieve.

El oficial médico tenía el cabello oscuro y rizado. También bastante largo debido al período de hibernación; pero Mahree recordó que en el vídeo de la entrevista lo llevaba ya bastante más largo de lo que la moda imponía. Tenía la piel muy clara; pero sin pecas. Sus facciones regulares, casi delicadas, se salvaban de ser demasiado bonitas gracias a la amplitud de la boca y al tamaño de la nariz.

Simón Viorst inyectó un líquido al tubo conectado a la vena. Minutos después, Gable empezó a agitarse ligeramente; luego, parpadeó. El capitán Lamont miró al alto y rubio biólogo.

— Ya reacciona, Simón. Preparado con la máscara de 02.

Mahree oyó sisear los cierres de sellado de la cápsula de hibernación y sintió en los brazos un aire helado que le puso la piel de gallina. La tapa se alzó.

— ¿Qué diablos...? —Raoul Lamont miraba la unidad de hibernación con el asombro pintado en su cara colorada y bigotuda—. ¡Si es un condenado...!

— ¡Un gato! —exclamó Mahree entusiasmada, y se asomó por debajo del brazo para ver mejor—. ¡Un auténtico gato terrestre!

El animal, pequeño y negro, estaba enroscado encima del hombre que ocupaba la unidad. Mientras Mahree lo miraba, el felino abrió unos ojos de color verde pálido y emitió un leve sonido inquisitivo.

— Yo los he visto en la Tierra —murmuró Raoul como hablando consigo mismo—. ¿De dónde lo habrá sacado? Los ecologistas no levantaron la prohibición de entrada en Jolie hasta el año pasado.

— La gobernadora tiene tres —dijo Mahree—. Yo vi uno en la fiesta que dieron en la mansión cuando concedieron a papá el premio por descubrir la vacuna L16.

De pronto, el hombre de la unidad aspiró y empezó a agitarse.

— ¡Oxígeno! —exclamó Raoul.

Agarró el gato y, con un brusco movimiento, se lo puso a Mahree en los brazos, mientras Viorst colocaba la máscara al médico. Los sonidos de aspiración se trocaron en arcadas.

— ¡Vaya, está vomitando! ¡Levántele la cabeza!

Raoul y Simón tiraban de los hombros del médico.

Mahree salió rápidamente. En cuanto estuvo en el corredor, se apoyó en la mampara con un suspiro de alivio. Y entonces descubrió que todavía tenía el gato en brazos.

— Hola —saludó contenta.

Con cuidado, puso más cómodo al animalito. Luego, le acarició el suave lomo. Al cabo de un momento, el gato se acurrucaba en sus brazos, confiado.

Todavía estaba acariciándolo cuando reaparecieron Raoul y Simón.

Cada uno sostenía por un brazo a Robert Gable, quien acababa de ser reanimado. El médico se hallaba pálido y tenía los párpados hinchados; pero llevaba un mono limpio y sus rizos estaban húmedos de la ducha. Por el vídeo de la entrevista, Mahree no había podido hacerse una idea de su estatura. Descubrió ahora que era delgado y atlético. También era baja Tanto Raoul como Simón eran más altos que él.

La expresión del médico se animó cuando vio levantarse a Mahree con el gato en brazos.

— ¿Está bien? —preguntó con la voz ronca por falta de uso.

— Perfectamente —lo tranquilizó la chica—. ¡Qué precioso y qué simpático es! Nunca había visto un gato hasta ahora.

— Es gata y se llama *Sekhmet* —dijo Gable andando ya por su propio pie.

Extendió la mano y pasó el dorso de los dedos por debajo del hocico del animal. A los pocos momentos, la gata empezó a hacer un monótono ruido.

— ¿Problemas respiratorios? —preguntó Mahree mirándola con ansiedad.

— Nada de eso —repuso Gable riendo—. Está ronroneando. Todos los gatos hacen eso cuando se hallan contentos.

— Le presento a mi sobrina Mahree Burroughs —dijo Raoul Lamont—. Mahree, el doctor Gable.

La muchacha movió la cabeza y su naturalidad se desvaneció por efecto de la ceremoniosa presentación.

— Hola. —La sonrisa de Gable era todavía un poco forzada; le tendió la mano en un gesto—. La hija de Sam Burroughs. He oído hablar mucho de ti.

Mahree se puso colorada, mientras trataba de liberar una mano y luego la otra. Estuvo a punto de dejar caer a la gata, la cual dejó de repente de ronronear y los miró ofendida.

Con una risa aguda, la joven le estrechó la mano de forma fugaz.

— Trae. Vale más que la sostenga yo. No quiero que te arañe.

Apesadumbrada, Mahree le dio la gata. Raoul Lamont carraspeó ruidosamente.

— Bien, doctor —dijo con voz severa—. Nos debe una explicación.

Gable asintió con expresión triste.

— Desde luego. ¿Pero podrían darme antes una taza de café?

— Y algo de alimento —respondió Simón Viorst—. Le hemos sacado de la hibernación antes de tiempo y con rapidez. Tendrá resaca durante un par de horas.

El joven hizo una mueca.

— Eso no tiene que jurármelo.

A los pocos minutos los dos oficiales de la nave y el médico estaban en el comedor, sentados ante sendas tazas de café y una fuente de bollos. Mahree comía un bocadillo en una mesa de la pared, con el texto de historia en el monitor de la mesa. No olvidaba ir pulsando la tecla de avanzar páginas; pero lo que hacía era aguzar el oído para no perder ni una palabra de lo que decían los hombres.

Robert Gable tomó un sorbo de café de la taza humeante que Raoul Lamont le tendía e hizo un gesto extraño.

— Me encuentro tan mareado que no sé si está bueno o malo. Por lo menos, está fuerte.

Viorst tomó un sorbo y frunció el entrecejo.

— Está malo. Sus pupilas deben de encontrarse dormidas todavía.

— Bien, Gable, a ver esa explicación —dijo secamente Raoul Lamont—. ¿De dónde sacó el gato y qué pretendía subiéndolo de contrabando a mi nave?

— Está bien —respondió el médico con un suspiro—. *Sekhmet* es un regalo de la gobernadora Tumali. Me dijo: «Un premio extraoficial por sus servicios a Jolie durante la epidemia». Me llamaron a la mansión de la gobernadora para que visitara a su hija pequeña, que se había caído de un árbol. Cuando, por casualidad, dije que me gustaban los gatos, la gobernadora me regaló a *Sekhmet*. Yo no sabía qué hacer. ¿Cómo se rechaza un regalo de la gobernadora sin resultar grosero?

— Diciendo: «Siento no poder aceptarlo. De todos modos, muchas gracias, señora» —contestó Lamont con tono suave.

— Hummm..., sí —carraspeó el doctor—. De todos modos, usted me dijo aquella misma tarde que su médico había decidido casarse y quedarse en Jolie y me ofreció la oportunidad de volver a casa meses antes de lo que yo pensaba... Siempre y cuando pudiera partir inmediatamente. Yo sabía que no tenía tiempo para conseguir una licencia Para embarcar a *Sekhmet*—, pero la oportunidad de marchar inmediatamente era muy buena y no quise desperdiciarla. A causa de la epidemia, llevaba ya en Jolie un año más de lo previsto. «Extendió las manos con las palmas hacia arriba, sonriendo con malicia». De manera que preparé mi cápsula y la subí conmigo. La mitad de mi equipaje consiste en comida y otras cosas para ella. Es muy limpia y no causará molestias, capitán.

— ¿Y por qué no preguntó? —inquirió Lamont.

Gable estaba cortado como un muchacho sorprendido una trastada.

— Me dio miedo que dijera que no —reconoció—. Perdón, señor.

— Tendrá que pasar la cuarentena cuando lleguemos a la Tierra —le advirtió Viorst.

— Lo sé. Pero seis semanas no es mucho tiempo. *Sekhmet* es joven y se acostumbrará. De todos modos, me dejarán visitarla.

— Bueno... ¡Qué se le va a hacer! —se resignó Raoul. Se sirvió otra taza de café y cerró la humeante jarra con su tapón de resorte—. Pero he de multarle por desobediencia, doctor.

— Me lo figuraba. —Con sumisa aceptación, acarició la gata, que dormía enroscada sobre sus rodillas.

Raoul gruñó y alzó la taza de café.

— Simón, tenemos trabajo —dijo al tiempo que se levantaba y miraba de soslayo a Gable con expresión sardónica—. Doctor, tiene usted libre hasta mañana en que debe empezar el servicio. Bienvenido a bordo del *Désirée*.

— Gracias, señor.

Con un seco movimiento de cabeza, Lamont salió seguido de Viorst.

Mahree oyó al médico lanzar un suspiro de alivio y decir a la gata en voz baja:

— Podía haber sido peor, pequeña. Al menos, no nos has lanzado por la escotilla.

Mahree se volvió con disimulo y vio que Gable la contemplaba con curiosidad. Enrojeció y se

volvió otra vez hacia el texto de Historia.

— ¿Una taza de café? —ofreció él—. Queda media cafetera de este brebaje.

— De acuerdo —aceptó la chica sorprendida.

Se acercó a tomar la taza que le tendía el doctor.

— Siéntate. —Señaló la silla situada delante de la suya—. Anda. *Sekhmet* —pasó la gata a Mahree—, da las gracias a Miss Burroughs por haberte salvado. —Movió la cabeza y le dirigió una sonrisa franca y juvenil que revelaba unos dientes blancos e iguales—. Si no hubieras demostrado tanta alegría al ver la gata, es posible que tu tío se hubiera empeñado en ponerla otra vez en hibernación.

Mahree sonrió con timidez al coger la gata, y empezó a acariciarle la barbilla. El animal le respondió con otro ronroneo.

— No lo creo. El tío Raoul es muy blando de corazón. Más de lo conveniente. Lo más probable es que se «olvide» de cobrar la multa, a no ser que usted se lo recuerde. Usa ese tono severo porque teme que la gente no lo respete si se da cuenta de lo buena persona que es.

Gable bebió un sorbo de café.

— Me alegro de oír eso. En el viaje de ida el capitán era un hueso. Saludo, uniforme y toda la historia. —La miró en silencio mientras ella tomaba el café—. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? Stan me lo dijo; pero se me ha olvidado. Siempre estaba hablando de ti.

— Tengo casi diecisiete años —respondió Mahree.

— La edad de mi hermana Linda. Es la pequeña.

— ¿Tiene hermanos?

Él movió negativamente la cabeza.

— Yo soy el único varón. Tres hermanas, todas menores que yo. Tú tienes un hermano menor, ¿verdad?

— Stephen. Tiene doce años.

La miró con una amplia sonrisa.

— Si la memoria no me confunde, los chicos de doce años son un verdadero suplicio.

— Steve tiene ratos —dijo Mahree—; pero no es malo. No ha tenido muchas oportunidades de hacerme rabiar, porque yo estuve dos años fuera de casa. Estudiaba en una escuela del Continente Sur.

— Durante la epidemia...

— Sí. Lo primero que hicieron fue imponer una cuarentena en el Continente Norte. Pero, de todos modos, se extendió al Sur en la segunda oleada.

— La cuarentena no se levantó hasta hace un par de meses. No has estado mucho tiempo en casa.

— Sólo seis semanas antes de embarcar en la *Désirée*. Muy poco.

A él no se le escapó el leve temblor de su voz.

— ¿Tienes nostalgia? Yo también. Ésta es la verdadera razón por la que no pude dejar a *Sekhmet*. Me recuerda mucho a *Nefertiti*, la gata que tenía cuando salí de la Tierra. La vi como una especie de lazo.

— ¿Qué ha sido de ella?

— Mi madre la cuida. Espero que se encuentre bien. He estado fuera mucho más tiempo del que pensaba.

Mahree notó la tristeza que había en su voz y recordó que él había ido de la Tierra a Jolie para hacer su período de interno en la Sanidad colonial. Llegó durante la primera fase de la primera oleada de la epidemia, cuando los médicos todavía no acababan de comprender que la fiebre de Lotis era una amenaza de alcance planetario y que ya había dejado de ser aquel virus gripal que sólo resultaba peligroso para los muy viejos y los muy jóvenes.

Entonces ella se dio cuenta de que ya no se sentía cohibida... Le Parecía que había hablado ya muchas veces con Robert Gable.

— Bueno, si la gobernadora me hubiera regalado a *Sekhmet* yo tampoco habría podido resistirme —dijo suavemente—. Es una preciosidad, doctor Gable.

Él hizo una mueca y meneó la cabeza.

— ¡Llámame Rob, por favor! «Doctor Gable» me produce la impresión de que te estás dirigiendo a mis padres y no a mí.

— ¿También son médicos?

— Sí. Mi padre es cirujano; y mi madre especialista del aparato digestivo. Se conocieron en una resección de urgencia. ¿No te parece romántico?

Mahree se rió y luego preguntó muy seria:

— ¿Por eso estudiaste medicina? —Bajó la mirada hasta la mesa porque no quería delatar que ya estaba enterada—. Pareces muy joven para ser médico.

— Tengo veinticuatro años —respondió él encogiéndose de hombros—. Me crié entre médicos. Así que no es tan extraordinario como puede parecer.

«¡Eso es lo que tú crees! —pensó Mahree—. Mi padre estaba impresionado y no es persona que prodigue palabras como *prodigio y brillante*».

— Éste es mi primer viaje a la Tierra —dijo ella.

Él asintió.

— Lo sé. Tu padre me habló de ti y de tu hermano. Hablaba mucho de la familia. De no haberme hallado tan mareado por la hibernación, te hubiera reconocido por las fotografías que él tenía sobre su mesa. Tu padre me leía trozos de tus cartas. Me gustó sobre todo el plan que organizaste para cambiar los menús, de manera que los profesores acabaron con la comida de los alumnos; y los chicos, con la asignación de vino de los profesores.

— Eso me trajo muchos problemas —declaró Mahree bajando la cabeza, confusa—. Fue una chiquillada. A papá no le pareció divertido.

— Quizá delante de ti no lo reconociera —dijo Rob—; pero andaba por el laboratorio riendo entre dientes cada vez que se acordaba. La vida era muy dura allí y tus cartas eran lo único que le animaba. Por lo menos... hasta que la epidemia llegó a tu escuela. Entonces las cosas se pusieron feas, estoy enterado.

— Yo lo pasé mejor que otros —dijo la chica sin mirarle a la cara—. Por lo menos, yo no enfermé.

— No sé —comentó él con tono triste—. A veces es peor ser de los que resisten. Recuerdo que, al final de la epidemia, decías en una carta que hacías guardias junto con los maestros y las

enfermeras.

Mahree asintió. Quiso cambiar de tema:

— Papá me hablaba de ti en sus cartas. Decía que, sin tu ayuda, no habría podido terminar sus estudios sobre la L16.

— Bah, tonterías, él la habría descubierto igualmente. Tu padre es un gran investigador además de un médico excelente.

— Y un gran padre. Incluso durante lo peor de la primera oleada, encontraba tiempo para llamarme por teléfono una vez a la semana; por lo general desde el laboratorio.

— ¿Y ahora vas a la Tierra a estudiar en la Universidad? —preguntó Rob—. ¿En cuál?

— En la Sorbona.

Él lanzó un silbido de admiración.

— Muy bien. ¿En qué piensas especializarte?

Mahree frunció el entrecejo mientras acariciaba la gata.

— No lo sé. No parece que tenga muchas aptitudes para las cosas que me interesan; y las cosas que hago bien no me gustan. Incluso había pensado en la medicina; pero... —Se encogió de hombros.

— Tienes que estar segura antes de dedicar cuatro o cinco años a un tema —le advirtió Rob—. No merece la pena elegir algo sólo por los padres, para que ellos estén orgullosos de ti, o por el prestigio y el dinero. —Alargó el brazo para acariciar a *Sekhmet*, y Mahree vio que tenía unas bonitas manos de dedos largos y fuertes—. Yo sé lo que digo. —Y su voz adquirió un acento de amargura.

— ¿Tú? —Mahree le miró con asombro—. Pero tú eres médica. Papá dice que eres muy bueno. ¿No te gusta?

— Sí y no —respondió él—. De pequeño, era lo único que me parecía posible hacer... Mis padres estaban tan contentos cuando me aceptaron en la Universidad «John Hopkins»... Ellos habían estudiado allí... —Tomó un sorbo de café e hizo una mueca—. Suele proporcionar satisfacciones. Sin embargo, no sé por qué nunca he conseguido sentirme plenamente satisfecho. También me gradué en Psicología y a veces me parece que eso me va más. Pero... —Se encogió de hombros—. No sé. Siempre he querido hacer algo que dejara huella, algo que fuera único: que, al contemplarlo al final de mi vida, me hiciera sentirme satisfecho. Como tu padre, cuando descubrió la vacuna L-16.

— Sé a qué te refieres —dijo Mahree vivamente—. Yo también deseo hacer algo especial. —Bajó los ojos—. Pero... no sé lo que puede ser ese «algo».

Rob asintió con una sonrisa triste.

— Yo creía que la medicina iba a ser mi «algo» especial. Imaginé que, como médico, podría hacer algo grande.

— ¡Y lo has hecho! Durante la epidemia, tú y los demás salvasteis muchas vidas.

— Y perdimos casi otras tantas. Cientos..., miles de personas murieron y nosotros no fuimos capaces de evitarlo. —Por un instante, los ojos oscuros de aquel rostro joven y terso parecieron muy viejos y llenos de tristeza—. Supongo que algo ayudé; pero... Cada vez que Pienso en las personas a las que salvamos me acuerdo de todas las que perdimos, y no me parece justo. No sé si

lo entiendes. —Suspiró con amargura—. A mí me parecía un fracaso —movió la cabeza con evidente frustración—. Suena como si tuviera sed de gloria pero no es eso.

Mahree lo miró ladeando la cabeza y, al pensar en las palabras de él, olvidó su propia timidez.

— Te comprenda Lo mismo que yo, tú quieres un desafío, algo grande. Pero, al mismo tiempo, tienes miedo de que, si se presenta la ocasión, no puedas estar a la altura necesaria.

Los ojos de él se quedaron prendidos en los de ella durante largo rato. Luego le dirigió una intensa sonrisa.

— ¿No te parece que estamos demasiado sombríos? Tenemos toda la vida por delante. Además, yo estoy aquí para vigilar la salud mental de todos los que se hallan a bordo; y la verdad es que no se puede decir que esté hablando como un buen terapeuta. Yo debería levantarte la moral, no aplastártela.

— Pues charlemos de otra cosa —propuso Mahree—. La *Désirée* es una nave muy pequeña para precisar los servicios de un médico y un psicólogo a jornada completa. Debes de tener otras funciones, ¿no? ¿En qué consisten?

— Cuando Viorst entre en hibernación la semana que viene, yo me encargaré de la hidropónica —respondió Rob—. Controlaré el huerto y los tanques de algas, para asegurar el suministro de oxígeno.

— ¿Puedo ayudarte? —preguntó Mahree—. En Jolie tenía un huerto.

— Desde luego —le sonrió y agregó en tono confidencial—: Nada más ver a Simón Viorst adiviné cuáles eran las variedades que cultivaba. Estaba claro. Cepas de algas oficialmente aprobadas y algún que otro nuevo tipo de soja.

— ¡Jo!

— Exacto. De manera que, antes de salir de Jolie, me aprovisioné de semillas. Cuando Viorst despierte, tendremos cosas que harán que los ojos se le salgan de las órbitas. Flores para las mesas del comedor, verdura fresca...

Mahree lo miraba y sonreía.

— Tomates, rabanitos...

Él rió entre dientes.

— Desde luego, nada más fácil.

— Y, si no nos comemos todos los rabanitos —Mahree contenía la risa—, siempre podemos implantarles transmisores y utilizarlos de balizas espaciales.

El médico movió la cabeza con gesto triste.

— ¿No es curioso que, por pocos que plantes, tienes excedentes?

Sekhmet maulló, arqueó el lomo y apretó la cabeza contra el brazo de Rob. Después de estirarse hasta alcanzar una extensión increíble, la gata saltó al suelo y empezó a explorar el comedor con cautela. Mahree miró a su compañero.

— ¿De qué parte de la Tierra eres?

— De la Vieja Norte Am, de una ciudad del Medio Oeste que se llama Terre Haute.

— ¿Tierra Alta? —tradujo Mahree, sorprendida—. Eso es francés.

— ¿Hablas francés?

— Es la lengua de mi madre. Muchos de los colonos de Jolie proceden de Francia. Pero

háblame de la Tierra. Dime, ¿cómo es?

— Verás, cuando salí de allí, hace tres años, estaba más o menos igual que en los últimos doscientos. Abarrotada. Ni las colonias de Nueva Am, Jolie y Novaya Rusaya han podido mitigar el problema de la superpoblación, porque la mayoría de la gente no está dispuesta a recorrer ni cincuenta *klicks* para ir a trabajar. Y no digamos cincuenta segundos paralácticos para conseguir una vida mejor. Tuviste suerte de poder criarte en una colonia.

— ¿Y todo son ciudades?

Mahree pensó con tristeza en sus largos paseos por los campos de Jolie, en las excursiones y las acampadas que hacía en las montañas. ¿Cómo iba a poder prescindir de ello durante años?

— No. En Vieja Norte Am, no. El Gobierno poseía muchas tierras y las conservó hasta el final. De manera que todavía hay numerosos parques naturales y también zonas que pertenecen al Consejo de las Tribus Nativas Americanas. Les llaman museos vivientes.

— ¿Y se pueden visitar esos lugares?

— Bueno, seleccionan mucho a los visitantes; pero estoy seguro de que, con un pase de estudiante, tú podrías entrar.

— ¿Te gustan las excursiones?

— Mucho.

— Un día, puedes tomar la lanzadera de por la mañana y te acompañaré a ver las montañas de Blue Ridge o las Rocosas de Colorado. Nos llevaremos el almuerzo.

— Sería fantástico. Pero no quiero... —Mahree se interrumpió.

— ¿Molestar? —preguntó él—. Yo recuerdo muy bien lo que es ser forastero en un mundo nuevo. Tus padres hicieron que me sintiese como de la familia. Será un placer aunque sólo sea empezar a devolver el favor. Y me gustaría volver a pasear.

Ella sonrió.

— Lástima que no podamos ponernos trajes espaciales y salir a dar una vuelta. Estaremos encerrados durante...

— *Atención* —interrumpió el intercomunicador de la nave—, *primer oficial Joan Atwood, vaya inmediatamente a la central de comunicaciones.*

— ¿Comunicaciones? —preguntó Rob con el ceño contraído—. Estamos en el espacio exterior, ¿verdad? Muy lejos de Jolie para recibir mensajes.

— Sí, lo sé. —Mahree estaba excitada—. Era el tío Raoul y sonaba muy extraño. Algo debe ocurrir. A lo mejor, nos hemos cruzado con otra nave.

Rob negó con la cabeza.

— Apuesto a que estamos...

— Vamos, *vamos*.

La chica fue hacia la puerta agitando una mano con impaciencia para invitar a Rob a seguirla.

Por fortuna, el comedor estaba situado en una zona anterior a las de trabajo y de descanso de la tripulación. Cuando Mahree ya corría hacia el puente, oyó a sus espaldas las voces excitadas del personal de a bordo. Rob y ella marchaban delante de una marea humana que se dirigía hacia la sala de control.

Todos los miembros de la tripulación que se hallaban de servicio, además del capitán y el jefe

de máquinas, estaban agrupados alrededor de la consola de comunicaciones situada a la izquierda del puente. Mahree lanzó una rápida ojeada a las pantallas y vio estrellas normales en lugar de las ondas violeta que indican el vuelo por el metaespacio.

«Qué raro. No teníamos que cambiar de velocidad —pensó recordando que aquella mañana, a la hora del desayuno, se lo había preguntado a su tío—. ¿Ocurrirá algo malo?»

Pero la consola de navegación y el panel de control del piloto aparecían normales, sin luces rojas de alarma.

— ¿Qué ocurre? —susurró, tirando de la manga al hombre que tenía más cerca. Era de piel oscura y llevaba un mono holgado con la hombrera verde de los técnicos de mantenimiento. En su tarjeta de identificación se leía: Azam Kitubi.

— No sé —respondió él, hablando el inglés tipo con marcado acento—. Yo estaba haciendo un informe al capitán cuando se disparó la señal de emergencia. Jerry dijo que era una fuente de radio pero que no le parecía una radiobaliza frecuencia E. Estaba muy excitado.

— ¿Excitado? ¿Jerry?

Azam se encogió de hombros. Mahree estiró el cuello, tratando de ver el panel de comunicaciones, intrigada por descubrir lo que ocurría.

Los viajes entre la Tierra y sus tres colonias exteriores eran todavía raros, cinco o seis naves mercantes y una o dos de pasajeros al año. Aunque podían viajar a velocidades superlumínicas, utilizando el accionamiento interestelar, todavía no se había hallado la forma de hacer transmisiones más rápidas que la luz, de manera que la *Désirée* y otras naves similares transportaban mensajes y correo además de carga y pasaje.

Aunque las posibilidades de que otra nave pudiera acudir a tiempo para ayudar en caso de emergencia eran prácticamente nulas, todas ellas estaban equipadas con radiobalizas de emergencia, y la ley exigía que mantuvieran sus canales de frecuencia E continuamente abiertos.

Toda la tripulación que no estaba hibernando había acudido a la pequeña cabina. Mahree no oía más que el murmullo de sus voces y apenas podía respirar, apretada entre personas más altas. El sudor le resbalaba por la espalda. Los ventiladores de la nave funcionaban a pleno rendimiento, pero no estaban proyectados para una concentración de tanta gente.

— ¡Hagan el favor de dejarme pasar! —oyó gritar a su tía Joan— Raoul, estoy aquí detrás.

— Está *bien* —rugió de pronto la voz del capitán—. Quiero que toda la tripulación, salvo el jefe de máquinas, el primer oficial y el jefe de comunicaciones salgan de aquí. Yo les diré lo que ocurre tan pronto lo sepamos.

A regañadientes, la gente se retiró al comedor. Entonces apareció por fin Joan Atwood, una mujer alta y huesuda, de cara pálida y facciones severas, con una línea vertical permanente entre las cejas. Joan era una piloto excelente, trabajadora y poco imaginativa por naturaleza e intolerante con la estupidez y la incompetencia. Era más fuerte que la mayoría de los hombres y, en una ocasión, abrió la cabeza a un miembro de la tripulación que intentaba subir droga a bordo de la *Désirée*. Mahree temía a su tía.

Mientras la gente iba saliendo, la chica se hizo la remolona en la puerta. Vio que Joan Atwood se sentaba delante de la consola de comunicaciones al lado de Jerry Ciervoverde. El jefe de comunicaciones pertenecía a una tribu winnebago de la vieja Norte Am y sus facciones revelaban

claramente su ascendencia. Al igual que la mayoría de los miembros de la tripulación que estaban de servicio, vestía el mono gris azul con el emblema de la *Désirée* y su nombre en el bolsillo del pecho. Pero Ciervoverde le había quitado las mangas al mono y lo llevaba sin abrochar. Sobre su amplio pecho colgaban amuletos de conchas marinas y, en los lóbulos de sus orejas, entre su pelo negro y lacio que le llegaba hasta los hombros, lucían unas turquesas. Todavía en la puerta, Mahree se mordió los labios, titubeando entre obedecer las órdenes de su tío y ceder a la curiosidad. Al fin, se volvió y entró en la sala de control. Puesto que no pertenecía a la tripulación, decidió no marcharse hasta que se lo ordenaran de manera directa. Por fortuna, su tío se había vuelto otra vez de cara al panel de comunicaciones y no reparó en su presencia.

— ¿Qué ocurre, Raoul? —preguntó Joan.

— Algo ha activado la frecuencia E —le respondió su marido—. Jerry ignora lo que puede ser. Es la primera vez que oigo funcionar ese chisme. Me he llevado un buen susto.

— ¿Se detecta alguna nave en esta zona?

— No. Ha sido una radiobaliza E —contestó Jerry con ojos brillantes de excitación.

— Un SOS es inconfundible. Esto no era más que una onda en la misma frecuencia.

— ¿Cuánto tiempo hemos estado recibéndolo? —preguntó Joan mesando sus cortos rizos color caoba con ademán de impaciencia.

— Noventa segundos —informó Jerry—. Pero era muy débil. Luego, empezó a perderse. Seguramente debido a la vibración interestelar. O a que nuestro receptor no es lo bastante sensible. O, quizás, a que lo que emitía esas ondas dejó de lanzarlas.

— Bien. ¿Y qué cree que era? —preguntó Raoul.

— Eso no hay forma de saberlo.

— Pues escuchémoslo —decidió Joan—. Pon el audio.

Los dedos cortos y gruesos de Jerry se deslizaron ágiles por los controles y, en el indicador holográfico, apareció un espectro irisado y ondulado mientras salían de los altavoces unos silbidos y una especie de graznidos entre parásitos.

— ¿Lo veis? —dijo señalando con el dedo—. Es esa onda de color naranja pálido.

— ¿Y cómo suena? —preguntó Raoul.

— Tiene un sonido tan débil que resulta imposible distinguirlo.

Raoul señaló el panel.

— ¿No hay forma de eliminar todas estas interferencias y amplificar la señal?

— Sí; creo que podré procesarla, y es probable que consiga algo mejor. De todos modos, será muy débil. Quizá, si volvemos a captarla, nos llegue con más fuerza y me sea más fácil aislarla... Lo malo es que, para eso, tendremos que registrar la zona manteniéndonos a una velocidad inferior a la de la luz.

Mahree sintió una leve presión en el brazo. Se volvió y vio a su lado a Rob Gable con *Sekhmet* recostada en su hombro.

— Tú no deberías estar aquí —susurró llevándose un dedo a los labios.

Él le sonrió con malicia.

— Ni tú tampoco —respondió acercando la boca a su oído—. ¿Qué es lo que hemos captado?

— Radiación electromagnética —respondió Mahree hablando todavía en un susurro—. Onda

larga, radio.

— ¿Radio? —Pareció sorprendido—. ¿Quieres decir de la Tierra? Pero si estamos muy lejos... Mahree movió la cabeza.

— Chissst —le indicó—. No tiene que ser forzosamente de la Tierra. Todas las cosas producen ondas de radio. Donde haya electrones en movimiento las tendrás. Quasars, pulsars, galaxias Seifert... hasta las estrellas corrientes las producen, aunque no son fuentes potentes.

Él la miró con sorpresa y respeto.

— Hice un curso de astronomía en el preuniversitario y no puedo recordar absolutamente nada de eso.

— Yo lo estudié el año pasado. Dos cursos intensivos —explicó ella ruborizándose de satisfacción.

— ¿Entonces, por qué se disparó la radiobaliza E?

— Captamos una onda que estaba en la misma frecuencia —respondió Mahree.

Luego, con un ademán le pidió que se callara, para oír lo que decía su tío.

— ¿Supones que no era una radiobaliza E? —Raoul Lamont hablaba arrastrando las sílabas—. ¿Qué pudo ser si no?

— Lo ignoro —dijo Jerry que había recobrado su habitual sangre fría—. Me gustaría escucharlo aislado. Y también me gustaría analizar con el ordenador las grabaciones de vídeo y del audio, a fin de averiguar si esas ondas han sido casuales o si contienen un patrón repetitivo de formas o sonidos.

— ¿Y eso qué indicaría? —preguntó Raoul.

— Quizá que la radiación no procede de una fuente natural.

Mahree abrió mucho los ojos. Rob le dio un codazo.

— ¿Eso quiere decir lo que yo imagino?

— Chissst...

Raoul Lamont miró en silencio a su jefe de comunicaciones durante casi un minuto.

— Jerry..., todavía estamos a más de doscientos años luz de la Tierra. ¿Qué probabilidades hay de que podamos captar viejas ondas de radio que se originasen allí? Televisión, por ejemplo.

— Muy pocas. Las frecuencias no son las mismas. Y, desde luego, eso no sonaba como un lenguaje humano ni como ningún código de los que yo he oído en mi vida. Haré que el ordenador busque los archivos auxiliares, para asegurarnos.

Las anchas facciones de nativo de Vieja Norte Am de Jerry estaban impasibles, pero su voz delataba cierta emoción.

— ¿Hay alguna otra fuente natural posible?

— Quizá... De todos modos hemos tropezado con algo desconocido Por completo.

— ¿Podría tratarse de un pulsar?

Jerry se encogió de hombros.

— Los pulsars, estrellas de neutrones, son las señales de radio más fuertes que, en teoría, tendríamos que recibir. Pero todas tienen unas secuencias muy conocidas. Son tan regulares que incluso llegó a especularse con la posibilidad de utilizarlas para poner en hora los relojes. Y tienen una distribución de frecuencias muy amplia. —Se puso el pelo detrás de las orejas—. Esta cosa de

aquí se sitúa en un campo que va de los doscientos a los cuatrocientos megahertzios. Es una franja muy *estrecha*. Luego, cae bruscamente a uno y otro lado. Los pulsars y los quasars no hacen eso.

— ¿Entonces, qué te parece que puede ser?

El oficial de comunicaciones tamborileó con los dedos, pensativo.

— Supongo que pronto descubriremos que esta señal no se ha originado en la Tierra, que no procede de una de nuestras naves ni de una fuente natural.

Ciervoverde hizo un pausa mientras se peinaba con los dedos. Luego, sacó un trozo de tela del bolsillo del mono y se recogió el pelo en la nuca, en una cola. Mahree vio que las manos de Jerry temblaban, desmintiendo su estudiada serenidad.

— ¿Y qué...? —apremió Raoul.

— Y, puesto que estamos a dieciséis segundos paralácticos del punto cero, sólo existen dos posibilidades. Una, que se trate de un fenómeno estelar desconocido, lo cual dudo porque nada que sea natural tiene una frecuencia tan estrecha. Y la otra, que haya sido generado por un transmisor artificial no humano.

Por primera vez, Paul Monteleón, el jefe de máquinas de la *Désirée*, habló.

— Jerry, ¿tú sabes lo que dices, verdad? —Su voz suave y dubitativa armonizaba con su cuerpo largo y desmadejado, su barba castaña canosa y su pelo revuelto—. No hay constancia de que existan otras formas de vida inteligente.

El jefe de comunicaciones se encogió de hombros.

— En todo hay una primera vez, Paul. Quiero comprobarlo, desde luego; pero me parece que en esta ocasión hemos obtenido el bingo.

El silencio envolvió la sala de control como un invisible puño gigante. Nadie se movía.

A Mahree le latía el corazón con tanta fuerza que sentía las pulsaciones en los oídos. Le invadió una extraña mezcla de miedo y alegría; y descubrió que estaba temblando.

Rob le puso una mano en el hombro para tranquilizarla. Ella levantó la cara y vio que el médico se hallaba rojo de alegría.

— No puedo creer que hayamos tenido tanta suerte. Para que luego hablen de desafíos. Esto es fenomenal.

— Una transmisión de extraterrestres —susurró Mahree expresando la idea con toda claridad para comprobar su alcance. Tenía la boca seca y los labios rígidos—. Dios mío.

II. LA FRECUENCIA FANTASMA

Querido Diario:

¡Estoy tan emocionada! Jerry y Joan han repasado todos los archivos que llevamos a bordo y la señal extraña que recibimos no ha sido identificada *todavía*. Sea lo que sea, *no* procede de la Tierra.

Joan no quiere creer que hayamos captado una transmisión de extraterrestres y se ha empeñado en que tiene que ser radiación electromagnética de alguna extraña erupción solar, de un agujero negro o de algo por el estilo. Es disparatado e impropio de ella. Por regla general, peca de pragmática. No comprendo por qué le parece tan alarmante la idea de que exista un mundo ocupado por gente que no sean terrestres; pero, desde luego, es evidente que eso es lo que piensa.

La reacción en la tripulación parece positiva en un setenta por ciento y negativa en un treinta, respecto a que podamos atribuir la señal a algo artificial. Simón Viorst, por ejemplo, palideció al oír..., quiero decir que estaba asustado. Pero otros destapaban botellas del mejor champaña de Jolie que llevamos de reserva y brindaban.

¡Pensar que es probable que estemos haciendo historia!

El tío Raoul tiene un verdadero problema. No sabe si utilizar nuestra preciosa reserva de combustible para registrar esta zona, con la esperanza de captar otra vez la señal, o limitarse a anotar nuestra posición, mantener el rumbo y entregar las coordenadas a las autoridades de la Tierra.

Yo me alegro de no tener que tomar la decisión.

El tío Raoul ha convocado a toda la tripulación para que se reúna esta noche en el comedor.

Estoy muerta de impaciencia.

El comedor, que no había sido calculado para albergar a todos los tripulantes de la nave al mismo tiempo, estaba abarrotado. Raoul Lamont se mantenía en la puerta y daba palmadas para reclamar atención y acallar el murmullo de las conversaciones.

— Atención, silencio, por favor...

El vocerío fue bajando de tono.

— Ya sabéis por qué nos hemos reunido —empezó—. Sin embargo, para asegurarme de que todos estamos en la misma longitud de onda —risas por el juego de palabras—, os diré mi opinión. Luego discutiremos los pros y los contras.

Hizo una pausa, por si había alguna objeción, pero no fue formulada ninguna.

— Ayer captamos una breve transmisión en una frecuencia estrecha. No concuerda con nada que tengamos registrado. No hay pruebas de que no sea un fenómeno natural aunque desconocido; pero, por otro lado, puede significar que nos hemos tropezado con una transmisión efectuada en un lenguaje o código extraterrestre.

Inclinó la cabeza hacia Jerry Ciervoverde.

— Jerry y Joan han conseguido amplificar el sonido y atenuar las interferencias. Quiero que lo

escuchéis.

Jerry pulsó un interruptor y se oyeron unos sonidos cargados de parásitos pero mucho más claros que los que Mahree oyó en el puente. Un agudo parloteo se fundió en unos gruñidos guturales, salpicados de chillidos y silbidos. El sonido no era continuo sino que había cinco o seis pausas breves, una de ellas de casi tres segundos, antes de que se reanudaran los efectos captados. La transmisión se diluyó entre chasquidos parásitos.

Las voces de los reunidos se alzaron en confusa algarabía. Cada uno tenía su opinión.

— ¡Suenan como un lenguaje!

— ...como el foxterrier que tenía cuando era niño...

— Sí; las pausas indican un lenguaje.

— Los pulsars también marcan pausas.

— Con tantos parásitos, ¿quién puede decir algo en concreto?

Y, en tono más alto:

— ¡Hace más de cien años que empezaron los viajes interestelares! Si por aquí hubiese alguien, ya lo sabríamos...

— ¡Silencio, por favor! —cortó Raoul—. ¡El Universo es muy grande! Puede haber de todo. Lo que hemos de acordar ahora es qué hacemos. En mi calidad de capitán, me corresponde la decisión final, pero cada uno de ustedes tiene una parte de responsabilidad en conseguir que nuestro cargamento llegue a su destino. Por lo tanto, quiero oír su opinión.

— Yo propongo que continuemos adelante —dijo una mujer de cabello gris que trabajaba en la sala de máquinas—. Si tratamos de seguir una señal que unas veces se oye y otras no, gastaremos el combustible y tendremos que quedarnos aquí hasta que se nos terminen las provisiones. Representa un grave peligro. No podemos arriesgarnos.

Simón levantó la mano.

— Estoy de acuerdo en que tenemos que continuar el viaje hacia la Tierra para informar de esto, capitán. Aun en el caso de que ahí fuera hubiese extraterrestres, ¿cómo saber si son amistosos? ¡Podrían atacarnos!

Jerry levantó la mano para llamar la atención.

— Yo digo que sigamos adelante para no ponerlos en peligro a *ellos*. Tal vez nosotros seamos portadores de gérmenes que pudieran atacarles.

Rob Gable intervino:

— Podríamos tomar precauciones. Ponernos los trajes espaciales. De todos modos, el ordenador tendría que analizar su atmósfera. Quizá ni siquiera respiremos lo mismo. Nosotros no nos quitaríamos el traje y les aconsejaríamos que ellos tampoco se lo quitaran hasta que hubiéramos hecho todas las pruebas.

— Carecemos de cualquier evidencia que demuestre que no estemos hablando por hablar. —Era la voz de Joan Atwood—. Si no recibimos más transmisiones, no hay posibilidad de encontrar nada.

— Será mejor que nos quedemos en esta zona y busquemos por un par de millones de clicks —gritó alguien con impaciencia—. Si encontramos algo, podremos orientarnos mediante una retícula indicadora. Para eso tenemos combustible suficiente.

— Pero... ¿y si no son humanos? —insistió Simón.

Mahree observó que tenía gotitas de sudor en la frente.

— ¿Es que no te das cuenta de lo *ricos* que nos haríamos si, al volver a la Tierra, pudiéramos informar de un primer contacto? ¡Contratos con los medios de comunicación... publicidad... entrevistas...! ¡No tendríamos que volver a trabajar!

El que hablaba era un hombre grueso y calvo a quien Mahree no había visto hasta entonces. Sin duda Raoul habría ordenado que se despertara a los miembros de la tripulación que estaban en hibernación.

— No podemos hacer como si no hubiéramos oído nada —continuó—. Sería tirar por la borda una fortuna incalculable.

Mahree se inclinó hacia Yuriko Masuto, la sobrecargo, sentada a su lado encima de una mesa del comedor.

— ¿Quién es, Yoki?

— Ray Drummond —respondió en un susurro la mujer, que era llenita y tenía los ojos almendrados y una melena negra que le llegaba hasta la cintura—, ayudante de Paul Monteleón. Es su primer viaje con nosotros.

— Pero no somos más que la tripulación de una nave mercante —protestaba Paul con su voz serena—. No somos diplomáticos. No nos hallamos en condiciones de encargarnos de esto como si fuésemos embajadores.

— ¡Si se deja en manos de los burócratas de la Tierra, seguro que lo estropean! —gritó Rob alzando su voz de barítono sobre el guirigay—. Además, ¿y si no nos creen? Aunque nosotros decidiéramos no continuar el contacto —hacía esfuerzos para que su voz se mantuviera sosegada—, necesitamos más pruebas de que realmente hemos encontrado a alguien.

— ¿Quién es ese personaje tan joven, Raoul? —preguntó la mujer del cabello gris.

Mahree supuso que se refería a ella; pero entonces vio que Rob se ponía colorado y tenso de irritación.

— Con todo este jaleo, olvidé presentároslo. Es el doctor Robert Gable, nuestro nuevo médico de a bordo.

Gable, que estaba sentado a otra mesa, movió la cabeza muy serio.

— ¿Ese chico es médico? —preguntó Yoki a Mahree en un susurro.

— Sí. Sólo tiene veinticuatro años, pero mi padre dice que es estupendo.

— Eso salta a la vista —murmuró Yoki alzando las cejas de modo muy elocuente—. Ojalá me tocara ya la revisión.

— Yo digo que debemos mantener la nariz fuera de lo que no nos atañe. —Era otra vez Evelyn Maitland, la mujer del cabello gris, de la sala de máquinas—. Que se encarguen de ello las autoridades a las que corresponda.

— ¡Eh! —gritó otra mujer desde el fondo—. ¿Qué ha sido de vuestro sentido de la aventura? ¿Es que ya no tenéis curiosidad?

Un coro de «Sí la tenemos» y «Adelante» respondió a sus palabras.

Raoul se vio obligado a golpear la mampara para imponer silencio.

— Está bien, he oído opiniones muy interesantes, tanto a favor como en contra. ¿Alguien tiene

algo que añadir antes de que yo tome la decisión?

La mano de Mahree se alzó casi sin que ella advirtiera que había decidido hablar. Su tío la señaló.

— Es mi sobrina, Mahree Burroughs. ¿Di, Mahree?

La muchacha se humedeció los labios y se puso de pie encima de la mesa, sosteniendo dos hojas de papel fino.

— Eeee... —empezó un poco ronca; carraspeó tratando de mirar sólo a su tío y eludiendo todos los demás ojos—. Yo quería decir que me parece que tenemos... la responsabilidad de investigar esto. No podemos seguir adelante como si nada. ¿Alguno de ustedes reconoce esto? Lo encontré esta tarde en mis archivos de Historia.

Desenrolló los papeles y los sostuvo en alto, uno en cada mano. Por los murmullos y movimientos de cabeza, era evidente que nadie reconocía lo que eran.

— Esta placa dorada con la imagen del hombre y la mujer desnudos es una reproducción de la que se envió en las misiones espaciales *Pioneer 10* y *Pioneer 11*. Fueron lanzadas en 1970. Esto que parece una explosión de estrellas es un mapa que indica la situación de la Tierra en relación con un grupo de pulsars locales.

Dejó caer la lámina y señaló la otra.

— Esto, el círculo dorado, es un estuche. Dentro hay un disco de los que antes se llamaban de fonógrafo, con música, cuadros, sonidos y saludos desde la Tierra grabados en él. Iba en los *Voyager 1* y *Voyager 2*, que fueron lanzados en 1977. Yoki os leerá uno de los mensajes que está grabado en chino mandarín.

La voz asiática resonó en el silencio, leyendo entrecortadamente unas sílabas cristalinas.

— Aquí dice —tradujo con voz no muy firme—: Esperamos que estéis bien. Nosotros pensamos mucho en todos vosotros. Venid a visitarnos cuando tengáis tiempo.

— En estos momentos, disponemos de una oportunidad que a nadie se le ha presentado hasta ahora —dijo Mahree cuando Yoki se sentó—. Es algo que nuestros antepasados esperaban que les ocurriera; pero no llegó a sucederles. ¿Podemos volver la espalda a esta ocasión única? ¿No sería defraudar a aquellas gentes gracias a cuyo esfuerzo e ilusión fueron posibles los viajes espaciales? De no haber sido por ellos, nosotros no estaríamos donde estamos ahora. Eso es seguro.

Volvió a carraspear.

— Es nuestra oportunidad de convertirnos en *exploradores* y no limitarnos a ser la tripulación de un carguero. Si no exploramos esta señal, yo sé que pasaré el resto de mi vida preguntándome qué es lo que nos hemos perdido.

Cuando acabó de hablar, se hizo el silencio. Yoki y Rob empezaron a aplaudir con fuerza. Poco a poco, muchos de los otros miembros de la tripulación los imitaron, hasta que los aplausos sonaban en toda la sala. Una vez se acalló el ruido, Raoul asintió.

— De acuerdo, chicos. Nos mantendremos a velocidad infralumínica y rastrearemos la zona, a ver si captamos otras transmisiones. —Se elevaron murmullos de excitación y él alzó la mano para pedir silencio antes de proseguir—. Pero sólo durante treinta y seis horas. Esto nos mantendrá dentro de nuestros límites de reserva de combustible. Si al cabo de este tiempo no hemos encontrado nada, volveremos a nuestro rumbo e informaremos del incidente cuando

lleguemos a la Tierra.

El capitán los miró de manera inquisitiva.

— Jerry, por favor, haz una lista de voluntarios para cubrir los turnos de guardia de las comunicaciones. Joan, te necesitare para la navegación.

Raoul dio media vuelta y salió de la sala de control. Cuando Joan Atwood se abrió paso entre los presentes para seguirle volvió a elevarse el vocerío.

— ¡Bravo! —Rob Gable, subido en su mesa, miró a Mahree con una sonrisa—. ¡A eso le llamo yo elocuencia! Tu discurso ha hecho cambiar las cosas.

Mahree se puso colorada.

— ¡Si podemos captar algún fragmento de esa transmisión antes de treinta y seis horas...! —Rob saltó de la mesa tan entusiasmado que Mahree se echó a reír.

— Calma, Rob, o empezarás a flotar en el aire aunque esté conectada la gravedad.

— Tengo la impresión de que no me costaría ningún esfuerzo —admitió él riendo y alzándose sobre la punta de los pies. Sus ojos tropezaron entonces con Yoki y dijo a Mahree con una mirada muy elocuente—: No me has presentado a tu amiga.

— Oh, siempre se me olvida que embarcaste cuando muchos de nosotros ya estábamos en hibernación. La sobrecarga Yuriko Masuto. El doctor Robert Gable.

Yoki extendió la mano.

— Mucho gusto, doctor.

— Llámame Rob. Y el gusto es mío.

Mahree miró a los miembros de la tripulación que todavía llenaban el comedor y que hablaban reunidos en pequeños grupos.

— ¿Y ahora qué? —planteó—. No puedo acostarme después de esto. ¿Alguien quiere jugar a las cartas?

— Tengo una idea mejor —declaró Rob con ojos brillantes. Se puso de pie encima de la mesa y, encogiendo el cuello para no dar con la cabeza en el techo, movió los brazos para reclamar atención—. Eh, camaradas exploradores... Si aquí hay alguien que esté muy nervioso para irse a la cama, os invito al cine. Tengo muchas películas.

— ¿Películas? —preguntó Yoki mirándolo con los ojos muy abiertos—. ¿Quieres decir películas antiguas? ¿Y se puede saber de dónde las has sacado?

— Las colecciono —explicó Gable con una amplia sonrisa—. Tengo algunas muy buenas. Todos los clásicos de Astaire y Rogers, Bogart, Errol Flynn... Pero esta noche, en honor a nuestra exploración, os pondré películas del espacio.

— Cuenta conmigo —dijo Yoki—. No podría dormir a no ser que me dieras una cápsula de hibernación y una buena dosis de gas.

A los pocos minutos, Rob, Yoki y Mahree habían alineado las sillas para improvisar un cine. El médico activó la pantalla que cubría toda una pared. Después, le conectó una pequeña máquina e introdujo una cassette. Cuando empezó a sonar la música, bajó las luces.

— Es lo mejor de mi colección... Una auténtica joya.

Mahree se echó a reír al ver el título.

— *Los invasores de Marte*. No me digas que de verdad creían que había vida indígena en

Marte.

— Habéis tenido suerte —sonrió Rob—. No os pondré la segunda versión sino la original. Creedme, no podréis volver a pisar una duna sin acordaros de esta película.

Yoki movió la cabeza.

— No olvides que eso debió ser filmado cuando ni siquiera tenían ordenadores. Por lo menos, cien años antes de la Primera Colonia de Marte.

Ahogando la risa, Mahree se dispuso a gozar del espectáculo. Las tensiones del día hacían de la ficción un refugio, y el público, ávido, se dejó absorber por la acción, silbando a los malos, ovacionando a los buenos y celebrando ruidosamente las escenas divertidas. Las películas estaban cargadas, además, de una comicidad complementaria, no intencionada, a causa de los anacronismos y errores científicos.

— ¡No puedo creer que fueran tan *tontos*! —exclamó Mahree con los músculos del estómago doloridos de tanto reír—. ¿Ni siquiera sabían que el sonido no se transmite en el vacío? Y pensaban que, en combate, una nave espacial se pilota con timón manual. Y que las armas se disparan apuntando con visor...

Se ahogaba de risa.

— Bueno, sé comprensiva. Cuando estas películas fueron filmadas, la gente aún no había salido al espacio. Pásame las palomitas, por favor.

— Claro que sí —replicó Ray Drummond—. Esta película se hizo por lo menos cien años después de la guerra civil de Vieja Norte Am.

lo tanto, ya se habían realizado los primeros vuelos orbitales. ¿En que año llegó Armstrong a la Luna?

— ¿En 1970? —apuntó Yoki, dudosa.

— El 20 de julio de 1969 —precisó Mahree.

— Chissst —ordenó Rob en tono de reproche—. Ahora viene la escena en la que nuestros héroes reciben su merecido.

— Ha estado muy bien —aprobó Yoki minutos después—. Aunque la primera escena resulta un poco boba. El que me ha gustado ha sido el grandullón peludo.

— Si crees que esa escena es boba, tendrías que ver la última de la tercera película —dijo Rob. Yoki se levantó y se desperezó.

— Bueno. Todavía estoy despierta. ¿Más películas, Rob?

— Claro —repuso él revolviendo entre las cassettes.

— Haced más palomitas mientras busco algo, ¿queréis? Pero, en defensa de mis mejores piezas, tengo que decir que sois muy exigentes. En aquella época, la gente que había estudiado sabía que el sonido no se propaga en el vacío; pero los que hacían las películas incluían los «efectos sonoros» porque les parecía que así la escena tenía más dramatismo. Hay que ser justos, chicos. ¿Acaso en los programas del vídeo en relieve no se sacrifica también muchas veces el rigor científico a la conveniencia o al efecto? ¡Se hace con suma frecuencia!

— Por lo menos, nuestras naves parecen naves —insistió Ray.

— Eso es porque cuando los productores de vídeo quieren mostrar una nave espacial no tienen que *construirla* a partir de cero, sino que pueden grabar una nave auténtica que haga lo que ellos

quieren que vea el público —dijo Rob—. Aquellos primeros cineastas tenían que diseñar las naves, y construirlas; o por lo menos hacer unas maquetas. Y no eran ingenieros aeronáuticos.

Al cabo de un momento, lanzó una exclamación de triunfo y sacó del archivo una cassette.

— ¡Ajá! Ya veréis lo que le pasa a la tripulación de esta nave. A que no os reís *entonces*.

Bajó las luces y aparecieron los títulos de presentación.

Mahree se sentía clavada al asiento, sin reparar en el silbido que supuestamente hacía la nave al avanzar. Tenía los músculos tensos y se estremecía y, de modo inconsciente, trataba de ayudar a la infortunada tripulación atrapada a bordo de la nave condenada. La adrenalina le recorría las venas, mientras contemplaba cómo la chica se lanzaba por los pasadizos oscuros y lóbregos.

— No... —gimió alguien unos asientos más allá—. Deja al maldito gato y sal de ahí de una vez.

Mahree acarició nerviosa a *Sekhmet*, que ronroneaba en su regazo. No fue la única que tiró las palomitas durante la escena culminante de la película.

— Eh, Simón —dijo Ray Drummond cuando por fin Rob encendió las luces—. No me haría ninguna gracia encontrarme a una de esas criaturas en la bodega. ¿Y a ti?

Mahree miró al jefe de la hidropónica. Viorst tenía los ojos vidriosos y no respondió a la broma. Se limitó a humedecerse los labios.

La gente empezó a levantarse y a salir en silencio.

— Eh, un momento, chicos —gritó Rob—. Tenemos que dedicar el mismo tiempo a los extraterrestres buenos. Aquí tengo *Los constructores de estrellas*, una de mis favoritas... y *El día en que la Tierra se detuvo*. Quizá la mejor película espacial que se ha hecho, aunque pueda discutirse. Y aquí tengo esta otra de un alienígena monísimo, pequeñito y de ojos azules que...

— Otra día, Rob —le atajó Yoki con suavidad—. Me parece que todos están cansados.

A la mañana siguiente, Mahree hacía guardia en la consola de comunicaciones. Durante dos horas, estuvo observando el osciloscopio, buscando con la mirada las ondas naranja, mientras aguzaba el oído a la caza de parloteos extraños.

Joan y Paul habían conectado un amplificador al equipo de comunicaciones y la nave *Désirée* recorría lentamente las coordenadas espaciales en las que la primera señal había disparado la radiobaliza E.

Al principio, Mahree se hallaba tensa, ardiendo en deseos de que la señal cruzara el osciloscopio, preparada para avisar a Joan y a Jerry, que serían los encargados de localizarla.

Pero transcurrían las horas y no ocurría nada. Al final de la guardia, se alegró de ceder el asiento a Rob Gable.

— ¿Has localizado algo, Mahree?

— Ni un susurro, ni un hipo electrónico. Mientras estaba aquí sentada, se me ha ocurrido que a lo mejor lo habíamos soñado.

— No. Fue real y muy real.

La sonrisa de Mahree era triste.

— Ya me lo dirás después de dos horas de mirar esa pantalla. La frontera entre la realidad y la fantasía se borra con facilidad.

— Los psicólogos se especializan en distinguir entre una cosa y otra.

— Los psicólogos que yo conozco bastante trabajo tienen con mantenerse a flote. —Lo miró por el rabillo del ojo—. Y no me parece que es vaya mucho mejor que a los demás.

El hizo como si se enjugara la sangre.

— ¡Uf! ¿Cuál es esa palabra francesa? ¿*Touché*?

— *Oui* —sonrió Mahree.

— De acuerdo. Lo tengo merecido por repelente.

— No te preocupes. Todos estamos un poco nerviosos.

— Al menos yo lo estoy. Lo sé muy bien. —Bostezó mientras se peinaba los rizos con los dedos—. Tal vez debí dormir un poco anoche en lugar de hacer de presentador de un festival cinematográfico.

— Fue divertido. Me gustaría ver las otras películas.

Él, con expresión seria, giró en el sillón para ponerse de cara a la pantalla.

— ¿Crees tú que ahí fuera hay alguien?

— No sé —repuso ella lentamente, sin apartar los ojos del osciloscopio de la antena exploradora—. Me gustaría suponer que sí.

— A mí también. ¿Cuánto queda para que se cumpla el plazo que marcó tu tío?

— Sólo veinte horas —dijo Mahree con aire triste.

Rob le lanzó una mirada elocuente.

— Ésta podría ser nuestra oportunidad, ¿sabes?

Mahree lo miró desconcertada.

— ¿Te acuerdas de lo que hablamos antes? —le recordó él—. De la posibilidad de hacer algo que fuera diferente, especial, notable... Esto podría serlo, para nosotros.

— ¿Nosotros? —Mahree bajó la mirada sintiendo que la cara le ardía. «No seas estúpida, no ha querido decir eso».

— Al fin y al cabo —prosiguió él—, nuestra situación aquí es prácticamente única.

Mahree le dirigió una breve sonrisa.

— Tendrá que ser todavía «más única» antes de que podamos escribir alguna página de los textos de Historia. A no ser que captemos más señales, ni siquiera tendremos derecho a una nota a pie de página.

Rob hizo una mueca.

— ¡Sí, maldita sea! —Señaló el osciloscopio con el índice—. Enciéndete, yo te lo mando.

La pantalla se obstinaba en permanecer oscura.

Aquella «noche» Mahree se acostó triste, sabiendo que a primera hora de la «mañana», mientras ella aún durmiera, se suprimiría la guardia y la *Désirée* pasaría otra vez al metaespacio. «Si, por lo menos, pudiéramos encontrar algo antes de que se acabe el tiempo...» Echada en la cama, deseaba poder alargar la mano y palpar físicamente aquellas extrañas frecuencias para situarlas en el campo en que podrían ser detectadas por los receptores de la *Désirée*.

Finalmente, el cansancio le hizo sumirse en un sueño profundo.

Varias horas después, despertó sobresaltada, pensando que alguien la llamaba.

— ¿Sí? —preguntó en la oscuridad.

Pero su pequeña cabina a oscuras y el intercomunicador permanecía mudo. Mahree consultó el crono y volvió a echarse. Daba vueltas, con los ojos muy abiertos a pesar del cansancio. Hasta que, al fin decidió levantarse, ir a la sala de control y hacer compañía al que tuviera la última guardia.

Raoul no estaba en la sala, pero sí Joan Atwood. Yoki Masuto era la encargada de la guardia de las comunicaciones.

— Hola —saludó Mahree sentándose al lado de la sobrecarga—. Como no podía dormir, vengo a hacerte compañía.

Yoki bostezó, enseñando unos dientes pequeños y muy blancos, y se apartó el oscuro flequillo de la frente.

— Gracias, guapa. Después de dos noches sin apenas dormir, se me cierran los ojos haga lo que haga. Pero como tome una sola taza de café más, tendré que salir nadando hacia el servicio.

Llevaban cuarenta y cinco minutos la una al lado de la otra, intercambiando alguna que otra frase, cuando se acercó Joan Atwood.

— ¿Cuánto falta para que termine el plazo que fijó el tío Raoul? —preguntó Mahree con ansiedad.

— Cinco minutos —dijo Joan—. Ya tengo ganas de dejar atrás esta locura y volver a nuestro rumbo.

— ¿No estás desilusionada? —preguntó la muchacha, incapaz de imaginar cómo su tía podía permanecer tan indiferente.

— La verdad es que no. Todo este asunto me ha parecido un disparate desde el principio y así se lo dije a Raoul. Habremos captado el último estertor de una estrella o algo así. —Se agachó para desconectar el dispositivo automático de grabación—. Será mejor que empecemos a desconectar las antenas de exploración de largo alcance.

— Pero si aún no ha terminado el plazo —protestó Mahree, aunque sabía que era una tontería.

«¿Qué pueden suponer cinco minutos?» Pero no soportaba la idea de que su tía ordenara abandonar la búsqueda ni un segundo antes de que se cumpliera el plazo. Era su última oportunidad de hacer algo especial. Probablemente, la única de su vida; y se le escapaba entre los dedos. Se le hizo un nudo en la garganta.

— Por favor, tía Joan, espera.

— No seas tontita, ¿qué pueden representar cuatro minutos más o menos? Vamos, cariño.

Desconectó el receptor aural y la grabadora.

— En fin... —Yoki se levantó—. Si vas a desconectar, haré una escapada al servicio. Tengo los riñones flotando.

— Adelante —respondió Joan, volviendo a su puesto para recoger la caja de herramientas—. ¿Puedes traerme una taza de...?

— ¡Mirad! —gritó Mahree dando un brinco y señalando la pantalla—. ¡La onda naranja!

Las dos mujeres corrieron a la consola.

— ¿Dónde? —preguntaron al unísono.

— Esta vez apareció sólo un par de segundos. ¡Pero os juro que era la misma! —Mahree miró a su tía, cuya expresión le hizo protestar, en tono casi histérico—. Estaba ahí. Tienes que creerme.

La he visto. Ahora no podemos dejar de buscarla.

III. UNA AGUJA EN EL PAJAR DEL ESPACIO

Querido Diario:

Cuando me enfado, lloro. Y, mientras tecleo esto, las lágrimas me corren por las mejillas. Nunca había estado tan furiosa.

Anoche me levanté y me fui a hacer compañía a Yoki durante la última parte de su guardia. Y, mientras todos estaban de espaldas, vi que una señal cruzaba la pantalla. ¡Yo sé qué la vi! Pero nadie me cree. Y la tía Joan no llegó a llamarme mentirosa; pero se le notaba que lo estaba pensando. Lo que hizo fue comentar que estar dos noches casi sin dormir nos habían puesto nerviosos a todos y estábamos expuestos a sufrir alucinaciones.

¡Maldita sea, estoy segura de que vi la señal!

No es que no me crea nadie... Rob me cree. Aunque no se puede decir que él sea imparcial, desde luego. Tuve que sorberme las lágrimas en la sala de control cuando el tío Raoul, Jerry, Paul y luego Rob, me miraban con tanto *cariño*, y con tanta conmiseración...

Por lo menos, el tío Raoul pidió a Jerry que programara un esquema de exploración en torno a las coordenadas que yo anoté (cuando se me ocurrió buscarlas, lo cual sucedió por lo menos uno o dos segundos después de que desapareciera la señal) y, lo que es más importante, ordenó que se prolongara la guardia de larga distancia hasta esta media noche. Se nota que él sí espera encontrar algo. No le ocurre lo que a Joan y a Simón...

— Ya lo tengo —informó Jerry—. Mira eso.

— ¿Qué?

Cuantos se hallaban en la sala de control corrieron a la consola de comunicaciones. Rob, que dormitaba en el asiento del copiloto, giró con tanta brusquedad que se dio un golpe en la espinilla con el apoyapiés. Lanzó un juramento y se acercó a los demás cojeando.

En la negrura del osciloscopio se veían las líneas en zigzag color naranja. Jerry conectó el audio y unos leves zumbidos, entremezclados con parásitos y chirridos electrónicos, llenaron el puente.

— ¿Tienes lectura de dirección? —preguntó Rob—. ¿Podemos localizar el origen?

Los dedos de Jerry volaron sobre el tablero de mando.

— ¿Está conectada la grabadora? ¿Lo recibes todo?

— Puedes apostarte el culo, doctor —replicó Jerry con ardor—. ¡Y esta señal ha durado más de un minuto! Si recibimos lo suficiente para que el ordenador analice las dos grabaciones en busca de sonidos y diagramas similares... no te pares, señal... sigue llegando...

De pronto, Rob se acordó de Mahree. «Debería estar aquí. De no haber sido por ella, Raoul hubiera abandonado la búsqueda...»

Rob pulsó el intercomunicador, tamborileando nervioso con los dedos, mientras contemplaba las pantallas del puente, a proa, popa, babor y estribor. «¿Cuál será? —pensó mirando las estrellas.

Unas eran grandes y brillantes, otras diminutas como puntas de alfileres sobre el negro satén del vacío. Siguiendo de nuevo la dirección del brazo de Sagitario hacia el centro de la galaxia, parecían una nube de luciérnagas multicolores—. ¿De cuál de ellas llegas? ¿A quién estamos escuchando?»

— Sí... —dijo una voz soñolienta.

— Ven en seguida, Mahree. Jerry ha recibido otra transmisión.

Un viva de entusiasmo fue la única respuesta. Rob, sonriendo, cerró el circuito y volvió a activarlo.

— ¿Yoki?

— ¿Sí, Rob? ¿Qué ocurre?

— Estoy en la sala de control. Jerry ha vuelto a captar la señal. Ven volando.

— ¡Fantástico! Voy en seguida.

Rob, sin cesar de sonreír, volvió a la consola de comunicaciones y vio que la señal seguía cruzando el centro del osciloscopio.

— ¿Qué haces ahora? —preguntó a Ciervoverde.

El jefe de comunicaciones movió la cabeza, absorto.

— Trata de triangular desde las tres posiciones registradas —dijo Raoul al médico—. Es como trazar líneas en el espacio. El punto de intersección es nuestro objetivo.

— Al menos en teoría —murmuró Jerry—. Pero la gravedad puede acentuar las ondas en el espacio. Si tenemos una estrella entre nosotros y su sistema...

El sonido de pasos precipitados hizo volver la cabeza a Rob. Mahree se encontraba detrás de él.

— Lo conseguimos —dijo dándole un rápido y fuerte abrazo— Jerry está tratando de localizarlos.

Cuando volvió a dejarla en el suelo, ella tenía los ojos brillantes y las mejillas muy coloradas.

— ¡Oh, Rob, esto es fantástico!

La transmisión duró casi veinte minutos y cuando terminó todos los miembros de la tripulación habían tenido oportunidad de verla. Hasta Joan se vio obligada a reconocer que tenía que ser artificial, aunque insistió en que debía de tratarse de una especie de radiobaliza robot.

— Me parece que no veías visiones, Mahree —reconoció la mujer—. Siento haberte hecho pasar tan mal rato.

— Yo misma estaba empezando a dudar —repuso Mahree con una sonrisa mientras le oprimía el brazo a su tía con gesto cariñoso—. Lo que importa es decidir qué hacemos ahora.

— Haremos un análisis comparativo de estas ondas con el ordenador, para ver si partiendo de las tres posiciones podemos localizar...

Se interrumpió porque en aquel momento una serie de coordenadas empezó a desfilar por la pantalla del ordenador.

— Ya lo he encontrado.

— ¿Dónde? —preguntaron todos.

Jerry estaba introduciendo órdenes y no respondió. Ante sus ojos apareció una vista tridimensional de su zona del espacio, con la situación de la *Désirée* indicada por un punto rojo

destellante. En la pantalla, cerca de ellos, se había marcado un sistema.

— Ahí están, a unos cinco segundos de paralaje. —Las palabras de Jerry eran escuetas y concisas, pero no podía disimular la emoción—. ¡Y se encuentran prácticamente en nuestra trayectoria, capitán! Ni siquiera vamos a tener que desviarnos.

Todos se volvieron hacia Raoul que contemplaba perplejo la carta celeste.

— Que me ahorquen si creí que íbamos a llegar a encontrarlo.

— Bien, no sé a qué *planeta* corresponde —dijo Jerry tratando de aparentar modestia—; esto habrá que averiguarlo cuando lleguemos.

— Raoul —dijo Paul Monteleón con vehemencia—, nosotros vamos Para allá, ¿verdad?

— ¿Qué efecto tendrá en nuestras reservas de combustible una parada en esa zona? —preguntó el capitán.

La voz suave del larguirucho jefe de máquinas era incolora.

— Tendré que consultar el ordenador, desde luego. Pero supongo que no habrá inconveniente. No se aparta mucho de nuestro rumbo. Jerry tiene razón en eso.

— Si hemos llegado hasta aquí, me parece que sería una estupidez retroceder ahora —opinó Raoul.

Rob miró a Mahree y a Yoki y levantó el pulgar. Ellas le sonrieron muy contentas.

— ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar al sistema? —preguntó Simón Viorst manteniendo sus ojos verdes con una total carencia de expresión.

«Tengo que hablar con él —pensó Rob observando al jefe de la hidropónica. Las hermosas facciones de Viorst estaban muy pálidas bajo su pelo canoso—. Trata de disimular, pero está asustado».

— Unos diez días y medio —contestó Joan—. A máxima velocidad interestelar, desde luego.

— Si viajáramos a velocidad interestelar normal —explicó Paul—, ahorraríamos combustible y sólo perderíamos dos días.

— Sí, y de ese modo tendremos más tiempo para estudiar los análisis de estas transmisiones —dijo Jerry—. Así podremos hacernos una idea de qué es lo que hemos captado.

— ¿Pero cómo va a procesarlo el ordenador? —preguntó Mahree.

Mientras tanto, Joan daba instrucciones para que la *Désirée* modificara el rumbo y la velocidad.

— No puede —respondió Jerry—. Pero sí puede analizar las señales y generar otras similares. El primer paso... es tratar de aislarlas y saber cuántas señales individuales hay y con qué frecuencia se repiten. Si se trata de un lenguaje y no de una especie de código, lo probable es que la distribución sea muy casual. Quiero decir que no hay más que recordar el viejo código Morse. En aquel código todo se reducía a puntos y rayas. En comparación, el lenguaje hablado tiene una variedad increíble.

— ¿Y si es un verdadero lenguaje? —preguntó Yoki.

— Entonces podemos tratar de traducirlo. Al fin y al cabo, los arqueólogos pudieron descifrar lenguas muertas, como los jeroglíficos egipcios y los símbolos mayas.

— ¿Existe alguna posibilidad de que lo que vemos tenga un componente visual —preguntó Mahree—, algo así como los videorrelieves?

— Desde luego, es posible —dijo Jerry—. Pero sin poseer una idea de cuáles son las imágenes visuales que pueden corresponder a esas transmisiones, estaremos a oscuras.

— Ya —reconoció Rob—. Quizá sea preferible tratar de analizar las transmisiones limitándonos a si representan un lenguaje hablado, si están generadas por una máquina o si son un código.

— Creo que dentro de tres días habremos adelantado algo en ese sentido —vaticinó Jerry.

— En aquellas películas parecía todo tan fácil... —suspiró Mahree.

— ¿Tiene un momento, Simón? —preguntó Rob Gable en voz baja al hombre que estaba sentado en el comedor de la *Désirée*.

Simón titubeó.

— ¿Es importante?

— Creo que sí. Pero si ahora está ocupado, lo dejamos para luego.

— ¿Esta noche? —preguntó Viorst.

— No sé —dijo Rob—. Tengo una cita para la hora de la cena. Pero si ahora lo reclama su trabajo— Sabía muy bien que el jefe de la hidropónica estaba franco de servicio; pero con tal de hablar con él se hallaba dispuesto a llamar a Yoki y anular la cita. Era importante lograr que Simón hablara con él. La chica lo comprendería.

— En fin, después de todo, supongo que lo mismo dará ahora que en otro momento —dijo el hombre al tiempo que hacía una mueca—. ¿Quiere que conversemos aquí?

— Bajemos al laboratorio de hidropónica. Deseo ver cómo están unas semillas que puse a germinar.

Viorst asintió secamente y los dos hombres salieron del comedor. Anduvieron en silencio por los corredores recubiertos de plástiacero (aquella semana estaban de color rosa pálido) hasta que llegaron a la escalerilla de la bodega donde se encontraban el sistema hidropónico y la zona de carga. En la escalerilla, la gravedad artificial estaba regulada a una sexta parte de lo normal; los dos hombres bajaron sin esfuerzo usando sólo las manos.

Cuando llegaron al laboratorio hidropónico, Rob se acercó a sus semillas. Después de ajustar el nivel de humedad en la germinadora, sacó un taburete e invitó al encargado de la hidropónica a sentarse en otro.

— Siéntese, Simón.

Viorst lo hizo con evidente nerviosismo.

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué quería verme?

— Sólo deseo que hablemos un momento —dijo Rob con el tono de voz neutro y tranquilo que utilizaba en la Facultad en las sesiones de terapia—. Han pasado tantas cosas en estos dos últimos días que todos necesitaremos algún tiempo para acostumbrarnos. La gente dice que no puede dormir. En realidad, yo tampoco. De manera que estoy tratando de hacer una revisión general de la tripulación. ¿Usted cómo se encuentra? ¿Padece insomnio últimamente?

— Me parece que estoy bien —repuso Viorst encogiéndose de hombros.

— ¿Pesadillas?

Los ojos verdes del jefe de la hidropónica se movieron inquietos.

— No; nada de eso.

— Bueno... La verdad es que no me sorprendería que las tuviera. La posibilidad de un primer contacto es muy impresionante, ¿sabe? Encontrarse con personas completamente distintas a nosotros...

— Querrá decir extraterrestres, no personas —le rectificó Viorst—. Lo que sean no tendrán aspecto humano.

— Es casi seguro que físicamente no se parecerán a nosotros; pero puede que, en el aspecto mental y emotivo, sean «personas».

Las bien dibujadas facciones de Viorst se contrajeron.

— Tal vez sí, tal vez no.

— Para usted, ¿cuál es la peor característica que podría tener un extraterrestre?

El jefe de la hidropónica reflexionó un momento.

— La invisibilidad, supongo. Que tuvieran la posibilidad de estar a tu lado y tú no te enteraras siquiera.

Rob parpadeó.

— Pero es posible que, incluso seres invisibles no sean hostiles, ¿verdad?

— Lo es —admitió Simón a regañadientes; dudó un momento y luego estalló—: ¿Eso es lo que usted piensa, verdad, doctor? Que se alegrarán de vernos, que todo será perfecto, ¿no? Pero supongamos que no es así.

— No sé —reconoció Rob—. Pero eso no lo sabremos hasta que nos hayamos presentado, ¿no cree? Y, si fueran realmente *personas* a las que prefiramos no volver a ver en la vida, siempre podremos advertir a la Tierra y a las colonias para que se mantengan apartadas.

— Eso en el caso de que vivamos para advertirles.

— Podría ser una buena idea lanzar una radiobaliza con una copia del cuaderno de bitácora antes de entrar en su sistema —sugirió Rob, pensativo—. Serviría de aviso a cualquier otra nave terrestre, si no vuelve a saberse de nosotros.

— Yo creo que lo mejor que podemos hacer es ir directamente a la Tierra y enviar a una fuerza expedicionaria bien entrenada, acompañada de una patrulla de soldados. —Los ojos del jefe de la hidropónica tenían una mirada dura—. Presentarnos así de improviso es ir en busca del peligro.

— Reconozco que sus argumentos son buenos —aceptó Rob—. Pero, en lugar de concentrarnos en que todo ha de ir mal, ¿por qué no dedicar la mitad del tiempo a pensar en la posibilidad de que esta experiencia sea positiva, que podamos encontrar a criaturas que tienen muchas cosas que enseñarnos?

— Me gustaría creerlo así. —Viorst parecía sincero—. No obstante considero que, si por fuera son diferentes, por dentro también lo serán.

— En eso estoy de acuerdo —dijo Rob estudiando los ojos de Viorst, su cara y sus manos, pero procurando que su mirada fuera natural—. Lo que ocurre es que diferentes no tiene por qué querer decir peores. Quién sabe, podrían ser más guapos que nosotros.

Viorst reflexionó.

— Es posible —admitió de mala gana.

Rob sonrió con aire tranquilizador.

— Quizás esté usted un poco preocupado por eso, Simón, lo cual no tiene nada de sorprendente... Sin embargo, preocuparse por algo que no ha pasado y que tal vez no llegue a pasar no es muy productivo.

Viorst lo miró furioso.

— No quiera darme lecciones, doctor. Bastante duro es tener que dejarse examinar por alguien que parece que todavía no se afeita.

Rob aspiró lenta y profundamente recordándose a sí mismo que no debía dejar que Viorst le ofendiera. El hombre estaba asustado, y eso lo convertía en irritable. «Ya tendría que estar acostumbrado a estos comentarios», pensó con amargura.

— Perdona si di la impresión de hablar con condescendencia —dijo con voz neutra—. Fue sin darme cuenta. ¿Me promete una cosa?

— ¿Cuál?

— Pensar en lo que le he dicho. ¿De acuerdo? Otro día volveremos a hablar. Y quiero que, si esta noche no puede dormir, Simón, me lo diga. Yo le daré un sedante suave para que lo tome mañana por la noche. ¿Conforme?

— Conforme, doctor.

Rob saltó del taburete.

— Gracias por hablar conmigo.

Mahree se frotó los ojos con un leve gemido.

— Si miro una sola curva naranja más, me quedaré ciega. Llevamos horas aquí y no estamos más cerca de una respuesta que cuando lodo esto empezó.

— Tienes razón. —Yoki se desperezó y su columna vertebral crujió— Mierda, quizá Joan tenga razón. Tal vez hayamos recibido Señales de agujeros negros inteligentes.

— No hemos perdido el tiempo —dijo Jerry—. Algunos de los programas que hemos adaptado servirán después, cuando lleguemos allí. Tienes aptitudes para este trabajo, Mahree. ¿Por qué no me ayudas mañana a hacer un inventario de las constantes universales?

— Pues claro que te ayudaré —respondió Mahree, halagada, pues Jerry no era persona que prodigara los elogios—. Espero, sin embargo, que adelantemos un poco más que con estas transmisiones.

— Algo se ha adelantado —comentó Rob—. Estamos casi seguros de que cada una de las transmisiones fue hecha por una voz diferente. Y el ordenador ha registrado casi quinientas concordancias perfectas. Algunas de ellas representan secuencias que se repiten muchas veces en cada transmisión.

— ¿Y qué? —Yoki alzó las cejas—. Me gustaría que me explicaras de qué nos va a servir a nosotros poder identificar el equivalente alienígena de «y», «lo», «pero» y «para». Hay que afrontarlo, Rob, esta gente seguirá siendo una incógnita hasta que lleguemos a su mundo y establemos contacto personal.

— Al menos estamos seguros de que se trata de un lenguaje y no de un mensaje o un código generado de forma mecánica —suspiró Rob, frotándose los ojos a su vez—. Demasiadas repeticiones y demasiada diversidad para que sea otra cosa.

— Desde luego, si lo comparas con las constantes *humanas* —le recordó Jerry sombríamente—, no hay manera de saber lo avanzadas que son sus máquinas. Sólo podemos juzgarlas en relación con las nuestras.

— Comparadas con esto, la Historia y la Física son muy emocionantes —dijo Mahree—. Voy a tener que ir a estudiar un rato para despertarme. —Trató de ahogar un bostezo; y luego se echó a reír cuando los otros, por simpatía bostezaron a su vez—. *Sekhmet* ha tenido una buena idea —agregó acariciando a la gata que dormía echada sobre las láminas.

El animal empezó a ronronear. «Ojalá yo pudiera estar tan relajada —pensó Mahree confundida, sintiendo de pronto que iban a saltársele las lágrimas. Parpadeó furiosa—. ¿Qué me pasa? Hace un momento no podía contener la risa y hora casi me echo a llorar».

— Todos necesitamos dormir —dijo Rob—. La tensión nos afecta a cuantos estamos aquí. Evelyn Maitland fue a verme ayer para pedirme que la pusiera otra vez en hibernación. Dijo que, si algo salía mal, no quería que pudieran echarle la culpa.

— Anoche tuve un sueño —dijo Mahree titubeando sin levantar la mirada, mientras acariciaba la barbilla de *Sekhmet*; el ronroneo se hizo más fuerte y seco—. Soñé que llegábamos allí pero habíamos cometido un grave error y registrado la transmisión «al revés». Por eso no los habíamos reconocido. Era todo un error y estábamos en la Tierra. Pero ya no había nadie, estaba desierta..., sin vida.

Nadie dijo nada durante casi un minuto. Mahree levantó la mirada y vio que todos la observaban. Entonces, cuantos estaban allí, salvo Rob, rehuyeron su mirada. Se le encogió el estómago y se mordió los labios, colorada.

Por fin, Yoki rompió el silencio.

Guapa, ¿por qué no te vas a dormir? Todos estamos nerviosos y es natural, dadas las circunstancias, ¿no, Rob?

— Desde luego —convino él extendiendo los brazos y poniéndose a *Sekhmet* sobre un hombro—. Te acompañaré al camarote.

Cuando estuvieron en la relativa intimidad del corredor, Mahree estalló:

— ¡Maldita sea! No debí decir eso. Ahora pensarán que no puedo resistir la tensión, que pierdo el control.

Rob rodeó los rígidos hombros de la muchacha con el brazo libre.

— No; no pensarán eso. Has resistido mejor que ninguno de nosotros —rió entre dientes—. Esta mañana olvidé que tenía el espejo conectado y me llevé un buen susto al verme a mí mismo cuando salí del aseo. Durante un segundo, me pareció que se me salía el corazón del pecho y luego me sentí como un imbécil.

Mahree sonrió débilmente.

— Lo dices para animarme; pero, de todos modos, muchas gracias.

— No es cierto. Anoche, era probable que yo también hubiera tenido pesadillas; pero me tomé un sedante y dormí como un leño. No es de extrañar que hoy ande medio atontado. Más de la mitad de la tripulación me lo ha pedido también por lo menos una vez.

— ¿En serio?

Mahree empezaba a sentirse mejor. De pronto, notó en los hombros el calor del brazo de Rob y

la proximidad de su cuerpo. Sintió que volvía a enrojecer.

— Ya hemos llegado —dijo él parándose delante del pequeño camarote—. Ahora quiero que te vayas a la cama en seguida. Nada de estudiar, ¿entendido?

La miraba con burlona severidad.

— Sí, doctor —dijo la chica en tono dócil.

Él le levantó la barbilla con dos dedos y sus ojos oscuros la miraron intensamente. Mahree contuvo el aliento cuando sus ojos se encontraron. «Va a darme un beso», pensó con un momentáneo vértigo. Luego, el sentido común se impuso, haciéndole el efecto de un jarro de agua helada.

— No tienes buen color —dictaminó el joven médico—. Y no me gustan esas ojeras. En serio, necesitas algo para dormir.

La muchacha tragó saliva.

— No; estoy bien.

Incluso después de que él retirara la mano, Mahree seguía sin poder apartar la mirada de la cara de Rob, como si quisiera aprenderse de memoria todos los detalles. La sombra que empezaba a oscurecer sus mejillas, las pequeñas líneas que habían aparecido junto a los ojos y la boca. Los oscuros rizos que él peinaba con los dedos... De pronto, sintió un deseo casi irresistible de levantar la mano y arreglarle el pelo.

«¡Basta ya!», se ordenó a sí misma. Y se volvió bruscamente, temiendo que él se hubiera dado cuenta. Pero la voz de Rob no había cambiado.

— De acuerdo —dijo—. Si estás segura... Buenas noches, Mahree.

— Buenas noches —contestó ella cerrando la puerta a su espalda.

Se apoyó en la pared, hasta que el corazón se le apaciguó y se le calmó el estómago. Entonces hizo una profunda aspiración y se sintió vacía.

«Las judías verdes —pensó de pronto—. Olvidé decirle que mañana hay que poner los tutores». Se apresuró a salir de su camarote y se dirigió al del doctor. Sus pies se movían de forma mecánica. Estaba a medio camino cuando oyó el sonido gutural de una voz de mujer y la voz de Rob. Mahree se detuvo con un pie en el aire. Luego, con mucho sigilo, se acercó a la intersección y miró hacia el corredor de la izquierda. Pudo ver a Yoki que abría la puerta de su camarote y desaparecía en su interior. Rob iba a medio paso detrás de ella.

La puerta se cerró. Mahree oyó el leve chasquido del cerrojo.

IV. LA TEMPESTAD

Querido Diario:

Le odio. La odio. ¡¡¡No quiero hablar de esto!!!

— Pi, desde luego —dijo Jerry categóricamente.

El jefe de comunicaciones y Mahree estaban sentados a una mesa del comedor con el terminal conectado y casi cubierto de hojas impresas.

— Eso es bastante fácil para el ordenador, con un esquema holográfico —continuó—. Podemos aplicarlo en quince o veinte sitios, a fin de que lo usen para comprobar su traducción de nuestros números.

— Desde luego, Pi fue mi primera conclusión —manifestó Mahree—. Pero también se me ocurrieron otras. «Estrella», «planeta», «Luna»... Podemos comprobarlos todos presentando un esquema de su propio sistema solar.

— Pues claro. —Las anchas facciones de Jerry se dilataron en una sonrisa—. Y también «asteroide», «cometa» y hasta «anillo».

— Exacto. Y eso nos llevará a «órbita» y «año». Son términos más abstractos; pero el ordenador podrá ilustrarlos utilizando una secuencia de imágenes.

— Otra constante es la velocidad de la luz. Aunque antes tendremos que calcular sus unidades de medida.

Mahree asintió.

— Esto nos lleva otra vez a los números. Pero podemos ilustrarlos al lado del numeral dos... y así sucesivamente.

— Ya lo había pensado —dijo Jerry revolviendo en las láminas mostrando un esquema—. ¿Es a esto a lo que te refieres?

— Sí, y por ahí podemos seguir hasta las anotaciones científicas.

— Siempre y cuando su sistema tenga métodos de exploración visual.

— Si el nuestro los tiene, ¿por qué no había de tenerlos el suyo?

— No olvides, Mahree, que lo único que hemos recibido de ellos hasta ahora son ondas de radio. En la Tierra se producían ondas de radio partiendo de las emisiones de televisión que se escapaban al espacio mucho antes de que tuvieran ordenadores que fueran más allá del nivel de las fichas perforadas.

— No se me había ocurrido. —Mahree se golpeó los dientes con el mango de la pluma—. Podemos representar el paso de lo muy grande a lo muy pequeño. Mostrar una estrella y luego enfocar sectores cada vez más chicos hasta llegar al átomo de hidrógeno, y luego mostrar cómo la estrella lo convierte en helio.

— Es posible. Veré lo que me da el ordenador como representación gráfica. Pero quizás antes tendríamos que probar la tabla periódica.

— Podríamos hacer «sistema solar» y «galaxia» —propuso Mahree minutos después—. Desde luego, según lo avanzadas que estén sus ciencias astronómicas.

— Tal vez sepan más que nosotros acerca del Universo. Tendríamos que pensar también en nuestras leyes químicas como $PV = nRT...$, la ecuación de la ley del gas perfecto.

— ¿Qué es eso? —preguntó Rob Gable, que había entrado sin hacer ruido—. ¿Lo que resulta de comer ración doble de las judías fritas de Ramón?

Mahree sintió que le ardían las mejillas y trató de mantener la compostura.

— Muy gracioso, Rob.

Jerry resopló con aire severo.

— Aquí estamos tratando de trabajar en serio. Si no quieres ayudar, más vale que mantengas la boca cerrada. ¿Ya no te acuerdas de tu química básica? La ley del gas perfecto es la ecuación del estado de un gas ideal. Combina la ley de Boyle, la ley de Charles y el principio de Avogadro. ¿O es que vosotros, las eminencias médicas ya no estudiáis eso?

Rob, sin hacer caso del sarcasmo, se inclinó a mirar la lista que habían confeccionado.

— ¿Son éstas vuestras constantes?

— Hasta el momento —respondió Jerry—. ¿Tienes alguna idea?

— Déjame una durante diez minutos. Utilizando el osciloscopio de la enfermería podría daros alguna orientación. ADN, ARN quizás, aminoácidos... —Meditó un momento—. Si tienen cuerpos físicos parecidos a los nuestros, aunque sea remotamente, podemos utilizar estas similitudes. «Ojos» o «piernas», por ejemplo.

— Espero que tengan cuerpos físicos —gruñó Jerry—. ¿Cómo descubrir un marco de referencia común con seres que sean pura energía?

— Buen planteamiento —reconoció Rob.

— ¿Cuánto falta? —preguntó Mahree.

No necesitaba aclarar a qué se refería.

— Deberíamos entrar en el sistema X dentro de treinta y seis horas. Más vale que nos apresuremos con esto —dijo Jerry, mirando la lista con el entrecejo fruncido; contempló las cifras y esquemas durante casi un minuto, juró entre dientes y se restregó los párpados—. Maldita sea, ni siquiera puedo coordinar ideas. Si pudiera tener ocho horas de descanso en la cama... Estoy seguro de que mi cerebro volvería a funcionar.

— Yo, sin ánimo de ofender, Jerry, detecto inconfundibles señales de fatiga y estrés en tu conducta —dijo Rob con sequedad—. Y lo último que necesitamos cuando nos encontremos con esa gente es un jefe de comunicaciones majareta. ¿De acuerdo?

— De acuerdo —admitió Jerry de mala gana—. ¿Me recetas una dosis de sueño?

— Categóricamente. —Rob observó cómo se levantaba el jefe de comunicaciones y le empujó suavemente hacia la puerta—. Joan dice que tardaremos por lo menos cuarenta y ocho horas en saber hacia qué clase de mundo nos dirigimos. Descansa.

— Hasta luego, Jerry —contestó Mahree—. Mientras tanto, trataré de hallar conceptos y luego me pondré con la programación básica.

— Gracias, niña —dijo Jerry—. Si sigues matándote a trabajar de ese modo, tendremos que decir a Raoul que te dé un nombramiento oficial.

Mahree no levantó la mirada cuando Rob se sentó delante de ella. *Sekhmet*, que había seguido a su amo hasta el comedor, lanzó un maullido quejumbroso y la muchacha se agachó para cogerla.

— ¿Cómo te encuentras hoy, pequeña? —preguntó Rob mirándola con gesto de preocupación.

— Muy bien —respondió ella esperando que él no se diera cuenta de lo irritados que tenía los ojos.

— ¿Qué tal has dormido?

— De maravilla —mintió.

— ¿Seguro? Me parece que no.

— Estoy perfectamente, te lo juro. Sólo un poco nerviosa porque casi hemos llegado, imagino.

Hizo un esfuerzo para mirarle a los ojos. Cuando vio la sincera preocupación que había en su cara, tuvo que luchar con el impulso de dar rienda suelta a sus sentimientos. En su fuero interno, se reprendió con severidad.

— ¿Siguen recibéndose muchas transmisiones? —preguntó.

— No —repuso él—. Al parecer, anoche alcanzaron el máximo nivel. Ahora son menos frecuentes. Dice Joan que durante la última hora sólo hubo dos. —Frunció el entrecejo—. Espero que no se hayan ido cuando lleguemos. La primera señal la recibimos a mucha distancia... Han tenido décadas para destruirse o ser barridos por una plaga a escala planetaria.

— Jerry lo predijo —apuntó Mahree—. Al menos, mencionó que podía ocurrir, si su desarrollo tecnológico había seguido una trayectoria similar al de la Tierra.

— ¿Cómo?

— Bien, las primeras ondas de radio lo bastante potentes como para escapar de la Tierra y salir al espacio fueron generadas a mediados de mil novecientos. Hace trescientos años que viajan.

— Sí. Y eso significa que ahora están a cien segundos de paralaje, es decir a unos trescientos años luz del sistema solar de la Tierra. Te entiendo.

— Bien. Lo que hay que recordar sin embargo es que, si estuviéramos en una nave dirigida a la Tierra y ajustáramos nuestras frecuencias para captar esas viejas transmisiones, el mayor número lo recibiríamos cuando nos encontráramos a unos doscientos cincuenta años luz de la Tierra. Luego, cuanto más nos acercáramos al planeta, menos señales recibiríamos.

— Eso no tiene sentido —dijo Rob con el ceño fruncido.

— Según lo explica Jerry, sí lo tiene. Se debe a que la tecnología de la Tierra se hacía cada vez más evolucionada. Antes del milenio, la Tierra era la fuente de radio más «sucias» del sistema solar. Emitía más ondas de radio que el Sol y que Júpiter. Pero, a medida que la tecnología humana fue perfeccionándose, se fue haciendo más «limpia», a pesar de que todavía escapan bastantes señales.

— ¿A qué te refieres al decir que fue perfeccionándose?

— A que su enfoque hacia los satélites se hizo más preciso y empezaron a utilizar medios como cables subterráneos. Cuando llegaron a ese nivel, dejaron de «perder» tantas ondas de radio lanzadas a la ionosfera. De forma involuntaria, desde luego.

— Comprendo. —Rob estaba impresionado—. Es decir, que la reducción de transmisiones que observamos podría significar que la tecnología del «Sistema X» tiene algo en común con la nuestra.

Es posible. Cuanto más nos acercamos, más «limpio» aparece el planeta en cuanto a fuente de radio. Me parece que es muy probable que sea debido a recientes avances tecnológicos.

El médico se pasó una mano por el pelo y lo revolvió.

Un momento. La primera señal que recibimos estaba a cincuenta y siete años luz del Sistema X. Si las suposiciones de Jerry son ciertas, es que su tecnología ha adelantado mucho más de prisa que la nuestra, en términos relativos.

— Quizás ellos sean más inteligentes que nosotros.

Rob hizo una mueca.

— «Tal vez», «quizá», «probablemente»... ¡Maldita sea, quiero saberlo con seguridad!

— No tardaremos en averiguarlo —dijo Mahree mirando a *Sekhmet*, que, con el hocico apoyado en su brazo, gruñía reclamando atención.

— Sí, y la impaciencia no hará que las horas pasen más de prisa. Mientras ellos sigan ahí, imagino que podré esperar —concedió Rob—. Pero sería terrible descubrir que hemos llegado cincuenta años tarde.

— ¿Has hablado con el tío Raoul acerca de cómo vamos a actuar? Me refiero a si llegamos a encontrar a alguien.

— Él pidió mi consejo; pero no sé si lo seguirá.

— ¿Qué le dijiste?

— Le propuse lanzar una radiobaliza E con una copia del cuaderno de bitácora de la *Désirée* justo antes de entrar en el sistema. Al fin y al cabo, tenemos que salir del metaespacio antes de entrar en el campo de gravedad del planeta.

— Me parece razonable. ¿Qué más?

— También le sugerí que tuviéramos una de sus transmisiones preparada para retransmitirla, a fin de que supieran qué fue lo que nos trajo hasta aquí.

— No me parece una buena idea —objetó Mahree—. ¿Y si esa transmisión fuera una declaración de guerra, pongamos por caso? Retransmitir lo que ellos emitieron sin entenderlo podría ser peligroso.

— Lo mismo dijo Raoul. Por eso retiré la propuesta.

— ¿Y qué más?

— Le dije que, si veíamos señales suyas, lo mejor sería quedarnos a la expectativa, cediéndoles la iniciativa. Y que, si entrábamos en contacto físico con ellos, fuéramos sin armas.

— ¿Qué respondió a esa proposición?

— Estaba claro que le costaba aceptarla.

Mahree suspiró.

— No me sorprende, aunque estoy de acuerdo contigo. Tal vez no importe que vayamos armados o no, ya que es posible que ni siquiera reconozcan nuestras armas.

— Y viceversa, supongo. —Rob apoyó la cabeza en las manos—. ¡Dios mío, qué cansado estoy! No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí bien. Esta espera empieza a agotarnos a todos. Podrías cortar la tensión de la nave con un láser y almacenarla en la bodega. Se palpa.

— Lo sé. Creo que anoche el tío Raoul tuvo una disputa con Joan. Y ellos casi nunca se pelean —comentó Mahree moviendo la cabeza tristemente.

Rob indicó el montón de hojas impresas.

— ¿Puedo ayudarte con esto, o quieres que baje a ver cómo están los rabanitos?

Se hallaba tan fatigado y demacrado que Mahree sintió una opresión en el pecho y no se atrevió a mirarle a los ojos.

— Ve tú —dijo—. Prefiero quedarme un rato trabajando. Este asunto requiere una concentración total.

— De acuerdo. —Se puso en pie—. ¿Seguro que estás bien?

La chica hizo un esfuerzo y le dirigió una amplia sonrisa.

— Desde luego. No te preocupes.

— Ahí va nuestra radiobaliza E —dijo uno de los técnicos al percibir una débil sacudida en el *Désirée*.

«Eso quiere decir que Raoul decidió seguir mi consejo —pensó Rob—. Espero que al final no resulte que esa radiobaliza es lo único que queda de nosotros. —Se interrumpió—. Basta. Esas charlas con Simón empiezan a influir en mí».

Contempló la pantalla desde el asiento que ocupaba junto a la pared del concurrido comedor. Las estrellas tenían un fulgor fijo y brillante, ya que la *Désirée* había salido al espacio real hacía varios minutos.

Delante de ellos se hallaba el Sistema X. A esa distancia, superior a la existente entre el Sol y Plutón, la estrella central era sólo un poco más brillante y más grande que la profusión de astros que la rodeaba.

— Amarilla blanca. —La voz de Joan Atwood llegó a los que escuchaban desde el comedor—. Más nueva y un poco mayor que el Sol.

— Dieciséis planetas —dijo Paul Monteleón—. Tres gigantes gaseosos, anillados, y cinco de hielo y rocas en la órbita exterior... Apenas mayores que lunas.

— ¿Localizas la fuente de las transmisiones? —preguntó Raoul con voz ronca y tensa.

— Todavía no —respondió Jerry, abstraído—. Pero no proceden de ninguno de estos ocho mundos. Viene de un lugar más profundo, como es natural.

Rob, con todos los nervios en tensión, miró a uno de los asteroides helados que aparecía en la pantalla. Unas nieves amoniacadas y lagos de metano reflejaban la luz.

— ¿Cuántas horas tardaremos en llegar a mundos más cálidos? —preguntó a Mahree que estaba en la mesa contigua—. Son los puntos más prometedores.

— A esta velocidad, necesitaremos unas tres horas para alcanzar una distancia de dos Unidades Astronómicas —respondió Joan—. Es una distancia un poco mayor que la que existe entre el Sol y Marte.

— Al otro lado de las gigantes de gas —puntualizó Rob—. Para entonces deberíamos poder recoger datos de esos ocho mundos interiores.

Mahree asintió entre dientes.

Rob miró a la muchacha y observó que aún tenía ojeras. Y aquellos ojos... Había en ellos una expresión atormentada, una tristeza que sólo vio en ellos cuando la joven se resistió a hablar de la muerte de sus amigos a causa de la fiebre Lotis. Mahree había madurado en los días transcurridos desde que recibieron la primera señal. Su cara redonda y tersa estaba ahora más afilada y madura. «Algún día será una mujer atractiva», pensó Rob.

Ella se volvió a mirarlo sonrojada, y él se dio cuenta de que había estado contemplándola sin parpadear. Enrojeció a su vez.

— Perdona, pero a veces me olvido de dónde estoy.

— No tiene importancia —respondió ella; pero no lo miró a los ojos.

Rob se planteó si Mahree estaría preocupada todavía por la pesadilla. Pero él le había preguntado si le ocurría algo y ella le contestó que no. ¿Qué más podía hacer?

Mientras contemplaban la pantalla, llegó Yoki y se sentó al lado de Rob.

— ¿Cómo va todo?

— Hasta ahora, no hay nada —informó él, oprimiéndole la mano con disimulo—. Gente que llega corriendo y se queda a la espera.

— Debemos de ser masoquistas —comentó Yoki paseando la mirada por las caras pálidas y tensas que los rodeaban—. En lugar de estar aquí sufriendo, lo que tendríamos que hacer es poner una de tus películas y dejar que los del puente nos avisen si alguien se acerca a saludar.

— Siempre podríamos organizar una proyección privada —dijo Rob en un tono de voz calculado sólo para sus oídos—. Algo romántico, tal vez. Todavía no has visto *Casablanca*.

Ella sonrió con tristeza.

— Lo más probable es que no pudiera concentrarme... en nada. Ni en una película. ¿Tú podrías?

— No —reconoció él, con sinceridad.

La *Désirée* seguía penetrando en el sistema solar. Poco a poco la estrella fue adquiriendo las características de un sol, y Joan informó de un cinturón de asteroides, mucho más fino que el existente entre Marte y Júpiter. Pasaron junto a una gigante de gas, un mastodonte anaranjado con un anillo oscuro, un poquito mayor que Saturno.

Rob se quedó dormido, y despertó al cabo de una hora con el cuello rígido, dolor de espalda, la boca seca y sabor a café rancio. Yoki le sacudía por el codo.

— ¿Humm?

— Chissst... Escucha, Rob.

La voz de Ciervoverde decía:

— ...seguro. Está situado a una distancia de una unidad astronómica y media. Casi el doble del tamaño de la Tierra. Pero la gravedad es de una vez y media... Menos elementos pesados, quizá. Cuatro lunas de pequeño tamaño.

Rob trató de despegar la lengua del paladar.

— ¿Lo ha encontrado?

— Sí —respondió Yoki sin apartar los ojos de la pantalla. Sólo se veía el sol, que era casi del tamaño del Sol del sistema terrestre visto desde la Tierra.

— ¿Dónde está?

— Es el sexto planeta —dijo Mahree—. Hemos aminorado la velocidad. El tío Raoul no quería irrumpir como si fuéramos los amos del espacio.

— Está bien pensado —reconoció Rob.

Se desperezó, bostezó y fue en busca de algo de beber. Cuando regresó, el planeta era un diminuto disco verde y blanco.

— ¿Seguimos recibiendo transmisiones? —preguntó a Mahree.

— No lo sé.

El disco fue aumentando de tamaño. Rob se inclinó hacia delante. Sentía cómo le palpitaba el corazón y notaba la boca otra vez seca. Miró a Mahree y observó que ella se mordía el labio con furia. Yoki era la única que no denotaba emoción. Sus ojos oscuros se encontraban clavados en la pantalla sin parpadear.

— ¡Eh! —Era la voz de Jerry—. Recibo algo. Transmisiones. No proceden del planeta.

— ¿De dónde entonces?

Nadie contestó. La *Désirée* siguió aminorando la velocidad. Ante ellos, giraba el planeta, y Rob creyó distinguir el resplandor azul del agua.

— Capitán. —La voz de Jerry era neutra; pero había en ella algo que hizo que a Rob se le erizara el vello de la nuca—. He encontrado la fuente de las transmisiones. Son naves, señor.

— ¡Rayos, vaya si lo son! —exclamó Raoul.

Rob estaba de pie, casi sin darse cuenta de que Yoki le asía la mano y le clavaba las uñas en la palma. Petrificado, contemplaba las pequeñas naves que aparecían en el campo visual. *Cuatro, cinco... siete... No, ocho.*

La *Désirée* se hallaba rodeada.

V. EL ROSTRO DE LO DESCONOCIDO

Querido Diario:

Estoy en la sala de control, descansando en el asiento del copiloto y contemplando la pantalla central. Las ocho naves siguen ahí, con un brillo color ámbar sobre la negrura del fondo. Su forma es muy diferente de la *Désirée*, que se parece vagamente a un globo.

Estas naves son estrechas y aerodinámicas... como si también pudieran navegar por la atmósfera. Rob dijo que le recordaban a un depredador de los océanos de la Tierra llamado tiburón martillo. Tienen a los lados unas protuberancias estrechas y oblicuas que no parecen alas pero que probablemente poseen igual función. Todas son del mismo color naranja dorado, con unas rayas negras muy finas a lo largo del cuerpo.

Hace casi hora y media que se situaron alrededor de la *Désirée*: pero ésta fue la última maniobra que hicieron. Sólo nos acompañan, a una distancia como de veinte kilómetros. Permanecen a la espera... ¿quién puede saber de qué?

El tío Raoul se encuentra en el comedor, tomando el horrendo café de Simón. Por su expresión, yo diría que empieza a arrepentirse de haberse metido en esta aventura.

Cuando aparecieron las ocho naves, Joan redujo al mínimo la velocidad de la *Désirée*, y nuestra escolta hizo otro tanto. Lo que importa es saber si se trata de una guardia de honor o si nos han capturado.

Al principio, nos inundaron de transmisiones, a las que, como es natural no pudimos responder, así que pronto cesaron. Seguimos acerándonos al planeta, pero a esta marcha tardaremos medio día en llegar.

En el puente somos cuatro: Jerry, Paul, Joan y yo. Unos cuantos miembros de la tripulación siguen mirando la pantalla del comedor; pero la mayoría han vuelto a su trabajo.

No sé dónde está Rob en este momento. Francamente, es un alivio. Empiezo a sospechar que algo anda mal.

¡Ojalá pudiera dominar lo que siento por él! Sin embargo, por más que me esfuerzo, cada vez que lo veo es como si recibiera una descarga eléctrica. Resulta doloroso, pero al mismo tiempo hace que me sienta tan viva...

Yo me repito que lo que siento no es amor, que soy muy joven para eso. No obstante lo parece. ¿Se puede amar a alguien de verdad cuando se tienen casi diecisiete años?

¿Cómo sabes cuándo es auténtico...?

De repente, Mahree dejó de teclear y abrió mucho sus ojos castaños. Sólo la fuerza de la costumbre le hizo pulsar la tecla de «archivar» antes de decir:

— ¡Tía Joan! ¡Una de las naves se acerca!

La primer oficial levantó la mirada en el mismo momento en que pulsaba el intercomunicador.

— Capitán, al puente, de prisa.

Mahree y los demás observaban como hipnotizados la pequeña nave que se aproximaba poco a

poco.

— Distancia: setecientos cincuenta metros —informó Jerry al fin—. Voy a examinar mejor esas rayas negras. —Ajustó el factor de aumento en la pantalla de proa enfocando las rayitas oscuras que Mahree había observado.

En realidad, las «rayas» eran líneas de símbolos.

— Ahora podemos estar seguros por lo menos de una cosa —dijo Jerry—. Tienen órganos visuales, o no pondrían marcas externas en sus artefactos.

La pequeña nave se detuvo a unos quinientos metros de la *Désirée*. Mahree entornó los ojos, tratando de distinguir si tenía portillas. Pero la brillante proa de la nave aparecía totalmente lisa. Oía a su espalda un murmullo de voces excitadas de los miembros de la tripulación que se agolpaban en el puente.

— ¡Vuelve a moverse! —exclamó Paul Monteleón al cabo de un fomento.

Vieron en la pantalla que la nave alienígena iniciaba un movimiento espiral rodeando a la *Désirée* de proa a popa. Al iniciar la segunda espira, de su proa brotó una luz brillante que iluminó a la *Désirée*, la cual era de mayor tamaño.

Joan jadeó:

— ¿Nos apuntan con alguna especie de arma?

Paul miró un indicador y movió la cabeza en gesto negativo.

— No es más que un haz luminoso. Quieren vernos mejor.

En su segunda pasada, la pequeña nave se detuvo cuatro veces. La primera ante la proa de la *Désirée*, la segunda, frente al comedor, junto a los armarios de los trajes de emergencia; la tercera vez, a la mitad de la nave, delante de la escotilla de los botes salvavidas y, finalmente, debajo del vientre de la mercante, al lado de la escotilla de carga.

— ¿Por qué se paran? —preguntó Raoul.

Mahree miró a hurtadillas y lo vio al lado de su tía, abrazándola por los hombros. Mahree no hubiera podido asegurar si ofrecía amparo o lo buscaba.

— Se han parado durante casi cinco segundos frente a cada una de nuestras salidas —murmuró Jerry, pensativo.

— ¿Cree que piensan *abordarnos*?

A Mahree le costó trabajo reconocer la voz de Simón Viorst, atiplada por el miedo. Volvió la cabeza hacia la multitud, pero no vio al jefe de la hidropónica.

— Lo dudo —respondió Raoul con sequedad—. Si fueran hostiles, lo lógico es que hubieran disparado ya contra nosotros.

— Probablemente, querían averiguar la forma y el tamaño de nuestras cámaras de descompresión —opinó Mahree—. Si desean establecer contacto, tendrán que conectar una de sus embarcaciones a nuestras compuertas.

La pequeña nave, idéntica a sus compañeras, volvió a la formación.

— ¡La función ha terminado! —gritó Raoul—. Despejen el puente. Si ocurre algo, informaremos por el intercomunicador, ¿de acuerdo?

Mahree sintió hambre. Con tantas emociones, se había saltado el desayuno y olvidado el almuerzo. Ahora notaba un vacío en el estómago y se encontraba débil y desorientada.

— Voy a buscar un bocadillo —anunció—. ¿Alguien quiere algo?

Poco después, hacía una lista.

En el comedor, Mahree se puso a programar la máquina dispensadora. «Vamos a ver: dos de jamón y queso con pan de centeno, una ensalada de pollo al *curry*, una crema de atún en tartina, *rosbif* con *cheddar* y para mí... un emparedado de pavo. Lástima que todavía no tengamos tomates y lechugas de verdad...»

Los alimentos que suministraba la máquina eran sucedáneos con la forma, el aroma, el aspecto y el sabor de lo auténtico. La *Désirée* era una nave mercante y carecía de las exquisiteces de las enormes y lujosas naves de pasajeros.

Mahree devoró su bocadillo mientras esperaba que la máquina dispensadora entregara los otros. Como seguía con hambre, pidió una fuente de barritas de queso.

— ¿Me das una? —preguntó una voz junto a su oído en el momento en que las barritas salían de la máquina.

Mahree se volvió y vio que detrás de ella estaba Yoki.

— Pues claro, las que quieras. ¿Cómo va todo?

— Bien. He estado en la bodega de carga a ver si teníamos algo que pudiera resultar atractivo para individuos de otra especie.

Yoki tomó una de las pequeñas barras de queso, la sumergió en salsa caliente y se la metió en la boca. Luego, hizo una mueca.

— ¿Demasiado caliente?

— La salsa, no —respondió Yoki con voz ahogada—. Está caliente el queso...

Mahree tomó una a su vez y siguió interesándose por los acontecimientos.

— ¿Y encontraste algo?

Yoki negó con la cabeza.

— Imposible asegurarlo a ciencia cierta..., pero lo dudo.

Mahree colocaba los bocadillos en una bandeja.

— Tiene gracia cómo te acostumbras a las cosas —comentó Yoki—. Hace un par de días todos andábamos como locos por la posibilidad de haber interceptado un mensaje de extraterrestres y ahora nos tienes aquí, con ocho naves alienígenas alrededor y pensando en comida.

— Yo creo que, a partir de un punto, se agota la capacidad de asombro de las personas —dijo Mahree mientras servía café.

— ¿Necesitas que te ayude a llevar todo esto?

— Gracias —contestó Mahree cogiendo la fuente de los bocadillos.

Yoki la miró con fijeza.

— ¿Y tú cómo estás, guapa? Rob dijo anoche que parecías un poco nerviosa.

— No. Estoy bien —repuso Mahree.

«Maldita sea, me cae bien Yoki. ¡No hay derecho! ¿Por qué las cosas no pueden ser o blancas o negras, en lugar de tener tantos tonos de gris?»

La sobrecarga suspiró y Mahree, no sin cierta desazón, se preguntó si la otra muchacha le habría leído el pensamiento.

— ¿Ocurre algo? —inquirió.

— Ojalá no metamos la pata —dijo Yoki pasando la bandeja por la puerta—. De repente, he tenido un mal presentimiento.

— Bien, Simón —comenzó diciendo Rob Gable mientras medía con sumo cuidado una solución de nutriente en un bocal—; hace varias horas que nos escoltan y aún no ha pasado nada malo. Si fueran hostiles, a estas alturas ya habrían revelado sus intenciones.

El jefe de la sección hidropónica movió la cabeza con expresión de terquedad mientras aseguraba una hebra de una mata de judías.

— Serían unos estúpidos si nos atacaran en los confines de su territorio, mientras pudiéramos escapar. Lo mejor para ellos es llevarnos adonde más les convenga y entonces pasar a la acción.

— Simón —dijo Rob con un suspiro—, si usted se empeña, es capaz de dar una interpretación negativa al acto más inocente.

Apretó los labios y se advirtió severamente que no podía permitirse perder los estribos con Viorst. El jefe de la hidropónica era terco y atrabiliario, desde luego; pero estaba muy asustado. Enfadarse con él no le ayudaría a vencer el miedo. O, por lo menos, resistirlo.

— No nos han dado motivo para pensar que no vayamos a poder dar media vuelta y marcharnos por donde hemos venido —dijo Rob después de unos momentos de reflexión—. Esas naves son tan pequeñas que no podrían apresarnos.

— ¿Y cómo lo sabe? —preguntó Viorst—. Ahora hace usted lo mismo de lo que siempre me acusa a mí, doctor: generalizar a partir de lo que hacen los humanos. Unas naves de ese tamaño que hubiéramos construido nosotros no tendrían velocidad ultralumínica ni mucho armamento; pero... ¿quién puede asegurarnos que no tengan un reactor que quepa en esa caja? ¿O armas del tamaño de ese bocal capaces de desintegrarnos?

Rob parpadeó, sorprendido. Finalmente, asintió.

— Tiene razón, Simón; estaba generalizando. Pero tan improcedente es esa manera de pensar como la de dar a todo una interpretación negativa, ¿no lo comprende?

— Quizá. —Viorst volvió a adoptar su tono hosco—. Por lo menos, eso es lo que usted me repite a todas horas.

Rob midió el espesor de las algas que había en un recipiente y rectificó un poco la iluminación.

— Lo único que le pido es que no saque conclusiones precipitadas. Trate de adoptar una actitud más ecuánime y sosegada, ¿de acuerdo?

Simón meditó y suspiró.

— Está bien, doctor —convino.

No obstante, seguía preocupado.

— Recibo una señal —informó Jerry tenso—. Es fuerte y viene de delante.

— ¿De alguna de esas lunas pequeñas? —preguntó Joan.

— No; es artificial.

— ¡Una estación espacial! —exclamó Mahree, con voz insegura y un poco chillona. Se puso colorada. «¿Por qué he de hablar siempre como si tuviera doce años?»

— No se parece a nada que yo conozca; pero no me sorprendería que fuera una estación

espacial —respondió Jerry.

— ¿Cuándo estaremos lo bastante cerca para establecer contacto visual? —preguntó Yoki, después de tragarse muy de prisa la última barrita de queso.

— Dentro de unos cinco minutos. Está en el lado de día del planeta, por lo cual se verá bastante bien —explicó Jerry.

Raoul dirigió una comunicación a toda la nave, advirtiéndole que dentro de pocos minutos aparecería en la pantalla del comedor algo digno de verse.

— ¿Crees que ése pueda ser nuestro punto de destino? —preguntó Paul Monteleón a Jerry.

— No me sorprendería —contestó el jefe de comunicaciones—. De sus observaciones de la *Désirée*, habrán deducido probablemente que no podemos posarnos en la superficie de un planeta; también es probable que quieran mantenernos relativamente aislados.

Mahree, que no apartaba la mirada de la pantalla y que, debido al esfuerzo por no parpadear, tenía los ojos casi bizcos, jadeó de pronto:

— He visto un destello en la posición diez.

— Ahí está —confirmó Jerry.

Mahree y los demás miraban desorbitados el objeto que crecía en la pantalla. Era vagamente rectangular, con los ángulos redondeados. Les pareció pequeño hasta que vieron a una de las naves color ámbar pasar por su lado y pudieron hacerse una idea de la escala.

— Ese armatoste tiene casi diez kilómetros de ancho por catorce de alto —susurró Jerry, impresionado.

— Su forma me recuerda algo —dijo Mahree.

— Un ábaco —apuntó Yoki—. Un marco rectangular azul plata y negro, con esas hileras de esferas semejantes a cuentas.

— Cuentas de colores diferentes —observó Jerry—. Otra señal de que tienen ojos. Los distintos colores pueden indicar funciones diversas. Naranja para servicio técnico, verde para comunicaciones, amarillo para alojamientos... o algo por el estilo.

— Ese violeta hace llorar —se lamentó Joan.

— A lo mejor a ellos les encanta —comentó Yoki—. Sus ojos tal vez no captan los colores con la misma intensidad que los nuestros.

— Pero sí de un modo muy similar —dedujo Jerry, con la voz tensa—. Muy similar. Amigos, no creo que tengamos que habérmolas con entes de pura energía.

Ya estaban lo bastante cerca del planeta para distinguir grandes zonas de vegetación de un verde intenso entre el ocre de los desiertos.

— Respecto a mares, no parece que haya mucho que ver —informó Paul mientras contemplaba un monitor—. Sólo el que ya hemos observado. Muchos lagos; algunos del tamaño del Superior o mayores. Varias cordilleras muy altas. La temperatura media es un par de grados más alta que la de la Tierra.

— ¿Selvas tropicales? —preguntó Joan.

— Sí; y mucha sabana.

— ¿Hay indicios de que existan ciudades?

— Estamos todavía muy lejos para divisarlas.

Haciendo un esfuerzo, Mahree apartó la mirada del planeta y observó que la *Désirée* se acercaba muy de prisa a la estación espacial.

— Atención visor izquierdo —dijo.

Inmediatamente, Jerry proyectó en la pantalla principal la gigantesca estructura.

Vieron cómo se aproximaba la estación, en cuyo marco ya se distinguían aberturas circulares que, al parecer, eran puntos de atraque para naves de diferente tamaño. Una tras otra, las ocho naves que los escoltaba fueron retirándose.

— ¿Encajaremos en alguno de esos alvéolos, Paul? —preguntó Raoul a su jefe de máquinas.

— No. Todos los que tenemos a la vista están preparados para esas proas cónicas, capitán —respondió Monteleón.

— Bueno..., ¿qué hacemos ahora? —planteó Raoul—. Si no podemos atracar, ¿cómo vamos a reunirnos con ellos?

— Yo sugiero aminorar la velocidad para no incrustarnos en su estación —dijo Jerry con suavidad.

En efecto, el ingenio parecía venírseles encima a una velocidad alarmante.

Joan lanzó un juramento por lo bajo y se apresuró a accionar los propulsores de maniobra avante. La *Désirée* redujo la marcha todavía más hasta quedar estática.

— Esa estación es lo bastante grande como para ejercer una fuerza gravitatoria que nos atraiga —dijo—. Daré al ordenador el mandato de comprobar la posición y rectificarla si es necesario.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Raoul.

Mahree y los demás lo miraban. Nadie se aventuró a responder al capitán.

— Encallados —dijo Rob mirando la pantalla del comedor—. ¿Cuánto tiempo llevamos así?

— ¿Casi doce horas? —respondió Mahree—. Quizás esperen a que nosotros tomemos la iniciativa.

— Maldita sea.

Rob apuró la jarra de cerveza que tenía en la mano y pulsó el botón de la máquina dispensadora para pedir otra, la quinta. Mahree no recordaba haberle visto beber más que una de cuando en cuando. Le pareció alarmante. «¿Por qué? —le preguntó una vocecita sarcástica en su interior—. ¿Porque beber más de la cuenta en los momentos de tensión denota debilidad de carácter, y tu amado no puede tener debilidades?»

La chica torció la boca y pidió a su vez una cerveza a la máquina.

— Eh —protestó Rob—. Tú no.

— ¿Quién dice que no? —protestó ella bebiendo un sorbo con lentitud.

— Eres muy joven.

— No; no lo soy. —Lo miró irritada—. Jolie no es la Tierra, tenlo presente. Desde que cumplí dieciséis años se me considera mayor de edad. —Sonrió con malicia—. Nosotros, los colonos, maduramos más de prisa que vosotros, las lombrices de tierra.

Rob hizo una exagerada mueca de dolor; pero la sonrisa con que respondió era un poco forzada.

— No tienes que ponerte antipática.

— Perdona —dijo ella, tomando otro sorbo de cerveza—. Es sólo que esta espera me excita los nervios. Me gustaría saber hasta cuándo va a tenernos inmovilizados el tío Raoul.

El médico terminó su cerveza y miró a Mahree con ojos inexpresivos.

— Bueno, lo único que veo claro es que estoy cansadísimo. En este momento, me importa un rábano lo que esos individuos —señaló la pantalla con el mentón— decidan hacer o dejar de hacer. Que los zurzan. Yo me voy a la cama.

Depositó la jarra sobre la mesa y salió del comedor andando con encomiable seguridad. Mahree suspiró. «Esta situación nos está sacando de quicio a todos. Quizá fue un error venir».

Luego, a falta de algo mejor que hacer, terminó su cerveza y se fue también a la cama.

Varias horas después, Mahree despertó sobresaltada al sonar el intercomunicador.

— ¡Mahree! ¿Estás despierta? ¡Responde!

— ¿Hummm?

Dormía tan profundamente y estaba todavía tan cansada que, durante unos segundos, se sintió desorientada.

— ¡Mahree Burroughs, despierta! ¿Está despierta?

Hizo un esfuerzo y se sentó en la cama. Las cosas se situaron en su perspectiva normal.

— Ahora sí, Jerry. Y espero que no me hayas despertado para pedirme bocadillos.

La voz concisa del jefe de comunicaciones sonó más áspera que nunca.

— Ven al puente, niña. Quiero que veas esto.

La comunicación se cortó.

Mahree se puso un pantalón y una blusa sin mangas. Mientras corría por los pasillos, se recogía el pelo en una trenza floja.

— ¿Qué sucede?

— Tú observa. Tengo nuestra proa en la pantalla principal.

Mahree se agarró al brazo del sillón del piloto conteniendo la respiración. *Désirée* y el planeta que tenía debajo habían girado (la estación estaba en órbita síncrona). «Abajo» era de noche; pero la estación espacial aparecía brillantemente iluminada. Mahree vio que una de las pequeñas naves alienígenas se hallaba frente a ellos, a unos quinientos metros. Mientras la contemplaba, de la proa de la pequeña nave partió un destello azulado. Luego otro... Y después un tercero.

La chica esperó contando los segundos y, cuando llegó a doce, la secuencia se repitió. Entonces, la pequeña nave giró muy despacio, aceleró y se alejó varios kilómetros.

— Ahora retrocederá y repetirá toda la operación. —La voz de Jerry la sacó de su abstracción—. Es la cuarta vez.

— ¡Quieren que los sigamos! —susurró Mahree—. ¡Estoy segura!

— Lo mismo pienso yo. De acuerdo. Llamaré a Raoul.

Minutos después, Raoul Joan y Paul se les habían unido en el puente. Esta vez, cuando la pequeña nave lanzó la señal y se alejó, Joan hizo que la *Désirée* marchara detrás.

El ingenio los condujo al otro lado del «ábaco» gigante y se detuvo. Joan inmovilizó su nave.

— ¿Y ahora qué?

Delante de ellos parpadeó otra luz azul, dentro de un amarre tentacular que sobresalía de una

de las negras aberturas.

— ¡Nos han construido un ataque! —exclamó el jefe de máquinas—. ¡Por eso examinaban tanto el casco!

— Ahora veremos si yo puedo meterme ahí —dijo Joan—. El espacio no sobra, desde luego.

La *Désirée* avanzaba lentamente, conducida por Joan, que pulsaba con suavidad los mandos de los cohetes de dirección. Los ojos de la primer oficial no se apartaban de los instrumentos ni del esquema del puesto de amarre que aparecía en el monitor de su pupitre de control. Poco a poco, con mucha suavidad, la gran nave introdujo la proa en el improvisado ataque.

— Ya estoy dentro —informó Joan—. Ahora, si los amarres actúan... —Los accionó y se relajó—. ¡Ya estamos, chicos!

Se miraban unos a otros, sonriendo. De pronto, el puente se llenó de gritos de alegría. Mahree se abrazó a su tía y le dio un beso.

— ¡Lo conseguiste, tía Joan! ¡Somos la primera nave que atraca en puerto alienígena!

Su tía la abrazó a su vez.

— ¿Significa eso que soy famosa?

— ¡Lo somos todos!

La algazara atrajo a los tripulantes del turno de noche. Al poco, llegaron también los del turno de día, que se habían levantado y preguntaban qué estaba ocurriendo. Jerry puso el vídeo de toda la operación. Empezó la fiesta. La mayoría de los miembros de la tripulación estaban en el puente y en el corredor que conducía al comedor, donde las máquinas dispensadoras no paraban.

Mahree, después de muchos brindis y felicitaciones y de tener que referir una y otra vez cómo ella y Jerry habían «visto la luz» se encontraba en la parte exterior de un grupo de personas. Azam Quitubi la cogió en brazos y comenzó a dar vueltas vertiginosas. Cuando la puso en el suelo, la chica se tambaleó hacia atrás riendo; tropezó con alguien y estuvo a punto de caer. Al volverse se encontró con Rob, que tenía los ojos hundidos y el pelo revuelto. La sujetó por los hombros y ella se desasíó bruscamente.

— ¡Rob!

El joven médico levantó una mano con ademán implorante.

— ¿Por qué gritáis todos tanto? ¿Qué diablos pasa?

Mahree plegó un poco las comisuras de los labios.

— Olvidaste tomar algo contra la resaca antes de acostarte, ¿eh? Lo que necesitas es comer. ¿Quieres que te traiga un sucedáneo de huevos revueltos?

Rob tragó saliva.

— Sádica. Anda, di qué pasa.

Mahree se lo explicó.

Cuando acabó de hablar, Rob juró entre dientes:

— Y yo, como un imbécil, me lo he perdido. ¡Maldita sea! —Meneó la cabeza. Fue un error, porque, tras el movimiento, se oprimió las sienes gimiendo. *Sekhmet*, que estaba sentada a sus pies, maulló en tono quejumbroso.

— Ven conmigo —dijo Mahree agarrándole del brazo. Lo llevó por el corredor hasta su camarote, amortiguó las luces y le hizo tenderse en la cama. La gata se situó a su lado, como una

figura de ébano, con la cola enroscada alrededor de sus diminutas patas.

Rob hizo un esfuerzo por incorporarse pero se dejó caer en la cama con otro gemido.

— ¡Qué imbécil! —repitió.

— De acuerdo. Estate quieto —le ordenó Mahree yendo en busca de una compresa fría para ponérsela en la frente—. ¿Dónde está el medicamento contra la resaca? ¿En tu despacho? ¿En la enfermería?

Le aplicó la toalla húmeda alisándola con los dedos.

— En la enfermería; pero se encuentra bajo llave, desde luego —murmuró relajándose con un suspiro de resignación—. Bastará una aspirina.

Mahree le dio dos y, al cabo de un minuto, le acercó una taza.

— Toma; es zumo de naranja. Potasio, ¿verdad?

— Sí. —Se tomó los comprimidos y apoyó la cabeza en la almohada—. Pronto estaré mejor. Gracias, niña.

A los pocos momentos, Mahree oyó un ronquido. Lo miró fijamente en la penumbra con el corazón alborotado. Tímidamente, se inclinó y le acarició la mano.

— Vigilalo, *Sekhmet* —dijo a la gata.

Cuando Mahree llegó a la sala de control estaba cansada pero completamente tranquila... Al menos eso creía ella. Jerry la observó con atención y la atrajo hacia la sección del piloto.

— ¿Qué te ocurre, tesoro?

— Nada —respondió—. Que esta noche tampoco he dormido. Sólo eso.

Ciervoverde la miró con fijeza.

— Será como tú dices; pero yo...

Se interrumpió y, por encima del hombro de la muchacha, miró interesado la pantalla de la derecha, en la que aparecía lo que había delante de la nave.

Mahree giró sobre sí misma, siguiendo la dirección de su mirada. La *Désirée* tenía la proa introducida en el atracadero. La pared azul plata de la estación espacial quedaba a unos diez metros. En ella parpadeaba una luz azul. Uno... uno; dos... uno; dos, tres...

— ¡Vuelven a hacernos señales!

Al mirar a Jerry, vio que él ya había accionado las grabadoras. En aquel momento, pasaba la imagen a la pantalla principal. Una brillante luz blanca, como la que habían visto antes, incidió en la pared de la estación espacial, debajo de la señal azul.

— ¿Y ahora qué? —murmuró el capitán, y conectó el intercomunicador—. A toda la tripulación... Quizá les interese mirar la pantalla del comedor.

Al cabo de unos minutos, la luz blanca cedió paso a una imagen. Un fondo negro estrellado, con diminutas esferas girando alrededor de otra mayor y muy brillante. Mahree empezó a contar planetas.

— ¡Es su sistema solar! —exclamó Paul Monteleón.

La imagen del sistema permaneció fija durante varios minutos.

— Están orientándonos —dijo Jerry.

Mientras hablaba, la cámara empezó a acercarse al sexto planeta. La imagen reprodujo por fin

la vista del exterior... La monstruosa estación espacial y el mundo que giraba lentamente «debajo» de ella.

La imagen volvió a permanecer estática durante varios minutos. Luego la cámara empezó a descender por la ionosfera superior hacia el planeta.

— ¿Es eso lo que quieren que hagamos? ¿Bajar al suelo? —se preguntó Joan—. ¡Pues no podemos!

— No. Yo diría que ellos ya saben eso —dijo Raoul—. Al fin y al cabo, nos han construido este atraque, ¿no? Sólo nos muestran a dónde nos lleva la cámara.

La atmósfera se hacía más densa a medida que la cámara descendía hacia la superficie del planeta.

— Cielo azul, casi como el de la Tierra —observó Yoki.

— Con un leve tinte turquesa —puntualizó Paul—; pero muy hermoso.

Mahree lo contemplaba todo fascinada. El cielo azul le parecía extraño. El de Jolie era de un suave tono malva.

Atravesaron nubes, descendiendo suavemente. Sobrevolaron uno de los enormes lagos, el cual refulgía con destellos de aguamarina... Cruzaron por encima de una sabana...

— ¡Mirad, un rebaño de animales! —gritó Jerry, y todos pudieron distinguir unas motas oscuras que debían de ser animales que pacían.

Luego, una extraña vegetación verde oscuro llenó la pantalla.

— Esos árboles son enormes —comentó Paul impresionado—. Mayores que las secoyas de la Tierra.

La cámara se acercó al suelo y vieron unas forma situadas en el linde de la selva.

— ¿Estructuras artificiales? —preguntó Joan.

— Lo parecen —murmuró Raoul.

Las estructuras, en forma de pirámide truncada, se elevaban hasta doscientos o trescientos metros del suelo; unas eran de un blanco resplandeciente; otras del mismo azul metálico de la estación espacial... Las había rosa, verde pálido, amarillas... Y todas tenían el tejado negro.

— ¿Pilas solares? —preguntó Jerry.

— Apostaría a que sí —contestó Paul.

Cada una de las cuatro caras de los edificios piramidales estaba cubierta por una celosía de líneas curvas entrelazadas.

— ¿Creéis que esa especie de cortinas son adornos? —inquirió Yoki.

— Pueden ser cualquier cosa —admitió Paul.

— Ahí abajo hay senderos —dijo Mahree excitada—. Pero no veo carreteras.

— ¿No es un parque eso que está en el centro de aquel grupo de edificios? —preguntó Yoki—. Hay un río que lo atraviesa, con un arco hecho de esos serpentes entrelazados.

— ¿Un puente? —sugirió Raoul.

— No es un puente que podamos utilizar nosotros —dijo Joan.

La cámara realizó un lento recorrido por toda la ciudad, el cual les permitió observar sus edificios, rodeados de patios y jardines, así como sus muchos parques.

— Es muy bonita —opinó Yoki—. Me recuerda el Japón.

— Más se parece a Ciudad de México —dijo la voz de Ramón García por el intercomunicador—. Estas pirámides truncadas son como las de la vieja Teotihuacán.

— ¿Veis barrios pobres? —preguntó Raoul.

— Si tú hicieras un documental de tu mundo para mostrárselo a los alienígenas, ¿enseñarías las zonas peores? —preguntó Jerry en tono seco.

— A lo mejor, no tienen barrios pobres —dijo Mahree, esperanzada.

La cámara descendió hasta situarse a pocos metros sobre el pavimento rosa pálido del patio contiguo al mayor de los edificios azul plata y se detuvo, dándoles una imagen casi a ras del suelo.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Joan.

— Nos han enseñado su mundo y sus casas —dijo Jerry—. Supongo que ha llegado el momento de que se muestren ellos.

Mahree y los demás miraban sin atreverse ni a parpadear. Al cabo de uno o dos minutos, apareció un ser viviente.

No tenían modo de calcular su tamaño. Lo mismo podía ser diminuto que gigantesco. Se acercó andando sobre cuatro patas, con un contoneo arrogante. Dos penetrantes ojos violeta los miraban fijamente. No usaba ropas ni las necesitaba, ya que estaba cubierto de un pelo color de fuego. La espesa melena formaba una cresta en lo alto de la cabeza y, cayendo en cascada sobre unos hombros fornidos, llegaba hasta la mitad de la casi plana espalda. Una cola corta, con una especie de borla en la punta, se levantaba al andar.

— ¡Un león! —murmuró Paul Monteleón—. Una variedad de león.

— Más bien de mono —susurró Jerry—. Dos ojos, nariz, cuatro extremidades... Por diferente que sea su aspecto, está claro que ha evolucionado por las mismas vías que nosotros. Es un primate.

— Pero fíjate en su manera de andar —indicó Joan—. Parece un perro grande.

Mahree no había visto a ninguno de los animales de los que hablaban, salvo en vídeos tridimensionales. A sus ojos, aquella criatura no se parecía a nada conocido.

La cara, bajo la enhiesta cresta de pelo, tenía un hocico pronunciado y una recia mandíbula. La nariz era ancha y aplastada, y la boca casi sin labios. Las mejillas y la frente estaban cubiertas de pelo corto; pero el hocico, naranja pálido, era de piel fina. Las orejas, pequeñas V triangulares, estaban aplastadas a los lados de la cabeza.

Mientras ellos observaban, la criatura andaba de un lado a otro, mostrándose de frente, de espaldas y de costado. Sus patas estaban provistas de dedos largos y articulados.

— Seis —murmuró Jerry—. He contado seis, tanto en las de delante como en las de atrás.

No había a la vista órganos sexuales; pero la zona situada entre las patas traseras estaba hundida, además de bien cubierta de espeso pelo. El que cubría las nalgas, por el contrario, era tan fino que se transparentaba la piel color naranja. La criatura tenía manchas color castaño oscuro en las espaldas y las ancas.

Finalmente, el alienígena se sentó sobre los cuartos traseros como se sentaría un ser humano. Con la extremidad delantera derecha hizo un ademán complicado, pero muy elegante, tocándose los párpados, el hocico, el pecho... y extendiendo la mano hacia la cámara con los dedos doblados, al tiempo que inclinaba la cabeza con los ojos bajos.

— ¿Qué puede significar eso? —preguntó Raoul.

— «Mis respetos» —especuló Jerry, imitando el movimiento lentamente. Después lo repitió, tratando de ponerle la elegancia del extraterrestre.

Otras criaturas se unieron a la primera. Algunas de ellas eran mucho más pequeñas, sólo dos terceras partes de su tamaño.

— ¿Hembras? —preguntó Joan.

— Podría ser si se tratara de perros, leones o monos —dijo Yoki—. Pero también podría tratarse de una raza ligeramente diferente, una especie de pigmeos.

Todas las criaturas miraron a la cámara e hicieron el mismo ademán.

— ¡Tiene que tratarse de un saludo! —exclamó Jerry.

La escena cambió bruscamente y apareció la estación espacial. Todos pudieron ver ocho pequeñas naves que escoltaban a otra cuya forma no podía serles más familiar.

— ¡La *Désirée*! —gritó Raoul.

Siguieron la grabación de su maniobra de atraque. De pronto, la imagen fotográfica de la *Désirée* fue sustituida por un dibujo esquemático de la nave.

— ¿A qué viene ese cambio? —preguntó Raoul.

— No sé.

Jerry parecía desconcertado.

Mahree se irguió, excitada. Por una vez, no le importó que su voz tuviera una nota chillona.

— ¡Ya lo tengo! Hasta ahora, nos han mostrado cosas del pasado. Lo que vemos ahí es el futuro y por eso no pueden fotografiarlo si no que tienen que dibujarlo.

En la pared de la estación espacial se abrió un oscuro hueco alrededor del cual se movían figuras con trajes espaciales. Muy despacio, se fue formando una construcción rectangular, de aspecto flexible, que iba desde la estación espacial hasta la nave terrestre. Como un tubo con los extremos cuadrados, pensó Mahree.

La imagen siguiente mostraba el dibujo de la cámara de descompresión de la proa. El «tubo» apuntaba hacia ella.

— Esto es lo que nos tenían preparado —dijo Jerry, con una nota de respeto en la voz.

— Sí, pero... ¿con qué objeto? —preguntó Joan con frialdad—. Si estuvieras muriéndote de hambre, te darías buena prisa en agenciarte una colección de conejos frescos y tiernos.

— ¡Qué sarcástica! —comentó Raoul en tono superficial; pero en su voz había una nota de advertencia.

Mahree lanzó una rápida mirada a su tía y vio que se sonrojaba y apretaba los labios.

El tubo se prolongó hasta llegar a la compuerta de la cámara de descompresión de la nave, y los obreros lo sellaron. Entonces la acción se trasladó a un corredor con una luz que deslumbraba a los humanos.

Vista del interior del tubo, se dijo Mahree.

En la zona blanca, iluminadísima apareció una figura vestida con un traje azul plata. Andaba sobre tres patas y transportaba en la cuarta una bolsa o saco color naranja. Llegó a la zona en la que se había dibujado el contorno de la entrada de la cámara de descompresión de la *Désirée* y luego golpeó. Uno. Uno, dos... uno, dos, tres...

La puerta de la cámara desapareció y entonces se dibujó una pequeña celda. No se parecía nada a una cámara de descompresión construida por los humanos; pero como era natural, el dibujante no tenía ni idea de lo que había en el interior de la *Désirée*.

La figura entró en la «cámara» y luego sacó varios instrumentos de la bolsa. Los movía hacia un lado y hacia otro y los acercaba al casco como si estuviera estudiándolos. Mientras, aparecía en la pantalla la compuerta exterior de la cámara.

El extraterrestre repitió el «saludo» y la imagen desapareció.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Joan.

— Creo que quieren que les dejemos entrar en nuestra cámara de descompresión para tomar muestras de nuestro aire —dijo Jerry—. pretenden averiguar si podemos respirar el mismo aire. Es el primer paso, creo yo.

— Sí; eso dijo también Rob —apuntó Yoki.

«¡Rob! ¡Ay, Dios mío, nunca me perdonará que le haya dejado dormir mientras ocurrían estas cosas!», pensó Mahree con un sobresalto. Por suerte todos estaban tan absortos comentando la proyección de los alienígenas que no se dieron cuenta de la confusión.

Se abrió camino por el pasillo que conducía del puente al comedor y pronto se encontró otra vez sola. Corrió hasta su camarote y pulsó el mecanismo que accionaba la puerta. Al entrar, elevó con una orden oral el nivel de la luz. El médico se incorporó, se apoyó en un codo y parpadeó.

— ¿Humm? —gruñó—. ¿Qué haces aquí?

— Estás en mi camarote —explicó ella concisa—. Te di la aspirina y te quedaste dormido. ¿Estás ya mejor?

Él se sentó y se frotó la nuca con cuidado.

— Un poco.

— Pues arriba. Acabamos de ver una grabación que nos han pasado los alienígenas para presentarse.

Rob se levantó de un salto. *Sekhmet* fue a parar al suelo con maullido de protesta.

— ¿Los habéis visto?

— No te preocupes. Jerry lo grabó todo. ¡Vamos!

— Es la cuarta vez que pasa la grabación, doctor —dijo Jerry.

El médico se despertó haciendo crujir las vértebras, al tiempo que se refregaba los ojos con suavidad.

— ¿Siguen proyectando la grabación en la estación espacial?

— Sí. Menos mal que pudimos ver la primera sesión. Después la han alterado de manera que pudieran captarla individuos con una visión basada en diferentes puntos del espectro, desde el violeta hasta el infrarrojo.

— Quizás empezaron pasándola en su propio registro visual.

— Parece lo más probable. Su sol y el nuestro no son diferentes.

— No puedo creer que se parezcan tanto a nosotros —Rob movió la cabeza—. Con todas las posibilidades que imaginé, a cuál más fantástica, esto es casi como encontrar seres humanos.

— Tal vez por dentro sean más distintos que por fuera —le advirtió Jerry observando cómo

Rob se ponía en pie—. ¿Se va?

— Voy a bajar a mi laboratorio. Había empezado, por mi cuenta, un programa de análisis en la atmósfera. Vale la pena que lo termine. Me parece que no tardaremos mucho en oír esos golpes en la puerta de la cámara de descompresión.

Jerry miró la pantalla de la izquierda.

— Sí. Ya se acercan por ese túnel de conexión que están construyendo.

Al igual que en la «película», figuras con trajes espaciales evolucionaban alrededor del tubo extraído, cuya consistencia parecía flexible.

Rob bostezó hasta que casi se le desencajó la mandíbula.

— Me gustaría saber si podré volver a dormir ocho horas seguidas.

— Cuando emprendamos el viaje de regreso a la tierra podremos dormir durante meses seguidos —dijo Jerry—. Si hay novedad, lo llamaré.

— Gracias. —El médico dio media vuelta y lanzó una mirada al asiento del copiloto en el que Mahree dormía acurrucada—. Pobrecilla, está agotada. ¿La llevo a su camarote?

— No. Se despertaría —objetó Jerry—. Bajaré las luces de ahí delante.

Rob contempló la cara de la muchacha, que quedaba en la sombra. Se hallaba recostada de lado, con la mejilla apoyada en el hueco del brazo. Se había deshecho la trenza y el largo cabello le caía sobre los hombros y colgaba del brazo del sillón. Rob experimentó una súbita oleada de ternura que le sorprendió.

— Es una buena chica —dijo suavemente, recordando la solicitud con que le había dado la aspirina y el zumo de naranja—. Resiste todo esto mejor que la mayoría de nosotros.

— Es una muchacha muy capaz —comentó Jerry con un acento de respeto en la voz—. Parece intuir muchas cosas acerca de esos alienígenas.

— Pues usted no lo hace mal —replicó Rob—. ¿Cómo es el saludo?

— Jerry le hizo una demostración.

— Espero que lo hayamos interpretado bien.

Por lo menos, sabemos que pueden ver y que su visión es similar a la nuestra. Eso puede significar que sus ordenadores tienen scanners ópticos como los nuestros.

— Lo cual me recuerda que tengo que terminar la programación y montar un scanner a un terminal portátil —dijo Jerry—. Confío en que nuestros ordenadores puedan acoplarse a los que ellos tengan.

— Eso me parece mucho pedir —opinó Rob.

— Yo no estaría tan seguro. —Jerry se puso el pelo detrás de las orejas, síntoma de que estaba reflexionando—. Si se reduce un ordenador a sus elementos básicos, las posibilidades primarias son «conectado» y «desconectado» ¿no?

Rob asistió, y el jefe de comunicaciones prosiguió;

— Bien, es un concepto tan simple que me parece que los alienígenas podrían utilizarlo también. Y, en tal caso, deberíamos poder realizar un algoritmo que nos permitiera acoplarlos.

— Eso tiene lógica —aprobó Rob—. Bueno; me voy al laboratorio. Hasta luego.

Cuando el joven médico llevaba más de una hora embebido en su tarea, entró Simón y se ofreció a ayudarlo. Rob, contento de que el jefe de la hidropónica empezara a adaptarse a la

situación, aceptó encantado y, a partir de aquel momento, el ritmo de trabajo se aceleró.

Dos horas después, llegó por el intercomunicador la voz de Raoul.

— Doctor, ¿ha terminado?

— Falta sólo un minuto.

— Pues dese prisa —la voz del capitán vibraba de contenida emoción—. Me parece que están conectando el tubo a la compuerta de la cámara de descompresión.

— ¡Miren! —era la voz de Paul que llegaba débilmente a Rob—. ¡Antes parecía flexible como plástico fino o tela; pero se está endureciendo!

— Deben hallarse a punto de terminar la operación —dijo Viorst—. Ya no pueden tardar.

Rob se apresuró a terminar el trabajo y metió los aparatos en una bolsa de fieltro, parecida a la que llevaba el extraterrestre. Miró al biólogo jefe de la hidropónica.

— Gracias por la ayuda, Simón. Sin ella no hubiera acabado a tiempo.

El otro hombre hizo un ademán displicente.

— Ya lo tenía hilvanado cuando llegué. Espero que funcione.

— Sí; ojalá estuviéramos nosotros tan bien preparados como ellos —dijo Rob y agregó—: Parecen muy amistosos.

Viorst se encogió de hombros.

— Lo parecen, en efecto Quizá todo salga bien.

— Puedes estar seguro —sonrió Rob.

Cuando el médico llegó a la sala de control con el equipo, halló que se encontraban allí, esperándolo, Raoul, Jerry, Joan y Mahree.

— ¿Ya lo tiene, doctor? —preguntó el capitán.

— Listo —los miró uno a uno—¿Quién se encargará de hacer las pruebas? Tendré que enseñarles.

— Las hará usted. Iremos Joan y yo.

Rob notó que la boca se le secaba al tiempo que se le abría en una sonrisa que, de tan amplia, casi era boba.

— ¿Yo?

Miró a Jerry y a Mahree, y vio la desilusión en sus ojos. Sintió remordimiento. «Después de lo mucho que ellos han trabajado en la programación, sobre todo Mahree...»

— ¿Seguro que quiere que vaya yo? —preguntó.

— Sí; Joan y yo llevaremos el terminal del ordenador, y deseo que se encargue usted personalmente de las pruebas de la atmósfera. Me gustaría poder mostrarles una especie de película.

— ¡lío Raoul! —Mahree tiró de la manga a su tío—. He sacado unas cuantas hojas del ordenador y he hecho con ellas una especie de libro.

Le mostraba lo que a primera vista parecía un álbum de fotos.

— ¿Humm?

Mientras Raoul hojeaba el libro, Rob captó un rápido desfile de escenas de la Tierra, unas en color y otras en blanco y negro; y también diagramas del sistema solar.

— Esto es lo que yo quería. ¿De dónde lo has sacado?

— Del texto de la Historia, del mismo en el que encontré las imágenes de los viajes de los programas *Pioneer* y *Voyager*. —Trató de sonreír pero le temblaban los labios—. Son las imágenes que enviaron en los discos del *Voyager*. Están anticuadas, desde luego; pero mejor es eso que nada. Al fin y al cabo, cada una de esas escenas fue cuidadosamente seleccionada por especialistas para que diera la mayor información posible de la Tierra.

Raoul la miró con una sonrisa cariñosa y la atrajo hacia sí con un rápido abrazo.

— Me parece magnífico que por lo menos una parte del mensaje que aquella gente envió al espacio encuentre por fin un destinatario. Cariño, es estupendo.

Ella trató de sonreír; pero esta vez no lo consiguió. Rob se inclinó y le susurro al oído:

— Quédate en el puente. Te llamaré por el canal de emergencia. Será casi como estar allí con nosotros. ¿De acuerdo?

La chica aspiró mordiéndose el labio.

Raoul aspiró profundamente.

— Bien, me parece que eso es todo. Vamos a ponernos los trajes.

— ¿A qué tanta prisa? —preguntó Rob.

Por toda respuesta Raoul conectó el intercomunicador y Rob vio que encima de él se había encendido la señal correspondiente a la compuerta de proa.

Sonó un golpe hueco, seguido de dos golpes, una pausa y tres golpes más.

Luego, otra vez. Uno... dos... uno; dos; tres...

— Hace casi cinco minutos que llaman —dijo Raoul—. Me parece de mala educación hacerles esperar.

VI. LOS SIMIUS

Querido Diario:

Estoy sola en la sala de control. Rob tuvo el detalle de prometer que me llamaría... Pero..., ¡maldita sea!, estoy harta de que me trate como si fuera su hermanita pequeña. Bueno, aunque no está obligado a enamorarse de mí, tampoco tengo doce años.

Me da la impresión de que a él le afecta el tema de la edad. Y le parece que si me trata como a una niña se ensancha la diferencia que hay entre nosotros...

También estoy furiosa por no haber ido con ellos. Jerry y yo hicimos esos programas. Allí debería estar uno de nosotros. No Joan.

Porque esto es lo que yo había soñado... La gran aventura, lo que no ha hecho nadie. Si, por lo menos, mi...

¡Un momento! Acaban de conectarse las videocámaras y veo tres figuras con traje espacial en la cámara de descompresión de la salida.

Cuando la puerta interior se cerró tras ellos con un siseo, Rob se Puso los guantes y los selló. En la puerta exterior, sonaban golpes. Uno... uno, dos... uno, dos, tres... Rápidamente, extendió el brazo y devolvió la señal.

— Un momento, ya va —murmuró.

Miró a Lamont que accionaba los cierres de su escafandra, y se apresuró a ponerse la suya. Joan ya estaba preparada.

— Control de radio —dijo Raoul.

— Recepción alta y clara —respondió Joan con un laconismo que delataba su emoción.

— Aquí también —dijo Rob.

Vio que la primer oficial introducía una pistola disruptora en el compartimiento de herramientas situado en la cadera de su traje espacial.

— ¿Lo considera necesario?

Ella lo miró y apretó los labios.

— Obedezco órdenes —dijo escuetamente.

— He pensado en lo que hablamos, doctor —explicó Raoul—. Pero creo que uno de nosotros debería estar armado. Me consta que Joan conservará la serenidad en caso de emergencia. Ojalá me sintiera lo bastante seguro como para ir sin armas. Pero no es así.

— Está regulada para «conmocionar», no para destruir —explicó Joan—. Y puede estar seguro de que no la usaré si no es necesario.

— Está bien —admitió Rob—. Prométame una cosa, Raoul.

— ¿Cuál?

— Que si llega a producirse un encuentro en masa, no dará una de esas armas a Simón. Estamos progresando; pero todavía no ha conseguido vencer la xenofobia. Yo le aconsejé que se pusiera en hibernación como Evelyn Maitland; pero se negó.

— ¿Quiere decir que es peligroso? —preguntó Raoul con aspereza—. Si tiene usted pruebas de que su condición mental es inestable, puedo ordenar que lo congelen.

— No..., no creo que sea necesario. Está mucho mejor.

— Simón no nos creará problemas, Raoul —intervino Joan—. Rob, no olvide la cámara del traje.

Levantó la mano para conectar la videocámara de su propio casco. Luego, hizo otro tanto con las grabadoras de la nave y comprobó su funcionamiento.

— Acciona la esclusa del aire, Joan —le indicó Raoul cuando ella hubo terminado—. Deja conectada la gravedad. Recuerden que la de ellos es superior a la de la Tierra.

Rob asía con fuerza la bolsa que contenía el equipo, como si se tratara de un salvavidas. Sudaba de manera tan profusa que el dispositivo de refrigeración complementaria del traje se puso en marcha automáticamente. Trató de relajarse.

«Vacío» apareció en el panel de control, en letras luminosas.

Raoul consultó otro indicador.

— Fuera tenemos vacío —dijo—. ¿Preparados?

— Preparada, Raoul —respondió Joan.

Rob levantó el pulgar.

El capitán oprimió el pulsador «abrir compuerta».

Las hojas se separaron revelando un resplandor blanco. Una figura con traje espacial estaba esperando, con las cuatro extremidades apoyadas en el suelo.

Aquella criatura los miraba, y Rob observó que sus hombros le llegaban a él casi por la cintura. «Si se pusiera de pie quedaría a mi misma altura», pensó. El traje del alienígena era de un azul irisado; y el casco, azul oscuro. La máscara debía de estar polarizada, porque Rob apenas distinguía el peludo rostro y los ojos violeta del extraño ser.

Como le pareció una grosería dominarlo con la estatura, Rob se arrodilló torpemente. A los pocos segundos, Raoul y Joan le imitaron. El extraterrestre se sentó sobre los talones y sus ojos quedaron al mismo nivel que los de los humanos. Con solemne lentitud, la criatura realizó el ceremonioso ademán que habían observado en la película.

— ¿Le parece que debemos imitarlo, doctor? —preguntó Raoul.

— Sí —contestó Rob.

Poniendo en ello gran cuidado, los tres humanos trataron de reproducir los movimientos del saludo. Los ojos del extraterrestre se abrieron mucho detrás de la máscara de la escafandra. Y observaron que movía la boca.

— Apostaría a que está informando a los suyos —dijo Joan.

«¡Mierda!», pensó Rob recordando su promesa. Abrió precipitadamente el canal de emergencia.

— ¿Mahree? ¿Estás ahí?

— Sí, Rob.

La chica estaba sin aliento, a causa de la emoción.

— ¿Podéis ver y oír lo que ocurre?

— Sí. Yo sigo en el puente con Jerry; pero todos los demás os ven y os oyen desde el comedor.

Os escuchamos. Sin embargo, sólo Jerry se halla autorizado para responder. Y es natural, porque, si todo el mundo hablara a la vez, menudo jaleo.

— De acuerdo, yo seguiré utilizando este canal para hablar contigo.

El extraterrestre dio un paso cauteloso y levantó la bolsa naranja que traía consigo. Movi6 la cabeza hacia la derecha, girando la mano diestra con la palma hacia arriba. El m6dico vio que volvía a mover los labios.

— Me parece que nuestro amigo est6 preguntando si puede entrar Para hacer los an6lisis de la atm6sfera —comunic6 a sus compañeros.

— ¿C6mo le decimos «de acuerdo, adelante»? —pregunt6 Raoul.

Rob reflexion6 un momento. Luego, se puso en pie y retrocedi6 indicando por señas a Joan y a Raoul que le siguieran. Con exagerados movimientos del brazo, empez6 a invitar al alienígena a avanzar, señalando con la otra mano el espacio libre del centro de la c6mara de descompresi6n.

— Adelante —dijo moviendo la cabeza de arriba abajo para que el visitante viera moverse el casco.

El extraterrestre dio otro paso adelante y mir6 a Rob. El m6dico repiti6 sus gestos. Luego, con s6bita decisi6n, la criatura se situ6 r6pidamente en el lugar que los humanos habían dejado libre. Allí se sent6, mirando en derredor con curiosidad.

— Voy a tener que cerrar las puertas de la c6mara —dijo Raoul— Esperemos que eso no le alarme.

— No creo —opin6 Rob—. Al fin y al cabo, él sabe a lo que ha venido.

— All6 vamos. Joan, no lo pierdas de vista.

Raoul describi6 un arco, a la mayor distancia posible del extraterrestre. Abri6 la esclusa de aire para dar presi6n.

Las puertas empezaron a deslizarse; pero el extraterrestre no se movi6. Lo observaba todo con una mirada brillante, casi sin parpadear.

Finalmente la c6mara volvi6 a estar llena de aire. Rob se acerc6 a la luz verde que destellaba. La golpe6 con el enguantado índice y asinti6 con vehemencia mientras miraba al visitante. Volvi6 sobre sus pasos para recoger la bolsa de los instrumentos. Sac6 uno de ellos y examin6 atentamente las mediciones.

— Valor terrestre normal —inform6 moviendo la cabeza otra vez.

La criatura comprendi6 el mensaje, porque inmediatamente sac6 su equipo de an6lisis.

Rob vio que el extraterrestre movía las manos con m6s rapidez y precisi6n que los humanos, a pesar de los gruesos guantes espaciales. En un par de minutos, hizo el an6lisis y guard6 el equipo.

— Me gustaría saber si ellos me permitirían a mí hacer otro tanto —dijo Rob a sus compañeros en el momento en que Raoul iniciaba las operaciones de descompresi6n.

Cuando las puertas se abrieron, el m6dico levant6 su bolsa y seal6 la entrada de la estaci6n espacial. El visitante lo mir6 con fijeza y luego movi6 despacio la cabeza de arriba abajo.

— ¡Adelantamos! —exclam6 Rob, lleno de j6bilo.

La criatura dio media vuelta y se encamin6 hacia el t6nel. Rob vio que el corredor tenía por lo menos quince metros de largo. Al cruzar el umbral, le pareci6 que sus botas se volvían de pronto de plomo.

— Atención —advirtió—. La fuerza de la gravedad es superior —consultó el sensor—. Uno coma cinco la gravedad terrestre.

Raoul gruñó. Joan y él transportaban la videocámara y el terminal del ordenador.

— ¿Cómo les explicamos para qué sirve esto? —preguntó el capitán.

— Una cosa después de otra —aconsejó Rob—. Lo primero es obtener esas mediciones atmosféricas. ¿Dónde está el álbum de Mahree?

— Lo tengo yo —dijo Joan.

Rob abrió el canal de seguridad.

— Mahree, ¿el equipo que habéis montado Jerry y tú puede reproducir una imagen de lo que hay delante de la cámara? Quiero decir simultáneamente.

— Desde luego —respondió ella—. No tienes más que oprimir el botón rojo de «grabar» al mismo tiempo que el azul de «marcha». Entonces aparecerá en la pantalla lo que esté delante de la cámara.

Los humanos siguieron a su anfitrión hasta la puerta de la estación espacial y esperaron mientras éste manipulaba los controles. La puerta tenía forma trapezoidal, en armonía con la figura de pirámide truncada de los edificios que habían visto.

Las puertas se abrieron. Los humanos siguieron al extraterrestre al interior de una cámara, en cuyo centro tuvieron que comprimirse, pues dentro de la pirámide las paredes se estrechaban por la parte superior.

— Incómodo —gruñó Raoul, cuya cabeza casi rozaba el techo.

— Pero funcional —observó Rob, y volvió a arrodillarse—. Ellos necesitan poco espacio vertical.

El extraterrestre cerró las puertas e hizo una señal con la cabeza. Entonces, el médico empezó a operar con el equipo. Cuando guardó el último aparato, dijo:

— Listo.

— ¿Podemos respirarlo? —preguntó Joan.

— Sí. La mezcla es respirable. La proporción de oxígeno es ligeramente superior a la de nuestra atmósfera; la de nitrógeno, un poco inferior, y la de bióxido de carbono, menor todavía... Hay vestigios de otros elementos; pero ninguno peligroso. Tendré que hacer análisis microbiológicos detallados, desde luego.

Su anfitrión abrió las puertas de la cámara y echó a andar por el túnel.

— Dejaremos el terminal y la videocámara aquí —propuso Rob al llegar a la mitad del túnel.

El alienígena se sentó y los observó atentamente con sus ojos violeta. Rob se arrodilló a su lado y abrió el álbum de Mahree. Hizo al extraterrestre una demostración de cómo se volvían las páginas.

— ¿Lo ves? Esto te permitirá conocer cosas acerca de nosotros.

Siento que no tengamos una película como la vuestra; pero no esperábamos encontrar a nadie aquí fuera.

Aunque sabía que el extraterrestre no podía oírle, hablaba en voz alta para que los de la *Désirée* pudieran seguir todo lo que ocurría.

El alienígena estuvo largo rato contemplando los grabados, y extendió cautelosamente un dedo

hacia ellos al tiempo que miraba a Rob, el cual respondió asintiendo enérgicamente:

— Sí, es para ti. Adelante.

Después de tocar otra vez el álbum y volver a mirar de soslayo a Rob, que seguía moviendo la cabeza de arriba abajo con decisión, la criatura tomó el álbum y empezó a volver páginas.

Al cabo de unos minutos, el extraterrestre levantó la mirada. El médico vio que había introducido varios dedos entre las hojas, como para marcarlas. Señaló uno de los grabados, señaló después a Rob e hizo el mismo ademán interrogativo que el médico observó con anterioridad. Rob se inclinó para mirar la estampa en el que aparecía un astronauta planeando sobre la Tierra, con un traje espacial.

El doctor se sorprendió al observar lo poco que en tres siglos habían cambiado los trajes espaciales. El de la ilustración era mucho menos estilizado que el que él llevaba en aquel momento. Pero a los ojos del alienígena debía de resultar prácticamente idéntico. Moviò afirmativamente la cabeza.

— Sí —dijo—. Es la fotografía de un hombre con un traje como éste. Flota sobre nuestro planeta, la Tierra.

El extraterrestre se volvió entonces hacia otro grabado en color en el que aparecía un hombre sentado en un taburete, pintando. Su enguantado índice golpeó la fotografía y el ser volvió a hacer el gesto interrogativo.

— Sí —le contestó Rob moviendo la cabeza en signo afirmativo— Exacto. Ése es mi aspecto sin el traje.

Finalmente, el alienígena buscó la última página marcada en la que había una serie de dibujos anatómicos en blanco y negro. Volvió a señalar a Rob.

— Sí —repitió éste—. Así estoy hecho por dentro.

Rob no tenía idea de lo que el otro le preguntaba en realidad, pero supuso que era eso.

El doctor divisó otra foto mientras el extraterrestre hojeaba el álbum y rápidamente la señaló con el dedo. Indicó la silueta de un hombre y se golpeó el pecho.

— Hombre —dijo; luego, señaló la silueta de una mujer en cuyo abdomen aparecía un feto y se volvió hacia Joan—. Mujer —agregó.

Se sentía como Tarzán de los monos. Repitió las palabras y los movimientos.

Solemne y silencioso, el alienígena copió sus ademanes señalando el álbum y a los humanos.

— ¡Eso es! —exclamó Rob.

El médico oyó a Joan reír entre dientes.

Cuando les hable de los pájaros y las abejas me gustaría estar presente, doctor.

Rob miró a la primer oficial riendo:

— Sólo si promete quedar embarazada, para parecerse a la ilustración.

— No lo permita el cielo —murmuró Raoul, abstraído—. Sólo me faltaría eso. —Al cabo de un momento, anunció—: Listo.

Rob se puso en pie y se acercó a la conexión del ordenador.

— Póngalo a grabar y reproducir simultáneamente. ¿Tiene circuitos de audio este chisme?

— Sí. Fue idea de Mahree —reveló Raoul con orgullo—. Además de grabar los sonidos, articula palabras y sonidos a medida que los muestra en la pantalla. Siempre que ellos den presión

al túnel, para que el sonido se propague, puede servir de mucho.

— ¡Fantástico! —exclamó Rob, que sabía que Mahree estaba escuchando.

El capitán conectó la videocámara y la pantalla. Rob se acercó al extraterrestre, el cual levantó la mirada del álbum de grabados con expresión interrogativa. El médico le llamó con una seña y la criatura lo siguió.

Raoul ajustó el ángulo de la videocámara y, de pronto, aparecieron en la pantalla las imágenes del médico y del alienígena, quien contempló la imagen con suma atención. Rob señaló la videocámara y la pantalla al tiempo que subía y bajaba los brazos, para que el alienígena pudiera comprobar que la lente «veía» lo que tenía delante.

Al cabo de un momento, el extraterrestre asintió y se acercó a mirar la videocámara. Su imagen, deformada por la proximidad, se agigantó en la pantalla. Raoul puso el programa preparado, y apareció la primera imagen de Jerry, la del sistema solar alienígena.

El extraterrestre la contempló y empezó a mover la cabeza afirmativamente.

— ¿Te parece que nos hemos hecho entender? —preguntó Raoul.

— Espero que sí. Vuelve a informar —dijo Rob.

Cuando el ser terminó su conversación, señaló a Joan, a Raoul y a Rob. Después se señaló a sí mismo y golpeó con la mano el suelo del túnel. A continuación, volvió a sentarse y abrió otra vez el álbum.

— ¿Pretenderá con eso pedirnos que nos quedemos? —preguntó Raoul.

— Es lo que a mí me ha parecido —dijo Joan.

— Y a mí —convino Rob.

Los dos hombres se quedaron al lado del ordenador, con los brazos colgando, sin saber qué hacer, mientras Joan permanecía donde estaba, frente al alienígena, apoyada en la pared. Transcurrieron varios minutos y el anfitrión se volvió hacia la puerta de la estación espacial.

Cuando Rob se volvió a mirar, las puertas se abrían. Aparecieron dos nuevos alienígenas. Uno de ellos traía unos aparatos y el otro venía con las manos vacías. Este tercer personaje era más pequeño, y Rob volvió a preguntarse si los de menor tamaño serían hembras.

Trabajando de prisa, los dos alienígenas más grandes empezaron a montar los instrumentos que había traído el segundo. Aunque muy diferente en forma, materiales y fabricación, en el artefacto resultante podía reconocerse un monitor. El extraño ser oprimió un punto de color del bastidor y el monitor se llenó de imágenes.

— ¡Bingo! —exclamó Rob con alegría, y oprimió el transmisor con la mejilla—. ¡Mahree, hemos acertado el pleno!

— ¡Fantástico! ¡Ya empezamos a movernos!

Los dos alienígenas colocaron su equipo de cara al enlace del ordenador de los humanos. Luego, los tres personajes hicieron el ademán de saludo. Los humanos correspondieron, ya con más seguridad. Los desconocidos observaron durante un momento la interacción de las dos máquinas y, de repente, dieron media vuelta y se alejaron hacia su puerta.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Raoul—. ¿Nos marchamos sin más?

Rob se encogió de hombros.

— Por lo visto, el saludo es ceremonioso a la llegada pero no a la despedida.

Los humanos se retiraron en dirección a la compuerta de la *Désirée* y la cabina de descompresión. De pronto, Rob sintió hambre, sed y cansancio. Sentía las piernas agarrotadas por tener que andar y moverse en aquel ambiente de mayor fuerza de gravedad.

Al mismo tiempo, se dio cuenta de que no importaban las molestias, nunca se había sentido mejor. Sonrió para sus adentros. «¿No querías algo especial? Pues no cabe duda de que todo lo que ha ocurrido durante la última hora transcurrida es especialísimo».

El ordenador terrestre y el extraterrestre estuvieron dos días intercambiando imágenes, símbolos y palabras. Hacia la mitad del primer día, los alienígenas presurizaron el túnel y Jerry puso la grabación de la presentación. Al mismo tiempo, invitó a toda la tripulación de la *Désirée* a recopilar datos para el enlace.

Como suponía el jefe de comunicaciones, los ordenadores alienígenas funcionaban también por el principio de «conexión» y «desconexión», lo cual admitía su traslación a un sistema binario. Gradualmente, a medida que los dos ordenadores acumulaban una reserva de conceptos y términos mutuamente comprensibles, los sistemas empezaron a desarrollar un algoritmo de referencia. Este interface era el primer dato hacia un programa de traducción.

A bordo de la *Désirée*, la moral estaba alta. Los pequeños roces y tensiones se desvanecieron. La tensión nerviosa seguía siendo considerable; pero era un nerviosismo sano. La curiosidad acerca de sus anfitriones crecía a medida que aumentaban los conocimientos.

Ray Drummond llamó a los alienígenas «simius» y, a pesar de las protestas de Rob de que tal denominación podía inducir a la tripulación a considerarlos animales, se quedaron con el nombre. Como dijo Raoul, de algún modo había que llamarles.

Como habían supuesto, los simius de menor tamaño eran hembras. La configuración interna de los alienígenas resultó asombrosamente similar a la de los primates terrestres, incluidos los humanos. Con algunas diferencias, desde luego. El corazón, por ejemplo, tenía forma de pera y estaba situado en el centro del pecho. Las criaturas poseían, además, dos pulgares contrapuestos; uno en el mismo sitio que los humanos, y el segundo al otro lado de la mano.

Los datos de los alienígenas, confirmados por las exploraciones orbitales de la *Désirée*, indicaban que su mundo no padecía el problema de superpoblación que seguía afligiendo a la Tierra. Todas las viviendas de los simius estaban congregadas en pequeñas ciudades como la que habían visto, con una considerable extensión de campo alrededor. No había redes de carreteras. Todo el transporte parecía aéreo o fluvial. El tráfico en el interior de las ciudades era pedestre. Se veía a los simius caminar tranquilos de un sitio a otro o trotar a la velocidad de un caballo.

— Son lo bastante grandes y musculosos para tener mucha fuerza —opinó Raoul—. Aparte de que su especie ha evolucionado con una gravedad superior.

Los alienígenas utilizaban las celosías que cubrían sus edificios para subir y bajar de las pirámides sin el menor esfuerzo, usando las manos y los pies.

— Es práctico para casos de incendio —observó Paul—. Sería difícil que quedaran atrapadas unas personas que no necesitan escaleras ni ascensores para subir o bajar.

Los terrestres aún no tenían idea de la organización social y familiar de sus anfitriones; salvo que parecía muy distinta de la propia. En apariencia, su sociedad era muy homogénea. No existían

diferencias raciales y todos los individuos hablaban la misma lengua.

Una cosa parecía clara y tranquilizante: los simius no eran una raza guerrera. Ninguno de los sondeos de la *Désirée* revelaba la existencia de ninguna cosa similar a una base militar, y en sus imágenes no aparecía nada que tuviera la menor semejanza con un arma.

Hasta el propio Simón tuvo que reconocerlo. Pero argumentó que tampoco en la información que los humanos habían dado a los simius figuraban fotografías ni dibujos de armas y, mucho menos, descripciones de la guerra o de la existencia de organizaciones militares.

— Tienen configuración de depredadores —observó Viorst—. Lo mismo que nosotros. Pero quizás ellos ya hayan dejado atrás esa etapa —sonrió débilmente—. Jerry afirma que son vegetarianos. —Al ver que Rob esbozaba una sonrisa, agregó—: No me mire con esa expresión de suficiencia, doctor. He dicho «quizás», ¿eh?

El jefe de la hidropónica ayudaba al médico en el laboratorio, donde hacía cultivos de los microbios que contenía la atmósfera alienígena. Cuando Raoul manifestó su decisión de dirigirse al sistema X, Rob había empezado a cultivar muestras de tejido a partir de los bancos de células del laboratorio: muestras de piel, sangre, órganos y hueso, entre otras. Simón y él utilizaban esos fragmentos de materia orgánica para comprobar la atmósfera alienígena, exponiéndolos a ella y registrando los efectos que se producían.

El médico no había descubierto ninguno que fuera extraño.

— Eso no quiere decir que no exista peligro —advirtió Simón—, No hay manera de averiguar si alguno de sus bichitos no ha de afectarnos dentro de un año, de cinco, o de cincuenta.

— Ni si cualquiera de sus microbios no va a mutarse en nuestros sistemas hasta llegar a hacerse peligroso, como el causante de la fiebre de Lotis —convino Viorst gravemente.

— De todos modos, no podemos quedarnos debajo de una campana de cristal. Alguien tiene que respirar ese aire... Yo probaré mañana.

— No; a usted lo necesitamos, por si alguien cae enfermo o se lesiona. Yo lo respiraré —se ofreció Viorst—. Pero, ¿qué me dice del contacto con los simius? Para analizar sus gérmenes, necesitamos, por lo menos, una muestra de sangre.

— Ya pensaré en el modo de conseguirla —repuso Rob frunciendo el entrecejo.

A la mañana siguiente, Rob y Jerry se pusieron sus trajes espaciales. Simón los acompañaría, pero con su ropa normal. Cuando estuvieron preparados, Jerry activó la secuencia de apertura y salieron al túnel que conectaba la *Désirée* con la compuerta de los simius.

El jefe de la hidropónica hizo varias aspiraciones profundas, mientras Rob y Jerry lo observaban con ansiedad. Sonrió y alzó el pulgar.

— ¿Cómo es el aire? —preguntó Rob.

— Estoy un poco alegre por la riqueza de oxígeno. En cuanto a lo demás, muy bien —informó Simón por un transmisor—. Hay un leve olor... entre almizclado y picante. Pero no es desagradable.

— Si nota algo raro, dígamelo en seguida —le indicó Rob.

Siguió observando a Viorst mientras Jerry hacía pequeños ajustes en el ordenador. El jefe de la sección hidropónica se acercó a mirar la compuerta de los extraterrestres.

— ¿Qué clase de metal es éste? —preguntó Simón, contemplando pensativo la superficie azul

plata de la estación.

— No lo sé —contestó Jerry levantando la mirada del teclado—. ¿Una aleación? Quizá Paul pueda contestar a eso.

Simón palpó con cautela el marco de la puerta, la cual se abrió en ese preciso instante. A pesar de la mayor fuerza de gravedad, Simón dio un brinco.

Aparecieron dos simius vestidos con traje espacial. Al ver a sus visitantes, los alienígenas hicieron el consabido ademán de saludo que los humanos ya esperaban. Rob, Jerry y, por último Simón, correspondieron.

— ¿Y ahora qué hacemos? —tartamudeó Viorst retrocediendo.

Los alienígenas lo siguieron por el túnel, mirándolo con curiosidad. Giraban alrededor de él, parlotando. Uno de ellos llevaba una bolsa parecida a la del primer simiu que había visto Rob. Simón siguió retrocediendo hasta que la pared del túnel se lo impidió. Su voz tenía una nota de pánico.

— ¿Te... te parece que están furiosos por habernos encontrado aquí?

— No, Simón; sólo sienten curiosidad. Es la primera vez que ven a un ser humano sin el traje espacial —explicó Rob deseando con toda su alma que los alienígenas no hicieran movimientos bruscos.

Las gotas de sudor brillaban en el labio superior de Viorst y le corrían por las mejillas. Se situó a un lado del encargado de la hidropónica. Con disimulo, indicó a Jerry que se pusiera al otro lado.

— Ahora volvamos a la nave —dijo.

Los humanos se dirigieron hacia su cámara de descompresión andando de tres en fondo. Los simius les seguían. La compuerta estaba abierta. Cuando llegaron a ella, uno de los alienígenas señaló al interior y se tocó el casco. Luego, hizo un gesto de interrogación.

— Quieren entrar en la cámara con nosotros —dedujo Rob.

«¡Mierda! ¿Por qué tenían que escoger precisamente este momento? No quiero dejar solo a Simón con el otro extraterrestre ni deseo que penetren los dos a la vez. ¡Maldita sea!»

Miró a Jerry y observó que comprendía su dilema.

— No hay cuidado —lo tranquilizó Ciervoverde—. Entre usted con los dos y Simón y yo esperaremos aquí. Probablemente, sólo desean hacer algún otro análisis de nuestro aire.

— Está bien —aceptó Rob con gratitud.

Llamó con una seña a los alienígenas que esta vez reaccionaron de inmediato. Se sentaron dentro de la cámara. El segundo simiu seguía con curiosidad los movimientos de Rob, el cual cerraba la compuerta exterior y vaciaba y volvía a presurizar el compartimiento.

Cuando se encendió la luz verde, Rob señaló de nuevo los indicadores e informó:

— Atmósfera terrestre normal.

El simiu que llevaba la bolsa, habló con su compañero, el cual se levantó el casco con ambas manos. El primero lo miraba muy atento, del mismo modo que Jerry y Rob habían mirado a Simón.

Las redondas fosas nasales del hocico anguloso y afilado del simiu se dilataron con varias aspiraciones profundas. A los pocos momentos, el ser se agitó y habló animadamente a su

compañero. «Este aire es pobre de oxígeno y huele de un modo raro; pero no parece que tenga efectos nocivos», tradujo Rob por intuición.

El alienígena que se había quitado el casco miró a Rob y extrajo de la bolsa un objeto ovoide verdoso. El objeto tenía un brillo metálico y un agujero en cada extremo. Mostró el ovoide a Rob hablando con rapidez (el médico oía débilmente su voz a través de su propio casco); luego, con movimiento solemne, se quitó el guante de la mano derecha e insertó el índice en uno de los agujeros.

Con un movimiento de la otra mano, invitó a Rob a que se acercara. El otro alienígena señaló el orificio del lado opuesto y, con un gesto inequívoco, la mano de Rob.

El médico titubeó. «Debe de ser un instrumento de análisis. El simiu mantiene el dedo en el otro extremo, lo cual significa que se hará una prueba comparativa de nuestra respectiva composición química. ¿Habrá contacto físico? ¿Intercambio de fluidos? ¿Y si existe peligro de infección?»

Rob suponía que lo más probable era que Raoul vetara el experimento. Pero... «Ahora tengo la oportunidad de demostrar que soy capaz de actuar, y no sólo de hablar».

Rob aspiró profundamente, se quitó el guante, se arrodilló en el suelo de la cámara y, con gran lentitud, introdujo el índice en el orificio.

Como esperaba, experimentó un frío cosquilleo, indicio de que se le extraía sangre.

Unas señales cruzaron la superficie del ovoide. Los dos simius las estudiaron con ansiedad y parecieron tranquilizarse. Hablaron a Rob y asintieron con vehemencia. El segundo simiu se quitó el casco con ceremonioso ademán.

— O sea, que la máquina dice que no podemos infectarnos mutuamente —dedujo el médico—. Me gustaría saber qué dirían mis aparatos.

El simiu le indicó que podía retirar la mano. Tenía en la yema del dedo un punto frío y ligeramente dolorido, pero no se observaba ni rastro de sangre en la piel.

Mientras el médico se examinaba el dedo con curiosidad, uno de los alienígenas extrajo de la bolsa un estuche rectangular y acolchado. Se lo entregó a Rob y le hizo una demostración de cómo se abría por una línea casi invisible al oprimir un pequeño símbolo rojo. Dentro del estuche había una ampolla que contenía un líquido espeso de un rojo amoratado. Rob sacó la ampolla y sintió en la palma de la mano su contacto frío.

El simiu parloteaba señalando el dedo de Rob y después el suyo. Luego, se lo oprimió sosteniéndolo sobre la ampolla.

— Entendido —dijo Rob y movió la cabeza en señal de afirmación—. Una muestra de tu sangre para que yo la analice. Pensáis en todo, ¿verdad, chicos?

Con precaución, Rob volvió a guardar la ampolla en el estuche aislado. Pulsó el ciclo de apertura de la cámara y llamó por señas a Jerry y a Simón. Entonces, hizo lo que consideró lo correcto: levantó las manos despacio y se quitó el casco. La primera bocanada del aire de aquel mundo extraño le supo a almizcle y a clavo.

Los análisis que Rob realizó durante las veinticuatro horas siguientes confirmaron la conclusión de los simius, y el médico comunicó a Raoul Lamont que, en su opinión, el contacto

entre ambas razas no ofrecía peligro previsible, salvo lo que pudieran indicar los análisis al cabo de varios años.

— Ya —dijo el capitán encogiéndose de hombros—. Son los riesgos del oficio.

Jerry informó de que los dos sistemas informáticos habían realizado el algoritmo de referencia. Paul, Ray, Mahree y él estaban diseñando un código fonético que permitiera proyectar en pantalla la palabra hablada, es decir, un traductor electrónico.

— Si estuviéramos mejor equipados, podríamos conectarlo todo de manera que la traducción pudiera oírse directamente —dijo el jefe de comunicaciones, pesaroso—. Pero, como dice Raoul, ignorábamos que, en este viaje, iba a tocarnos hacer de Marco Polo.

— ¿Qué tamaño tendrá el traductor electrónico?

— Podrás sostenerlo en la mano o atártelo a la muñeca —contestó Jerry—. Y todos habremos de llevar un terminal de ordenador portátil para activar el programa de traducción en el momento en que sea necesario.

— ¿Quiere decir eso que tendremos que solicitar la traducción? —preguntó Rob—. Resultará muy engorroso.

— Es lo máximo que podemos hacer con los medios de que disponemos —repuso Jerry, a la defensiva—. A mí tampoco me gusta, pero no hay alternativa.

— Bueno —rectificó Rob—, no me interprete mal. Han hecho ustedes un trabajo espléndido. De verdad.

Jerry se encogió de hombros y cambió de tema para referir que Mahree y él habían conseguido descifrar varias de las primeras transmisiones captadas por la *Désirée*.

— ¿Sí? —se sorprendió Rob—. ¿Qué decían?

— Una daba resultados de una especie de competición, con nombres de individuos y puntuaciones.

— ¿La copa sidereal de fútbol? —sonrió Rob.

— Algo por el estilo. Las otras eran noticias o discursos... todavía no podemos distinguir entre hechos y opiniones.

— ¿Ningún folletón en videorrelieve?

— No —rió Jerry—. Y el hecho de que no lo haya es quizá la mejor prueba de la superioridad de la especie simiu.

La mañana del sexto día después de su llegada a la estación espacial, Raoul llamó a Rob por el intercomunicador del laboratorio.

— Están llamando otra vez a la compuerta, doctor.

— Subo en seguida.

Cuando llegó a la cámara de descompresión, Rob se abrió paso entre la multitud hasta donde estaba Raoul. El capitán le entregó uno de los nuevos sonocodificadores de traducción electrónica, y se lo llevó aparte al corredor, para hablarle en privado.

— ¿Qué piensa hacer? —preguntó Gable en voz baja.

— Invitarles a entrar —contestó Lamont—. No hay razón para no hacerlo, ¿verdad?

— ¿Dejarles que hagan una visita a la nave y ofrecerles una recepción?

— Algo por el estilo. Póngase el electrotraductor, doctor. Quiero que usted y Jerry estén

conmigo. Ambos parecen tener intuición para estas cosas.

— Tendríamos que llevar también a Mahree. Ella ha hecho por lo menos la mitad del programa de traducción —sugirió Rob.

— Está bien. Que nos espere en la puerta de la cámara de descompresión y nos acompañe en la visita. De lo contrario, estaríamos muy apretados ahí dentro.

— ¿Y los demás de la tripulación?

Rob miró sus caras ansiosas y tropezó con la mirada de Yoki. Sintió remordimiento. Había estado tan ocupado con los análisis que apenas tuvo tiempo para intercambiar unas palabras con ella y, mucho menos, para estar a solas.

Cuando sus ojos se encontraron, la chica sonrió e hizo un ligero movimiento de cabeza, para indicarle que comprendía.

Raoul dijo alzando la voz:

— Mahree y Jerry quédense, por favor. Los demás, despejen. Pueden seguir los acontecimientos a través de la pantalla del comedor. No me parece prudente abrumar a nuestros visitantes el primer día por simple superioridad numérica. Ya iremos ampliando contacto en futuras ocasiones.

Se hizo un murmullo de desilusión, pero la orden de Raoul era sensata y la tripulación se dispersó sin protestar.

— Consigue un terminal, *cherie* y espera aquí —indicó Raoul a Mahree—. Serás uno de los guías de la visita.

Su sobrina, que mostraba una débil sonrisa desde que el capitán le había pedido que se quedara, se encendió como una bengala.

— ¡Tío Raoul! —jadeó echándole los brazos al cuello y dándole sonoros besos—. ¡Gracias! ¡Gracias!

Lamont, rojo de satisfacción, la puso en el suelo con firmeza.

— Agradécelo al doctor —dijo con brusquedad, pero su expresión risueña desmentía aquel tono—. Rob insistió en que tú nos acompañaras.

Mahree dedicó una afectuosa mirada a su benefactor.

El doctor movió la cabeza con burlona desilusión.

— ¿Te parece que no merezco besos y abrazos? Se me rompe el corazón.

Ella se puso colorada.

— Tengo que ir a buscar mi terminal —murmuró echando a correr por el pasillo.

Los tres hombres abrieron la compuerta de la cámara y entraron. Rob se sentía desnudo allí dentro sin el traje espacial. Vio que Jerry se ataba el pequeño monitor a la muñeca izquierda. Imitó sus movimientos y los de Raoul con cierta torpeza.

— Cuando ellos hablen, lo que digan aparecerá escrito en nuestro idioma en esta pantalla —les informó Jerry—. Si sale alguna palabra en caracteres simius, yo pediré al sistema que busque una definición. Nuestro sistema está conectado al de ellos. Por tanto, cuanto más hablemos más se ampliará nuestro vocabulario de trabajo.

— ¿A qué llama usted vocabulario de trabajo? —preguntó Rob.

Jerry hizo una mueca.

— Al que nos permita comunicarnos a un nivel básico. El algoritmo de referencia está terminado, y supongo que funcionará... a no ser que todavía tengamos algún virus en el programa. Espero que no vayamos muy descaminados.

— Ahora lo veremos —dijo Raoul.

El capitán ordenó la apertura de la compuerta. Rob vio a cuatro simius sin traje espacial, tres machos y una hembra, sentados en la parte exterior. Terrestres y extraterrestre hicieron el ademán de saludo con solemnidad. La hembra, que llevaba un aparato sujeto a un collar y una especie de diminuto abanico verde prendido en la oreja habló:

— Saludos —leyó Rob en su monitor—. Nosotros, los... —en la pantalla parpadeó un nombre extraño, el que ellos asignaban a su especie—, os damos la bienvenida a nuestro mundo. Vuestra presencia es un gran honor para nuestro pueblo. Que el beneficio mutuo resulte de nuestra asociación es nuestra máxima... —apareció otra palabra simiu; pero su equipo debió de indicarle que se había solicitado traducción, porque la simiu hizo una pausa y se quedó esperando hasta que se definiera la palabra— aspiración —leyó Rob por fin en su pantalla.

Jerry frunció el entrecejo.

— Lo siento, capitán. Ya sé que la respuesta del sistema es lenta cuando ha de buscar equivalentes.

— No importa —le tranquilizó Raoul, y dirigiéndose a la simiu agregó—: Nosotros, los humanos, nos sentimos muy honrados de ser vuestros huéspedes y también aspiramos a conseguir beneficios para nuestros dos pueblos.

La simiu asintió, complacida al parecer por la respuesta del capitán. Se volvió hacia sus compañeros y todos los extraterrestres asintieron a un mismo tiempo.

La simiu volvió a hablar y Rob leyó:

— Si es posible para vosotros en este... —siguió un símbolo simiu que el doctor supuso sería una medida de tiempo—, ¿nos haréis el honor de hablar? Tenemos mucho que comentar.

— Yo diría que mucho es decir poco —murmuró Rob.

— Será un placer —contestó Raoul, indicando la compuerta interior de la cámara con un ademán formal—. ¿Quieren pasar?

VII. LAZOS DE HONOR

Querido Diario:

Llevamos una semana de mucho ajetreo, desde que los simius hicieron su primera visita a la *Désirée*. Estamos aprendiendo muchísimo.

En general, su tecnología y la nuestra están a un mismo nivel, pero ellos nos llevan ventaja en dos cosas MUY IMPORTANTES: la primera es la velocidad a que pueden desplazarse, que es el doble de la nuestra; y la otra, que disponen de un sistema de transmisiones más rápido que la luz.

El programa de traducción funciona mejor de lo que esperábamos, aunque dista de ser perfecto, en particular a lo que se refiere a palabras técnicas.

Todos parecen resignados a la idea de que nunca podremos hablar directamente con los simius, y se conforman con el traductor electrónico. Pero tener que leer en esa pantallita lo que están diciendo me pone enferma. A mí me gusta ver la cara de las personas cuando me hablan. De manera que repaso una vez y otra las grabaciones hechas para tratar de entender lo que dicen; aunque no pueda pronunciarlo. Es un trabajo muy pesado, pero el esfuerzo empieza a dar frutos.

Las facciones de los simius son muy móviles, aunque de un modo distinto al de las nuestras. Ellos nunca sonríen, y cuando el tío Raoul les dirigió una gran sonrisa, noté que les desagradaba, como si hubiera cometido una incorrección. Pero no les molesta que sonriamos con la boca cerrada, sin enseñar los dientes. Comuniqué al tío Raoul lo que había observado y él advirtió a todo el mundo.

Procuramos no ofenderlos; aunque resulta inevitable. No hacemos más que tropezar con tabúes. Por ejemplo, Jerry les preguntó hasta dónde habían llegado en su exploración del Brazo de Orion y ellos respondieron con corteses evasivas. Muestran una benévola tolerancia con nuestras involuntarias transgresiones, y nosotros tratamos de evitarlas.

He hablado varias veces con la Primera Embajadora. Hemos intercambiado corteses saludos y unas cuantas preguntas cautas acerca de nuestras respectivas sociedades. La última vez, ella, que se llama Rhrrrkkeet (su nombre es como un resoplido áspero terminado con un gritito y un chasquido), me preguntó mi edad. Me gustaría saber por qué.

El túnel de unión entre la *Désirée* y la estación espacial simiu ya no era un espacio blanco y vacío; se habían instalado en él mesas y sillas plegables de los humanos y los asientos bajos en forma de otomana que usaban los simius. Había sido reducida la intensidad de la luz, para que no resultara molesta a los ojos de los terrestres. Mahree, sentada en una de las sillas, observaba a siete humanos mezclados entre una veintena de simius.

Vio a su tía y a Paul Monteleón absortos en una partida de ajedrez. Seis simius estaban sentados alrededor de ellos siguiendo las jugadas con evidente fascinación. Mahree sonrió al pensar en la tranquilidad con que su tía aceptaba la proximidad de los alienígenas. Su mirada tropezó entonces con un objeto brillante de metal gris azulado que asomaba por el bolsillo de herramientas del mono de su tía, y su sonrisa se borró, dando paso a un suspiro. «Ojalá Joan dejara

de llevar esa maldita pistola».

Mahree había hablado varias veces del tema con Raoul; pero su tío se mostraba inflexible: siempre que terrestres y extraterrestres estuvieran en contacto, uno de los miembros de la tripulación debía estar armado.

La muchacha volvió la cabeza al oír su nombre.

— ¡Mahree, acércate! —la llamó Raoul—. La Primera Embajadora quiere hablar contigo.

La chica corrió hacia donde estaba la simiu.

— Saludos, honorable Primera Embajadora —dijo, haciendo automáticamente el ademán de saludo a la jefa simiu.

Rhrrrkkeet le correspondió.

— Saludos, honorable Mahree. Tu tío me ha explicado que viajas con él a la Tierra para estudiar en un famoso centro de sabiduría.

— Cierto, honorable Rhrrrkkeet —respondió Mahree, tratando de mirar a su interlocutora al tiempo que leía en el monitor. Comprobó con satisfacción que había entendido varias palabras directamente.

— ¿Por qué tienes que hacer tan largo viaje para aprender?

— Mi mundo tiene escuelas para los humanos que están en la niñez, pero no para los mayores —respondió Mahree, eligiendo con cuidado las palabras—. Por lo tanto, para aprender lo que debe saber un adulto, tengo que viajar a la cuna de nuestra especie.

— Entiendo —dijo Rhrrrkkeet—. Nuestro pueblo no tiene que viajar para aprender.

— Honorable Rhrrrkkeet —se aventuró la muchacha—, ¿cuántos sois vosotros?

Los humanos no tenían idea de la población de los simius, y ella pensó que había llegado la ocasión de averiguarlo.

La Primera Embajadora reflexionó durante casi un minuto. «Oh, no... —pensó Mahree—. ¿Otro tema tabú?»

— Somos muchos —dijo al fin la Primera Embajadora—. Pero ignoro el número exacto.

Mahree asintió.

— Perdona. No quería ofender.

— No me has ofendido, niña.

Rhrrrkkeet miró en derredor a la multitud de simius y emitió un gruñido sibilante. Uno de ellos, un macho de manto alazán levantó la cabeza y se apresuró a acercarse.

Cuando lo tuvo a su lado, la Primera Embajadora dijo en tono grave:

— Mi... —varios símbolos simius cruzaron el monitor de Mahree— vosotros diríais hijo-de-mi-primo, me ha acompañado a vuestra magnífica nave con la esperanza de que le hicieras el honor de permitir que te fuera presentada. Tiene casi tu misma edad, honorable Mahree. ¿Puedo presentártelo?

Mahree se volvió hacia el joven simiu que llevaba el collar codificador y el típico clip en la oreja.

— Será un honor conocerlo —respondió.

— ¡Excelente! —la Primera Embajadora lanzó un gritito de entusiasmo y miró al joven simiu

— Dhurrrkk, te presento a la honorable Mahree Burroughs, también estudiante. Hace un largo

viaje para aprender en un lugar de la Tierra en el que enseñan a los adultos. Honorable Mahree Borroughs, te presento a —otra vez los símbolos— Dhurrrkk, hijo de mi primo.

Mahree repitió el ademán de saludo y contestó:

— Es un placer y un honor conocerte, honorable Dhurrrkk.

Los humanos sabían ya que los simius no calificaban las cosas de buenas o malas, morales o inmorales, sino de honorables o deshonorables. El honor del individuo, del clan, del planeta... hasta sus fórmulas de conversación giraban en torno al honor.

— El honor es mío —respondió el joven alienígena, después del ademán de saludo. Lanzaba miradas a la cara de Mahree con mal disimulada curiosidad.

Raoul puso una mano en el hombro de su sobrina.

— *Cherie*, ¿por qué no llevas a Dhurrrkk a visitar la *Désirée*?

La chica asintió.

— Con mucho gusto —saludó al recién llegado con un movimiento de cabeza—. Honorable Dhurrrkk, ¿quieres visitar la nave? Será para mí un honor servirte de guía.

Dhurrrkk aceptó y Mahree le hizo señal indicándole que la siguiera.

Una vez en el interior de la *Désirée*, acompañó al simiu por toda la nave y le mostró las distintas secciones. El contemplaba con ávida curiosidad, cuanto había alrededor suyo; aunque Mahree observó que rara vez la miraba a ella a los ojos. Se dijo que debía de ser por cortesía y no por timidez. Las zancadas que daba Dhurrrkk no denotaban cortedad, desde luego.

— ¿Te gusta la escuela, honorable Dhurrrkk? —preguntó sentándose en su cama mientras él se instalaba en el centro del camarote y observaba lo que le rodeaba con ojos brillantes.

El simiu asintió.

— Sí; me gusta el estudio.

— La honorable Rhrrrkkeet dijo que somos de la misma edad. Yo pronto cumpliré diecisiete años. ¿Puedo preguntar cuántos años tienes tú?

— Yo tengo nueve años de mi planeta —repuso Dhurrrkk—. Un año más y tendré edad de aparearme, si alguien me honra con su elección. Entonces trabajaré todos los días en lugar de estudiar.

«Eso es —recordó Mahree—. Las simius sólo tienen relaciones sexuales temporales». La unidad familiar básica consistía en varias hembras emparentadas entre sí que vivían con sus hijos (de todas las edades, incluso adultos) y «amigos» que podían o no ser padres de alguno de sus hijos.

El proceso del cortejo era desconocido. La hembra elegía al macho y a continuación se producía la cópula, la cual duraba sólo un minuto o dos. Al parecer, los alienígenas no daban más importancia al hecho de aparearse en público que los humanos al de compartir un helado. En sus películas documentales se veía alguna que otra pareja en el acto sexual.

Mahree hizo una señal y Dhurrrkk la siguió al corredor.

— ¿Qué estudias? —le preguntó mientras caminaban.

— ¿Perdón? —se disculpó él, siempre cortés como un buen simiu.

Ella probó de nuevo.

— Cuando dejes de ir a la escuela, ¿qué trabajo harás?

— Todavía no he hecho mi última elección. Mis estudios están dirigidos a permitirme trabajar en el espacio. —Reflexionó un momento—. Quizá sea piloto. Lo hago bien.

Entonces te gustará ver el puente.

Dhurrkk se mostró fascinado por el pupitre de navegación de Joan. Mahree describió los controles lo mejor que supo.

— Y ésta es la consola de comunicaciones —dijo poniendo la mano en un panel de instrumentos—. Aquí recibimos las primeras ondas de radio de vuestro mundo. —Se sentó en el sillón de Jerry y preguntó—: ¿Tu pueblo ha explorado otros planetas, honorable Dhurrkk?

El simiu desvió la mirada mientras el pelo de la cresta se le aplastaba entre las orejas. Mahree comprendió que había tocado otro tema tabú.

Antes de que ella pudiera pedir disculpas, él dijo:

— Yo no... yo no puedo... eso es algo que yo...

Mahree le interrumpió.

— Lo siento, honorable Dhurrkk. Perdona, no quise ofenderte.

— No estoy ofendido —contestó él.

No obstante, cuando salieron de la sala de control guardaba silencio.

Mahree observó absoluta discreción durante el resto de la visita, limitándose a describir lo que veían. No quería arriesgarse a disgustar al primer simiu con el que tenía oportunidad de conversar.

Cuando llegaron al laboratorio médico, Dhurrkk se quedó petrificado delante de una figura negra enroscada en el sillón de Rob.

— ¿Qué es eso? —inquirió señalando con tanta rapidez que Mahree casi no pudo seguir con la mirada su mano de dos pulgares—. Di, por favor, ¿qué es? ¿Animal?

— Sí, animal —respondió ella—. Es un animal doméstico.

— ¿Doméstico? —toda su formalidad se había esfumado—. ¿Qué quiere decir doméstico?

«La gata le interesa de verdad», pensó Mahree y comprendió que aquélla podía ser la oportunidad de hacerse perdonar el resbalón que había tenido en la sala de control.

— Doméstico... —tecleó la palabra en su ordenador para que él pudiera ver la traducción al simiu—. Los animales domésticos viven con los humanos. Son amigos nuestros. «Amigos» —repitió articulando muy despacio la palabra al ver la atención con que él le miraba los labios—. Esta especie en concreto es un «gato».

— Nosotros también tenemos animales domésticos —contestó Dhurrkk—. Si la honorable... —pasaron rápidamente por el monitor varios símbolos— Rhrrkkeet permite que vuelva, traeré imagen del mío. Nosotros aprendemos de los animales... a vivir en familia, a ser considerados, amables... a tratar con honor a los que son más débiles y vulnerables.

Sekhmet se despertó en ese momento. Miró a Mahree con ojos plácidos; pero, al ver al extraterrestre, agachó las orejas y empezó a bufar.

— ¡Tranquila, chiquitina! —la calmó Mahree.

Pero la gata no se tranquilizaba.

— La asusto —observó Dhurrkk, cuya cresta decaía a ojos vistas—. Mejor me marchó.

— No —le pidió ella—; espera un momento. Es una gata joven y todavía puede acostumbrarse. Tú procura encogerte y no te muevas mientras yo hablo con ella.

El simiu se agachó con lentitud.

Mahree arrulló a la gata hasta que, al fin, *Sekhmet* dejó de bufar y alzó un poco las orejas. La muchacha empezó a acariciarla con precaución. Al cabo de un buen rato, el animal se relajó y restregó la cabeza contra la mano de la chica.

— Muy bien, *Sekhmet*, muy bien —la animó Mahree—. Es Derrk —lanzó al simiu una rápida mirada de contrición por su forma de asesinar su nombre, pero él no parecía ofendido—. Quiere ser amigo tuyo.

Sekhmet miraba al extraño con desconfianza.

— Dame la mano —dijo Mahree tendiendo la suya. Al momento, unos dedos fuertes y duros, con el dorso cubierto de pelo suave, se deslizaron por la palma de su mano y se cerraron sobre los de ella. Fue un trauma sentir su calor. Mahree se dio cuenta de que era la primera persona que tocaba a un extraterrestre. Hizo un esfuerzo para que su voz se mantuviera firme y serena.

— Vamos, *Sekhmet*, tranquila —dijo, sosteniendo con fuerza los dedos del simiu, para que la gata pudiera percibir sus olores mezclados. *Sekhmet* bufaba; pero, poco a poco, por obra de las caricias de Mahree, se calmó lo suficiente para olfatear la mano de Dhurrrkk.

— ¡Buena, chica, *Sekhmet*!

Mahree soltó la mano del alienígena y se sentó sobre los talones, recordando en el último momento que no debía sonreír enseñando los dientes. Dhurrrkk parecía complacido. Tenía el pelo de la cresta enhiesto. Saludó a la gata con un sonido grave.

— Muchas gracias, honorable Mahree —dijo—. Tu animal doméstico es una criatura de mucha belleza.

— Se llama *Sekhmet* —tecleó el nombre—. *Sekhmet* —repitió.

— *Zzzzzikkmit* —dijo Dhurrrkk, que ceceaba de un modo espantoso.

— No. Tienes que juntar los dientes —le corrigió Mahree—. Así: sss.

— *Zzzz* —probó él otra vez—. Tsss.

— ¡Ya está mucho mejor!

— *Ssseekkmeet*.

— ¡Fantástico!

— Es lamentable que ninguno de los dos pueda formar los sonidos de la lengua del otro —observó Dhurrrkk—. Sería mucho mejor poder hablar sin el ordenador. No me gusta comunicarme de forma indirecta.

— A mí me ocurre lo mismo —confesó Mahree—. Si practicáramos, yo creo que podríamos llegar a hablarnos.

— Es posible.

— Para empezar, me gustaría poder decir bien tu nombre. ¿Me ayudarás a intentarlo?

— Me sentiré muy honrado.

— Dherrk —dijo Mahree muy despacio, tratando de imprimir un tono grave a su voz. Era difícil. Ni la boca ni las cuerdas vocales de los humanos estaban configuradas para producir aquel gruñido gutural. ¡Ni el *clic* final!

— ¡Mucho mejor! —la animó él.

Con gran dificultad, ella probó varias veces más, hasta que, al fin, consiguió reproducir el

gruñido sibilante del principio, pero el *clic* que seguía a las «kk» se le resistía. A pesar de todo, Dhurrrkk alabó el esfuerzo.

— ¿Cómo se llama tu mundo?

Dhurrrkk dejó oír una serie de gruñidos y jadeos. Mahree miró la traducción y vio que el nombre quería decir literalmente: «tierra-aire-agua».

Ella trató de atiplar la voz en el pecho.

— Hhurrr-ee-haah.

— ¡Correcto!

— ¿Y el nombre de vuestra estación espacial?

Dhurrrkk frunció los labios de forma exagerada para hacerle una demostración.

— Tchh'ookk. Quiere decir Estación Uno —explicó.

Mahree trató de imitarle, sin gran éxito.

— Tengo que practicar —concluyó—. ¿Por qué se llama Estación Uno? ¿Tenéis más de una?

La cresta de Dhurrrkk se abatió.

— Yo... yo explico mal —dijo—. Perdona por desorientar.

«Ay, ay, otro tabú», pensó Mahree.

— ¿Te gustaría ver nuestra estación? —preguntó de pronto nurrrkk—. Sería un honor acompañarte.

— ¿Que si me gustaría? Pues claro. Sí, sí quiero decir. ¡Gracias! ¡Será un honor!

— Vamos a pedir permiso para que me acompañes.

Mahree se apresuró a coger una videocámara, después de preguntar si se le permitiría grabar la visita para sus compañeros. Dhurrrkk asintió y se pusieron en camino. Se detuvieron en el túnel para pedir permiso a Rhurrrkkeet y a Raoul. El capitán, como era lógico, se mostró encantado de que alguien de la *Désirée* pudiera visitar la estación de sus anfitriones.

«Estación Uno» resultó ser un fascinante conglomerado de cámaras piramidales de tres y de cuatro lados, de brillantes colores, con rampas y escalas en celosía en lugar de ascensores y montacargas. Dhurrrkk la llevó por varios «hilos» del ábaco, señalando despachos y tiendas. Mahree observó con interés que, en una tienda que vendía frutas y verduras, se utilizaban monedas en forma de pequeños discos verdes.

«Qué raro—, pensó. —Creí que gestionaban sus transacciones financieras mediante “deudas de honor”». Ella sabía que la economía simiu se asentaba en una complicada forma de trueque que utilizaba las «deudas de honor» a modo de crédito. Intrigada, señaló la moneda.

— ¿Qué son esas cosas, honorable Dhurrrkk?

Su acompañante se quedó muy quieto, con la cresta caída.

— Yo... —vaciló con evidente turbación—. No puedo hablar de ello, honorable Mahree. No me está permitido.

«¡Otro tabú!»

— Siento haberlo preguntado, honorable Dhurrrkk. Te pido perdón.

— No hay nada que perdonar —respondió Dhurrrkk con generosidad; sin embargo, todavía parecía violento—. Ya hemos visto bastantes tiendas —dijo—. ¿Te gustaría conocer los muelles de atraque de nuestras naves?

— Me gustaría mucho.

Por suerte, Mahree no sufría de vértigo, por lo que pudo seguir a su acompañante por los muros de celosía que rodeaban el más grande de los muelles de atraque de los simius.

Mientras enfocaba con la videocámara las naves simius de proa, en forma de martillo, unas en muelles de atraque y otras en muelles taller, rodeadas de técnicos de mantenimiento, Mahree trataba de conseguir cuantos primeros planos podía de los grupos que se hallaban en acción. «Paul se volverá loco con esta cinta —pensó—. Está rabiando por descubrir cómo consiguen llegar a esa velocidad superrápida».

Al cabo de media hora de andar y escalar con aquella fuerza gravitatoria superior, Mahree estaba cansada y las imágenes, sonidos y olores de aquel mundo extraño empezaban a marearla. La arquitectura simiu, con sus extraños ángulos y parábolas, le resultaba agobiante, acostumbrada como estaba a las líneas rectas de las construcciones humanas. Y aquel color violeta que tanto parecía agradar a los alienígenas, le hacía llorar si lo miraba directamente.

Cuando Dhurrrkk le dijo que era hora de regresar al túnel, ella no puso objeción.

— Ha sido maravilloso poder ver vuestra estación, honorable Dhurrrkk. Ahora sólo deseo poder visitar tu planeta —dijo mientras se dirigían a la compuerta.

— A mí me gustaría enseñarte mi mundo, mi hogar —respondió Dhurrrkk—; pero nuestras gobernantes han ordenado esperar hasta que los científicos terminen los análisis, a fin de comprobar que vuestros microbios no pueden dañarnos.

— Comprendo —dijo ella—. Nosotros haríamos lo mismo si nos hallásemos en vuestro lugar, estoy segura. —Titubeó—. Perdona mi curiosidad, pero es que sabemos tan poco de vuestra estructura social... ¿Se puede preguntar cómo funciona vuestro gobierno?

— Cada uno de los clanes nombra a una jefa que nos representa en el Consejo que gobierna cada provincia. Las consejeras que... —vaciló— han demostrado ser las más capaces pasan al Gran Consejo, el cual toma las decisiones a escala planetaria.

— ¿Consejeras? —se sorprendió Mahree—. ¿Los Consejos se hallan compuestos por hembras?

— Naturalmente —dijo Dhurrrkk—. Las hembras gobiernan los clanes; ellas poseen la tierra. ¿Quién, si no ellas, han de gobernar?

«O sea que su cultura es matriarcal —pensó Mahree—. Muy interesante».

— Pero casi todos los miembros de tu pueblo que hemos visto hasta ahora son del sexo masculino.

— Es lógico —asintió Dhurrrkk—. Nosotros, los machos, somos los que tenemos tiempo de explorar y de arriesgarnos a viajar por el espacio. Las hembras han de enseñar a los jóvenes, que es tarea que exige gran sabiduría. También administran nuestra sociedad y gobiernan a nuestro pueblo. ¿Se hace así en vuestro mundo?

— No; en nuestros mundos, tanto machos como hembras trabajan en el espacio, administran la propiedad y trabajan en el Gobierno.

El la miró de soslayo con sus ojos violeta, y Mahree advirtió que, incluso cuando más se concentraba en la conversación, Dhurrrkk evitaba mirarla a los ojos. «He de acordarme de decírselo al tío Raoul —pensó—. Que avise a todos que no miren a los extraterrestres de forma

directa».

— Es muy interesante, honorable Mahree —dijo el simiu—. En nuestro mundo, los machos trabajan en el espacio. Las hembras sólo viajan por el espacio cuando su tarea lo exige o, como en el caso de Rhrrrkkeet, cuando tienen que establecer contacto con... —se interrumpió en seco.

«¿Con quién?», se preguntó Mahree; pero comprendió que había tropezado con otro tabú, por lo que no formuló la pregunta en voz alta. Habían llegado ya a la compuerta de la cámara de descompresión. Dhurrrkk accionó los controles, y no volvió a hablar hasta que salieron al túnel en el que ya no había nadie.

— Hemos estado ausentes mucho tiempo —comentó él.

Mahree miró el reloj.

— ¡Si han pasado casi dos horas! Estarán esperándonos.

— Sí. Cada uno de nosotros tiene que volver con los suyos —dijo él, pesaroso—. Ha sido muy interesante. Supongo que es mucho pedir que vuelvas a honrarme otra vez, pero me gustaría.

— Por supuesto que volveremos a vernos —dijo ella—. Y no te sientas obligado a ser tan solemne. Al fin y al cabo, somos amigos, ¿no?

La expresión de él era formal, pero sus ojos violeta bailaban.

— Amigos, sí, es un honor —luego, hizo un esfuerzo evidente—, Mmmigggz —dijo.

— Ahrrek'ssh —respondió ella en simiu—. Amigos.

Así fue. Dhurrrkk volvió al día siguiente, y al otro. Sus visitas eran el mejor momento del día para Mahree. Cada una de ellas empezaba con una lección del idioma, y su nuevo amigo resultó un maestro competente y paciente. Cuando la muchacha pudo decir: «Saludos, Dhurrrkk, me siento muy honrada al volver a verte», *Sekhmet* ya se había habituado a la presencia del joven simiu, hasta el punto de dejarse acariciar por él.

Durante las clases, Mahree se acostumbró a formular cada pregunta sobre un nuevo tópico con extrema cautela. Como los humanos habían descubierto, muchos temas estaban prohibidos; pero no existía congruencia en lo que los simius rehuían discutir. Por ejemplo, Dhurrrkk no había tenido inconveniente en revelar a Mahree que los jefes eran hembras; pero a la pregunta de cómo eran elegidas las gobernantes respondió con una cortés evasiva.

Lo mismo ocurría con cualquier referencia a su sistema judicial, Mahree se convirtió pronto en una experta de la rápida desviación cada vez que encontraba un tema delicado.

— Ahora yo —dijo Dhurrrkk al cabo de varias lecciones—. Yo también deseo hablar tu lengua. Por favor, me gustaría poder decir tu nombre—. Frunció el hocico con evidente dificultad—. Hhhahhhree— Mah... ree —le ayudó ella, exagerando el sonido inicial.

— Hhmmahhree.

— ¡Bien! —aprobo con entusiasmo—. Tienes que cerrar la boca para conseguir que te salga «m».

Le hizo una demostración.

— Mahree —dijo Dhurrrkk.

— ¡Lo conseguiste!

— Mi animal doméstico —enunció Dhurrrkk minutos después, acariciando suavemente a

Sekhmet.

Mahree observó su minimonitor, en el que se había formado una imagen. Era la de Dhurrrkk (resultaba asombroso lo pronto que había aprendido a identificar sus facciones incluso entre un grupo numeroso de simius) con un animal en el hombro que se sujetaba a su melena con diminutas garras. Tenía el pelo corto y reluciente y una cola anillada en blanca. Unos bigotes largos y espesos bajo un antifaz blanco daban una expresión de picardía a su cara achatada. A Mahree le pareció algo así como un cruce entre un lémur y una foca.

— ¡Oh, es adorable! —exclamó.

— Se llama *Kkarr'oo*.

Mahree sonrió con los labios apretados.

— Parece un payaso, sí —dijo, divertida.

— ¿Qué es «payaso», por favor?

— Una persona que hace reír... —explicó Mahree con aire pensativo—. Amiga de chistes...

— ¿Chistes?

Ella suspiró.

— Es difícil explicar lo que es un chiste. Lo intentaré. Pero si digo algo que no deba, tú me interrumpes, ¿prometido?

El asintió con aire solemne.

«Bien —pensó ella—. Así no me liaré con tus tabúes. Allá voy».

— Honorable Dhurrrkk, ¿qué sientes cuando ves que algo que ha de ir de una manera va de otra manera? De una manera rara, pero sin causar daño.

— ¿Te refieres a cuando yo hago una cosa bien pero sale mal y yo me siento torpe? Depende de quién esté delante y de si se halla en juego mi honor.

— Cuando eso le ocurre a otro, ¿te divierte?

— ¿Divierte?

Mahree agitó las manos con impaciencia.

— Verás.

Despertó a *Sekhmet* que dormitaba y cogió el ratón de juguete de la gata. Lo sostuvo por el cordel y lo agitó. Dhurrrkk vio a la gata agitar la patita con ademán soñoliento; luego, a medida que *Sekhmet* se iba animando, Mahree empezó a hacer oscilar el ratón. La gata daba unos saltos frenéticos hasta que se puso panza arriba y agarró el juguete con expresión feroz, lo mordió, lo «destripó» con las patas traseras y, cuando lo tuvo bien «muerto», se alejó ufana con el rabo levantado.

Mahree lanzó una rápida mirada a Dhurrrkk.

— ¿Qué has sentido?

— Algo bueno —respondió él—. He sentido un calor aquí dentro. *Sekhmet* es tonta de mostrar tanto orgullo siendo tan pequeña. Quiere hacernos creer que hubiera podido vencer con toda facilidad a un enemigo mucho más fuerte.

— Pues eso —dijo Mahree— es «divertido». Lo que hizo *Sekhmet* te divirtió. Te pareció gracioso. Y un chiste es una historia que se cuenta para divertir a la gente.

Dhurrrkk meditó durante más de un minuto.

— Me parece que ya entiendo —dijo al fin—. ¿Vosotros tenéis muchos chistes?

— Muchos —respondió ella.

— Dime uno, por favor.

Mahree movió la cabeza.

— A ti no te parecería gracioso... divertido.

— Comprendo que se trata de algo sobre todo cultural. Pero tengo curiosidad.

Ella arrugó la frente, pensativa.

— Es inútil —le dijo al fin—. No se me ocurre ninguno que se pueda contar. Y el tío Raoul nunca me perdonaría que te contara un chiste sucio.

— ¿Sucio? —Desconcertado, tecleó la palabra en su terminal—. Mi traductor indica que esa palabra se refiere a la higiene personal y al entorno de la persona, por lo que respecta a materias tales como polvo, tierra, grasa y el conjunto de efluvios individuales resultantes de la falta de higiene. ¿Qué tienen que ver estas cosas con los chistes?

Mahree se tapaba la boca con la mano, para ahogar la risa.

— ¡Cómo te explicaría yo lo que es un chiste sucio! Si encuentro la manera, te lo diré, te lo prometo, pero ahora no se me ocurre. Imposible.

— ¿Imposible? ¿De verdad?

Los ojos violeta del simiu reflejaban decepción.

— De verdad. Puedes confiar en mí.

— ¿Confiar? —De pronto, volvió a mostrarse solemne—. Eso es un lazo de honor. La mayoría dirían que hace todavía muy poco tiempo que nos conocemos para eso... Pero tú me pareces una amiga que puede merecerse hasta un compromiso de honor.

— ¿Qué es un compromiso de honor? —preguntó ella con súbito interés.

Algo le decía que Dhurrrkk acababa de revelar una de las claves de la estructura de la sociedad simiu.

El extraterrestre vacilaba y al fin explicó:

— Entre los míos, un compromiso de honor representa la unión más fuerte que puede existir entre dos seres que no son familia. Cuando dos individuos contraen compromiso de honor juran defender el nombre y el honor del otro..., incluso en la arena del honor.

— ¿Quieres decir luchando?

Mahree contuvo el aliento. En las películas que habían proyectado los simius no existía ni asomo de violencia y, en su información, no se aludía a la «arena del honor».

La cresta de Dhurrrkk se desplomó y a Mahree se le cayó el alma a los pies. «¡Otro tabú no!» Pero, al poco, su nuevo amigo dijo muy despacio:

— Yo no debería hablar de estas cosas. Olvidé que no eres de los nuestros. Es tan bonito, poder hablar sin reservas.

— Me siento muy honrada de que creas que puedes hablar conmigo —respondió Mahree; hizo una pausa y prosiguió—: Honorable Dhurrrkk... yo te prometo que no hablaré de esto con los míos, a no ser que tú me autorices. ¿Te parece bien?

— Te doy las gracias —dijo Dhurrrkk con evidente alivio. Titubeó de nuevo—: Mi pueblo ignora cómo reaccionaréis vosotros, los humanos, al saber que nosotros luchamos por nuestro

honor. No a escala de raza, ¿comprendes? Pero si dos individuos o dos clanes se desafían, sus diferencias se resuelven en la arena del honor. Cuando elegimos a nuestras jefes, cada una de ellas tiene que ser juzgada por el pueblo tanto por su comportamiento en la Arena como por sus dotes de gobierno. El Consejo pensó que os desagradaría saber que a veces podemos ser violentos.

Mahree se hallaba boquiabierta. De pronto, tuvo que reprimir una carcajada histérica. Se tapó la boca con ambas manos, para que no se le vieran los dientes. Observó que la cresta de Dhurrrkk caía bruscamente.

— ¡No, no! —dijo serenándose al instante—. ¡No me río de ti! Me río de nuestros dos pueblos. Cada uno de ellos tratando de evitar que el otro se entere de que es capaz de ser violento.

El la miró con extrañeza.

— ¿Tu pueblo también pelea?

— No de la misma manera. Ya no hay desafíos ni duelos. Pero hace doscientos años tu pueblo hubiera tenido dificultades para encontrar una raza más propensa a la violencia que la humana. Y todavía somos capaces de hacernos cosas terribles los unos a los otros. Ahora soy yo la que te revela algo que mi pueblo no desea que se sepa. Por tanto te pido, a mi vez, silencio.

Dhurrrkk emitió un sonido que era como un leve gorjeo burbujeante, el equivalente simiu de reír entre dientes.

— Entiendo —respondió—. Eso es un buen chiste a costa de los tuyos y los míos, ¿no?

— Desde luego —convino ella—. Y esas peleas... ¿son a muerte?

— Casi nunca. La mayoría son sólo rituales. Los contendientes no tratan de herir ni hacer sangre. Cuando dan el mordisco ritual no desgarran la piel. Esos encuentros son como... —hizo una pausa, pulsó el monitor y escuchó atentamente la traducción— lucha cuerpo a cuerpo.

— O sea, sin armas: objetos afilados o romos con los que se golpea, sin cosas como cuchillos, porras, ni pistolas.

— Yo he visto los «cuchillos» que usáis para comer. ¿Qué son las «porras» y las «pistolas»?

Ella suspiró.

— Una porra es un objeto pesado y alargado que se usa para golpear al adversaria Una pistola es un instrumento que proyecta un rayo que deja inconsciente a la gente, o destruye las células vivas, o modifica la estructura molecular de la materia de modo que se evapora al instante.

— Oh, no —estaba escandalizado, y Mahree lo advertía con toda claridad—. ¿Tu pueblo *usa* realmente esas «armas»?

— Sí —confesó ella, sintiéndose incómoda—. Pero los usamos casi siempre para protegernos. ¿Tu pueblo no usa armas?

Dhurrrkk irguió el tronco.

— Eso sería la mayor deshonra. Incluso en un duelo a muerte, éstas nos bastan. —Flexionó sus fuertes manos de gruesas uñas—. Y éstos. Te pido perdón, honorable Mahree, lo hago sólo para mostrar.

Y abrió la boca con los labios contraídos.

Mahree retrocedió, asustada. Sólo había entrevisto en los simius unos incisivos cortos y cuadrados. Los colmillos de Dhurrrkk brillaban como el marfil. Eran robustos, curvos, afilados y tan largos que encajaban en unas estrías del maxilar inferior.

Ahora comprendía por qué el acto de enseñar los dientes era una amenaza para un simiu.

— Ya veo que no necesitáis pistolas para matar —comentó Mahree en tono débil.

— Oh, es muy raro que se mate a alguien, ni siquiera en un desafío a muerte —dijo él con naturalidad—. Por lo general, el ganador se da por satisfecho con la humillación y la deshonra del vencido y no le causa la muerte. Pero, a veces, la muerte tiene lugar cuando el vencido demuestra su total deshonra quitándose la vida. —Meneó la cabeza—. Eso está mal. Entonces el vencido deshonra a todo el clan.

— Comprendo —contestó Mahree—. Dime, honorable Dhurrrkk, ¿tu tienes compromiso de honor con alguien?

— No. —El simiu estaba violento, con la cresta caída—. A mí se me considera un individuo al que le gusta pensar por sí mismo, ir por su camino. Por eso nadie muestra deseos de conocerme bien. Ésa es la razón de que Rhrrrkkeet me trajera aquí. Pienso... que ella quería mejorar la idea que los demás tienen de mí. Se gana mucho honor y mucha categoría al ser elegido para mantener relación con vosotros, los humanos.

— Lo mismo pensaba yo el otro día respecto a mí —le comunicó Mahree sonriendo—. Espero, por tu bien y por el mío, que así sea.

— Bueno —dijo el joven simiu, tras una larga pausa—. Hemos confiado el uno en el otro para no revelar a nuestros superiores algo que tendría graves consecuencias, ¿verdad?

— Sí —admitió Mahree—, al menos por el momento, hasta que nuestros pueblos se conozcan mejor y decidamos de común acuerdo revelarles lo que sabemos.

— Sí —reconoció él—. De este modo además de llamarnos amigos, hemos atado un lazo de honor.

— ¿Eso quiere decir que tenemos que pelear para defendernos mutuamente? —preguntó Mahree con inquietud.

— No; nosotros no tenemos un compromiso de honor. Eso queda para las personas que tienen muchos lazos de honor. No; pero tenemos que estar preparados para hacer cualquier cosa antes que traicionar la confianza del otro. ¿Estás de acuerdo?

— Sí, lo estoy —repuso ella, tras un momento de reflexión—. Pero creo que muy pronto tendrá que existir la completa sinceridad entre nuestros pueblos.

— Yo también lo creo. Y sé que Rhrrrkkeet lo desea. Pide al Consejo que lo apruebe.

— ¿Confías en que lo conseguirá?

— Al final, sí. Tardan en decidirse porque tienen que contemplar todas las situaciones que pueden resultar de sus actos. Puede ser duro esperar la decisión.

Mahree asintió suspirando.

— Sé muy bien lo que quieres decir.

— ¿Los gobernantes humanos también son así?

— Oh, sí. Tu pueblo y el mío se parecen mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Dhurrrkk la miraba perplejo.

— Somos diferentes. Mira —le cogió la mano y la apoyó contra la suya, con los dedos abiertos—. ¿Ves?

Ella le lanzó una mirada, procurando que fuera rápida, y sonrió. Mantener los labios juntos era

ya una costumbre y lo hacía de forma automática.

— ¿Seguro, Dhurrrkk? Tú eres muy inteligente para pensar sólo en la apariencia. Sé que lo eres.

Él reflexionó y Mahree adivinó que estaba divertido.

— Tienes razón. ¿Cómo podríamos haber establecido un lazo de honor si fuéramos tan diferentes como hace pensar nuestra apariencia? Es extraño, pero empiezo a darme cuenta que me siento más amigo tuyo que de mis compañeros de estudios.

Ella asintió y dijo en simiu:

— Yo también, honorable Dhurrrkk, amigo.

Los ojos violeta se agrandaron.

— ¡Has practicado! ¡Lo has dicho casi a la perfección!

Mahree sonrió.

— Has dado en el clavo.

— ¿En el clavo? Por favor, ¿qué quieres decir?

Ella se levantó.

— Te lo explicaré por el camino. Quiero que preguntes a Rhrrrkkeet si puedes volver a enseñarme la estación, ¿de acuerdo?

Él asintió con energía.

— Mu... y... bbbien.

VIII. JAQUE MATE

Querido Diario:

¿Qué opinas de los matrimonios entre distintas especies?

¡ES BROMA!

De todos modos, cuando pienso en algunos humanos, tengo que reconocer que Dhurrrkk representaría una gran ventaja. Claro que sería como seducir a un niño... porque no tiene más que diez años de los nuestros. Aunque los simius maduran antes que nosotros, aún es, en proporción, más joven que yo.

Hace dos semanas que nos conocemos y los dos hemos trabajado de firme en las lecciones de lenguaje. Pronto podré acercarme a la Primera Embajadora y decirle en un simiu comprensible:

— Saludos, honorable Rhrrrkkeet. ¿Cómo te encuentras hoy?

¿Acaso no será fantástico? Sobre todo si Dhurrrkk está a mi lado y saluda al tío Raoul en inglés.

El juramento que intercambiamos Dhurrrkk y yo empieza a pesarme. Jerry y Rob sospechan que los simius nos esconden algo, y anoche me preguntaron si yo tenía alguna idea de lo que podía ser. Como es lógico, les contesté que no. Pero sentí remordimientos.

Durante nuestra conversación, Jerry señaló algo que se me había escapado, y es que la tecnología que hemos visto hasta ahora se encuentra al mismo nivel que la nuestra, o un poquitín por debajo. Entonces, ¿cómo han podido avanzar tanto en esas dos áreas: la referente a la velocidad de desplazamiento y la que concierne a las transmisiones? Podría ser coincidencia, pero Jerry no lo cree. Rhrrrkkeet llevó a la tripulación del puente a visitar la estación espacial, y Paul pudo ver por fin el accionamiento de una de sus naves.

Según dijo, algunas partes de aquel accionamiento sólo tienen una semejanza superficial con el resto de la tecnología simiu. Lo definió como encontrar una memoria de cristal criogénico acoplada a un vetusto ordenador de fichas perforadas.

¿Qué ocurre aquí? ¿Y por qué?

Estuve tentada de preguntárselo a Dhurrrkk. Pero él me lo diría bajo juramento de silencio y entonces tendría una cosa más que ocultar. Bastante me cuesta no delatar que entiendo el simiu sin necesidad del traductor electrónico.

Las «horas sociales» siguen siendo un éxito, y ayer el tío Raoul dijo que, a partir de ahora, todos pueden asistir. Joan está enseñando a varios simius a jugar al ajedrez. Les chifla.

De todos modos, el tío Raoul no suprime esa maldita norma que obliga a que un miembro de la tripulación esté armado cuando haya simius a bordo. Yo le hablé de eso. Él me escuchó con mucha amabilidad, y luego se desentendió de mí. El juramento me impidió decirle que sería desastroso que los simius adivinaran que los humanos llevan armas. Quedaríamos deshonorados para siempre a sus ojos.

Últimamente, Rob y yo pasamos mucho tiempo juntos. Está conmigo más que con Yoki. ¿No es una ironía? El muy cerdo sigue gastándome bromas y tratándome como si fuera su hermana

pequeña, maldito sea.

Es duro trabajar con él. Tengo que controlar mis reacciones cada vez que me sonrío, que me dice que estoy muy guapa o me dedica cualquier cumplido. Lo peor es cuando me rodea los hombros con el brazo como ha hecho ya un par de veces. Porque, en el momento en que me toca, se me derriten los huesos y me apoyaría en él. Tengo que hacer un esfuerzo para no ponerme rígida y apartarme con brusquedad. Cualquiera de estas reacciones me delataría y sería tan humillante que no quiero ni pensarlo.

Ya estoy otra vez hablando de mis penas, a pesar de que me había propuesto evitarlo, ya que sólo sirve para deprimirme. Probablemente, es el efecto de trabajar tanto en el programa de traducción... O tal vez se deba a cansancio físico por pasar varias horas al día en el túnel con ese aire tan cálido y húmedo y esa gravedad tan acentuada (la de Jolie es ligeramente inferior a la de la Tierra, es decir, algo menos de 1 G, por lo que es posible que yo lo acuse más que los terrestres) ... O será quizá que tiene que venirme la regla.

Pero, al menos, dentro de una hora podré ver a Dhurrrkk.

La «hora social» estaba en su apogeo. Por primera vez, se hallaban presentes toda la tripulación franca de servicio de la nave *Désiree* y unos veinte simius. Las dos especies estaban entremezcladas, charlando a través del electrotraductor, y había mucho ruido y animación. Dhurrrkk y Mahree se encontraban junto a la pared, observando a la primer oficial que daba una lección de ajedrez a un joven simiu llamado Khrekk.

— ¡No, no! El alfil se mueve así, en diagonal. ¿Ves?

Joan hizo una demostración. Su contrincante la observaba con grandes ojos violeta. Entonces situó la pieza en una posición más ortodoxa.

— Sí, eso es —aprobó Joan—. Pero este movimiento deja a tu alfil en una mala situación. Mira lo que le pasa cuando yo muevo mi torre.

El alienígena observó con evidente pesar cómo la primer oficial capturaba su alfil descarriado.

— Ahora te toca a ti otra vez —invitó Joan.

Khrekk le lanzó una mirada hosca que ella, que estaba estudiando el tablero, no advirtió. Rápidamente, el simiu agarró una pieza al azar. Su maestra levantó una mano en señal de advertencia.

— Espera, Khrekk. Antes de mover, tienes que decidir si esta pieza es la que te interesa cambiar de posición y prever cuáles serán las consecuencias de ese movimiento para las demás piezas del tablero.

Con ademán lento, el simiu volvió a dejar la pieza donde estaba y examinó el tablero. Era evidente que le resultaba difícil seguir el consejo de Joan. Nervioso, con la cresta caída, manoseaba las hermosas piezas de madera talladas a mano.

— Khrekk no sabe perder —comentó Dhurrrkk a Mahree en un inglés con fuerte acento pero que se entendía muy bien; luego, agregó en su propia lengua—: Su madre es miembro del Gran Consejo y él no ha tenido que sufrir casi ninguna adversidad en su vida.

— Eso se nota —dijo Mahree en voz baja y en simiu—. Está enfadado. Ojalá la tía Joan hubiera elegido hoy a otro alumno.

Con un gruñido, Khrekk dejó caer su reina al suelo y, al agacharse para recogerla, golpeó

deliberadamente el tablero con el codo moviendo todas las piezas.

— ¡Eh! —protestó Joan—. Ten cuidado. ¡Este juego pertenece a mi familia desde hace doscientos años!

Khrekk irguió el tronco y miró a Joan con gesto de desafío. Ella, con un visible esfuerzo, consiguió mantener la calma y dijo:

— Ya sé que ha sido un accidente, pero te ruego que tengas cuidada Este juego de ajedrez tiene mucho valor para mí. —Con rápidos movimientos, volvió a situar las piezas en su sitio—. Sigue tocándote a ti.

Khrekk agarró airado su reina blanca y la colocó delante del rey negro de Joan. Luego, derribó la pieza de ébano tallado con el gesto tradicional que indica la derrota.

— No... ¡no! —Joan levantó la voz con impaciencia—. ¡No puedes dar mate de ese modo! Y, aunque fuera mate, la que tiene que conceder que he perdido soy yo. Tú no puedes derribar el rey del contrario.

Khrekk respondió con un enfático gruñido que podía traducirse por: «Claro que puedo».

— ¡No puedes! ¡Va contra las reglas!

Joan estaba furiosa y ya no trataba de disimularlo.

Mahree, preocupada, intentaba llamar la atención de su tío; pero Raoul se hallaba embebido en una animada charla con la Primera Embajadora. La muchacha frunció el entrecejo, preguntándose si debía intervenir.

Mientras Mahree titubeaba, Khrekk se inclinó hacia delante y agarró el rey de ébano. Luego, con un solo movimiento de sus fuertes dedos, lo partió en dos.

La primer oficial lanzó un grito y se puso en pie de un salto. Se inclinó sobre el tablero y miró a su adversario echando chispas por los ojos.

— ¿Cómo te atreves? ¡A eso se llama saber perder! —lanzó una risa áspera—. Dicen que tu pueblo tiene un código del honor. Lo que está claro es que tú no lo tienes.

— ¡Tía Joan! —gritó Mahree, tratando de distraer a su tía.

«¡No te rías! ¡No le enseñes los dientes! ¡Y no lo mires fijamente!», le suplicaba en silencio. Dhurrrkk y ella fueron hacia los furiosos jugadores de ajedrez.

Khrekk se irguió hasta que estuvo casi nariz con nariz con Joan. Entonces lanzó un gruñido abriendo mucho la boca y enseñando sus enormes colmillos.

— ¿Te atreves a desafiarme? —rugió.

Al ver ante sí aquellos relucientes y marfileños caninos, Joan dio un grito y retrocedió.

— ¡Mierda! ¡No te me acerques!

— Ha Joan —dijo Mahree asiendo por el codo a la aterrorizada mujer—. Tranquil...

Un pesado cuerpo empujó a Mahree por la espalda haciendo tambalearse a las dos mujeres. La chica dio un traspié y cayó, arrastrada por la fuerte gravedad.

— ¡Es Simón! ¡Detenedlo! —oyó que gritaba Rob, frenético.

Viorst tropezó con Mahree al lanzarse sobre Joan buscando en su cadera. La primer oficial forcejeó, tratando de desasirse del enloquecido biólogo.

— ¡Basta! ¡Es una orden, Simón!

— ¡Van a matarnos a todos! —le gritó Viorst—. ¡Yo soy el único que los ve como son! ¡Tengo

que impedirlo!

— ¡Cuidado! —gritó Paul Monteleon—. ¡Le ha quitado la pistola!

— ¡Detenedlo!

— ¡Oh, Dios mío!

Los humanos iban de un lado a otro, presas de pánico. Muchos echaron a correr hacia la compuerta de la nave.

Mahree, jadeaba, tratando de recobrar el ritmo de la respiración. Ray Drummond hizo un intento por agarrar el brazo del biólogo. Pero Simón le lanzó un fuerte golpe con la izquierda que le hizo retroceder tambaleándose. Dhurrrkk fue a acercarse, y Viorts le dio un puntapié en un hombro.

Khrekk, con un gruñido, se precipitó en la *mélée*. La primer oficial, el biólogo y él cayeron sobre la mesa y la volcaron, así como las sillas. Quedaron revueltos en un amasijo de brazos y piernas cubiertos de tela o de pelo. Mahree oyó un chasquido como de madera al partirse y los gritos de angustia de Joan.

Cuando la joven se levantó, tambaleándose, Simón se apartó del grupo, rodando por el suelo y se puso en pie, empuñando el arma de Joan. Khrekk y Dhurrrkk, que ignoraban para qué servía aquel objeto, siguieron avanzando hacia él.

— ¡Os mataré, os lo juro! ¡Conmigo no vais a poder! —jadeó Simón al tiempo que retrocedía. Mahree vio con horror cómo el biólogo soltaba el seguro y subía con el pulgar la palanca que regulaba la intensidad del arma, hasta el tope.

Los gritos de Joan se redujeron a quejidos jadeantes.

— ¡Simón, no! —ordenó Raoul y, con una seña, indicó a Jerry y a Paul que retrocedieran—. ¡Basta! ¡Por Dios, que estamos en el túnel! ¡Si disparas y haces un agujero en la pared, moriremos! —miró en derredor a los miembros de su tripulación—. ¡Atrás todos! ¡No se muevan!

Dhurrrkk y Khrekk seguían avanzando a cuatro patas.

Simón caminaba hacia atrás. Chocó con la pared del túnel sin dejar de mover la pistola furiosamente.

— ¡Basta! ¡Dispararé, sí! ¡Atrás, Ray! ¡No, Jerry! ¡No puedo consentir que me detengáis! ¡Vosotros no podéis verlos como yo!

Pálido y con los ojos febriles, agitaba el cañón del arma apuntando a los simius o a Drummond, que era el que estaba más cerca. Ray, Jerry y Paul, que se disponían a saltar, vacilaron al escuchar la orden de Raoul.

Mahree detuvo a Dhurrrkk con un ademán y, rodeando una de las sillas volcadas, se acercó a Simón por un lado.

— Simón, soy Mahree —le dijo en tono muy suave, mientras avanzaba despacio; extendió la mano—. Dame el arma. Ellos ni siquiera saben lo que es. ¡Tú no querrás cometer una terrible equivocación!

— Nos matarán —insistió él—. Tengo que impedírselo.

Pero empezaba a vacilar.

— ¿Por qué hace eso? —preguntó Dhurrrkk.

Al oír el sonido grave y líquido de las palabras del alienígena, las cuales no podía comprender,

Simón gritó:

— ¡No! —Su dedo se contrajo inexorable sobre el gatillo.

— ¡Simón! —Mahree se lanzó encima del brazo de Viorst y le dio un empujón en el momento en que él disparaba. La descarga de energía ionizada silbó sobre el hombro de Khrekk; luego, hizo un giro brusco junto a Mahree y chocó con la pared. Se oyó un sordo chasquido al perforarse el material del tubo, seguido del alarido penetrante del aire que es absorbido por el vacío.

Cuando la descarga del arma casi rozó la cabeza de Mahree, a la chica le pareció que cada una de las células de su cerebro era aplastada y retorcida. Con un grito ahogado, se desplomó.

En los segundos que siguieron, advirtió, de forma vaga, una estampida de seres empavorecidos, que corrían gritando de terror. Mahree también hubiera gritado, de haber tenido fuerzas para ello. Le parecía que iba a estallarle la cabeza, y el dolor le nublaba la vista.

Aturdida y mareada, trató de no perder el conocimiento mientras la fuerza de la atmósfera que se precipitaba hacia el vacío exterior por aquel boquete del tamaño de un puño, empezaba a arrastrar su inerme cuerpo por el suelo. El aire estaba poblado de objetos: hojas de ordenador, el arma de Joan, piezas de ajedrez y almohadones. El agujero se agrandaba a medida que las cosas salían por él. Muy pronto, todo el túnel cedería.

Aquel huracán provocado comprimía los pulmones de Mahree, haciendo dolorosos sus esfuerzos por respirar. Se agarró a una silla. Pero no era lo bastante pesada para impedir que el viento siguiera arrastrándola, así que la soltó.

Vio a Ray Drummond deslizarse por su lado, a gatas, agarrar algo y dejarse arrastrar otra vez. Cuando llegó a la pared, el ayudante del jefe de máquinas, se puso en pie con gran esfuerzo y apoyó el objeto rígido y plano en la pared del tubo. Resistiéndose con todas sus fuerzas a la atracción del vacío, deslizó la forma cuadrada hasta colocarla sobre el agujero, que tenía ya el tamaño de una cabeza. El fuerte silbido cesó de repente y quedó reducido a un sordo siseo.

Mahree parpadeó. Al fin consiguió enfocar la visión. El objeto que cubría el agujero era el preciado tablero de ajedrez de mármol, propiedad de Joan.

Oyó gemir a su tía. Estaba tendida cerca de ella, con el brazo doblado de una manera extraña. Algo húmedo y rojo asomaba de un ángulo que no tenía que estar allí. La sangre formaba un surtidor encarnado.

— ¡Que alguien traiga mi equipo de urgencia! —gritó Rob corriendo al lado de la mujer que sangraba—. ¡Yoki, mira si Mahree está herida!

Simón se hallaba sepultado debajo de Yoki, Paul, Raoul, Ray y Azan Quitubi. La sobrecarga, al oír la orden de Rob, empezó a retorcerse para salir del montón, dejando a Viorst vigilado por los hombres. El biólogo hipaba y sollozaba cuando lo sentaron, sujetándole los brazos a la espalda. De pronto, Raoul lo soltó. Se desplomó en el suelo, atontada. Entonces empezó a jurar entre dientes en una mezcla de francés e inglés.

— ¿Amiga Mahree? ¿Estás herida? —Unas manos peludas le dieron la vuelta con suavidad, y vio a Dhurrrkk que la miraba preocupado. Al principio, Mahree no le entendía, hasta que se dio cuenta de que, por primera vez, se había dirigido a ella utilizando la fórmula «familiar», reservada a los consanguíneos y a los amigos íntimos.

— ¿Estás bien, cariño? —preguntó una voz.

Mahree giró el rostro muy despacio y vio a Yoki arrodillada a su lado. Consiguió mover la cabeza y hacer un gesto afirmativo.

— ¡Gracias a Dios, Mahree...! Creí que ese estúpido te había matado.

— Estoy bien —murmuró Mahree, preguntándose si sería verdad. Experimentaba una sensación extraña. Como si la cabeza le pesara una tonelada y, al mismo tiempo, fuera a escapársele de los hombros y a salir volando. Le resultaba doloroso respirar.

Oprimió débilmente el brazo de Dhurrrkk.

— Ve a ver cómo está Khrekk —dijo—. Anda...

El alienígena asintió.

— Así lo haré. Has demostrado gran valor, amiga Mahree. A diferencia de otros de los tuyos.

—Lanzó una mirada de furor a Simón—. En este día, te has comportado con gran honor.

Y Dhurrrkk se fue.

— Ha dicho que eres muy valiente, cariño. Y que te has portado con honor —explicó Yoki, sin advertir que la muchacha había entendido al simiu sin necesidad de mirar el monitor.

Mahree asintió mordiéndose los labios para reprimir un gemido. Una voz interior le gritaba que Simón había atacado a Khrekk con un arma, a la vista de una veintena de simius. La voz decía en tono plañidero que todo estaba perdido; pero Mahree se resistía a escuchar; se resistía a dejar brotar las lágrimas que pugnaban por salir. Le parecía que si cedía al dolor, aunque no fuera más que un segundo, no podría detener el llanto nunca más.

Se incorporó. Cerró los ojos cuando el túnel empezó a dar vueltas en un borroso torbellino blanco manchado de rojo.

— ¿Y Khrekk? ¿Lo ha matado Simón?

— No lo creo. Le oí gemir, o sea que respira. Ahora le ayudan a levantarse. Puede andar.

Mahree abrió los ojos y, poco a poco, el entorno dejó de girar. Vio que el grupo de simius, apoyando a una figura peluda que se tambaleaba, desaparecía por la compuerta de la estación espacial.

— Dios mío —suspiró—. Esto parece una pesadilla.

— ¿Raoul?

Las dos mujeres se volvieron hacia donde Paul Monteleon apartaba con precaución varios muebles volcados. Alguien yacía debajo, casi sepultado por hojas de ordenador, una otomana simiu, una mesa y una silla. El jefe de máquinas palideció.

— *Mon Dieu!*

Lamont se acercó apresuradamente a Monteleón gritando:

— ¡Doctor! ¡Doctor!

— Un segundo —pidió Rob apretando los dientes mientras hacía rápidas manipulaciones en su paciente, que se hallaba sin conocimiento y tenía salpicaduras de sangre en la cara, en una siniestra imitación de pecas—. Casi he conseguido reducir el desgarro. —Segundos después gritaba—: ¡Yoki, vigila a Joan!

Asiendo rápidamente su equipo de primeros auxilios, el médico corrió hacia donde estaban Paul y Raoul. Mahree vio que su espalda se ponía rígida.

— Dios mío —murmuró—. Ya es tarde. Ha muerto.

Raoul lo miró con incredulidad.

— ¡Tiene usted que hacer algo, doctor! ¡Empiece la reanimación!

— Es inútil, capitán —dijo Rob suavemente—. No hay nada que hacer. —Sacó una placa sensora del maletín y la aplicó—. No existe actividad cerebral, ¿ven? Está muerto... Se ha desnucado.

— ¡Por el amor de Dios! ¿Quién es? —gritó Yoki.

Rob tragó saliva.

— Es Jerry.

Raoul se puso las palmas de las manos sobre los ojos y se los frotó con furia. Su voz era un murmullo entrecortado.

— *Mon Dieu, il est mort... Seigneur... il est mort...*

A Mahree se le inundaron los ojos de lágrimas. «¡Jerry! ¡Jerry no, Dios mío! ¡Que no sea Jerry!» Acudieron a su memoria recuerdos del jefe de comunicaciones. En las semanas transcurridas desde que recibieron la señal de los simius se habían hecho amigos, y la noticia de su muerte era más dolorosa que la descarga de la pistola disruptora.

— ¿Cómo ha sido? —preguntó Yoki alzando la voz—. ¿Alguien ha visto qué ocurrió?

— Yo lo vi un momento —dijo Azam Quitubi—. Fue cuando el tubo se agujereó y todos empezamos a bracear. Él y uno de los simius parecían tratar de sostenerse mutuamente. Pero... —vaciló y agregó de mala gana— también podían estar peleando. Todo era tan rápido que yo...

— No pongamos las cosas peor de lo que están —aconsejó Rob con voz tensa mientras examinaba el cadáver—. Con esta gravedad, una simple caída puede ser desastrosa... Sí, eso es lo que ocurrió. Se golpeó con esta silla que estaba volcada. La muerte fue... instantánea. —Le falló la voz y tuvo que hacer un esfuerzo para serenarla—. Ni se enteró.

El médico se puso en pie con movimientos inseguros y volvió junto a Joan.

— Necesitamos camillas —dijo a varios de los miembros de la tripulación de la *Désirée* que asomaban por la compuerta de la nave.

Mahree empezó a llorar.

— *Chérie...* —dijo Raoul abrazándola—. ¿Seguro que no estás herida? Desde donde yo estaba me pareció que Viorst tenía que haberte volado la cabeza.

— Estoy bien —contestó la chica con voz apagada, enjugándose los ojos—. Te lo aseguro.

— Raoul —dijo Rob—, lleva a Mahree a la enfermería. Quiero examinarla en cuanto acabe con Joan.

Las palabras de Rob tuvieron el efecto de galvanizar a Raoul, que se puso en pie tambaleándose y se quedó mirando a su esposa.

— Se pondrá bien, Raoul —lo tranquilizó Rob, y acabó de hinchar un vendaje compresivo—. Fractura doble de cubito y radio, pero se curará.

Activó la camilla de emergencia y, entre Raoul y él, pusieron en ella a Joan. Entonces el médico sacó una sábana y cubrió con delicadeza el cadáver de Jerry Ciervoverde. Se arrodilló un momento al lado de su amigo con la cabeza inclinada.

Raoul se volvió de espaldas al médico. Su mirada tropezó con Simón, que seguía sollozando en manos de sus guardianes. La cara del capitán se ensombreció de ira. Agarró al biólogo por el

cuello del mono y lo levantó.

— *Debout, espèce d'enfant de salaud!* ¡Mira lo que has hecho! ¡Imbécil! ¡Jerry ha muerto por culpa tuya!

Viorst miró el cadáver envuelto en la sábana y el charco de sangre que se coagulaba en el suelo del túnel, y vomitó.

Mahree volvió la cara, pero no con la suficiente rapidez. El olor llegó hasta ella y las náuseas empezaron a sacudirla mientras lágrimas de desolación, pena y vergüenza le resbalaban por el rostro. Sintió unas manos que le sostenían la cabeza y oyó la voz de Yoki.

— Pobrecilla...

— Lo siento —jadeó entre arcada y arcada—. No puedo... evitarlo.

— Claro que no puedes —dijo Yoki en tono tranquilizador sujetándola durante otro espasmo—. Has sido muy valiente... cariño... una heroína... Si no es por ti, ese simiu estaría muerto.

Finalmente, la muchacha se desplomó en el suelo del túnel. De forma muy vaga, vio que miembros de la tripulación se llevaban la camilla de Joan y el cuerpo de Jerry hacia la nave. Le daba vueltas la cabeza y se sintió desfallecer.

Unos brazos fuertes la levantaron y se sintió acunada contra un pecho ancho. Abrió los ojos y vio la cara de su tío.

— Te llevaré a la enfermería —dijo.

— Puedo andar.

— No puedes —dijo él echando a andar hacia la compuerta—. Descansa, *chérie*.

— ¡Raoul!

Era la voz de Yoki.

Lamont se detuvo y se volvió hacia el otro extremo del túnel. Mahree levantó la cabeza y vio que salían de la estación dos simius cubiertos con traje espacial, uno de los cuales llevaba una plancha para reparar el túnel. Mahree los vio acercarse al lugar en el que Paul Monteleón y Ray Drummond vigilaban el agujero cubierto con el tablero de ajedrez. La atracción del vacío exterior era suficiente para mantener el objeto firmemente adherido a la pared; pero ellos no querían exponerse a ningún riesgo.

— Yo... nosotros..., lo sentimos mucho —dijo Paul con frases entrecortadas cuando se acercaron los alienígenas—. Lamentamos vivamente lo sucedido.

Los simius no respondieron a las disculpas. Haciendo caso omiso de los humanos, trabajaban a su lado como si fueran dos objetos inanimados. Con movimientos precisos y pausados, uno retiró el tablero mientras el otro deslizaba la plancha en su lugar. Luego, el simiu dejó el tablero apoyado en la pared del túnel y Drummond lo recogió.

— ¿Cómo está el herido, por favor? —preguntó Ray en tono suplicante—. Estamos consternados por...

El segundo jefe de máquinas se interrumpió al ver que los dos simius le daban la espalda y se ponían a trabajar en el parche.

— Déjelo, Paul —ordenó Raoul en tono triste—. Vengan los dos. Es inútil.

— Vamos, Mahree. —le dijo Yoki, ayudándole a incorporarse en la mesa de reconocimiento

de la enfermería—. Quítate esa ropa sucia, cariño. Rob vendrá en seguida.

Mahree hizo una mueca al levantarse lo suficiente para que la sobrecarga le quitase las prendas manchadas. Yoki la miró con gesto de preocupación.

¿Aún te duele la cabeza?

— Como si me la golpearan con un martillo —respondió Mahree tendiéndose en la mesa con un suspiro—. Y Simón no contribuye a aliviarme.

Las dos oían al biólogo que estaba confinado bajo vigilancia en la sección de cuarentena de la enfermería. Viorst pasaba de accesos de llanto pidiendo perdón por lo ocurrido, a gritos de histerismo diciendo que lo perseguían los simius.

Yoki apretó su boquita carnosa.

— Si Rob no le da algo para que se calle, yo entro ahí y mato a ese cerdo.

Mahree la miró, sorprendida por tanta vehemencia.

— ¡Pero..., Yoki! ¡Él no es dueño de sus actos! —protestó—. Da la impresión de que ha perdido el juicio.

— ¿Sí? —dijo la sobrecarga escurriendo una toalla que había sumergido en agua fría y pasándola con delicadeza por la cara de su paciente—. ¿Que ha perdido la chaveta? ¿Y qué? Él tiene la culpa de que Jerry esté muerto y él nos ha metido en un buen lío. Que pague. Es muy cómodo eso de volverse loco para librarse de responsabilidades. ¡Él muy jodido!

Mahree no sabía qué decir. Aquélla era una Yoki desconocida, dura e implacable.

— Anda, cariño, ponte esto.

La sobrecarga sostenía ante ella una bata de paciente.

A los pocos minutos, los aullidos de Simón cesaron de repente.

Cuando Rob Gable entró por fin en la habitación, tenía en la cara la expresión del hombre que acaba de ver destruida su mayor ilusión; pero apenas se acercó a Mahree esbozó una sonrisa de aliento.

— Eh... —dijo con dulzura—. ¿Cómo estás, heroína?

Le cogió una mano y deslizó los dedos hasta la muñeca, buscando el pulso.

— Estoy bien —respondió Mahree tratando de retirar la mano—. Lo único que necesito es un poco de descanso, Rob. No hace falta que te...

— Deja que eso lo decida yo, ¿de acuerdo? —dijo él abstraído, mirándola fijamente; le palpó la cabeza, introduciendo los dedos entre el pelo—. Hummmmmmm.

— ¡Estoy bien! —protestó Mahree mientras él empezaba a pasarle un bioscanner portátil por la cabeza y el torso.

La chica enrojeció cuando la mano de él le rozó un pecho; pero el médico no se dio cuenta, absorto como estaba proyectándole una luz en los ojos para comprobar la reacción de la pupila.

— Cuando veas dos dedos, avisa —dijo levantando el índice y acer cándoselo a la nariz.

— Ya —dijo Mahree—. Estoy perfectamente. Acabo de decírtelo.

— Tonterías. Ves doble —le rectificó con naturalidad—. ¿Te zumban los oídos?

— No. Bueno... un poco. De verdad, estoy bien.

— Respira —le ordenó él como si no la oyera, mientras pasaba despacio el scanner por el pecho y la espalda—. Respira hondo.

Mahree hizo una profunda inspiración y empezó a toser. Las sacudidas que los espasmos le producían en la cabeza le hicieron gemir a pesar suyo.

— Hummmmm... —Volvió a examinarle el fondo del ojo—. Eres una chica con suerte. Lo lógico es que te hubiera estallado el cerebro, pero no tienes más que una ligera conmoción. —La miró fijamente— Pero la cabeza te duele como si fuera a estallarte, ¿verdad? —Sí.

— Quiero que te quedes descansando un par de días en la enfermería, donde pueda vigilarte. —Se volvió para buscar algo en su maletín—. Toma, esto te aliviará.

Mahree tragó dócilmente el medicamento y bebió el agua que Yoki le acercaba en una taza. El acto de tragar le provocó otro acceso convulsivo.

— Esa tos es por la descompresión —explicó Rob.

— Un poco más de agua, por favor. —Bebió con complacencia— Gracias. ¿Cómo está mi tía?

— Descansa. Raoul se encuentra con ella. Estará en perfectas condiciones dentro de unas semanas, con un par de horas al día en la unidad de regeneración.

— ¿Y Simón? —preguntó Mahree.

Rob movió la cabeza con gesto sombrío.

— Le di un sedante. Raoul me ordenó que lo congelara lo antes posible. Está totalmente perturbado. Sufre paranoia y alucinaciones.

— El muy imbécil lo ha estropeado todo —se lamentó Yoki, furiosa—. Lástima que no se haya suicidado. Pasaremos a la Historia como la tripulación que se cargó el Primer Contacto, y todo por culpa de Viorst. Maldito sea una y mil veces.

La voz de Yoki era fría y cortante. Mahree comprendió que lo maldecía de todo corazón.

El médico se sentó en el borde de la cama de reconocimiento, abatido.

— Calma, Yoki. Simón no es responsable de sus actos. —Se pasó la mano por el pelo y se mordió los labios—. ¡Mierda! En realidad, la culpa es mía. Debí advertir a Raoul que pusiera a Simón en hibernación antes de entrar en este sistema.

Mahree lo miró, compasiva.

— Tú no podías saber que iba a reaccionar.

— No debí arriesgarme —insistió el médico, furioso y apretó los puños— Pero habría *jurado* que estaba mejor. Que se adaptaba. ¡Que fuera capaz de eso, ni soñarlo!

— Lo hecho, hecho está —cortó Yoki—. No conseguirás nada dándote golpes en el pecho. Domínate.

Mahree miró a la mujer, impresionada por la brusquedad de su voz. «¿Cómo puede hablarle en ese tono si lo quiere?» De pronto, comprendió que Yoki no estaba enamorada de Rob Gable, ni lo había estado nunca.

— Nadie podía prever esto, Rob —dijo oprimiéndole el brazo como expresión de afecto.

Él agitó la cabeza con vehemencia, sin mirarla.

— Eso no es lo que importa, Mahree. El caso es que yo sabía que Simón era xenófobo y propenso a la paranoia, y nunca debí dejar que se acercara a los simius. Todo es culpa mia, incluso la muerte de Jerry.

Yoki suspiró e hizo un esfuerzo por mostrarse conciliadora. Puso la mano en el hombro de su amante y se lo sacudió un poco.

— Vamos, eres muy severo contigo mismo, cariño. Me dijiste que no tenías más experiencia psiquiátrica que la de la escuela. Eres muy joven. Te equivocaste. A todos nos ha ocurrido alguna vez.

Rob alzó la cabeza como si hubiera recibido una bofetada.

— ¿Qué diablos tiene que ver la edad? —preguntó irritado.

Yoki dio un paso atrás apretando los labios.

— Lo siento, no quise decir eso.

— Me parece que sí. —La voz de Rob era extrañamente opaca—. Y, ¡maldita sea!, probablemente tienes razón. Pero no debiste decirlo.

La sobrecarga movió la cabeza, sin mirarle a los ojos.

— Bueno..., mira, todos estamos nerviosos. Ya hablaremos después, ¿de acuerdo?

Rob no dijo nada mientras Yoki salía. «Lo que hubiera entre los dos ha terminado», pensó Mahree. Le parecía que tenía que sentir una egoísta satisfacción, pero no era así. Estaba entumecida.

Al cabo de unos segundos, el médico aspiró de forma profunda y entrecortada y levantó la cabeza.

— Perdona —murmuró—. Tengo... Voy a ver a Joan.

Mahree lo sujetó por el brazo.

— ¿Estás bien?

— Sí. Yo... siento mucho que hayas tenido que presenciar esta escena. Yoki y yo... en fin...

—Se encogió de hombros—. Lo peor de todo es que tiene razón. Soy muy joven y en este caso me faltó experiencia para hacer un dictamen. Debí reconocerlo ante mí mismo y ante Raoul e insistir en que se pusiera a Simón en hibernación, por lo que pudiera ocurrir. —Al terminar la frase, tenía los ojos brillantes de lágrimas—. Y ahora, por mi causa, Jerry ha muerto. Y el proyecto de los simius ha fracasado. Nunca me lo perdonaré. —Tragó saliva, parpadeando y una lágrima le resbaló por la mejilla; la enjugó, violento y enojado—. Perdona.

— Rob —dijo Mahree suavemente, también entre lágrimas—, tienes que perdonarte a ti mismo. Cometiste un error, sí. Pero lo de Jerry fue un accidente. Yoki tal vez no se expresara con mucho tacto; pero tiene razón. Debes aceptar lo que ocurrió, tienes que admitirlo, o no nos servirás de nada. Y vamos a necesitarte. Vamos a necesitarte muchísimo. ¿Entiendes?

Él asintió. El movimiento hizo que le saltara otra lágrima.

Mahree le cogió una mano. Los crispados dedos se fueron relajando, y luego se cerraron con fuerza en torno a los de ella.

— Yo me creía tan listo —murmuró con amargura—. Creí que iba a poder curar a Simón; pero no pude, como tampoco pude curar a todos los que se perdieron durante la epidemia. —Lanzó una carcajada breve y áspera—. Se acabó el joven prodigio. Hablando de ruinas... —Se enjugó los ojos con la manga, asiéndose a la mano de Mahree como a un salvavidas.

Permanecieron un rato en silencio y Rob se volvió a mirarla.

— Lo que hiciste hoy es el acto más valeroso que he visto en mi vida —dijo.

Ella le sonrió con labios temblorosos mientras se secaba las lágrimas de un manotazo.

— Lo hice sin pensar —contestó—. Sólo es valiente el que hace las cosas después de

pensarlas.

Él miró sus manos enlazadas.

— Tonterías. Ese simiu te debe la vida. Y yo también te debo algo. Si no hubieras estado aquí ahora mismo, yo... —agitó la cabeza aspirando con fuerza—, no sé lo que hubiera hecho.

Mahree le apretó la mano.

— Tonterías —dijo a su vez remedando el tono de él—. No me debes nada. Somos amigos. Y los amigos están para eso, ¿no?

Rob asintió y la atrajo hacia sí. Mahree apoyó la cabeza en su hombro, cerrando los ojos con un suspiro.

Al cabo de un momento, él se agitó y la soltó.

— Tengo que ir a ver a Joan y a preparar a Simón para hibernación. Estaré ahí al lado. Si me necesitas, toca el timbre, ¿de acuerdo?

— De acuerdo —asintió ella.

— Hace más de una semana —dijo Raoul Lamont con énfasis—, y todavía no hablan con nosotros. Empiezo a pensar si no deberíamos soltar amarras y salir de aquí.

Rob suspiró. Él había llegado a pensar lo mismo durante aquellos largos días. «Maldita sea, algo tiene que poder hacerse. Alguna forma debe de haber para conseguir que nos escuchen».

Miró las caras crispadas de Joan, Paul y Mahree, sentados alrededor de la mesa más grande del comedor.

— Quizá Paul y yo deberíamos intentar otra vez entablar diálogo con los guardianes de su compuerta —apuntó el médico—. Si pudiéramos hablar con Rhrrrkkeet.

— Lo he intentado dos veces, Rob —dijo Joan Atwood—. Esos guardianes no llevan el dispositivo de traducción, por lo que no se les puede preguntar por nadie. —La primer oficial llevaba el brazo en un aparato compresor, y su cara mostraba huellas de sufrimiento y tensión—. Han cortado con nosotros, tenemos que reconocerla. Deberíamos marcharnos mientras podamos.

Rob suspiró y relajó el tronco mostrando las palmas de las manos en ademán de abandono.

— No estoy de acuerdo, pero la verdad es que no se me ocurre ninguna alternativa.

— Yo creo que deberíamos esperar unos días —sugirió Paul Monteleón—. Tendrán que volver a hablar con nosotros, aunque no sea más que para pedir que nos larguemos.

La luz del techo acentuaba las arrugas de su cara y hacía que su cabello rojo pareciera más pobre todavía. El zafiro de la estrella que llevaba en el lóbulo de la oreja izquierda emitía leves fulgores.

— Además —prosiguió—, Mahree está preparando un mensaje para el centro de comunicaciones de la estación que pronto se hallará terminado.

— ¿Qué dice el mensaje? —preguntó Joan.

Paul se encogió de hombros.

— Pregunte a Mahree.

Todos los ojos se volvieron hacia la muchacha, la cual se retorció las manos en el regazo con evidente malestar.

— Ya, pues... es complicado —dijo hablando con mucha lentitud—. Es muy delicado encontrar las palabras adecuadas. Es... es una mezcla de explicación y disculpa. Pero no quiero

hablar de ello hasta que esté concluido.

— ¿Crees que podremos transmitirlo mañana? —preguntó Raoul.

Ella movió la cabeza como si se sintiera atrapada.

— Yo... bueno, por varias razones, no podré enviarlo si antes no hablo con mi amigo Dhurrrkk. Quizás a mí me dejarán entrar.

Lamont movió negativamente la cabeza.

— No; no me parece prudente. Creo que debemos esperar a que ellos den el primer paso. — Entornó los ojos escrutando la cara ojerosa y afilada de su sobrina—. ¿Te encuentras bien, *chérie*? —Miró a Rob—. ¿Seguro que está bien?

El médico asintió.

— Por lo menos, físicamente. La di de alta anteayer para que pudiera asistir al funeral de Jerry. Tiene órdenes de no cansarse —agregó paseando la mirada por sus compañeros—. La verdad es que ninguno de nosotros parece rebosante de salud.

Raoul se encogió de hombros.

— Cierto. En fin, me parece que deberíamos...

— ¡Capitán! —Azam Quitubi le llamaba desde la entrada del comedor—. La Primera Embajadora está en la compuerta, y solicita hablar con usted.

Las pobladas cejas de Raoul se alzaron en su ancha frente.

— ¿Está? Bien, hágala pasar en seguida.

Momentos después, la enviada simiu llegaba acompañada por dos de sus congéneres a los que Rob creyó reconocer. Raoul se arrodilló para situarse cara a cara con la Primera Embajadora e hizo el ademán de saludo, siendo imitado por todos los humanos presentes.

— Honorable Rhrrrkkeet —dijo el capitán, y se detuvo, evidentemente desconcertado.

Como de mala gana, según le pareció a Rob, los simius devolvieron el saludo. Al cabo de unos instantes, Rhrrrkkeet empezó a hablar.

— Honorable capitán Lamont. Lamento mucho que ahora tengamos que conversar sobre temas desagradables, pero es inevitable.

— Comprendo —admitió Raoul—. Quiero que sepas que lamentamos muchísimo lo ocurrido.

La enviada simiu asintió.

— Nosotros también lo lamentamos. Pero «lamentar» es inútil cuando no mueve a la reparación y recuperación del honor. Nuestros dos pueblos han sido deshonrados por los actos irreflexivos de nuestros subordinados.

— Hum..., sí —convino Raoul—. ¿Cómo se encuentra el honorable Khrekk?

La Primera Embajadora estaba violenta.

— No se puede asociar honor al nombre de Khrekk hasta que se decidan y apliquen las debidas reparaciones.

— ¿Dices que Khrekk está deshonrado? —preguntó Raoul—. Eso significa que sigue vivo.

— Naturalmente que está deshonrado —Rhrrrkkeet asintió— La adopción de actitudes violentas y los daños a la propiedad infligidos por Khrekk están absolutamente prohibidos. Son afrentosos. Físicamente se halla recuperado de los efectos de vuestra... —desvió la mirada como si sintiera una irreprimible náusea— vuestra arma.

Raoul miró a Rob que estaba a su lado. Desconectó el traductor.

— ¿Y ahora? —susurró.

— No hable más de Khrekk. El tema les duele, eso se nota. Tenemos que averiguar cuáles son esas «reparaciones» de las que ella habla.

— ¿Cómo se lo pregunto?

El médico reflexionó un momento.

— Diga que espera que nuestros dos pueblos puedan recobrar el honor, a fin de reforzar nuestra mutua amistad.

Raoul volvió a conectar el traductor y expresó los sentimientos apuntados. Mientras el capitán hablaba, Rob creyó apreciar un brillo de satisfacción en los ojos de la Primera Embajadora. La jefa simiu asintió entusiasmada.

— Entonces, ¿estáis dispuestos a trabajar con nosotros para reparar el honor?

— Sí —dijo Raoul sin titubear.

La cresta de Rhrrrkkeet se irguió.

— ¡Sabía que podía contar con vuestro honor! ¿Prefieres elegir a los contendientes o lucharán aquellos cuyo honor debe lavarse? Debo decir que Khrekk aspira a restaurar por sí mismo el honor de su clan y su estirpe, así como el suyo, por lo que me ha pedido que procure evitar la designación de representantes o depositarios del honor.

Raoul parpadeó mientras el torrente de palabras cruzaba veloz su monitor.

— Oh, oh... ¿Le parece que habla de lo que a mí me parece que habla? ¿Un combate singular o algo por el estilo?

— Desde luego, ésa es la impresión —contestó Rob, desolado.

— Te ruego que me expliques la forma en que propones que se realice esta reparación del honor, honorable Rhrrrkkeet.

La simiu dijo despacio:

— A pesar de la gravedad de la ofensa, a pesar de que se usó... un arma... no creo conveniente un enfrentamiento a muerte. Considero que bastará una prueba de fuerza a primera sangre. Dispondremos una arena del honor aquí, a bordo de la estación, ya que la cuarentena que nuestras autoridades sanitarias han decretado para vuestro pueblo aún no ha terminado.

Lamont lanzó al doctor una mirada sombría.

— Si no entiendo mal, has dicho que un miembro de tu pueblo, Khrekk, al que hirió Simón Viorst, desea librar un combate físico con un miembro de mi pueblo, para recuperar su honor, ¿no es así?

— Sí, así es. Khrekk desea enfrentarse con Simón Viorst para recuperar el honor.

— Bien, en primer lugar, nosotros no resolvemos los problemas por medio de combates, honorable Rhrrrkkeet —informó Raoul—. Y, en segundo lugar, Simón Viorst está enfermo. Aquel día no era responsable de sus actos.

La cresta de la Primera Embajadora se desplomó.

— ¡No tenía daño, yo lo vi y no había marca alguna en él! —Las aletas de la nariz le temblaban de indignación—. ¿Cómo puedes decir que no era responsable? ¿No empuñó el instrumento del deshonor? ¿No lo descargó contra mi pueblo?

Raoul desconectó el traductor.

— Está mosqueada —murmuró—. Al parecer, hemos violado uno de sus tabúes más sagrados por el simple hecho de portar armas.

«Se lo advertí», pensó Rob; pero no dijo nada, recordando que Raoul no le había hecho ni el menor reproche por no haber sabido evaluar del modo adecuado el estado mental de Simón.

— Honorable Rhrrrkkeet, ¿puedo hablar? —pidió.

Ella inclinó la cabeza con gesto benévolo.

— Adelante, honorable sanador Gable.

— Antes que nada, deseo explicar que la enfermedad de Simón Viorst no es del cuerpo sino de la mente. Estas enfermedades hacen que la víctima no sea responsable de sus actos. E incapacitan tanto como una herida o una enfermedad física.

Rhrrrkkeet reflexionó.

— Nosotros hemos visto casos de esta irracionalidad en nuestro propio pueblo —dijo al fin—; pero sólo cuando el centro del pensamiento ha sufrido un daño físico. Yo nunca he oído nada de esa enfermedad invisible de la que me habla. Debe de ser peculiar de vuestro pueblo —hizo una pausa—. ¿Está causada por agente microbiano?

— Todavía no sabemos todo lo que se refiere a las causas de la enfermedad mental —explicó Rob—. Pero si lo que le preocupa es que se trate de algo contagioso que pudiera infectar a su pueblo, puedo asegurarle que no es así.

— Entiendo. Bien, en tal caso, habrá que elegir a un depositario del honor para el combate.

— Eso de ninguna manera —protestó Raoul—. Mi pueblo no resuelve los problemas de ese modo.

Los ojos de la enviada brillaron de cólera.

— ¿Cómo los resuelven entonces, honorable capitán Lamont?

— Pidiendo perdón. Decimos que lo lamentamos. Simón es incapaz de hablar por sí mismo y nosotros hablamos por él.

— ¡Palabras! —exclamó ella frunciendo los labios con desdén—. ¿Sólo palabras? ¿Qué reparación pueden dar las palabras?

— Uno de mis hombres ha muerto —dijo Raoul con voz tensa— ¡No pienso arriesgar a otro sólo para satisfacer vuestro concepto del honor! ¡No se os oculta que físicamente no podemos medirnos con vosotros, a no ser que estemos armados!

Ella irguió el tórax.

— ¿Te refieres a esa... arma? ¿A la cosa que hirió a Khrekk? —Y agregó sin esperar la respuesta de Lamont—: Quizás en vuestro mundo el honor se repare de otra manera. ¡Pero nosotros no podemos consentir el empleo de armas! ¡Esta transgresión mancillaría nuestra arena para siempre!

— ¿Vosotros no tenéis armas de ninguna clase? —preguntó Rob incapaz de imaginar esa posibilidad.

La cresta de Rhrrrkkeet se alzó orgullosa.

— Nosotros, los... —el símbolo del nombre con el que los simius designaban a los individuos de su especie cruzó la pantalla—, lo único que utilizamos, y muy rara vez, son los rayos

tranquilizantes para controlar a las muchedumbres en caso de catástrofe natural. Nosotros vamos provistos de armas naturales, las únicas que se necesitan o se permiten en la arena del honor.

Rob pensó en los colmillos de los machos y en la fuerza de las manos y pies de los alienígenas, armados de duras uñas, y comprendió que un humano sin armas no resistiría frente a un simiu adulto más que unos segundos.

Sintió el impulso de levantarse y marcharse de allí. «No hay manera de salir de este embrollo que no hace más que liarse cada vez más... ¿Qué diablos vamos a hacer?»

Al parecer, la Primera Embajadora también había reflexionado, porque dijo:

— Dices verdad cuando hablas de la desigualdad física de nuestras especies. Quizá podamos convencer a Khrekk de que su honor puede repararse por medio de un encuentro ritual.

— ¿Qué es un encuentro ritual? —preguntó Raoul.

— Haré aparecer las imágenes en vuestras pantallas.

Mahree tiró de la manga a su tío.

— ¡Creo que debes aceptar, tío Raoul! —susurró; pero él le lanzó una mirada que la redujo al silencio.

Todos los presentes se volvieron hacia la gran pantalla del comedor.

Aparecieron las imágenes de dos simius grandes y fuertes que iban al encuentro el uno del otro en un ruedo al aire libre. Los contendientes se sentaron con la cresta rígida, enseñando los dientes con la mueca ritual. A continuación, cada uno de ellos dirigió un discurso a la concurrencia que contemplaba el encuentro desde un graderío. La ceremonia hizo pensar a Rob en *Espartaco*, una de sus películas históricas favoritas.

De pronto, los simius, con una rapidez que hacía imposible seguir sus movimientos, saltaron el uno sobre el otro y rodaron una y otra vez, gruñendo en lo que parecía una mezcla de lucha humana y riña de gatos. De pronto, como obedeciendo a una señal, las poderosas fauces de los contendientes se abrieron y los dientes se hundieron en el grueso pelo del cuello...

— Es suficiente —dijo Raoul con voz helada—. Ya basta, por favor.

La Primera Embajadora detuvo la grabación.

— Éste es un encuentro ritual —dijo—. Como habéis podido ver, no hay peligro para los participantes.

— ¡Yo no he podido ver nada de eso! —gruñó Raoul—. ¡Nunca consentiré que uno de los nuestros entre en vuestra arena para un acto semejante!

— ¡Tío Raoul, por favor! —Mahree se puso en pie e hizo un rápido saludo a la Primera Embajadora—. Dile que sí, por favor. Yo me ofrezco a ser depositaria del honor. Dhurrrkk puede ser mi contrincante. Él nunca me haría daño... ¿No os dais cuenta? Todo es simbólico, como... como un combate en un ballet.

Raoul se volvió hacia su sobrina. Rob no podía ver su expresión, pero lo que Mahree apreció en la cara del capitán le hizo encogerse sobre sí misma.

— No —dijo Lamont con suavidad—. Rob, acompaña a su camarote, por favor.

— Vamos, Mahree —dijo el médico cogiendo del brazo a la muchacha y tirando de ella hacia la puerta.

Cuando llegaron a ésta, él oyó que la Primera Embajadora volvía a hablar y observó la

traducción en su monitor.

— Honorable capitán Lamont, a causa de la dependencia de las armas para la lucha, vuestro pueblo ha perdido honor a los ojos del mía Esta negativa hará que acaben de perder el respeto a los humanos. ¿No quieres pensarlo?

Rob vio a Raoul mover la cabeza negativamente, con expresión grave e implacable.

— No quiero pensarlo.

Rhrrrkkeet se sentó con el cuerpo erguido, adoptando la más formal de las posturas simius.

— En tal caso, capitán Lamont —Rob observó que suprimía el «honorable»—, no hay más que hablar.

Rob empezó a avanzar por el corredor, remolcando a Mahree que se resistía. La asía con fuerza y sabía que le hacía daño.

— ¡Déjame, Rob! —suplicó ella—. Yo puedo arreglar esto, lo sé. ¡No estaré en peligro, te lo aseguro!

Al llegar a la puerta del camarote, él se volvió a mirarla. Estaba tan furioso que tuvo que hacer un esfuerzo para no zarandearla.

— ¿Quieres callar, idiota? ¿Te has creído que yo iba a dejarte hacer eso aunque Raoul no se opusiera? ¡Por Dios, Mahree, se muerden en la garganta! ¿No lo has visto?

— ¡Sí! —gritó ella a su vez—. Pero yo podría ponerme una defensa en el cuello para que Dhurrrkk pudiera seguir el ritual sin dañarme.

— ¡Ni siquiera se arañan la piel!

— Eso crees tú —dijo Rob secamente—. Mahree, antes de consentir que entraras en esa maldita arena, entraría yo. Tiene razón Raoul, la sola idea es una salvajada.

— Ellos piensan que los salvajes somos nosotros —gritó ella con vehemencia mientras se le llenaban los ojos de lágrimas de frustración—. Porque nosotros usamos armas. ¿Es que no te das cuenta? Nadie tiene razón y nadie está equivocado; sólo somos diferentes. No tenemos derecho a juzgar.

— Mira, si lo único que ha de satisfacer a los simius es despedazar a uno de nosotros para solaz suyo y escarmiento de la raza humana, me parece que tenemos pleno derecho a negarnos. Nos hemos mostrado conciliadores y hemos presentado disculpas a pesar de haber perdido a uno de los nuestros.

— Es que tú no entiendes —susurró ella, y una lágrima le resbaló por la mejilla—. A su modo de ver, son ellos los que se muestran conciliadores.

— Tienes razón —admitió él con sequedad—. No lo entienda Y es que yo no soy un maldito bárbaro. ¡Y si para entenderlo tengo que empezar a pensar como uno de ellos, olvídalo! —Se interrumpió, con la respiración jadeante; pero, al verla llorar, su expresión se suavizó—. Mahree... pequeña, perdona, no quería gritarte. ¿Por qué no descansas un poco? Te traeré algo para que te tranquilices. ¡Estás muy nerviosa!

— ¡Y tú, Rob Gable —le apostrofó, furiosa, sin poder impedir que le temblara la voz—, eres un imbécil! ¡Vete a la mierda!

Mahree entró airada en el camarote. Rob, inmóvil en el corredor, oyó el chasquido inapelable del cerrojo.

IX. REVELACIONES

Querido Diario:

Todo anda fatal. ¡Echo tanto de menos a Jerry...! Y ahora la situación con los simius va de mal en peor. Creí que me moría de frustración cuando Rhrrrkkeet propuso un enfrentamiento ritual y el tío Raoul no quiso ni escucharla. Se porta como un borrico testarudo... ¡Y Rob también!

No comprendo por qué se han puesto todos tan pesados. ¡Nos exponemos a perder este Primer Contacto y a nadie parece importarle! El tío Raoul piensa que los simius son unos bárbaros porque resuelven sus problemas en luchas cuerpo a cuerpo, y Rhrrrkkeet opina que los humanos somos unos bárbaros porque usamos armas...

No veo salida a este embrollo, que se lía cada vez más. Me desespera ver cómo todo se desmorona a mi alrededor. Tengo unas pesadillas espantosas.

Si, por lo menos, no tuviera un lazo de honor con Dhurrrkk, podría decirles lo que sé. Eso suponiendo que el tío Raoul me escuchara. Cosa que dudo, a juzgar por su forma de portarse hoy...

¡Mierda!

¿Qué va a ocurrir? ¿Qué puedo hacer?

— Capitán —dijo Yoki con apremio—, la Primera Embajadora ha vuelto. Viene sola, señor, y quiere hablar con usted.

Raoul miró a sus oficiales arqueando las cejas.

— Bien, que pase. Quizá nos diga algo que nos ayude a decidir.

En el momento en que Rhrrrkkeet entró en la pequeña sala de conferencias del capitán, Rob comprendió que ocurría algo malo, nada más ver su desmayada melena y su mirada baja. Entonces recordó que la enlace tenía cuarenta y cinco años, según el cómputo de los simius; es decir, una edad avanzada. Hoy, por primera vez, a causa de lo desvaído y triste de su saludo, parecía vieja.

— Honorable embajadora —dijo Raoul, devolviéndole el saludo—. Debo decir que me sorprende tu visita.

— Honorable capitán —la traducción de sus palabras empezó a desfilas por el monitor de Rob—, ya no hay posibilidad de que Khrekk recupere su honor. Ha muerto. Ahora, para que pueda limpiarse el honor de todo el clan de Khrekk, debe hacerse reparación.

— ¿Que Khrekk ha muerto? —Raoul lanzó a sus oficiales una mirada que decía: «Preferiría no haberlo oído».—. Lamentamos esa noticia. Te ruego transmitas nuestro pesar a su familia. Me gustaría poder hacer algo —La cresta de Rhrrrkkeet se desmayó más todavía.

— No hay que sentir pesar por la muerte de alguien que comete acto tan deshonesto. Sólo tú y los tuyos, honorable capitán, podéis ayudar a su infortunada familia, permitiéndoles recuperar su honor.

Rob aspiró profundamente.

— Honorable Rhrrrkkeet —dijo—, ¿puedo hablar?

Ella inclinó la cabeza con un movimiento elegante a pesar de la tribulación.

— Te lo ruego, honorable sanador.

— Dices «el acto» que ha cometido Khrekk... ¿Significa eso que se ha quitado la vida? ¿Que se ha matado?

Rob no podía disimular la consternación.

Rhrrrkkeet asintió.

— Así es. Khrekk ha cometido el más deshonesto de los actos, tanto para sí como para su familia. Cuando tuvo conocimiento de que el capitán Lamont no permitía que él recuperara su honor por medio de un enfrentamiento en nuestra arena, se introdujo en una cámara de descompresión de la estación e hizo el vacío. Lo que quedó de él ha sido descubierto esta mañana.

«Oh, Dios mío.». Rob sintió que se le revolvía el estómago. La muerte por descompresión sugería una imagen espantosa.

— Es horrible —murmuró—. Lo lamentamos.

Los ojos violeta de Rhrrrkkeet eran como astillas de amatista en su cabeza impávida.

— No malgastes el pesar en un ser sin honor. Compadece más bien a su familia que ahora también está deshonrada. Y, a menos que yo pueda comunicar a mis superiores vuestra elección de un depositario del honor, lámtalo también por mí y por vosotros mismos, porque sé que vosotros, los humanos, deseabais sinceramente un contacto fructífero entre nuestros pueblos.

Rob se humedeció los labios. «¡Mierda!»

— Honorable Rhrrrkkeet —dijo—, ¿no pone fin al conflicto la muerte de Khrekk? Él ya no está. Por lo tanto, no puede exigir un combate en la arena. Si su familia exige una reparación, recuérdales que también murió uno de los nuestros. —«Ojo por ojo», pensó—. Eso debería apaciguarlos.

La cresta de la Primera Embajadora se aplastó aún más.

— No comprendéis. La familia de Khrekk es muy poderosa. Su madre es miembro del Gran Consejo. Es mi superior. Puesto que Khrekk se mató, su deshonor se acrecienta y recae en su familia. Ahora hay que limpiar el honor de todos ellos. Si vosotros, los humanos, no les dais la oportunidad de redimir su honor..., la situación será muy grave.

Raoul vaciló.

— Honorable Rhrrrkkeet, tú sabes que yo te respeto. Yo te considero... una amiga. Tú has sido sincera y leal con nosotros, a pesar de que la verdad te ha ocasionado dolor. Por ello, te pido que seas sincera una vez más. ¿Qué efecto han tenido la desdichada e inoportuna muerte de Khrekk y el deshonor de su familia en las relaciones entre nuestros dos pueblos?

La simiu los miró con sus enormes ojos violeta.

— El Gran Consejo está dividido —dijo prescindiendo por una vez de las fórmulas protocolarias—. Muchos aducen que vosotros no pertenecéis a nuestro mundo y, por lo tanto, nosotros no tenemos derecho a exigir que acatéis nuestras leyes.

Rob sintió una oleada de excitación. «¡O sea, que también tenemos partidarios!»

— Dicen que vuestra negativa a ir a nuestra arena no es muestra de deshonrosa cobardía sino sólo la prueba de que otros mundos tienen otras costumbres.

Raoul asintió.

— Son prudentes esos gobernantes. Razonan bien.

— Eso pienso yo, honorable capitán Lamont. Pero yo no soy más que una diplomática. Y las consejeras a las que me refiero son apenas más de la mitad; lo cual, en nuestro consejo, no es suficiente para decidir cuestiones de tanta importancia.

— ¿Y qué dice el bando contrario?

Rhrrrkkeet tuvo que pedir al terminal de su ordenador la traducción de la palabra «bando». Cuando la obtuvo movió la cabeza con gesto pensativo.

«Eso lo han aprendido de nosotros —pensó Rob—. Mover la cabeza para expresar asentimiento».

— El bando contrario está representado por varias consejeras que siempre se han opuesto a la relación; la deseable relación con otros mundos —dijo la Primera Embajadora—. Sostienen que nuestro propio mundo es ya muy grande, que bastante trabajo nos cuesta resolver los problemas en nuestro planeta, para buscar complicaciones tratando a seres de otro.

— El razonamiento me suena familiar —masculló Raoul tristemente—. Comprendemos su punto de vista, honorable Rhrrrkkeet..., porque también está muy extendido en nuestro mundo, a pesar de que hace más de cien años que iniciamos los viajes interestelares. —Tras una vacilación, prosiguió—: Supongamos que este segundo bando consigue imponerse. ¿Qué pasaría entonces, honorable Rhrrrkkeet?

— Eso no lo sé, honorable capitán Lamont —respondió la Primera Embajadora—. Yo hago cuanto puedo para convencer al Gran Consejo de que siga considerando a tu pueblo como digno de honor. Pero no sé si me escucharán.

«Trata de ocultarnos algo», pensó Rob. Lanzó una mirada a Raoul y le susurró:

— No ceda. Presiónela.

— Comprendemos que tú, como nosotros, no puedes saber lo que traerá el futuro, honorable Rhrrrkkeet —dijo Raoul—. Pero debes de tener una opinión, y consideraríamos un honor escucharla.

Fueron necesarias varias explicaciones antes de que la Primera Embajadora comprendiera el significado de «opinión». ¿O trataba de ganar tiempo? Rob no podía estar seguro.

Finalmente, la Primera Embajadora dijo:

— Me honra vuestro deseo de conocer mi idea particular de lo que ocurrirá. Me entristece decir que, en mi opinión, si la segunda facción consigue ganarse a algunas consejeras más (y la muerte de Khrekk puede ayudarles a conseguirlo), los honorables contactos y relaciones entre nuestros dos pueblos tendrán que cesar porque los humanos ya no serán considerados dignos de honor.

— ¡Mierda! —exclamó Rob por lo bajo al leer su monitor y, siguiendo un impulso, preguntó—: En tal caso, nosotros, los humanos, ¿no tendríamos más alternativa que la de marcharnos para no volver, honorable Rhrrrkkeet?

La simiu vaciló una fracción de segundo antes de responder:

— No he tenido tiempo de considerar a fondo las alternativas, honorable sanador Gable.

Rob sintió que la sangre huía de su cara. Un sudor frío le cubrió la frente. «Rhrrrkkeet es tan endiabladamente honorable que no puede mentirnos de manera descarada —pensó con súbita

intuición—. pero tampoco dice la verdad. Y la verdad es que, si la segunda facción gana no nos dejarán marchar».

Él sabía, en su fuero interno, que no se equivocaba. «¿Y qué podrían hacernos? ¿Mantenernos prisioneros? ¿Despedazarnos en su maldita arena?»

Las bondadosas facciones de Raoul se hallaban crispadas y los labios estaban apretados en un rictus de amargura.

— Honorable Rhrrrkkeet, amiga mía... ¿tú me aconsejarías, como amiga que eres, que me lleve de aquí mi nave antes de que vuestro Consejo tome una decisión?

La cresta de la Primera Embajadora estaba completamente aplastada contra su cráneo y su cuello.

— Honorable capitán Lamont, amigo. En verdad no sé si esa opción es posible todavía. —Hizo una pausa y agregó—: Hoy vine aquí sin hablar con nadie de mi visita. Si os marcharais se sabría que os he advertido y se me pediría que defendiera mi honor en un duelo a muerte contra un depositario de honor profesional, designado para que representara al Consejo. Pero tú haz lo que debas hacer.

Sin otra palabra, la representante simiu dio media vuelta y se fue.

Mahree braceaba de manera desesperada, resistiéndose a la atracción de una fuerza irresistible que tiraba de ella hacia el gran boquete abierto en la pared del túnel..., al vacío silencioso y negro. Consiguió aspirar una última bocanada de aire antes de ser absorbida al espacio. Trató de gritar, mientras sentía que su cuerpo se hinchaba antes de explotar entre una erupción de sangre congelada instantáneamente y tejidos destrozados...

— Ahhhhhh —gimió.

Y el gemido la despertó.

«Ay, Dios mío... Ha sido un sueño, sólo un sueño, tranquilízate...»

Se sentó en la cama, muy tiesa, sin atreverse a parpadear, temiendo caer otra vez en la pesadilla si volvía a cerrar los ojos.

Tiritaba.

«No es posible que tengas frío —pensó—. La temperatura de la nave es constante».

Pero seguía tiritando.

Se puso una bata, se sentó ante el terminal y pulsó la clave del puente. «Trataré otra vez de hablar con el tío Raoul. Quizás ahora me escuche».

Contestó la voz de Azam Quitubi, con su marcado acento.

— ¿Dime, Mahree?

— Azam, ¿por qué estás de guardia?

— Cuando la embajadora se fue, tu tío convocó una reunión de toda la tripulación del puente y jefes de departamento. Por eso estoy yo de guardia. ¿Qué querías decir a tu tío?

— Hum..., nada. Sólo que ya he acabado la traducción del mensaje.

— Me dijo que no se le molestara; pero se lo comunicaré en cuanto salgan de la reunión, ¿conforme?

— No te preocupes, yo misma se lo diré mañana —bostezó de modo audible—. Ahora me voy

a la cama. Gracias, Azam.

— Buenas noches, Mahree.

Ella cortó.

«¿Una reunión en pleno turno de noche? ¿Y sin avisarme?» Apretó los labios. «Vamos a ver qué sucede».

Se vistió y volvió a sentarse ante el terminal. Cinco minutos después, Mahree había soslayado los códigos de seguridad y accionado el intercomunicador de la sala de reuniones. Empezó a oírse una algarabía de voces excitadas:

— ¿...puedes afirmar tal cosa? —Era Joan—. La maldita Primera Embajadora dijo prácticamente a Raoul que estamos prisioneros.

Voz de Raoul:

— Lo que Rhrrrkkeet dijo fue que ella no sabía cuál podía ser el resultado de la votación. No debemos dejarnos dominar por el pánico. Tal vez decidan no considerarnos responsables del suicidio de Khrekk.

Mahree se agarró con fuerza al borde de la mesa. «¿Se ha suicidado Khrekk? ¡Oh, no!»

Voz de Ray:

— Pero, si deciden culparnos, estaremos perdidos, capitán. ¡No podemos correr ese riesgo! ¡Deberíamos marcharnos ahora, mientras podamos!

— Tiene razón Ray —lo apoyó Joan—. ¡Raoul, esta vez tu maldito afán de contemporizar y de esperar a ver qué pasa puede costarnos la vida a todos!

Mahree se mordió los labios. «¿Qué diablos les sucede?»

La voz de Raoul era fría y oficial:

— ¿Tiene un plan mejor, primer oficial?

— Sí, capitán —respondió Joan imitando el tono de su marido—. Antes de bajar hice unas comprobaciones y descubrí que la *Désirée* está sujeta con amarres magnéticos. Ellos imaginan que eso basta para impedirnos marchar. Pero no es así. Podemos desasirnos. Yo puedo sacar la nave de este amarre y marchar a toda velocidad hacia el borde de su sistema solar.

— ¿Sin avisar? —preguntó Yoki, escandalizada—. Al soltarnos, abriríamos una brecha enorme en la pared de la estación. ¡Mataríamos a docenas, quizás a centenares de simius!

— ¿Y qué? —replicó Joan—. Tenemos que protegernos. No podemos dejar que nos hagan prisioneros.

— Sus naves son más rápidas que la nuestra. ¿Y si nos persiguen?

— Si se hace necesario, podemos salir a Velocidad Interestelar.

Mahree ahogó una exclamación. Lo mismo que varios participantes de la conferencia. Raoul parecía escandalizado.

— ¿Pero tú sabes lo que le ocurre a un astro cuando se genera un campo del hiperespacio dentro de su zona de gravedad? ¿Cómo puedes sugerir siquiera semejante cosa, Joan? ¡Eso representaría un crimen! ¡Rayos, sería genocidio!

Ella, en tono más comedido, pero todavía desafiante, dijo:

— Quizá no haga falta. Tal vez podamos marcharnos antes de que ellos puedan reaccionar.

— Romper la armadura de la estación también sería asesinato —dijo Raoul—. ¡Se trata de

seres racionales!

— Racionales; pero no humanos —puntualizó Ray—. Todos hemos podido darnos cuenta de la expresión de la embajadora. Prácticamente nos ha dicho que no existe posibilidad de que nos permitan marcharnos en paz. Y, si ellos se ponen intransigentes, nosotros tenemos derecho a salvarnos, ¿no?

— Podríamos radiar un mensaje diez minutos antes de desatracar, dándoles tiempo a que evacúen la zona —propuso Yoki.

— ¡Sí! ¡De ese modo nadie sufriría daño! —convino Ray.

— Es la mejor sugerencia que se ha hecho hasta ahora —aprobó Paul.

— No creo que debamos advertirles —objetó Joan—. Quizás aumentasen la fuerza magnética de las fijaciones y entonces no podríamos soltarnos.

— Un momento —pidió Raoul—. Les advirtamos o no, lo cierto es que semejante acción nos convertirá en enemigos de los simius. Yo opino que deberíamos esperar a ver si Rhrrrkkeet puede convencer al Gran Consejo de que...

Joan le interrumpió:

¡Por el amor de Dios, Raoul, eso es entregarnos en sus manos! Llevas muchos días besándoles ese peludo trasero sin que haya servido de nada. Será mejor que vayas haciéndote a la idea, capitán, de que tu preciosa Rhrrrkkeet no puede hacer milagros. Nosotros hemos liado este asunto y la única solución que nos queda es largarnos con viento fresco antes de que sea tarde.

— Yo creo que deberíamos seguir la sugerencia de Yoki —dijo Paul.

— Estoy de acuerdo —convino Ray.

— Silencio todo el mundo. Dejadme pensar —ordenó Raoul.

Mahree notó que el corazón le latía con violencia. «¡Dios mío, qué espanto! —pensó—. ¡No puedo creer que hablen siquiera de hacer esas cosas a los simius! Parece que el tío Raoul vacila... ¡Da la impresión de que Joan está a punto de amotinarse! Tengo que encontrar a Rob, decirle lo que ocurre. ¡El tío Raoul escuchará a Rob!»

Raoul volvió a hablar, con mayor lentitud.

— Hay algo que nadie ha mencionado. ¿Han olvidado que mostramos a los simius nuestros mapas? Conocen la situación de la Tierra... y de las colonias. Si nos enemistamos con ellos, ¿qué les impedirá presentarse en la Tierra a pedir reparación bajo su bárbaro código del honor? —rió con suavidad, sin alegría—. Ya veo que ninguno de ustedes, genios de la estrategia, ha pensado en eso. Y, como Paul nos ha recordado, sus sistemas de accionamiento les permiten aventajarnos en velocidad.

La voz de Joan sonó con dureza:

— Entonces quizá debamos hacer lo que propuse, para que no puedan perseguirnos. Paul y Ray pueden neutralizar los dispositivos de seguridad de los sensores de gravitación mientras yo saco de aquí a la *Désirée*...

— No dice usted nada, doctor —comentó Raoul con un suspiro—. ¿Qué cree que debemos hacer?

«¿Rob? ¡Oh, no!»

La voz de Rob era baja y apesadumbrada:

— Me duele que los simius sean tan intransigentes en su pretensión de imponernos sus costumbres... Pero no me sorprende. Si uno de ellos viniera a la Tierra e infringiera la ley, probablemente exigiríamos su extradición. —Hizo una pausa—. Raoul, yo no puedo estar de acuerdo con ningún plan que implique causar daño a un simiu. Tal vez lo mejor sea advertirles de que nos vamos. Puede ser nuestra única oportunidad de...

Mahree, sin esperar a oír más, dio un manotazo al interruptor de desconexión. Se levantó y empezó a pasear por el minúsculo camarote, pensando furiosamente.

«¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer?»

Vio mentalmente a Dhurrrkk y a Rhurrrkkeet morir reventados a causa de la descompresión explosiva cuando la *Désirée* rompiera sus amarras a la Estación Uno.

«No lo consentiré —decidió con toda serenidad—. Yo lo impediré».

¿Pero cómo?

«Si pudiera hablar con alguien... Alguien que me comprendiera...»

Mahree dejó de pasear. «Dhurrrkk. Dhurrrkk hablará con Rhurrrkkeet... Me ayudará a convencerla de que mande desconectar las sujeciones. ¡Entonces podremos marcharnos en paz!»

Deliberadamente, se resistió a pensar en lo que la pérdida del Primer Contacto supondría para todos ellos. Ahora, la supervivencia tenía prioridad. Supervivencia para ambas especies.

Se ajustó el terminal del ordenador y el dispositivo de traducción y salió sigilosa del camarote. Cuando llegó a la cámara de descorri, presión, leyó atentamente las instrucciones para activar el ciclo de apertura y las siguió con sumo cuidado.

Salió decidida al desierto túnel. Al ver las manchas pardas del suelo tuvo que tragar saliva. El blanco pasadizo parecía estar lleno de ecos: los gemidos de Joan, los gruñidos de Khrek, el desvarío del vociferante Simón. Al pasar junto al lugar en el que había muerto Jerry tuvo que sorberse las lágrimas.

Por suerte, Mahree había pasado varias veces las cintas de las «horas sociales» y sabía cómo accionar la compuerta exterior de la cámara simiu. Se introdujo en ella sin tener ni la menor idea de cómo se abría la compuerta interior.

Mientras trataba de traducir los caracteres simiu de los mandos, la compuerta se abrió y entraron dos simius con la cresta aplastada, prueba de enojo e inquietud. Tal como había previsto Raoul, los guardianes no llevaban el equipo de traducción.

Sin vacilar, Mahree hizo el ademán de saludo. Pero no le fue devuelto. Uno de los guardianes señaló con perentoriedad la compuerta exterior. El mensaje no habría estado más claro si se lo hubiera comunicado en su propio idioma:

— ¡Fuera de aquí!

Mahree hizo un frenético esfuerzo por hablar con claridad, porque sabía que, a diferencia de Dhurrrkk, aquellos simius no serían movidos a la benevolencia por su condición de persona humana.

— Escuchad, honorables. He de hablar de algo importante y debéis escucharme.

Los guardianes se miraron alzando la cresta con evidente sorpresa al oírla hablar en su lengua. Mahree pensó que, a pesar de su deficiente pronunciación, habían entendido sus palabras.

— ¡Por favor! —gritó dándose un golpe en el pecho—. Yo debo hablar con el honorable

Dhurrrkk. ¡Es urgente!

Los simius intercambiaron otra mirada y otra vez empezaron a aplastárseles las crestas. Estaba claro que no iban a ayudarle. Mahree se retorció las manos, con la garganta dolorida por la angustia y el esfuerzo de hablar la lengua de los simius.

— Soy Mahree Burroughs. El honorable Dhurrrkk y yo tenemos un lazo de honor. —No recordaba cómo se decía «entre» y recurrió a la mímica—. Dhurrrkk y yo compartimos un vínculo de honor. ¡Tengo que hablar con él! ¡Su honor... y mi honor... exigen que hablemos!

Cuando Mahree se identificó, las crestas de los simius se alzaron casi hasta la mitad. Hablaron entre sí; pero en voz tan baja y con tanta rapidez que ella no pudo entender lo que decían. Uno de ellos se marchó.

Al cabo de varios minutos, el guardián regresó, provisto del equipo de traducción. El alienígena hizo el ademán de saludo y dijo:

— Honorable Mahree Burroughs, acompáñanos. El honorable Dhurrrkk ha sido llamado... Pero estaba en el planeta y tardará en llegar. Ven con nosotros, por favor. Te llevaremos a un lugar en el que estarás mejor que aquí.

Mahree tragó saliva y les siguió alborozada.

Después de mucho caminar con aquella fuerte gravedad, llegaron a una habitación situada, según calculaba Mahree, cerca del centro del «ábaco». Sus guías le indicaron un montón de gruesas y mullidas alfombras tejidas que servían de lecho a los simius. Ellos se sentaron, aunque sin relajarse ni hablar.

El reloj de Mahree indicaba que la espera se había prolongado casi noventa minutos, cuando se abrió la puerta y entró Dhurrrkk.

— ¡Honorable Dhurrrkk! —exclamó Mahree.

Recordó en seguida las buenas maneras e hizo el ademán de saludo. Estaba tan contenta que de buena gana le hubiera dado un abrazo.

Su amigo le devolvió el saludo con cierta frialdad, con la cresta apenas alzada hasta la mitad.

— Honorable Mahree —dijo, vacilando al pronunciar su nombre por la falta de práctica—. Me alegro de ver que estás bien.

— Dhurrrkk, tengo que hablar contigo. Es importante. Cuestión de honor. Pero..., ¿es necesario que ellos estén aquí? —e indicó a los guardianes.

Su amigo titubeó. Luego, miró a los otros dos y, en tono imperativo, pronunció una frase de la que Mahree sólo captó la palabra «solos». Los guardianes deliberaron con suaves gruñidos y, con típico estilo simiu, se levantaron y se fueron sin más ceremonias.

Mahree vacilaba. ¿Y si los alienígenas escuchaban su conversación interviniendo el equipo de traducción de su amigo? Desconectó el suyo e hizo seña a Dhurrrkk de que se acercase. Él se aproximó y la miró desconcertado. Ella se inclinó y le susurró al oído.

— Desconecta el traductor.

Dhurrrkk, con evidente perplejidad, obedeció. Él estaba acostumbrado a su pronunciación y la entendía mucho mejor que los guardianes.

— ¿Por qué? —preguntó.

— Hay peligro para los dos —dijo Mahree hablando muy despacio—. No puedo informarte de

este peligro sin asegurarme de que nadie pueda leer en una pantalla lo que decimos.

Los ojos violeta de Dhurrrkk denotaron comprensión. Manipuló en su collar y, con una seña, la invitó a volver a conectar su equipo.

— Ya no hay peligro —sus palabras desfilaron por el monitor de Mahree—. He protegido esta conversación con un código de honor ¿Por qué has venido?

Mahree aspiró profundamente. «No tengo más remedio que creer que él sabe lo que hace. Debo confiar en él, o esta empresa está condenada al fracaso».

— Honorable Dhurrrkk —empezó—, hace unas horas, la Primera Embajadora Rhrrrkkeet fue a hablar otra vez con el capitán Lamont ¿Lo sabías?

— No; no lo sabía.

— Bien. ¿Estás enterado de que tal vez no se permita a nuestra nave abandonar este lugar y que se nos retenga aquí contra nuestra voluntad? Por lo menos, eso es lo que dejó entrever Rhrrrkkeet cuando habló con mi tío.

— ¿Dejó entrever? —Dhurrrkk pidió una traducción; pero, al parecer, no le fue facilitada.

— Dejar entrever es dar a entender una cosa sin manifestarla con palabras —definió Mahree—. Permitir que se lea en una mirada, en una vacilación... Es una comunicación no verbal.

— Comprendo. —La cresta de Dhurrrkk bajó más todavía—. Algo he oído. En estos momentos se está debatiendo en el Consejo.

— Retenernos estaría mal, sería un acto deshonesto —le dijo Mahree—. Nosotros lamentamos lo que hizo Simón, créeme, amiga Y nos causa dolor que Khrekk haya muerto. Yo me ofrecí para ser depositaria del honor; pero mis superiores no me lo permitieron. Traté de comportarme de forma honorable, explicar lo que exige el honor. Sin embargo, no quisieron escuchar.

Los ojos violeta de Dhurrrkk se suavizaron.

— Rhrrrkkeet me habló de tu ofrecimiento, y me dijo que pediste que yo fuera el otro depositario del honor. Esto me honra. Fue una acción doblemente honorable, considerando que tú habías salvado la vida de Khrekk cuando Simón disparó. Me siento muy honrado de ser amigo tuyo, honorable amiga Mahree.

— Muchas gracias, honorable amigo Dhurrrkk —respondió Mahree—. Pero mi ofrecimiento no sirvió de nada. Mi tío no quiso dejar que fuera depositaria del honor. Ni siquiera quiso escucharme cuando traté de explicarle que el enfrentamiento ritual no supone peligro Ya sabes cómo son a veces los mayores.

Le pareció que la mirada de él era de resignación.

— Lo sé —convino—. Las cosas serían más fáciles si los tuyos te hubieran hecho caso Pero, tanto si entráis en la arena como si no, creo que deberíais poder marchar libremente. —Lanzó un suspiro perfectamente humano—. Lo malo es que yo no estoy en el Gran Consejo. Quizá decidan otra cosa.

Mahree aspiró profundamente.

— Ahora viene la parte más difícil de explicar, mi buen amigo —dijo—. Debes ayudarme. Y no sólo por el bien de mi gente, sino también por el de la tuya.

Dhurrrkk la miraba perplejo.

Ella asintió con vehemencia.

— Es la verdad. Escucha bien. Esta noche oí que Joan Atwood decía que la *Désirée* debía partir inmediatamente aun a costa de soltar amarras de manera violenta y abrir un agujero en la Estación Uno. Y sugirió que, si los tuyos trataban de perseguirnos, se destruyese vuestro mundo. ¡Todo vuestro sistema solar!

Le falló la voz, al ver la mirada de horror de Dhurrrkk.

— ¡Ya te previne de que éramos violentos! —exclamó, casi cegada por las lágrimas—. ¿Imaginabas que, porque físicamente seamos más débiles que vosotros y no tengamos arena, ni código del honor, ni armas naturales, hemos de ser inofensivos?

Mahree tuvo que hacer un esfuerzo para no estallar en una risa histérica y conservar la serenidad.

— Amigo, has de saber, y no lo olvides, que los humanos pueden ser implacables.

— Por favor, ¿qué quiere decir «implacables»?

— El implacable persigue sus fines por encima de todo, sin que le importe el daño que pueda causar a los demás —explicó Mahree— ¡Tenía que avisarte! ¡Debes ayudarme!

Dhurrrkk hizo un gesto interrogativo.

— ¿Cómo podría la *Désirée* dañar mi mundo?

— Honorable Dhurrrkk —respondió Mahree en tono lúgubre—, tú has estudiado física, ¿verdad? ¿Qué ocurriría si la *Désirée* generara un campo hiperespacial dentro de la zona de gravedad de vuestro sol?

Dhurrrkk la miraba con sus ojos violeta muy abiertos. Luego, asintió con mucha lentitud.

— Los míos nunca habían considerado semejante aplicación del accionamiento de la velocidad interestelar.

— Ahora ya sabes por qué tenía que hablar contigo —dijo Mahree—. Entre los dos tenemos que encontrar la manera de convencer al Consejo para que deje marchar a nuestra nave.

La cresta de Dhurrrkk caía cada vez más hasta quedar aplastada sobre sus anchos hombros, mientras reflexionaba sobre lo que ella le había revelado. Por fin dijo:

— Amiga Mahree, esta situación es más grave de lo que crees. Si vuestra nave destruyera el mundo que ahora orbitamos, ello arrojaba a nuestras dos especies a una lucha a muerte a escala planetaria.

Mahree lo miró atónita.

— ¿Cómo? Si nosotros destruimos este planeta...

Dhurrrkk volvió a vacilar antes de responder.

— Nosotros no fuimos sinceros del todo con los tuyos, amiga.

Mahree recordó entonces las evasivas y los detalles inexplicables de la sociedad simiu.

— Lo suponíamos —dijo—. ¿Serás sincero conmigo ahora?

— Sí —prometió Dhurrrkk—. Nosotros tenemos seis mundos coloniales en otros sistemas solares, amiga Mahree. El planeta madre que tenemos debajo de nosotros contiene sólo una cuarta parte de nuestra población total.

— Oh, mierda... —exclamó Mahree, sintiéndose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

— ¿Cómo dices? —Dhurrrkk la miraba perplejo—. ¿Cuál es el significado de mierda? Mi

sistema no tiene definición.

— Déjalo, no importa —le susurró—. Dhurrrkk, ¿por qué no nos lo dijisteis?

— Dos razones principales: una, se decidió no revelar la situación de nuestras colonias hasta conocer mejor a los tuyos y comprobar que no erais la avanzada de una fuerza invasora.

— Es comprensible —murmuró Mahree.

— Sí; pero pronto descubrimos que vuestra nave no suponía amenaza. Y, a pesar de todo, los míos callaron. Hay mucha rivalidad entre las colonias y el planeta madre... La mayor parte es honorable y beneficiosa; pero, en este caso, puede haber malas consecuencias. Nosotros queríamos... establecer firmes relaciones entre nuestro mundo y el vuestro antes de revelar vuestra presencia a las colonias. Se la comunicamos hace sólo diez días.

— Entonces... si nosotros abandonamos la Estación Uno por la fuerza, tu pueblo tendría un agravio de sangre, un agravio de muerte con la Tierra y con todos los mundos habitados por los humanos —concluyó Mahree, y sintió náuseas.

— Sí.

«Si estallara la guerra —pensó—. serían siete mundos, con un sistema de accionamiento de las naves más potente que el que poseemos nosotros, contra nuestros cuatro mundos. ¡Dios mío, es peor de lo que imaginaba!»

— ¡Hay que impedirlo! —exclamó en tono apasionado—. ¡Dhurrrkk, no podemos consentir que eso ocurra!

— Quizá si hablaras con tu tío...

— ¡Ya lo he intentado y no me escucha! —Miró el reloj—. No puedo quedarme mucho más. Pronto entrará el turno de día y alguien notará mi ausencia. ¿Por qué no hablas tú con Rhrrrkkeet? ¿No podría ella influir en el Consejo?

— Amiga Mahree, olvidas que Rhrrrkkeet ya está «de vuestra parte», como creo que decís vosotros. Ella no puede hacer más de lo que hace. El Consejo decidirá hoy si hay que continuar relaciones honorables con tu pueblo y, en caso contrario, si se puede dejar en libertad a vuestra nave.

— ¿Y qué crees tú que decidirán?

— No sé. Por las señales, la decisión puede ser contraria a nosotros. Y, en tal caso, no os permitirán marchar.

— Ya han puesto amarres magnéticos a nuestra nave.

Dhurrrkk ladeó la cabeza.

— Los pusimos cuando llegasteis. Es lo normal.

— No lo habíamos comprobado. Hasta hoy, no pensamos que pudiéramos tener que salir huyendo. —Mahree puso la cabeza entre las manos—. ¡Es terrible! ¡Tenemos que hacer algo!

Dhurrrkk asintió en silencio.

— ¿No hay elementos neutrales a los que pudiéramos decantar hacia el lado favorable a los humanos? —preguntó con una vaga esperanza dentro de su desconsuelo.

— ¿Neutrales? ¿Decantar?

Cuando Mahree terminó de explicar estos términos, extraños para el simiu, Dhurrrkk se quedó pensativo. De nuevo tenía la cresta pegada al cráneo. Finalmente, dijo:

— Tu pregunta sugiere una posible solución —reconoció con expresión triste—. Pero, si te la expongo, quedaré deshonrado para siempre a los ojos de los míos. Habré cometido..., ¿cómo se dice? ¿Crimen contra el Gobierno?

— Alta traición.

Dhurrkk afirmó con la cabeza.

— Sí. Traición contra todo mi mundo.

— Ay, amigo Dhurrkk —suspiró Mahree—, no sabes cuánto lo siento. ¡Tener que pedirte que cometas alta traición! Pero estoy segura de que de eso me acusarán muchos de los que están a bordo de la *Désirée* cuando se enteren de que he venido a hablar contigo. Sin embargo, era la única posibilidad de salvación.

Dhurrkk vaciló durante varios segundos y dijo de repente:

— Dices bien. La preservación de nuestras dos naciones es lo más importante y, si sale bien, yo sabré dentro de mí que he obrado con honor, aunque otros digan lo contrario. —La miró apreciativo—. Éste es el último y el mayor de todos los secretos, honorable amiga Mahree: vosotros, los humanos, no sois nuestro Primer Contacto con otros mundos.

Mahree lo miró atónita y muda.

— En esta parte de la galaxia existen, por lo menos, otras diez razas inteligentes. Nosotros pertenecemos a una organización a la que tal vez se unan estas razas. En nuestra lengua se llama... —Dhurrld, emitió varios sonidos guturales, mientras una serie de caracteres e simiu corrían por la pantalla.

Mahree ordenó rápidamente al sistema la búsqueda de definición La traducción más aproximada que proporcionó el programa fue «Unión/Liga/Federación para la Cooperación/Ayuda entre Sistemas (Planetarios/Estelares)». Ella eligió las opciones casi al azar e inquirió:

— ¿Confederación para la Cooperación entre Sistemas?

— Sí, así podría decirse en tu idioma —aprobó Dhurrkk—. Comprende muchas razas. La Confederación fija las normas comerciales y mantiene la paz en las relaciones entre los miembros. Por regla general, no se interfiere en los sistemas de gobierno de cada planeta a no ser que supongan una amenaza para la paz de la Confederación. Las amenazas a la paz son muy raras, ya que la paz global es una de las condiciones para ingresar, aunque sólo sea de modo provisional..., como mi mundo.

— ¿Por qué no sois miembros permanentes?

— Porque todavía no hemos realizado un Primer Contacto con otro mundo inteligente no perteneciente a la Federación —explicó Dhurrkk con sobriedad—. Y no parece que vayamos a conseguirlo pronto.

— ¡Oh! —exclamó Mahree comprendiendo de repente muchas cosas—. Por eso no nos hablasteis de la existencia de la Confederación, porque temíais que quisiéramos tratar con ellos directamente y nos desentendiésemos de vosotros. Éramos vuestra posibilidad de adquirir la condición de miembros permanentes.

— Sí. Hace años que nuestro mundo está a punto de conseguir la plena integración, aunque nuestras disputas territoriales internas no son vistas favorablemente... Pero siendo como son muy poco incruentas, la Confederación no las toma en consideración. Nuestro código del honor tiene la

categoría de sagrado para nuestro pueblo, por lo que no entra... —hizo una pausa, esperando la traducción— en la jurisdicción de la Confederación. Desde que establecimos contacto con la Confederación, ha existido una rivalidad entre Hurreah, mi mundo, y sus colonias, para decidir qué mundo cumple las condiciones que se requieren para la plena integración en la Confederación. Por eso no informamos de vuestra llegada a nuestras colonias hasta hace poco. Por eso también, se os ha mantenido en esta estación y no se os ha permitido sospechar siquiera la existencia de nuestras otras dos estaciones. En ellas ha continuado el comercio interestelar con distintos mundos, al que quedó cerrada la Estación Uno hasta que pudiéramos establecer un convenio con vosotros, los humanos.

Las piezas de lo que había sido el rompecabezas simiu encajaban ahora con vertiginosa rapidez.

— ¿De modo que vuestra tecnología para comunicar a velocidad superior a la luz y vuestros sistemas de accionamiento ultrarrápido no son de vuestra invención? —preguntó.

«¡No es de extrañar que parecieran “injertados” en la tecnología simiu!»

— Así es.

— ¿Y esos misteriosos discos verdes?

— Es la moneda de la Confederación.

Mahree tragó saliva.

— ¿Otras diez especies inteligentes?

Dhurrrkk reflexionó.

— Quizás once. Sí, creo que hace un año se descubrió una especie nueva.

Ella hizo una profunda aspiración. «Volvamos a lo que importa».

— ¿A qué te referías cuando dijiste que tal vez existiera una tercera parte neutral que podría ayudarnos?

— En mi mundo no la hay. Pero podríamos apelar directamente a la Confederación en Shassiszss... —se interrumpió—. Es el lugar en el que se celebran sus reuniones...

— El cuartel general —apuntó Mahree.

— Sí. Puesto que se trata de un asunto que amenaza la paz interestelar, corresponde a su jurisdicción. Tenemos derecho a pedir su ayuda. Pero eso significaría que mi pueblo no podría consideraros a vosotros, los humanos, como un Primer Contacto bien logrado. ¿Comprendes lo que quiero decir, amiga Mahree?

— Lo comprendo... Pero si existe aunque no sea más que una remota posibilidad de guerra...

— Sí. No podemos arriesgarnos. Tenemos que acudir directamente a la Confederación. Tú y yo. —Dhurrrkk irguió el torso con súbita decisión y su cresta se levantó con arrojo—. Debemos partir inmediatamente.

— ¿Partir? —repitió Mahree en tono inexpresivo—. ¿Quieres decir ir nosotros a su cuartel general?

— Es la única posibilidad —declaró Dhurrrkk con tono solemne—. Las vías de comunicación con la Confederación están rigurosamente controladas. Yo no podría utilizarlas, y no tengo crédito de honor suficiente para financiar tal comunicación.

— Pero... —tartamudeó ella—. Pero... Dhurrrkk... ¿cómo? ¿Marcharnos sin avisar?

¡Necesitamos una nave! ¿Quién la pilotaría? Yo no sé.

— Yo soy piloto diplomado —le recordó Dhurrrkk—. Sé de una nave. Pequeña pero rápida... En circunstancias normales, sería difícil llegar hasta esa nave... Pero, como yo soy miembro de la... —él chirrió el nombre de su clan— puedo subir a bordo. Ya inventaré una excusa para sacar la nave de su base. Rhrrrkkeet no estará contenta, ya que se trata de su nave; pero es inevitable.

— ¿Quieres decir...? —jadeó Mahree—. ¿Quieres decir que vamos a robar la nave de la Primera Embajadora?

Dhurrrkk asintió.

— ¿Cómo podríamos hacer el viaje si no? —Sus ojos violeta brillaban con una chispa de pícaro humor—. El cuartel general se encuentra casi a treinta de vuestros segundos paralácticos. ¿O prefieres ir andando, amiga Mahree?

Mahree lo miraba atónita.

— No te asustes —la tranquilizó Dhurrrkk con gesto de preocupación—. Lo de ir andando no lo dije en serio, amiga Mahree. Fue un chiste.

Mahree se echó a reír y tardó algún tiempo en poder dominarse. Estremecida por convulsiones de histérica hilaridad, se enjugó las lágrimas.

Dhurrrkk parecía muy satisfecho de sí mismo.

— Me alegro de que mi primer chiste haya sido tan bueno —dijo—, Pero ahora es preciso atender a las cosas prácticas. Hay mucho que hacer y disponemos de muy poco tiempo.

Mahree asintió cuadrándose ante su amigo extraterrestre.

— Pues manos a la obra.

X. A SOLAS CON LAS ESTRELLAS

¿Hago bien? Podría estar cometiendo el mayor disparate de mi vida. Podría estar traicionando a los míos, incluso condenándolos a muerte.

Tengo un peso en el estómago. Siento náuseas. Si pudiera volverme atrás... Pero hice una promesa a Dhurrrkk. Él arriesga el cuello y, lo que es más, el honor. ¿Voy yo a ser menos?

Por fin he hecho el equipaje y el sistema de seguridad de la cubierta de carga cree que soy Yoki. El indicador de «cámara abierta» del puente no me delatará. Menos mal que ya he pasado el período y no voy a tener que preocuparme... A no ser que estemos de viaje más de un mes. Y podría ser. Vale más ir preparada...

Ya he vuelto.

Dejé un mensaje para el tío Raoul, programado para que le llegue varias horas después de que nos hayamos ido. Le explico lo que me dijo Dhurrrkk sobre las colonias simius y la Confederación. Le prevengo de que no deje adivinar a los simius que él conoce su secreto. Trato de proteger a Dhurrrkk todo lo posible.

Dhurrrkk dejará un mensaje similar para Rhrrrkkeet.

Nuestro punto de destino es una estrella enana blanca, «próxima» (en la escala interestelar) a las dos estrellas binarias que llamamos Mizar. En mi pensamiento, ya he empezado a llamar «mizaris» a sus habitantes. Siento curiosidad por averiguar cómo son y también por ver los otros miembros de la Confederación. ¡¡Once clases de alienígenas diferentes...!!

Encima de la bolsa que me he preparado con víveres, ropa y otras cosas indispensables, he puesto una pistola disruptora. Entré en el camarote del tío Raoul y la saqué del armario. Dudo mucho de ser capaz de utilizarla contra alguien, ni siquiera con la mínima potencia. Pero quizá me sirva para tirarme un farol en una situación desesperada...

Ojalá pudiera estar segura de que hago lo que debo hacer...

Mahree tuvo que reprimir el impulso de andar de puntillas mientras recorría los corredores, con la bolsa en la mano y la pistola en el cinturón de los pantaloncitos cortos, haciendo bulto bajo la camisa.

Le hubiera gustado correr. Pero se obligaba a caminar a paso normal.

La única persona con la que se cruzó al dirigirse a la cubierta de carga fue Ray Drummond. El ayudante del Jefe de Máquinas apenas levantó la mirada de la hoja que tenía en la mano. Mahree, con una profunda sensación de alivio, apenas murmuró un monosílabo en respuesta a su abstraído: «¿Hola, qué hay?»

Los corredores parecían interminables. Pero el reloj le indicaba que sólo habían transcurrido dos minutos desde que salió del camarote. Se detuvo ante la puerta de la cubierta de carga y pulsó el código de acceso que se había preparado. La puerta corredera se abrió.

Tenía un pie en el umbral cuando una agradable voz de barítono gritó a su espalda:

— Eh, pequeña, ¿está Yoki ahí dentro?

La muchacha quedó petrificada. El corazón le latía con tanta fuerza que temió desmayarse. «¡De toda la gente que podía sorprenderme, ha tenido que ser Rob! ¡Mierda!»

Aspiró profundamente, sacó la pistola y se volvió, ocultando el arma a su espalda. «Quizá consiga despistarlo. Ojalá...»

— Hola —dijo, sorprendida de que su voz sonara con naturalidad—. Yoki y yo hemos venido a comprobar la carga; pero ella olvidó no sé qué y me dijo que la esperase aquí. Se fue hace un momento. Aún puedes alcanzarla si te das prisa...

Muy sonriente, Mahree señalaba el corredor de la izquierda que conducía a la escalera.

— Está bien —dijo él, correspondiendo a su sonrisa.

La saludó con un movimiento de cabeza y dio media vuelta.

Mahree suspiró con inmenso alivio.

— Un momento. —Rob se detuvo en seco y se volvió—. Yoki nunca dejaría abierta la... —se interrumpió mirando con ojos muy abiertos el arma que Mahree tenía en la mano.

— No te muevas, Rob. Te aseguro que soy capaz de acertar adonde apunte. No quiero dejarte sin sentido; pero lo haré si tú me obligas.

Él la miraba, atónito. Finalmente, con una débil sonrisa, dijo:

— Bromeas, ¿verdad?

— Te equivocas —respondió ella en tono llano—. No digas nada más. Y no se te ocurra pensar siquiera en gritar. Entra aquí mientras decido lo que hago contigo.

Le señalaba la puerta de la bodega.

Mahree vigilaba a su prisionero mientras lo seguía por la cubierta de carga. El aire olía a lana de la que había en Jolie, y la baja temperatura le ponía la carne de gallina.

— Alto. Vuélvete —ordenó.

Rob, obediente, se detuvo y giró muy despacio sobre sus talones, con expresión de asombro y desconcierto. Entonces, ante los ojos de ella, cambió. Ahora Mahree leía en ellos una mezcla de indignación y resentimiento.

Sostenía el arma con mano firme, pero su mente estaba al borde del pánico. «¿Qué hago con él? No puedo dejarlo aquí abajo. Hace mucho frío».

— Mahree... pequeña... —dijo él en tono apaciguador—. ¿No quieres decirme lo que ocurre? ¿Por qué haces esto? Seguro que entre los dos podremos resolver lo que te preocupa, sea lo que sea, sin explicar a nadie lo ocurrido.

«Piensa que he perdido el seso», pensó Mahree entre furiosa y divertida.

— ¿Quieres que hagamos una apuesta? —propuso—. Estoy perfectamente cuerda, Rob. Tengo buenos motivos para hacer lo que hago. Lo que no tengo es tiempo —Lo miró frunciendo el entrecejo con gesto pensativo—. Me parece que te llevaré al corredor de la sala de máquinas y te pondré a dormir. Acabo de ver a Ray Drummond que salía de comprobar los sistemas. Así que, durante un par de horas no pasará nadie por allí. Tiempo suficiente para poder marcharme.

Él la miró sin comprender, como si le estuviera hablando en simiu.

— ¿Marchar? —repitió el médico parpadeando—. ¿Marchar? ¿Cómo? ¿A dónde? ¿Por qué?

— El porqué es muy complicado para explicarlo en pocas palabras, pero te diré a dónde me voy. Con Dhurrrkk en la nave de la Primera Embajadora. La situación se ha complicado, Rob. Si

no hacemos algo, acabaremos en guerra con lossimius... una guerra que ganarían ellos. Pero Dhurrrkk y yo la evitaremos. Traeremos ayuda del exterior.

— ¿Ayuda del exterior? —la miró de un modo penetrante—. ¿Que clase de ayuda?

— ¡Ya te he dicho que no tengo tiempo para explicártelo! —Mahree vaciló; luego, irguió los hombros y señaló al corredor con el arma— Vete ahí fuera. Tuerce hacia la derecha. Nadie te molestará hasta que despiertes dentro de una hora, más o menos. —Se mordió los labios mientras lo observaba con ansiedad—. Menos mal que eres joven y robusto. ¿Estás sano, verdad? ¿No tienes el corazón débil ni nada por el estilo? Siendo médico lo sabrías, ¿no?

— ¡Un momento! —dijo Rob levantando las manos en ademán de vehemente súplica—. Escucha un segundo. ¿Cómo sabes que no es una trampa? Quizá sea un ardid de los simius para llevarte a su arena sin que lo sepa Raoul. ¿No se te ha ocurrido pensarlo? —Aspiró hondo— Nos tienen prisioneros. Acabamos de descubrir que han cargado sus amarres con un campo magnético.

— ¡Han estado cargados desde el primer momento! —respondió ella con aspereza—. Es el sistema de ataque normal. Me lo dijo Dhurrrkk.

— Oye, Mahree. Tú crees que él es amigo tuyo; pero a mí me parece que trata de tenderte una trampa... por orden de Rhrrrkkeet. Quieren que luches en su arena, para satisfacer su código del honor. O retenerte como rehén a fin de asegurarse de que no intentamos escapar.

«Eso parece razonable...», pensó Mahree; pero en seguida apretó los labios.

— No —repuso—. Te equivocas. Dhurrrkk es amigo mío. En primer lugar, yo fui en su busca. Y, en segundo lugar, sé que él no me traicionaría.

— Quizá no —admitió Rob con placidez, y adelantó un poquito un pie—. Pero es muy posible que Rhrrrkkeet se sirva de él para capturarte sin que tu amigo lo sepa. ¿No se te había ocurrido?

Deslizó hacia ella el otro pie.

— Rob, no me gustaría ni pizca dispararte aquí, con lo frío que está esto —dijo Mahree suavemente—. No creo que pudiera sacarte. Y, si te dejo ahí dentro, podría helársete el trasero antes de que despertaras. Conque más te valdrá olvidar toda idea de saltar sobre mí y quitarme la pistola. ¿Entendido?

Él se quedó quieto, mirándola muy atento. Lo que vio en la cara de ella lo puso nervioso y le hizo tragar saliva.

— De acuerdo —aceptó—. Pero dime una sola cosa... ¿Qué clase de ayuda exterior?

— Existen otras razas que los simius conocen —explicó Mahree— Por lo menos, diez. Una de ellas, los mizaris, son una especie de... negociadores y guardianes de la paz. Ellos obligarían a los simius a dejarnos marchar en paz. Pensamos ir a su mundo, donde está el cuartel general de la Confederación Interplanetaria.

La expresión de Rob se iluminó a pesar suyo.

— ¿Diez especies distintas de alienígenas? ¿Un órgano de gobierno interestelar?

— ¡No tengo tiempo! ¡Sal ahora mismo al corredor o disparo, maldita sea!

— Un momento, por favor —pidió Rob apremiante—. Te lo ruego, Mahree, bonita. Sigo pensando que es una trampa; pero, en cualquier caso, no puedo dejarte ir sola. Llévame contigo.

— ¡Nunca! —se negó Mahree—. Tratarías de detenerme.

— Te juro por Dios que no.

Ella lo miró con suspicacia.

— Si no crees lo que te he dicho de la Confederación Interplanetaria, ¿por qué quieres venir conmigo?

— Tienes razón —respondió él meneando la cabeza—. Creo que mienten, estoy convencido de que los simius pretenden tenderte una trampa. Pero la Primera Embajadora me aprecia. Si voy contigo, tal vez pueda convencerla de que nos deje marchar.

— ¿Y si no es una trampa? ¿Y si Dhurrrkk dice la verdad?

— Entonces Raoul estará más tranquilo sabiendo que a bordo de esa nave simiu te acompaña otro ser humano.

Mahree reflexionó. No estaba segura de poder apretar el gatillo a sangre fría y ver cómo una persona a la que quería se desplomaba en el suelo «Eres una idiota por escucharle», se dijo con rabia, pero asintió señalando con la pistola.

— Está bien. Fuera de aquí. Vamos a tu camarote. Necesitarás equipaje. Y recuerda que me has dado tu palabra...

No encontraron a nadie en el trayecto hasta el camarote de Rob; con gran alivio de Mahree, que no se hacía ilusiones acerca del juramento del doctor.

— De prisa —ordenó cuando llegaron al camarote—. Reúne lo necesario para un viaje largo. Usa una bolsa a prueba de vacío.

Rob asintió en silencio, mientras se movía por el compartimiento recogiendo enseres.

— ¿Y víveres? —preguntó.

— Yo llevo.

— ¿Serán suficientes para dos?

— Tendrán que serla Ahora escribe la nota para que sepan que te has ido conmigo.

Él obedeció con rapidez.

— Pido a Yoki que cuide de *Sekhmet* —dijo mientras escribía.

Mahree leyó la nota y asintió con un gesto frío.

— Vámonos. Y recuerda que si encontramos a alguien en el corredor y tú suspiras siquiera, disparo contra quien sea y después contra ti.

Ya estaban en la puerta cuando Rob se detuvo de repente.

— ¡Un momento!

El dedo de Mahree se tensó sobre el gatillo.

— ¿Qué ocurre?

— El equipo médico.

Ella se relajó.

— De acuerdo. ¿Cabrás en la otra bolsa?

— Apretando... un poco... ¡Ya está! Lo conseguí.

— Tenemos que darnos prisa, Rob. No olvides lo que te he dicho.

— Lo recordaré.

Por el camino oyeron voces. Con viva angustia, Mahree reconoció a Paul y a Joan. Tensando los músculos, se acercó a Rob hasta casi pisarle los talones al andar. Incrustó el cañón de la pistola en su costado ocultándolo con el cuerpo y susurró:

— Rob, como abras la boca, te juro que os atonto a los tres. Piensa en lo viejo que es Paul... Podría ser peligroso para él. ¡Por favor, no me obligues!

Ella sentía en los dedos la humedad del mono del joven médico y la tensión de su cuerpo. Él no emitió ningún sonido.

Joan y Paul aparecieron por el extremo del corredor, hablando de las reservas de combustible. Ninguno de los dos prestó atención a la pareja. Mahree contuvo el aliento mientras se cruzaban con el jefe de máquinas y la primer oficial. «Sigue andando —se ordenó a sí misma—. ¡Por Dios, no mires atrás!»

No mirar atrás fue lo más difícil de todo.

Cuando los pasos de la primer oficial y el jefe de máquinas se apagaron, Mahree lanzó un profundo suspiro de alivio.

— Gracias, Rob.

En cuanto llegaron al armario de los trajes, en la cubierta de carga, Mahree lanzó una rápida mirada al reloj y frunció el entrecejo.

— Yo me vestiré primero. Tú échate en el suelo, boca abajo.

— Pero...

— ¡Pronto!

Tratando de no perder de vista a Rob y manteniendo la pistola al alcance de la mano, Mahree agarró por la manga un traje pequeño y lo descolgó de la percha. Se lo puso con gran rapidez. Rob levantó la cabeza, apoyándose en las palmas de las manos; pero ella agarró la pistola y la disparó sobre su cráneo. El cañón escupió una descarga azul violeta con olor a ozono. El prisionero ahogó una exclamación y se quedó quieto.

— No puedo creer que hagas eso.

La voz del doctor le llegaba amortiguada mientras ella sellaba la parte delantera del traje y cogía un casco.

— Yo tampoco me lo creo —reconoció Mahree.

Al cabo de unos segundos, había cerrado el casco. Se puso entonces los guantes y los selló. Golpeó la escotilla con el arma para llamar la atención de Rob y señaló con gesto brusco los otros trajes.

Él se levantó, un poco agarrotado, eligió un traje y se lo puso con bastante más presteza que Mahree, por la práctica adquirida en los últimos tiempos. Al cerrar el casco, dijo:

— Prueba de radio.

— Te oigo —contestó Mahree—. Y también te oiré si abres un canal con el puente. ¿Entendido?

— Sí.

— Ahora silencio. Tengo que concentrarme.

Sin dejar de apuntarle a la cabeza, la chica pulsó las teclas que abrían la compuerta interior de la cámara de descompresión de la cubierta de carga. Antes de accionar la compuerta exterior se detuvo.

— Tanta prisa y aún me sobran dos minutos —comentó, y miró en derredor, frunciendo el entrecejo—. Podemos necesitar esos trajes cuando encontremos a los mizaris, Rob, a todas las

cápsulas de aire que estén cargadas para llevárnoslas.

Él se apresuró a obedecer. Las cápsulas formaban un voluminoso paquete, que arrastró hacia la cámara.

— ¿Qué aspecto tienen los mizaris? —preguntó.

— En realidad, no se llaman así —reconoció Mahree—. El nombre se lo puse yo. Y no tengo ni la más remota idea de su aspecto Dhurrrkk no tuvo tiempo de describírmelo.

Antes de que él pudiera comentar nada, Mahree pulsó la secuencia final de la operación y la compuerta se abrió.

— Adentro —ordenó la muchacha—. Mete las bolsas y luego ven a buscar las cápsulas de aire. No te olvides de que aún tengo la pistola y te vigilo.

— No te inquietes —dijo él con aparente jovialidad—, me has convencido de que eres capaz de disparar. Estoy muy acobardado para realizar heroicidades.

Mahree juró entre dientes y ordenó en tono áspero:

— Vámonos ya.

Entró pisándole los talones a él y señaló la compuerta para iniciar la operación de descompresión.

— Sujétate, Rob Voy a quitar la gravedad. ¿Cómo te sientes con gravedad cero?

A través del material transparente del casco, pudo ver cómo el doctor movía la cabeza.

— Lo ignoro —respondió Rob—. Jamás he estado en gravedad cero. ¿Y tú?

— Yo no tendré dificultades. Poseo un estómago de hierro... A no ser, desde luego, que empieces a vomitar. Si es así, tendrás que arreglártelas tú solo.

— De acuerdo —aceptó Rob secamente—. Ya estoy advertido.

Mahree movió muy despacio la palanca que controlaba la gravedad de la cámara de descompresión. Empezó reduciéndola a la mitad y se detuvo.

— ¿Bien hasta ahora?

— Sí —respondió Rob en tono alegre—. ¿Has dicho diez razas diferentes de alienígenas?

— Por lo menos. —Ella siguió reduciendo hasta que estuvieron a un sexto de gravedad—. ¿Todavía bien? Ésta es la gravitación lunar.

— Espléndido.

— Bien, bajemos a una décima parte.

Volvió a disminuir la gravedad.

A un sexto aún podía mantener los pies en la cubierta. Pero ahora sus pies mostraban una desagradable tendencia a perder el contacto con el suelo. De haberse dado impulso, habría chocado con el techo. Sin embargo, todavía existía la sensación de que el suelo estaba «abajo» y el techo, «arriba». Mahree sabía que desaparecería tan pronto como suprimiera por completo la gravedad.

— ¿Cómo va eso? —preguntó a Rob.

— Se nota algo muy raro —contestó él agarrándose con fuerza al pasamanos que discurría alrededor de la cámara.

— ¿Notas vértigo?

— Todavía no —dijo él un tanto nervioso—. Pero la perilinfa y la endolinfa empiezan a

chapotearme en el oído interno.

— Muévete despacio. Con calma... con mucha... calma...

Mientras hablaba, Mahree deslizó la palanca hasta la posición final y la gravedad quedó anulada del todo.

Al principio era como bajar en un veloz ascensor. Luego, al mirar en derredor, Mahree advirtió que los términos de «arriba» y «abajo» habían perdido todo significado. Ella podía pensar que la cubierta estaba «abajo»; pero no era más que un simple ejercicio intelectual, porque sus sentidos le decían que todo estaba «abajo» o todo, «arriba». O, sencillamente, fuera.

— ¿Estás bien? —preguntó a Rob.

— Por ahora sí —respondió él, un poco preocupado.

— Piensa que vas a ver más alienígenas de los que has podido soñar —le animó ella—. Ponte en ese rincón, lejos de los mandos, y quédate quieto. Voy a abrir la escotilla. No trates de saltar sobre mí, pues saldríamos los dos dando tumbos al espacio sin sujeción, ¿entendido?

— No te apures —la tranquilizó Rob con tono triste, al tiempo que arrastraba sus suelas magnéticas por la cubierta asido al pasamanos—. Los movimientos bruscos son lo último que me apetece en este momento.

Mahree consultó el crono digital del traje mientras tomaba impulso hacia el panel de control. «¡Rayos, setenta segundos de retraso! ¿Seguirá ahí?»

Con la sensación de estar moviéndose bajo el agua, Mahree accionó la secuencia de apertura de la compuerta exterior. Al cabo de un minuto, los paneles se deslizaron hacia los lados. La muchacha podía sentir la vibración en la mano; pero no podía oír más sonido que el de la respiración de Rob, y la suya, a través de la radio del traje.

Mahree se agarró a la barandilla con una mano, oprimió las suelas magnetizadas de sus botas contra la cubierta, y se asomó al espacio.

La compuerta de la cubierta de carga estaba en una zona de sombra, así que pudo ver las estrellas. Parecían minúsculas tachuelas con un brillo fijo. Se aferró al pasamanos porque durante un instante creyó caer al negro pozo que la rodeaba. Dondequiera que miraba era «abajo».

Al cabo de un rato, consiguió orientarse y mirar «arriba» a un lugar frente a la *Désirée*. Nada le impedía la visión de las estrellas, no había ninguna nave a la vista.

«No ha venido —pensó, sintiendo una opresión en el pecho—. O he llegado tarde o no ha podido conseguir la nave...»

Mientras miraba a un lado y a otro, una forma color ámbar se acercó a ella, iluminada por las luces de la estación, y se situó en paralelo a la *Désirée* tapando las estrellas. Era una de las naves en forma de pez martillo, no mucho mayor que las que dieron escolta al carguero hasta llegar a la estación.

Mahree se echó a reír con una sensación de alivio que le hizo balancearse sobre las puntas de los pies. A causa del movimiento, las suelas magnéticas de sus botas se desprendieron de la cubierta, y tuvo que agarrarse con fuerza al pasamanos.

— ¡Ha venido! —gritó tratando de recobrar el equilibrio y volviéndose hacia Rob con precaución—. ¡Ha traído la nave!

La escotilla central de la nave alienígena se abrió, y un simiu vestido con traje espacial agitó

el brazo y les hizo señas de que embarcaran.

— ¡Estaba segura de que vendría! —exclamó Mahree en tono triunfante.

— Sí, pero... ¿cómo puedes estar segura de que ése es tu amigo y de que no vamos a caer en una trampa?

— No caeremos —aseguró Mahree, abstraída, asomándose otra vez—. Vamos a saltar.

— ¡A saltar! ¿Casi la distancia de un campo de fútbol? ¡Debe de haber por lo menos veinticinco metros!

Mahree calculó la distancia que separaba las dos naves.

— Por lo menos. Pero no habrá dificultad.

Empezó a programar el cable del carguero para la secuencia de lanzamiento e hizo una señal al simiu indicándole que se refugiara en su cámara de descompresión. Dhurrrkk desapareció de la vista.

Tras una maniobra de Mahree, el cable plateado salió lanzado al espacio. La trayectoria fue impecable. El extremo magnético del cable se adhirió con un golpe seco a la mampara de la nave simiu. La chica dio un tirón de prueba y descubrió que estaba anclado con firmeza.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Rob inquieto al ver que ella retiraba de sus soportes varios «garfios espaciales».

— Fijaremos estos garfios de carga a nuestros trajes y saldremos al espacio —respondió—. No tenemos más que deslizarnos por el cable. Es el sistema que se emplea para el transbordo de mercancías en el espacio. Tú sólo tienes que procurar no darte demasiado impulso ni hacer movimientos bruscos. Podrías empezar a dar vueltas y sería peligroso. Recuerda lo que estudiaste sobre las leyes de la inercia.

— Sí... ya... —murmuró Rob dubitativo al asomarse y mirar al vacío de «abajo» y contemplar luego el fino cable que se elevaba hacia la otra nave—. Ese alambre no parece muy fuerte. Es un simple hilo.

— Es lo bastante fuerte, Rob —dijo Mahree impacientándose—. No hay gravitación, ¿recuerdas? No tiene que sostener tu peso sino sólo guiar la trayectoria del salto. Ve despacio. Avanzarás a la velocidad a que arranques. Mira.

Con movimientos pausados en la gravedad cero, Mahree recogió el montón de cápsulas de aire, las sujetó con un garfio y fijó el otro extremo de éste al cable. Dio al paquete un ligero empujón, procurando imprimir la misma fuerza a ambos lados.

El fardo se alejó deslizándose lentamente por el espacio que separaba ambas naves. A pesar del cuidado de Mahree, empezó a dar vueltas. Pero llegó a su destino sin ningún percance. El simiu lo recogió y lo desprendió.

Mahree miró a Rob.

— Ahora tú —dijo señalando el cable con la pistola.

A él se le oyó tragar saliva.

— Mahree... no sé si podré...

Ella le miró a través de la escafandra echando chispas por los ojos.

— Entonces engancha el garfio al pasamanos para que no salgas flotando cuando te dispare. ¡Contigo o sin ti, yo me voy!

Rob aspiró hondo, sujetó el garfio al cable... y se lanzó al espacio.

Mahree advirtió en seguida que se había dado demasiado impulso. Empezó a girar de forma incontrolada y luego a forcejear, lo cual empeoró las cosas. Por la radio le llegaron jadeos de miedo mezclados con juramentos.

— ¡Rob! —le gritó—. ¡Deja de bracear! ¡Podrías soltarte!

Mahree lo siguió ansiosa con la mirada mientras él se acercaba a la nave simiu haciendo molinetes. De no ser por la rápida actuación del alienígena que se hallaba esperando en la compuerta, pudo haber chocado contra el borde con fuerza suficiente para romperse un hueso.

— ¡Rob! —lo llamó Mahree—. ¿Estás bien?

— Sí —respondió él, después de tragar saliva—. Tratando de no vomitar.

Con suma rapidez, Mahree arrojó la pistola a la cámara y agarró su propio garfio. Agarró las asas de las dos bolsas con la mano derecha, se puso en equilibrio en el borde de la compuerta, con las piernas dobladas y, procurando moverse con suavidad, enderezó las rodillas y se dio impulso.

Había dejado la *Désirée*... y ascendía sin esfuerzo hacia el simiu que la esperaba. Miró las estrellas con un estremecimiento al advertir que, por primera vez, no había prácticamente nada que la separara de ellas, sólo el traje espacial y una fina capa de aire.

Volvió a sentir un amago de pánico cuando la invadió de nuevo la sensación de que dondequiera que mirara era «abajo». Cerró los ojos con decisión hasta que sintió que unas manos la sujetaban. Sus suelas magnéticas se adhirieron a una superficie, y entonces se vio en la cámara de descompresión de la nave simiu... A salvo.

Dhurrkk soltó el garfio y ella buscó el asidero más próximo mientras su amigo extraterrestre desprendía el cable de carga, apartándolo de la nave. Después, cerró la compuerta. Al cabo de un momento, se restauró la gravedad.

Tras pulsar los mandos del aire y la presión, el simiu abrió su casco y ella oyó su voz débilmente.

— Es el honorable sanador Gable, ¿verdad? ¿Por qué ha venido?

Mahree se quitó el casco y asintió.

— Sí. Me tropecé con él cuando me iba de mi nave y me vi obligada a traerlo conmigo. Pero estoy segura de que, ahora que se ha convencido de la importancia de nuestra misión, no nos creará dificultades.

Rob también se había quitado el casco y la miraba sin pestañear, con los ojos muy abiertos.

— ¡Tú... tú hablas con él! —estalló—. ¿Tú hablas su lengua?

— Un poco —asintió Mahree—. Tengo un acento horrible.

Rob dijo al simiu en inglés:

— Honorable Dhurrkk, te agradezco que me hayas salvado. Considero un honor que se me permita acompañarte en una misión tan noble y vital.

— Honorable sanador Gable —dijo Dhurrkk gravemente, también en inglés—, tu presencia honra esta nave —Mahree no habría podido decir si había o no cierta ironía en las palabras del simiu—. Amiga Mahree, tenemos que marcharnos —prosiguió en su propia lengua— En cualquier momento pueden echar de menos esta nave y empezar a buscarnos.

Mahree asintió y el simiu se fue.

Ella se levantó y empezó a quitarse el traje espacial, respirando con fruición el aire puro, aunque caliente y húmedo, de la nave. Al cabo de unos momentos, notó una leve vibración. Había empezado el viaje.

Rob se quitó el traje y se sentó en la cubierta suspirando.

— ¡Pensar que hablas simiu...! ¿Por eso te enteraste de la existencia de las otras razas?

— En cierto modo. Es largo de contar.

El médico golpeó la cubierta con la mano.

— En estos momentos, guapa, el tiempo nos sobra. Conque empiece por el principio.

Mahree aspiró hondo el aire húmedo de la nave, y empezó a contarle toda la historia.

Cuando terminó, tenía la boca seca. Rob la miraba con una expresión extraña, mezcla de irritación y respeto. Hizo unos lentos movimientos de cabeza.

— No es de extrañar que tuvieras tanta prisa por ponerte en contacto con esos mizari. Pero pudiste haber confiado en mí. Yo te habría ayudado con la mejor voluntad.

— Después de oírte decir que la *Désirée* debía romper amarras, temí que no me creyeras. Todos los que estabais en la reunión parecíais tan... hostiles.

— ¿Cuánto tiempo invertiremos en el viaje?

— No lo sé muy bien —reconoció ella—. Dhurrrkk dijo que programaría el rumbo de manera que no pudieran interceptarnos antes de desarrollar Velocidad Interestelar. Varias semanas, imagino.

Rob se enjugó la frente con la mano, apartando el pelo húmedo y encrespado.

— ¿Varias semanas? —suspiró—. ¿Con este calor? En fin, por lo menos tendré la oportunidad de aprender la lengua. ¿Cómo hiciste para...?

Se interrumpió al oír ruido en la puerta. Se volvieron y vieron a Dhurrrkk. El simiu llevaba su terminal de ordenador y el traductor electrónico. Los humanos se apresuraron a buscar los suyos en las bolsas.

— Ya vamos de camino —informó el alienígena—. Creo que, con el rumbo que he fijado, pensarán que nos dirigimos a una de nuestras colonias.

— ¿Cuánto tardaremos en desarrollar Velocidad Interestelar? —preguntó Mahree.

— Varias horas. Pero estoy convencido de que nuestra marcha no ha sido detectada, por lo que tendrán dificultades para localizarnos.

— ¿Cómo conseguiste la nave? —preguntó Mahree.

La cresta de Dhurrrkk se aplastó y sus ojos violeta se entornaron.

— Falté a la verdad —dijo—. Un acto muy reprochable. Muy deshonesto.

— ¿Qué les dijiste?

— Les dije que Rhurrrkkeet me había pedido que trasladara esta nave al otro lado de la estación, a fin de tenerla preparada para que la transportara a la próxima reunión del Consejo.

Rob miró a Mahree con escepticismo. Ella asintió.

— Su sociedad no es tan suspicaz como la nuestra —explicó ella—. Los simiu suponen que dices la verdad hasta que se demuestra que mientes. La falsedad es muy rara.

— Pues a nosotros bien supieron engañarnos —se lamentó Rob.

— Honorable sanador Gable, en un principio se acordó que, en nuestras relaciones con

vosotros, sería lícito fingir, porque erais extranjeros y, por lo tanto, no había que consideraros dignos de confianza hasta que se hubiese demostrado vuestra honorabilidad —explicó Dhurrrkk, y Mahree creyó percibir cierta turbación en su manera de hablar—. Tal decisión no fue muy honorable, lo reconozco; pero mi pueblo tranquilizó su conciencia con el propósito de revelaros la verdad tan pronto como se demostrara que se podía confiar en vosotros.

— Al fin y al cabo —razonó Mahree—, nosotros sólo arriesgábamos una nave. Ellos, si resultábamos ser la vanguardia de una fuerza invasora, arriesgaban siete mundos.

— Comprendo —admitió Rob pensativo.

Dhurrrkk colgó sus trajes espaciales y luego tomó las dos bolsas.

— Permitid que os enseñe la nave —dijo.

— ¿Tiene nombre? —preguntó Rob.

Mahree negó con la cabeza.

— Ellos no ponen nombre a las cosas. Sólo tiene una contraseña.

Rob miró en derredor mientras seguían al alienígena por el corredor.

— Pues se lo pondremos nosotros. Un nombre adecuado a la ocasión...

— Bien venido —sonrió Mahree cuando se agachaban para pasar por debajo de un puntal en forma de arco.

Rob guardaba silencio mientras seguían a Dhurrrkk por el corredor, brillantemente iluminado. Al final, chasqueó los dedos.

— Ya lo tengo.

— ¿Qué?

Mahree, absorta en la contemplación de la zona hidropónica, donde crecía una densa vegetación color esmeralda, aceituna y aguamarina, había perdido el hilo de la conversación.

— El nombre. ¿Qué te parece *Rocinante*?

— ¿Y eso qué cosa es?

— No es una cosa. *Rocinante* era el caballo que llevaba a don Quijote en sus absurdas aventuras —dijo Rob con una sonrisa—. Aventuras casi tan absurdas como ésta, como cuando acometía con la lanza contra molinos de viento que él confundía con gigantes.

Mahree se rió.

Dhurrrkk les enseñó toda la nave, de proa a popa. La chica quedó fascinada por la cabina de control, y el simiu le prometió enseñarle a conectar su terminal al ordenador principal, para que pudiera relevarlo en las guardias, aunque ella tendría que hacerlas sentada en el suelo, pues los «asientos» simius no se adaptaban a la anatomía humana.

La nave *Rocinante* se hallaba muy bien equipada; pero era pequeña. Sólo tenía dos reducidos camarotes y una minúscula celda en la zona de carga. Dhurrrkk los condujo a la puerta de uno de los camarotes y la abrió con ademán ufano.

Muy satisfecho de sí mismo, invitó a los humanos a entrar. Mahree y Rob penetraron en un diminuto habitáculo cuyas paredes eran de un naranja y un azul intensos. En el centro, había un montón de esterillas y almohadones. No contenía más que unos armarios y cajones.

— ¿Notáis la diferencia? —preguntó Dhurrrkk.

Los humanos percibían con toda claridad su excitación.

Mahree miró en derredor, mordiéndose el labio y preguntándose cuál podía ser la diferencia. Pero Rob, que vestía su mono de manga larga, la descubrió en seguida.

— ¡Esto se halla más fresco!

Dhurrkk asintió entusiasmado.

— He ordenado al sistema de ambientación que mantenga vuestro alojamiento a esta temperatura. ¿Os gusta? ¿Lo encontraréis cómodo?

— ¿Nuestro alojamiento? —repitió Mahree desconcertada—. Es que nosotros no podemos...

Se interrumpió al recibir un codazo de Rob.

— Eres muy amable, honorable Dhurrkk. Has tenido una gran idea. —El doctor asentía aprobador—. Este camarote es muy cómodo.

— Mucho —corroboró Mahree tratando de imprimir entusiasmo en su voz.

Dhurrkk demostraba ser muy considerado al recordar que el ambiente al que ellos estaban habituados era por lo menos diez grados más frío que el de él. La habitación era también mucho menos húmeda. Ella procuraba no mirar al único lecho.

— Te estamos muy agradecidos —dijo.

El simiu mostraba una alegría conmovedora.

— Estoy contento de que os guste. —Se volvió hacia la entrada—. Recordad que debéis mantener las puertas cerradas, para que no se disipe la atmósfera más fresca. Ahora tengo que comprobar el rumba Vosotros, honorables amigos, descansad. Habéis tenido un día muy agitado.

Bajó las luces y se fue, dejando cerradas las puertas correderas. Mahree miró a Rob:

— Gracias por impedir que metiera la pata —dijo.

Rob le sonrió al tiempo que extendía la mano.

— Saludos, compañera de cuarto. Será divertido, como salir de acampada.

Ella le estrechó la mano devolviéndole la sonrisa con timidez.

— Eso, como una acampada.

— No te apures. Yo sólo ronco cuando estoy borracho. Al menos eso dicen. No te impediré dormir.

— En este momento, no me impediría dormir ni un cañón que me apuntara a la cabeza —declaró Mahree bostezando—. Podemos dividir esas esterillas en dos montones... Hay muchas.

Su bostezo fue contagioso, y Mahree rió al ver que a Rob se le abría también la boca.

— No sé —dijo él con una mirada irónica mientras se repartían las esterillas y se hacían las camas en rincones opuestos del pequeño camarote—. Eso de que te apunten con una pistola te produce una tremenda descarga de adrenalina. —Se sentó y descorrió el cierre de las botas—. Por lo menos a mí vaya si me despertó.

Mahree, cohibidísima, se quitó los zapatos y se tendió.

— Bue... ñas... noches... —susurró mientras el agotamiento la envolvía como una ola cálida.

— Buenas noches... —murmuró él; pero, al cabo de un momento, volvió a oírse su voz—. Oye, chiquitina... ¿de verdad habrías disparado?

Mahree se volvió y se quedó mirando el techo, bajo e inclinado, del pequeño camarote. Guardó silencio durante un rato y luego respondió:

— Sí; me hubiera dolido mucho, pero habría disparado.

— Eso me pareció —dijo él suavemente—. Duerme, pequeña.

Mahree estuvo escuchando su respiración plácida y acompasada mientras él se quedaba dormido. Sintió ganas de llorar; pero se durmió antes de que las lágrimas acudieran a sus ojos.

XI. ESPACIO PARA RESPIRAR

En el espacio jamás pasa nada.

¿Dónde he oído yo esta lamentación? La verdad es que no me había parecido nunca tan cierta.

Llevamos de viaje más de una semana y ya he leído todos los libros, he pasado todos mis vídeos y he visto todas las películas que trajo Rob... Dos veces. Es fantástico la cantidad de cosas que caben en las horas de un día. Además, el día simiu es más largo que el nuestro. Aunque el tiempo es el mismo, la hora parece más larga.

Dhurrkk, Rob y yo pasamos horas y horas hablando y, a pesar de todo, me paso algunas jornadas contemplando estas cuatro paredes inclinadas hacia dentro, y sin saber qué hacer. Ojalá se me hubiera ocurrido meter en la bolsa las cassettes de las lecciones. Ahora mismo me gustaría repasar la Historia de las Colonias Marcianas.

Rob me ha contado que a la Primera Colonia Marciana, aquel glorioso fracaso, fueron unos antepasados suyos. Le pregunté si había en su familia personas con dotes especiales, y me contestó que una tía abuela materna era telépata, además de cascarrabias... Y luego dirán que la comprensión favorece la serenidad y la amabilidad. Al aburrimiento hay que sumar la incomodidad. Estoy pegajosa a causa del calor, y aquí no hay manera de tomar un baño. Hemos de turnarnos para lavarnos en la fuente de agua fría, a fin de ahorrarla. Hay que reservarla para beber y regar las plantas. El agua del baño se recicla, desde luego, pero siempre se pierde algo.

Los simius no se bañan. Por eso la cantidad de agua que lleva la *Rocinante* resulta escasa. Dhurrkk pasa como una hora al día acicalándose, lamiéndose y peinándose con las uñas. Los simius segregan una sustancia por las yemas de los dedos que les deja el pelo suave y reluciente. Esa secreción es la causa de su olor un poco acre, como de almizcle.

A propósito de pelo, el mío empieza a ser una molestia. Ayer me lo solté y me eché una taza de agua por la cabeza y luego me froté el cuero cabelludo con una toalla, lo cual me alivió bastante. Creo que tendré que cortármelo.

La comida es peor de lo que esperaba. Al no estar procesada no se estropea; pero la textura es granulosa y el sabor, horrible. Tanto Rob como yo, hemos adelgazado.

Y, créanme, el que no ha usado una instalación sanitaria simiu no sabe lo que es bueno. La forma que tiene hace que me sienta contorsionista. Vale más que les ahorre los detalles.

Mis conocimientos del idioma aumentan; aunque no puedo considerarme una experta. Para eso tendría que pensar en simiu en lugar de traducir mentalmente al inglés o el francés todo lo que me dice Dhurrkk, y poner mi respuesta en simiu antes de empezar a hablar.

Podemos estar seguros de que no nos persiguen. Dhurrkk estuvo atento a la radio de la *Rocinante* y no oyó alusión alguna a nuestra huida. El Gran Consejo la habrá mantenido en secreto. Pues ello supondría el reconocimiento de que las probabilidades de los simiu de entrar en la Liga de Sistemas Confederados como miembros de pleno derecho han disminuido.

Lo que sí captó Dhurrkk fue un mensaje dirigido a nosotros. Por lo menos, el final de un código que coincidía con el de la *Rocinante*. El mensaje era muy vago. Si una nave cualquiera lo

interceptara, no podría adivinar su significado. Dhurrrkk creyó reconocer la voz de Rhrrrkkeet; pero no está seguro, a causa de las interferencias. Venía a decir: «Regresa y todo será perdonado».

Pero habíamos llegado muy lejos para regresar ahora, por lo que Dhurrrkk desconectó la radio sin contestar.

Rob y yo hemos tratado de leer y pasar vídeos de los que lleva a bordo la *Rocinante*. Pero no hemos conseguido que nos entretuvieran. Desde luego, resultan fascinantes como reflejo de la sociedad simiu; pero, como diversión, cero. Es difícil emocionarse con una historia en la que lo único que importa es el afán de encontrar la manera de aumentar capital de honor (que no tiene nada que ver con hacerse rico, como yo creía al principio), o salvar el honor de un hermano o de un amigo. Los finales tristes se prefieren a los felices... siempre y cuando el protagonista tenga una muerte honorable. La mayoría de las historias terminan con un duelo de honor.

Los duelos son muy vistosos. Los rituales recuerdan un ballet, pero me dejan fría y, durante los duelos a sangre, no puedo menos que recordar que simbolizan un hecho auténtico y que hay seres que mueren.

Mahree estaba sentada delante de la pantalla principal, con las piernas cruzadas, mirando un videorrelieve. Incómoda por aquella gravedad superior a la de la Tierra, cambió de postura y, con disimulo, se frotó la rabadilla.

En la pantalla, Arrrkk'u, el héroe simiu, terminó su parlamento de adiós a toda su familia reunida y, pasando por debajo del arco, salió a la Arena del Honor, y se puso a esperar, sentado sobre sus robustos cuartos traseros, alzando la cresta con gallardía y enseñando los dientes con la amenazadora mueca ritual.

Aquello recordaba a Mahree las historias de la antigua Roma y las luchas de gladiadores; salvo en que los simius guardaban silencio, pues era deshonroso, muestra de mala educación, gritar durante un duelo de honor.

Cuando el retador entró en la arena, de cincuenta metros de ancho, Mahree vio cómo la cresta de Dhurrrkk empezaba a descender. Apartó la mirada de la pantalla. Ella ya había tenido ocasión de observar que el simiu se sentía violento al contemplar duelos de honor, y esto le preocupaba. Más de una vez, había querido preguntarle qué le ocurría; pero no deseaba abordar un tema delicado no estando solos. Pero ahora lo estaban, ya que Rob dormía.

— Amigo Dhurrrkk —dijo—, no quiero causarte desagrado ni deshonrarme haciendo preguntas indiscretas. Pero he notado que te sientes molesto al ver en la pantalla uno de esos duelos de honor.

Los anchos hombros de Dhurrrkk se cuadraron y Mahree, por la expresión de sus ojos y el levísimo fruncimiento de su hocico, dedujo que se había enfadado. La chica trató en seguida de encontrar la forma de retirar la pregunta insinuada.

Entonces los ojos violeta de su amigo se suavizaron y él asintió.

— Es cierto, amiga Mahree —reconoció—. No soporto ver los actos que se celebran en la Arena del Honor, aunque formen parte de una historia ficticia. Yo sólo he tenido dos duelos de honor en toda mi vida, muchos menos que la mayoría de los de mi edad, y en los dos yo pedí combate ritual. Mi actuación no fue muy honorable. ¿Cómo le llamáis vosotros? —pulsó el

teclado, solicitando traducción—. «Perder por descalificación».

— ¿Quieres decir que abandonaste? ¿Que huiste?

Mahree no podía creerlo.

Los ojos de Dhurrrkk brillaron de indignación.

— ¡No! Si hubiera hecho eso, ya no sería hijo de mi madre. —Dejó caer los hombros y se le bajó la cresta—. Pero, en ninguno de los dos casos, luché hasta la primera sangre, mía o del contrario. Declaré lucha ritual demasiado pronto, y mi actuación me desprestigió entre mis compañeros.

Mahree miró la pantalla.

— ¿Tú has luchado en esa Arena? —susurró—. Oh, Dhurrrkk... ¡Me dijiste que no!

— Yo siempre digo la verdad —insistió su amigo, irritado—. Yo he tenido dos duelos de honor; pero ninguno se libró en la Arena del Honor. No eran cosas tan importantes. Eran lo que vosotros llamaríais peleas de patio de colegio.

— Comprendo —dijo Mahree—. Y sé lo importantes que esos duelos de honor son para vosotros. Pero, desde el punto de vista humano, tengo que decirte que fuiste muy inteligente al no exponerte a que te hirieran, quizá de gravedad.

— Tú no lo entiendes, amiga Mahree. Mis compañeros me consideran un cobarde. Para nosotros el valor es básico, no una cualidad admirable, sino esencial.

— Bien... —murmuró ella, pensativa—¿y no podrías desafiar a alguien cuando volvamos y aguantar hasta que corra la sangre? ¿Arreglaría eso las cosas?

— Quizás —admitió Dhurrrkk con voz triste y la cresta pegada por completo a la nuca—. Aunque, para eso, tendría que buscar a un contrincante más joven y más débil, porque ninguno de mis compañeros me consideraría un oponente digno. Y no me gusta la idea de aprovecharme de mi edad y mi tamaño contra otro menos hábil en la lucha.

— ¿Sabes luchar, entonces?

— Después de mi segundo fracaso, Rhrrrkkeet hizo que me entrenara uno de los campeones más importantes de sus tiempos, el honorable K't'eerrr. Pero, amiga Mahree, y esto es algo que tampoco he dicho a nadie... mi deseo de lucha es débil. Es vergonzoso. No me gustaría escandalizarte al admitirlo.

— No, Dhurrrkk, amigo —dijo Mahree suavemente—. No me escandalizas. Y estoy convencida de que, en tu empeño por impedir una guerra, has demostrado mucho valor. Más del que se necesita para librar un duelo de honor.

Dhurrrkk la miró aliviado.

— Yo, en mi interior, lo consideraba así —le confió—. Pero da gusto oírsele decir a otro.

Mahree señaló la pantalla.

— ¿Por qué no quitas eso? No quiero ver morir a Arrrkk'u.

Su amigo asintió.

— Está bien —miró la pantalla—. A mí tampoco me gusta verlo, porque mi maestro, el honorable K't'eerrr hace el papel de Arrrkk'u

— ¿De verdad? Espera un momento. ¿Ése es K't'eerrr?

— Sí.

En la pantalla, otro simiu había entrado en la arena, un gladiador de gran melena y manto castaño con manchas salmón.

— ¿Por qué te entristece ver a tu antiguo maestro?

— Porque, en este desafío, el rival de Arrrkk'u es Hekkk'eesh, el campeón que, un año después de grabarse el vídeo, arrancó de un mordisco la mano izquierda de K't'eerrr cuando fueron seleccionados para representar a clanes diferentes en un duelo a sangre por una disputa fronteriza. K't'eerrr había hecho un buen combate; pero es mucho más viejo que Hekkk'eesh. En el momento clave, fue lenta Dhurrrkk apagó la pantalla con gesto de tristeza.

— ¡Qué horror! —exclamó Mahree—. Dijiste que casi nunca se producían lesiones permanentes ni muerte.

— Es verdad. Pero había enemistad entre los dos campeones, y Hekkk'eesh se aprovechó.

— ¿No se consideró deshonroso su acto?

— Sí... Desde entonces, Hekkk'eesh ha tratado de redimirse, sin conseguirlo. Ya no se le selecciona para los desafíos más honorables, sino sólo para aquellos que los otros depositarios de honor consideran denigrantes.

Mahree frunció el entrecejo.

— ¿Qué desafíos son éstos?

Dhurrrkk suspiró. Fue un suspiro muy humano.

— Desafíos ilícitos o sin fundamento, contra oponentes que se encuentran en inferioridad de condiciones o no quieren pelear —explicó—. Son poco más que muertes por beneficio... — solicitó traducción y agregó—: «asesinatos» o «ejecuciones» le llamaríais vosotros.

— ¿Y ocurren con frecuencia?

— No con tanta frecuencia como las guerras, los asesinatos y otros crímenes en la sociedad humana.

Ella movió la cabeza y se apresuró a decir:

— Los vídeos que has visto son tan exagerados y efectistas como los vuestros, amigo Dhurrrkk. Los crímenes son frecuentes en la sociedad humana, sí; pero no tanto como podría parecer por los vídeos. También en tus programas casi todos los duelos de honor son duelos de sangre y acaban con la muerte de uno de los combatientes, y me has dicho que eso no ocurre en la realidad.

— Comprendo. Debí imaginarlo.

El simiu se deslizó de su otomana con un movimiento ágil y fluido.

— Tengo que comprobar el rumbo. ¿Me perdonas?

— Voy contigo —dijo Mahree—. Quiero trabajar en ese programa que estoy tratando de desarrollar para traducir mizari al simiu y después a mi idioma.

— ¿Cómo va?

— Despacio; —Mahree hizo una mueca—. Por si no fuera bastante difícil programar traducciones entre nuestros dos idiomas, agrégale ahora otro. Y las bases de datos y vocabularios que hay a bordo son muy limitados.

— Me gustaría hablar tu lengua mejor. Así podría ayudarte..., aunque dicen que las lenguas simius tienen una estructura demasiado simple para producir las sibilantes palabras de la lengua

mizari. Quizá las lenguas humanas se adapten mejor.

Ella sonrió con tristeza, cuidando de no mostrar los dientes.

— No estés muy seguro, amigo. Esta mañana, durante la lección, estuve escupiendo encima de toda la consola de navegación. Aunque consiga reproducir esos sonidos, tendré que mantener la boca cerrada. No estaría bien rociar de saliva a los miembros fundadores de tan importante organización.

Dhurrkk asintió con una chispa en sus ojos violeta.

— Tienes buen criterio y sentido diplomático, amiga Mahree. Tu prudencia te honra.

— ¿Has tenido... una... infancia... feliz? —jadeó Rob cuando, a la mañana siguiente, hacían ejercicio en el camarote, dando saltos siempre en el mismo sitio.

— ¿Por... qué... lo preguntas? —repuso Mahree, tratando de no perder el ritmo.

Miró el reloj. «Faltan sesenta segundos...»

Rob no respondió hasta que se dejaron caer en el suelo acolchado y empezaron a recobrar el aliento. Se sentó despacio.

— Me hago viejo —gruñó, resoplando todavía—. Esta gravedad hace que me sienta como si tuviera noventa años.

Mahree, que se había criado en Jolie, donde la fuerza de gravedad era un poquito inferior a uno, sólo pudo mover la cabeza.

— Te lo pregunto porque quiero saberlo —dijo Rob un minuto después, en respuesta a la pregunta de ella—. A veces tus ojos tienen una expresión... en fin, parece que hace mucho tiempo que no eres feliz.

Mahree se puso rígida, y casi no se atrevía a respirar.

Rob se secó el sudor de la frente con una toalla y la miró de soslayo.

— Puedes mandarme a paseo y decir que me meta en mis propios asuntos si quieres. Me lo tendré merecido.

— No; nada de eso. —Mahree no lo miraba—. Pero la respuesta tiene que ser ambigua... Sí y no. Nunca fui lo que se dice una chica popular, ésa que parece que tiene que ser feliz a la fuerza. La muchacha con la que están deseando salir los chicos más guapos, la que siempre va estupendamente vestida, la que saca las mejores notas. La que es elegida presidenta de la clase, la portavoz, la que gana el concurso de escritura creativa y el premio Westing-Dupont de investigación, la joven que no tiene más problema que elegir las dos carreras que más les gusten entre seis estupendas posibilidades. Ya sabes la chica a la que me refiero. Hay una en cada clase.

Él hizo un gesto afirmativo.

— Pero he tenido amigos... no estaba siempre sola. Además, tuve unos padres maravillosos... que me querían aunque no fuera bonita ni popular. Y eso es muy importante. —Se frotaba las pantorrillas, con la mirada baja—. Y también tuve otros amigos que estaban siempre ahí, al alcance de la mano...

— ¿Qué amigos?

— Tú los conoces... Tarzán de los Monos, Jirel de Joiry, Kim, Jo March, el Rey Arturo, Cirocco Jones, Taz de Padseniro... D'Artagnan... Asían el León, el Cruzado de Crystal... y Frodo,

y Jane Eyre. Y muchos más. Sidney Cartón... Pimpinela Escarlata. Hasta Drácula y la pobre criatura incomprensible del doctor Frankenstein.

Rob asintió sonriendo.

— Sí; conozco a muchos de ellos. Yo tenía una colección de novelas de aventuras que llenaba todo un archivo de cassettes. La mayoría no eran lo que se dice clásicos; pero sí muy divertidos. ¿Has leído *El prisionero de Zenda*?

— No; ésa no.

— Te la prestaré. Es fantástica. Primos idénticos, suplantación de un rey, espadachines y nobles sacrificios. Puro melodrama. Pero de lo más entretenido. También la tengo en película.

Mahree sonrió a su vez.

— ¿Y has leído tú *Príncipe y mendigo*, de Mark Twain?

— Desde luego. ¿Y *Cyrano de Bergerac*? Hablando de espadachines...

— *Mais oui, en français, naturellement.*

— Pedante.

— Envidia —rió ella.

— Es verdad —dijo él muy serio.

Mahree lo miró sorprendida.

— ¡Era broma! ¿Por qué iba a tenerme envidia una persona como tú?

Los ojos oscuros de Rob sostuvieron su mirada.

— Tú puedes hablar con los simius. Yo, por más que me esfuerce, nunca podré ponerme a tu altura.

Mahree desvió la mirada, con las mejillas rojas.

— Es sólo porque yo practico todos los días.

— Y yo también. Mira que lo intento. Y no creas que las lenguas no se me dan bien. Hablo español y ruso, y entiendo el alemán y el latín. Pero tú posees un don.

— Yo sólo hablo inglés y francés —protestó ella—. Y un poco de simiu. A ti te parecerá que lo hablo bien; pero, en realidad, si Dhurrrkk y yo nos entendemos, es porque estamos acostumbrados a nuestra mala pronunciación.

— Pero tú eres bilingüe, tú te has criado hablando dos lenguas, ¿no?

— Sí.

— El cerebro de las personas bilingües está configurado de otra manera.

Mahree le miró con escepticismo.

— Es verdad —insistió él.

— En Jolie, todo el mundo es bilingüe. El tío Raoul, y Paul...

— Pero ellos no son jóvenes. Cuanto mayor eres cuando empiezas a aprender una lengua, menos llegas a dominarla. El cerebro pierde ductilidad a medida que envejecemos. —Asintió con aire pensativo—. Quizá por eso, de todos nosotros, sólo tú eres capaz de expresarte en simiu.

Durante casi un minuto, ella guardó silencio, y luego lo miró con aire dubitativo.

— ¿Quieres decir que, al menos en este aspecto, no soy corriente?

Rob se peinó con los dedos, en un gesto nervioso.

— ¡Nada de «al menos», Mahree! Tú eres una persona extraordinaria, y ya es hora de que lo

sepas. Eres inteligente. Jerry decía que tienes más talento para programar que muchas personas que se ganan la vida con ello. Y la facultad de hablar simiu... —Levantó las manos con las palmas hacia arriba y se encogió de hombros—. ¿Se puede saber de dónde diablos has sacado la idea de que eres vulgar?

— Hasta que empezó este asunto, lo era.

Él la miró muy fijo hasta hacerla enrojecer.

Guardaron silencio un momento, mientras Mahree trataba de hallar algo que decir. Sentía el peso de la mirada de él. Por fin, preguntó con excesiva rapidez:

— ¿Y tú? ¿Tuviste una niñez feliz?

— No estuvo mal —respondió él encogiéndose de hombros.

— Yo te di una respuesta completa —le reprochó ella con una mirada de irritación.

Rob apretó los labios y esquivó su mirada.

— Está bien, es la hora de la verdad. Yo no tuve niñez..., por lo menos que recuerde. No es que fuera desgraciado entonces... Fue después, a medida que mis hermanas iban creciendo, cuando me di cuenta de lo diferente que yo había sido, y me dolió. Eché la culpa a mis padres por permitirlo, aunque ahora comprendo que ellos no habrían podido cambiar las cosas. Yo era un chico muy testarudo y voluntarioso.

— ¿Qué pasó?

— Antes de los cuatro años, ya sabía leer. ¿Sabes con qué me entretenía?

— Con *El prisionero de Zenda*.

Él rió entre dientes con ironía.

— No; eso vino después, cuando remitió un poco mi primera afición.

— ¿Con qué te entretenías?

— Con la edición cuarenta y tres de *Anatomía Quirúrgica* de Callander. Me la aprendí de memoria imagen a imagen, y cuando cumplí los ocho años me dejaron asistir a una operación. Imagina a un renacuajo encaramado a un asiento del anfiteatro mirando la pantalla gigante entre estudiantes de medicina y de enfermería. Mi padre hacía un trasplante de corazón y pulmones. Yo creía que me había muerto y estaba en el cielo.

— No es de extrañar que terminaras la carrera tan joven.

— Tuve que subirme a un cajón para hacer mi primera disección de un cadáver. No se podía bajar la mesa lo suficiente. Por fortuna, a los dieciséis había crecido bastante, por lo que, cuando ayudé en una operación de verdad, ya no necesité el cajón.

Ella lo miró, pensativa.

— Te molestaba ser bajo, ¿verdad?

— Y me molesta —sonrió él con tristeza—. Aunque ahora ya me río de los chistes de bajos. Autodefensa.

— Pero..., ¿no jugabas? ¿No te metías en líos como los niños corrientes?

— No. Hasta que participé en deportes organizados. Era muy bajo para el rugby y el baloncesto; pero era bueno en el fútbol. Entonces ya estaba en la Facultad.

— ¿Cuántos años tenías cuando empezaste a ir a la Universidad?

— Catorce.

— ¡Eso sí que debió de ser duro! —exclamó Mahree.

— Fuera de las clases, sí. Durante los dos primeros años, mi vida social fue inexistente.

— ¿Y eso te hacía sufrir? —preguntó Mahree recordando su propia adolescencia.

— Al principio, el estudio me absorbía de tal modo que no me importaba. Pero después, sí.

«Entonces te pusiste a suplir esa carencia, y lo conseguiste de forma admirable, como todo lo que hacías, imagino —pensó con malicia—. ¿Cuántas amantes has tenido? ¿Has querido a alguien como yo te quiero a ti?»

En voz alta dijo:

— Pero después te desquitaste, desde luego. A ti nadie te consideraría poco sociable.

— Durante el último año ya no me sentí tan bicho raro —manifestó el doctor riendo entre dientes—. Y es que algunos de primero eran más jóvenes que ya Mi promedio bajó hasta rozar noventa, porque incluso faltaba a las clases. Por las noches, en lugar de quedarme a estudiar, me iba de juerga.

— A pesar de todo, el estudio todavía te resultaba fácil, ¿no? —aventuró Mahree.

— Sí —contestó con el ceño fruncido—. Demasiada. Por eso me afectó tanto lo de Simón. Y lo que pasó en Jolie. Por fin he tocado techo y ahora hay muchas cosas que no me parecen fáciles ni mucho menos. Al que siempre ha destacado sin esfuerzo, cuando tiene un fracaso, a pesar de hacer todo lo que puede, se hunde.

— ¡En Jolie no fracasaste Rob! ¡Salvar a todos los enfermos de la peor epidemia que ha conocido la raza humana en dos siglos era imposible!

Rob movió la cabeza, muy triste.

— De acuerdo, quizás en Jolie no fracasara, pero fallé miserablemente con Simón.

— Todos fallamos alguna vez. Tienes que aprender a aceptarlo si no quieres quedarte paralizado, sin atreverte a hacer nada por miedo a cometer un error.

— Es verdad. Lo malo es que yo nunca fui como la mayoría de la gente. Habré de acostumbrarme, porque tengo la impresión de que, en adelante, estos casos se van a dar con mucha frecuencia —dijo con un leve acento de tristeza, una tristeza más dolorosa de observar que sus angustiadas recriminaciones por la muerte de Jerry.

Mahree se mordió los labios e hizo varias flexiones sin atreverse a mirarlo.

— Es decir, que yo empiezo a descubrir que no soy del todo corriente y tú te enteras de que no eres tan extraordinario —murmuró enderezándose.

— Más o menos —convino él.

— Es justo —decidió—. Pero, Rob, tu rendimiento siempre estará Por encima del de la mayoría de la gente.

— Y el tuyo, Mahree.

Ella levantó la mirada y descubrió que él volvía a contemplarla fijamente. Entonces el médico carraspeó y volvió la cara con brusquedad.

— Rob, ¿qué tiene de ma...?

La voz de Dhurrrkk sonó en la puerta y la interrumpió.

— ¡Amiga Mahree! ¡Sanador Gable! ¡Tenemos que hablar!

— ¿Qué diablos...? —inquirió Rob.

Rápidamente, cogieron los traductores electrónicos y se dirigieron hacia la puerta.

— ¿Qué sucede? —preguntó Mahree.

— Vale más que lo veáis —contestó Dhurrrkk.

La cresta le temblaba de emoción. El simiu empezó a trotar por los pasillos con tanta rapidez que los humanos tenían que correr para mantenerse a su lado. Jadeaban cuando llegaron a la sección hidropónica.

— ¿Qué...? —fue a decir Mahree, pero la pregunta se le murió en los labios y se le cortó la respiración.

La vegetación simiu languidecía, sus vividos esmeraldas y cobaltos habían palidecido. Las hojas y los tallos estaban marchitos, virando al amarillo pardo. Sólo escasas especies parecían mantenerse en buen estado.

— ¡Se mueren! —exclamó Rob.

Fue a entrar en la sala; pero Dhurrrkk, con la cresta aplastada, le cortó el paso.

— ¡No! No entres, sanador Gable. Tu presencia puede perjudicarles más todavía.

— ¿Qué?

Mahree y Rob retrocedieron al corredor. Dhurrrkk los siguió y cerró la puerta.

— ¿Cómo «más todavía»? ¿Quieres decir que esto lo hemos hecho nosotros? —protestó Mahree.

Su amigo simiu asintió con lentitud.

— Eso temo —dijo, con la cresta todavía temblorosa.

— Pero, ¿cómo? ¡Si no hemos entrado ahí! Si no las hemos tocado. —Miró a su compañero—.

¿Has estado tú, Rob?

— No —repuso él—. No he puesto los pies ahí dentro.

— Yo no quise decir que el daño lo hubierais causado los humanos de manera voluntaria —aclaró Dhurrrkk—. Pero estamos en un ambiente pequeño y cerrado. El aire circula por toda la nave y es purificado constantemente por el jardín hidropónico, con el oxígeno que producen las plantas. El agua también es reciclada. Yo he examinado a fondo los cultivos y todo está bien: el agua, las soluciones de nutrientes, el aire, la luz. Sólo un factor ha sido agregado a su medio ambiente: vosotros dos. Y eso debe de ser lo que ahora envenena a casi todas las especies.

El doctor miraba muy fijo a Dhurrrkk, entornando los ojos.

— Es posible —admitió lentamente—. Quizás el residuo de algún elemento que nosotros exhalamos... o un detritus de nuestra piel, esté contaminando el agua... algo nuestro las está matando. Ha tardado algún tiempo, pero ya se manifiesta el efecto. ¡Oh, mierda!

Mahree miró al simiu.

— ¡Pero... nosotros necesitamos esas plantas para regenerar el oxígeno! —protestó.

Dhurrrkk asintió en silencio, con sus ojos violeta llenos de desesperación.

— ¿A qué distancia estamos de Shassiszss? —preguntó.

— Aunque aumentara la velocidad a tope gastando las reservas de combustible, todavía nos quedan diez días de viaje —respondió.

— Podemos cerrar todas las zonas de la nave que no sean indispensables y utilizar sólo el puente y el comedor —propuso Rob—. Nosotros dos podríamos dormir en el suelo del puente y tú,

Dhurrkk, en el comedor. ¿Cuánto podríamos aguantar en estas condiciones?

— No olvides las bolsas de aire que trajimos —apuntó Mahree—. Son una reserva de oxígeno. Y tú, amigo Dhurrkk, también tendrás bolsas de aire auxiliares para vuestros trajes espaciales, ¿no?

El simiu asintió.

— Sí. No hay que olvidarlas. ¿Cuántas bolsas de aire habéis traído?

— Me parece que diez. —Mahree dirigió una mirada a Rob en demanda de confirmación—. Y cada una tiene aire para tres horas.

Dhurrkk asintió y empezó a murmurar datos a su terminal de ordenador. Mahree y Rob esperaban con ansiedad.

Finalmente, el alienígena los miró con la cresta caída y una profunda desolación en sus ojos violeta.

— Los cálculos indican que, incluso con el consumo mínimo, no tendremos suficiente oxígeno —dijo con mucha lentitud—. A lo sumo, tenemos aire para seis días. Creo que, si antes no localizamos otra fuente de oxígeno, moriremos.

XII. CUENTA ATRÁS PARA LA MUERTE

Nos queda aire para veinticuatro horas.

Estoy pensando en dejarme de tantas precauciones y lavarme el pelo. Me da rabia morirme con picor en la cabeza y el cabello sucia Rob dice que vale más que no nos movamos mucho, para consumir la menor cantidad posible de aire. Pero en cuanto me quedo quieta, me entra la congoja. No me atrevo ni a mirar vídeos, porque todo me emociona.

Ayer vi, por décima vez, la película de Rob *Casablanca*. Acabé en un mar de lágrimas. Menos mal que Dhurrrkk y Rob estaban en la sala de control y no me vieron. Prefiero concentrarme en lo pringoso que tengo el pelo a ponerme a pensar en que hoy es mi último día de vida. —He leído lo que acabo de escribir y me parece una tontería. A lo mejor, estoy loca. Cada vez que trato de tragar saliva, noto en la garganta un nudo que me asfixia. Tiene un sabor agrio y se llama MIEDO. Estoy muy asustada...

¿De qué?

De la muerte, por supuesto. Nunca he pensado en lo que pueda haber después. A los diecisiete años no se piensa en eso.

— Tiene gracia, los cumplí el otro día, a bordo de la *Désirée*. Y nadie se enteró. Ni yo misma lo recordé hasta que había pasado. No dije nada. ¿Para qué?

Tengo que dejar de reflexionar o empezaré a berrear y no habrá quien me haga callar. Si Rob y Dhurrrkk pueden mantener la sangre fría, yo también.

En realidad, eso de las veinticuatro horas no es el límite. Nos quejan veinticuatro horas hasta agotar la última bolsa de las que trajimos Rob y yo. Después podremos seguir respirando unas cuantas horas el aire que quede en los compartimientos de la nave. Supongo que, al final, incluso echaremos mano de las bolsas de aire de los trajes espaciales, aunque, de momento, tenemos que reservarlos, por si suena la alarma.

Dhurrrkk tuvo la idea de trazar una ruta entrando y saliendo de la Velocidad Interestelar, a pesar del mayor consumo de combustible que ello supone. Pero, en nuestra situación, el combustible tiene una importancia secundaria. Estamos el tiempo suficiente para tomar una lectura espectroscópica de cada sistema por el que pasemos. Si los instrumentos detectan un mundo con oxígeno utilizable en su atmósfera, sonará un aviso.

Hacemos turnos de guardia junto al dispositivo sonoro, a pesar de que suena tan fuerte que lo oiríamos aunque estuviéramos dormidos. Y ninguno de nosotros ha dormido mucho últimamente. En el puente, donde lo hacemos Rob y yo, hay muy poco espacio; y, en el comedor, donde descansa Dhurrrkk, menos todavía. Además, cuando te queda tan poco tiempo de vida, es natural que no quieras desperdiciarlo durmiendo. Hace dos «noches» que casi no pego ojo.

Se nos podría preguntar por qué no nos metemos en la nube de Oort del primer sistema que encontremos (todos la tienen) y cargamos unos cuantos trozos de buen tamaño de cometas embrionarios. Están formados principalmente por hielo. ¿Recuerdan? H₂O.

Ya lo hemos pensado, pero no vamos a bordo de una nave minera. No tenemos pinzas ni

medios para recoger hielo, como no sea enviando a alguien con un traje espacial. Y ninguno de los que tenemos a bordo está provisto de propulsores. Aunque los tuviera, dudo mucho que, sin gravedad, alguno de nosotros pudiera maniobrar con precisión suficiente para conseguir algo útil. Además, para accionar un propulsor necesitas práctica.

Después de todo, eso es lo de menos. Rob recuerda cómo se extrae el oxígeno del agua por medio de la electrólisis, pero no disponemos de aparatos, materiales ni experiencia. Tendríamos que fundir el hielo, purificar el agua, luego salarla o, mejor, agregarle un ácido o una base, y hacer pasar una corriente eléctrica por la solución ionizada resultante. Entonces tendríamos que recoger el hidrógeno. No sé qué Podríamos hacer con él. Bombearlo al espacio, supongo. El otro producto del proceso es el oxígeno.

Si estuviéramos a bordo de la *Désirée* y pudiéramos contar con Paul o con Ray, la cosa no presentaría la menor dificultad. Pero no estamos. Desde luego, la idea era lo bastante tentadora como para que pasáramos todo un día registrando la *Rocinante* de arriba abajo, a ver lo que podíamos hacer.

Por desgracia, la *Rocinante* es el equivalente simiu a un yate de lujo, y está construida para travesías relativamente cortas. No tiene los laboratorios y talleres de la *Désirée*. Y ninguno de nosotros es ingeniero.

Mierda.

Me pesa tanto haber traído a Rob en este viaje... Dhurrrkk y yo por lo menos, decidimos libremente arriesgar el pellejo. Pero a Rob me lo traje a la fuerza.

Es muy propio de una persona tan estupenda como Rob no haberlo insinuado siquiera, ni con una mirada, ni con una palabra. No ha apuntado ni el más leve reproche. A veces preferiría que se pusiera furioso y me gritara.

Pero todos tratamos de mantener la calma. El histerismo aumenta el ritmo de la respiración, lo cual supone un consumo mayor de oxígeno.

Ésta no será mi última anotación. La última será oficial, para, a falta de cuaderno de bitácora, dejar constancia de lo sucedido, por si alguien llega a encontrar la *Rocinante* a la deriva. Repasaré este Diario y eliminaré todo lo personal. No soporto la idea de que nadie se ría de mí, aunque yo no esté delante, y me tome por una tonta adolescente enamorada.

Ya he decidido lo que voy a hacer. Echarme una taza de agua por la cabeza. Por lo menos, moriré sin picores.

— Rob, ¿me prestas tus tijeras de cirugía?

El médico miró a Mahree que acababa de entrar en el cuarto de control, en el que el simiu y él contemplaban sombríos el silencioso dispositivo acústico.

— ¿Mis tijeras? ¿Para qué? —preguntó alarmado.

— No te preocupes, no pienso cometer un disparate —lo tranquilizó ella con una triste sonrisa—. Se ha torcido el pasador de una de mis trenzas y quiero soltarlo.

Rob la miraba desconcertado.

— ¿Para qué?

— Porque deseo echarme agua por la cabeza. No resisto más el picor. Tengo el pelo demasiado

largo para poder lavarlo en esa pila tan pequeña... Además, no quiero gastar tanta agua.

El médico sacó las tijeras del maletín y se las dio. Mahree las miró ceñuda.

— Lo que tendría que hacer es cortarme el pelo. Así podría lavármelo.

La muchacha giró sobre sus talones y se dirigió al comedor, muy decidida.

«¿Cortar ese cabello sólo para no gastar agua? —pensó Rob—. ¡Si mañana vamos a morir de todos modos!»

— ¡Eh, Mahree! —dijo poniéndose en pie y siguiéndola—. ¡Espera un momento!

Ella se detuvo en la puerta del comedor.

— ¿Qué?

— ¿Tú quieres cortarte el pelo?

— Nooooo —admitió ella, sincera a regañadientes—. Pero es una tontería llevarlo largo en estas circunstancias. No voy a gastar toda el agua que hace falta para lavarlo. Además, sería muy complicado en esa pila tan pequeña.

— No, si dejas que te ayude —propuso él—. Yo puedo usar una cantidad de agua mínima y lavarlo por sectores. No hace falta tanta. Tampoco estamos tan mal de agua. No quiero que te cortes el pelo. Sería una pena.

Mahree lo miró parpadeando.

— ¿De verdad? —se puso colorada—. Quiero decir que si de verdad te parece que debería gastar el agua.

— Todos tenemos derecho a un último capricho, guapa —sonrió—. Pretender tener el pelo limpio no es mucho pedir. Además, te prometo gastar el mínimo indispensable.

Ella le sonrió a su vez, agradecida.

— Bueno..., gracias. La verdad es que no me hacía ninguna gracia cortármelo.

Mahree se deshizo las trenzas, y formó una mueca al notarlas grasientas. Mientras Rob sacaba el champú y una toalla, ella se inclinó sobre la pila. El médico llenó una taza de agua helada y se la vertió en la cabeza. La chica jadeó.

— Ten cuidado —dijo él con fingida severidad—. Has gastado tres aspiraciones extra.

El doctor empezó a enjabonarle la cabeza, mesando con placer los suaves mechones.

— Qué guuuuusto... —suspiró ella con auténtico placer—. Eres muy amable, Rob.

— Instinto de conservación —respondió él, echando otra taza de agua—. Si me hubiera quedado un minuto más contemplando ese dichoso dispositivo avisador, me habría vuelto loco.

Mechón a mechón, él fue lavando la espesa melena hasta que quedó como una gruesa soga colgando a su espalda, hasta más abajo de la cintura.

— Ya está —dijo—. Limpia.

Mahree le sonrió mientras se ponía la toalla a modo de turbante.

— Es fenomenal. Gracias otra vez.

Rob se sentó con las piernas cruzadas en la cama de Dhurrrkk observando cómo ella se oprimía el pelo con la toalla. Cuando lo tuvo escurrido, se lo pasó por encima del hombro y empezó a desenredarlo por abajo. Antes de pasar el peine, separaba las mechas con los dedos, con sumo cuidado.

— ¿Cuánto queda? —preguntó con indiferencia al cabo de un rato.

Él miró el reloj.

— Veintitrés horas y media.

— ¿Exactas?

— Más o menos —sonrió él—. Es que no cuento los segundos.

— Todavía.

— Todavía —repitió él muy serio.

— Rob... —dijo Mahree; pero se interrumpió.

— Dime —la instó él con suavidad—. ¿Qué quieres?

Mahree no lo miraba. Acababa de desenredarse el pelo tratando de contener las lágrimas.

— Si no te hubiera forzado a ello, tú no estarías metido en este lío —dijo.

— Yo quise venir —le recordó él con voz serena.

— Ya lo sé —reconoció ella, pasando el peine de arriba abajo sin encontrar tropiezos; se lo echó a la espalda con gesto de desafío y lo miró—. Pero deberías odiarme. Dios mío, te sobran motivos. Yo... merezco...

La falló la voz y aspiró el aire de modo entrecortado, al tiempo que se cubría la cara con las manos.

Rob se sintió conmovido.

— Mahree... —corrió a rodear con los brazos sus hombros temblorosos— Tú sabes que no te odio. Nunca podría odiarte, chiquitina.

Ella se puso rígida y se desasíó con un brusco movimiento. Lo miró echando chispas por los ojos.

— ¿Quieres hacerme el puñetero favor de dejar de llamarme chiquitina? Precisamente tú deberías tener una idea de lo que molesta que te hablen paternalmente sólo porque eres joven. Yo soy una persona adulta, no tu hermanita pequeña. ¡Tengo que luchar para que se me trate con respeto!

Rob se quedó tan pasmado como si le hubiera dado un bofetón.

— Yo no creí... —y se interrumpió, pensativo, recordando—. Tienes razón —agregó—. Te he tratado con condescendencia, ¿verdad? Perdona. Créeme, Mahree, no lo hice para molestarte.

Mahree volvió a pasar el peine por el pelo, y lo dividió en tres partes.

— Perdona tú —pidió con voz ronca—. No debí perder los estribos.

— Esbozó una débil sonrisa—. Debe de ser que siento los efectos de que sólo me queden de vida veintitrés horas y pico.

— Y va a ser un pico sonado —dijo Rob; pero la broma no tuvo éxito.

Ella se mordió los labios.

— No es que quiera ser morbosa, pero me gustaría saber qué nos espera. ¿Va... va a ser doloroso? —Su voz era casi firme.

— No —respondió él, hablando despacio—. Incómodo; pero, cuando las cosas se pongan realmente mal, ya no nos importará. Cuando se termine el oxígeno, empezará la hipoxia y hasta nos sentiremos alegres... como si hubiéramos tomado unas copas de más. Luego, nos desmayaremos y... —se encogió de hombros haciendo chasquear los dedos—, en cinco minutos puede haber terminado todo.

— Supongo que lo dices para tranquilizarme —dijo ella secamente y agregó cambiando de tono—: Rob, ¿puedo pedirte un favor?

— Claro.

— ¿Te molestaría cogerme la mano...? Me refiero al final. —Al oír sus propias palabras, resopló con impaciencia—. Dios mío, parezco la pesada de la costurera del final de *Historia de dos ciudades*. Olvídalo.

— ¡Pero si no me importaría...! No me importará —dijo Rob y entonces fue la voz de él la que se quebró—. También sería un consuelo para mí. Pero..., Mahree, tú me has pedido la verdad. Si piensas que serás la primera en sucumbir te equivocas.

Ella, a pesar del calor que hacía en la *Rocinante*, se estremeció.

— ¿Por qué?

— Porque la atmósfera de Jolie tiene mucho menos oxígeno que la de la Tierra, y tú estás habituada a respirar menos cero dos que los terrestres. Además, eres más baja que yo. A menos masa, menos oxígeno. Es la regla general. Por lo tanto, la hipoxia, es decir, la merma del oxígeno, la fase en que uno empieza a sentirse alegre, no te afectará tan pronto como a mí o a Dhurrrkk. Lo mismo que la apoxia o falta total de oxígeno.

— Pero sólo habrá un par de minutos de diferencia, ¿no?

— Quizá —contestó él sin mirarla—. Aunque podría ser más... Diez minutos, quince tal vez.

— No podría resistirlo —susurró Mahree—. He visto morir a amigos míos antes, durante la epidemia de Lotis. Cuidé a algunos incluso. Pero ver cómo tú y Dhurrrkk... No, eso no. ¿Puedes darme algo que me deje inconsciente cuando las cosas se pongan mal, algo que me haga dormir?

— Sí. Te lo daré. No te angusties. —De pronto, Rob bostezó y sonrió—. Hablando de dormir, es la mejor sugerencia que he oído hasta el momento. Lo mejor para economizar oxígeno. Vamos —le tendió la mano.

Mahree acabó de hacerse la trenza y luego dejó que él la levantara. Fueron juntos al puesto de control.

— Hora de acostarse, amigo Dhurrrkk —dijo Rob, amortiguando las luces—. Hay que ahorrar aire.

El simiu asintió.

— Hasta pronto, amigos.

En el huequecito que quedaba al lado del sillón del piloto, Rob se arrodilló y juntó las esterillas de dormir.

— Ven —dijo tendiéndose—, échate. Estás agotada.

Mahree, de mala gana, se tumbó a su lado.

— Parece una estupidez desperdiciar el tiempo que nos queda.

— Lo que hacemos es prolongar el tiempo que nos queda —rectificó él; le cogió una mano y se la oprimió con firmeza para consolarla— Casi no hemos dormido en cuarenta y ocho horas, de modo que cierra los ojos... —Contempló a Mahree en la penumbra—. Eso es... Relájate... —Bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro, y siguió diciendo de modo monótono y tranquilizador —: Bien... relájate... las piernas, los hombros... muy bien. Ahora estás flotando, estupendo... — Los dedos de Mahree aflojaron su presión y su respiración se hizo más lenta—. Bien... relájate...

relájate...

Siguió murmurando y observando cómo ella se dormía.

Rob cerró los ojos. La mano de Mahree en la suya fue lo último que sintió cuando le invadió el sueño.

Dhurrrkk aullaba oprimiéndose el pecho, que se estremecía buscando aire... sin encontrarlo, Mahree tenía la cara lívida y desfigurada. Y chillaba también. Los dos cayeron al suelo, convulsionándose, abriendo y cerrando la boca, en un alarido interminable...

Rob despertó con un sobresalto, manteniendo ante los ojos la última horrenda imagen del sueño con tanto realismo que tardó unos segundos en comprender que aquello no era más que una pesadilla. Pero el grito continuaba, aquel gemido insistente y estremecedor de...

...¡Del avisador acústico de Dhurrrkk!

Se sentó, con los ojos desorbitados.

— ¿Qué diablos...?

Mahree le miraba muy fija.

— El aviso —susurró al fin con un hilo de esperanza—. ¡Es el aviso de Dhurrrkk!

Él parpadeó unos segundos, vacilando.

— Eso significa... —se interrumpió e hizo una mueca—. Me da miedo decirlo en voz alta, por si es un sueño —reconoció.

— ¡Significa que hemos encontrado un mundo con atmósfera de oxígeno y nitrógeno! ¡Quiere decir que quizá tengamos una oportunidad!

Una lenta sonrisa se extendió por la cara del doctor.

Si todavía estoy soñando, no me despiertes.

— Los dos estamos despiertos. Esto es verdad, Rob. ¡Oh, Rob!

Llevada por un fuerte impulso, le echó los brazos al cuello y lo estrechó con fuerza. Él le devolvió el abrazo con tanto ímpetu que el aire le salió a presión de los pulmones.

— ¡Aire! —gritó él con júbilo, besándole la cara, la frente, las mejillas, el párpado izquierdo, la nariz, y volviendo a abrazarla—. ¡Gracias, Dios mío...! ¡Aire!

Roja de excitación, Mahree se desasió.

— ¡Ven, vamos a parar el avisador y a despertar a Dhurrrkk!

— ¿Esa menudencia? —exclamó Rob minutos después, al ver la enana roja que ocupaba el centro de la pantalla principal de la *Rocinante*—. Pero si no tiene más que ciento setenta mil kilómetros de diámetro. ¡Apenas mayor que Júpiter! Podría apagarla sólo mean... —se interrumpió en seco, a una mirada de Mahree—. ¡Quiero decir que podría apagar esa estrella con una buchada de agua!

— Es muy pequeña —asintió Dhurrrkk.

— Pues es todo lo que tenemos, de manera que haced el favor de no ponerle reparos —dijo Mahree, distraída, mientras leía en su terminal una traducción de los caracteres simiu—. Tiene dos planetas. Uno, un pedrusco que no es ni lo bastante grande para ser esférico, y otro, unas seis décimas partes el tamaño de la Tierra. Ése es el que tiene atmósfera. Orbita la estrella a una distancia de unos cuatro millones de kilómetros, y carece de movimiento de rotación, por lo que

siempre mantiene la misma cara vuelta hacia su sol. Su año dura catorce horas.

— Pero las lecturas me dicen que, en su atmósfera, hay oxígeno —insistió Dhurrrkk como defendiendo su descubrimiento—. Quizás el índice no sea tan alto como a nosotros nos gustaría; pero no tenemos alternativa.

— ¿Podemos respirar ese aire? —preguntó Rob.

— Es una incógnita. Estamos todavía muy lejos para saberlo.

— Cuando lleguemos, tendremos que bajar —dijo Mahree, hablando aún en simiu, pues aunque había traído el traductor, no se molestó en ponérselo—. ¿Esta nave puede posarse en un medio atmosférico, amigo Dhurrrkk?

— Tiene reactores en la parte inferior. Lo que no sé es si seré capaz de maniobrarla —confesó el simiu con tristeza—. He hecho muchas maniobras de ataque en estaciones espaciales y en aeropuertos, pero nunca me he posado en un terreno que no fuera artificial.

— ¿No pueden ayudarte los ordenadores? —preguntó Rob, mirando la cara de Dhurrrkk.

Desde que emprendieron el viaje, había procurado observar al simiu cuando hablaba en lugar de mirar únicamente la pantalla del traductor.

— Sí —respondió el extraterrestre—. Pero tendré que localizar un lugar adecuado para el aterrizaje.

— ¿Cuánto tardaremos en situarnos en órbita?

— Cuatro horas —contestó Dhurrrkk—. Eso no nos deja mucho tiempo, pero no existe otra solución.

El médico asintió. «Realmente, hago progresos —pensó complacido—. Ahora ya lo entiendo bastante bien cuando habla despacio y dice cosas sencillas. Sólo me falta pronunciar esa dichosa lengua...»

— Estoy procurando no ponerme nerviosa ni hacerme ilusiones —declaró Mahree en voz baja—. Todavía son muchas las cosas que pueden salir mal. La atmósfera de este planeta podría contener pequeñas cantidades de elementos tóxicos. El aire puede ser tan tenue que quizá no nos sostenga. Las plantas pueden ser de una especie que no podamos transplantar a la sección hidropónica de la *Rocinante*. ¡Rayos, hasta podría no haber vida vegetal!

Rob le rodeó los hombros con el brazo, la estrechó con fuerza y le dio un beso en la frente.

— Piensa en positivo, cariño. Este lugar representa nuestra única oportunidad.

Sintió que ella se ponía rígida y luego se relajaba dentro del círculo de sus brazos.

— Él no puede oírnos, Rob —dijo con una sonrisa maliciosa.

— Nunca se sabe. En una de mis películas había un planeta que era una enorme criatura inteligente y cuando los incautos astronautas se posaron en él, les...

— No sigas, por favor —rió ella—. ¡Tú y tus películas...!

Rob retiró el brazo de los hombros de Mahree al observar que Dhurrrkk los miraba con una expresión pensativa en sus ojos violeta.

— Aquí noto un cambio —dijo al fin—. Me parece detectar señales de comportamiento humano precursoras del apareamiento como las que he visto en vuestros vídeos. Primero el abrazo, después el beso—¿Correcto? Veamos, ¿es ésta una de las ocasiones en las que esa actividad precede al apareamiento?

Rob abrió la boca para contestar; pero se atragantó y se apresuró a taparse la boca con la mano para no reír. Sintió que enrojecía.

Mahree también se había puesto colorada; pero actuó con relativo aplomo.

— No; en este caso, no, amigo Dhurrrkk. Pero has demostrado ser muy observador en lo del abrazo y el beso. Sin duda eres el mejor especialista en conducta humana de todo tu mundo. La cresta de Dhurrrkk se irguió hasta su máxima elevación.

— Me haces un gran honor, amiga Mahree. ¿Precisaréis intimidad para eventuales actividades o, al igual que las de los vídeos, son aptas para pública contemplación?

Rob fue incapaz de mirar a Mahree cuando ella, con serena dignidad, respondió:

— En la vida real, la intimidad es la norma social, Dhurrrkk.

— Comprendo —dijo el simiu en inglés.

A Rob le pareció que había un deje de pesar en su voz.

— No es que quiera cambiar de conversación —dijo el médico con voz sonora, para evitar a Mahree prolongar semejante diálogo—, pero acabo de darme cuenta de que tengo hambre. Puesto que aún tenemos que esperar varias horas, me parece que podríamos comer.

— A pesar de todo, *sí* que ha cambiado de conversación —oyó que decía Dhurrrkk a Mahree al salir de la sala de control—. Ha dicho que no quería cambiar pero ha cambiado. ¿Por qué tenía que decir que no?

— Es una expresión idiomática, amigo Dhurrrkk —respondió Mahree, también en inglés, y Rob notó que hacía grandes esfuerzos por conservar la serenidad y no echarse a reír—. No sé cómo explicártelo.

— ¿Es un chiste? —apuntó Dhurrrkk.

— Algo por el estilo —repuso la chica con un hilo de voz; y entonces ya no pudo resistir más y soltó la risa.

XIII. MUNDO CREPUSCULAR

Lo más probable es que ésta sea mi última anotación. Dhurrrkk nos ha bajado hace quince minutos y, en este momento, Rob y él se hallan en la sala de control, comprobando los indicadores. Estoy esperando el momento de ponerme el traje. Ahí fuera no hay mucho oxígeno. Pero hemos de probar.

Tengo miedo.

Dejaré mi terminal de ordenador y estas cassettes del Diario en la cámara de descompresión, que es lo primero que verá cualquiera que encuentre la *Rocinante*. Siempre y cuando no sean los seres de pura energía de los que hablaba Jerry, desde luego...

Y siempre y cuando la nave sea encontrada, cosa por la que yo no apostaría. Es posible que *Rocinante* se desintegre o se corroa dentro de miles de millones de años. —Dejo el relato en su forma original, sin cambiar nada. En estas últimas horas, me he dado cuenta de que del amor nunca tenemos que avergonzarnos.

La única VERDAD UNIVERSAL que he aprendido en diecisiete años es que la Comunicación veraz y exacta es LO MÁS IMPORTANTE del Universo. Yo pensaba que era el Amor, pero se puede amara una persona y no entenderla. El entendimiento, que no ha de ser siempre la aceptación, es vital cuando tratas con los demás, ya sean humanos, simius, mizaris o seres de pura energía.

Bien, se me acabó el tiempo. A quien encuentre esto, sea cual sea el lenguaje que hable, un afectuoso saludo. ¡Hola!

Y...

Adiós.

Mahree estaba en la puerta de la sala de control, con el traje espacial y el casco bajo el brazo. Escuchaba atenta a Rob y a Dhurrrkk, que terminaban el análisis atmosférico del pequeño mundo helado en el que se había posado la nave *Rocinante*.

— Todo eso está muy bien —dijo con impaciencia, interrumpiendo su conversación cargada de tecnicismos—. ¿Pero cuál es el límite? ¿Podemos respirar ahí fuera?

Rob, cejijunto, contempló la pantalla de su terminal.

— Resulta dudoso —concluyó—. Pero no más de un minuto. En el aire no hay nada que pueda perjudicarnos; no obstante, el nivel general de oxígeno es similar al de la cumbre de una montaña muy alta de la Tierra. El menor esfuerzo y nos desmayamos sin más.

— ¿Podemos respirarlo descansando? Sentarnos sin el casco, para ahorrar el aire de las bolsas.

— Tú, quizá sí, subrayado el quizá. Poco rato. Pero yo no me atrevería, ni se lo aconsejaría a Dhurrrkk.

Mahree se mordió los labios.

— ¿Y las plantas? —inquirió.

Rob movió la cabeza con evidente perplejidad.

— Francamente, no sé. Ahí fuera hay cosas que no entiendo. Algunos puntos tienen una concentración de cero dos muy superior a otros, pero no observo correlación entre las concentraciones de oxígeno y las zonas de vegetación que descubrimos durante la órbita baja. Unas veces coinciden y otras no. Estamos cerca de una de esas zonas, de modo que podemos echar un vistazo.

— ¿Cómo es posible que el oxígeno se concentre? ¿No se disipa el gas en la atmósfera?

— Desde luego, en parte. Pero este sitio no tiene mareas, ni turbulencias atmosféricas. La temperatura es de cuatro grados, constante, un poco por encima del punto de congelación. Y no varía, porque no hay noche. Es decir, no se levanta viento que mueva la atmósfera. El oxígeno es un gas relativamente pesado, de manera que, emitido en estas circunstancias, permanecerá en el mismo lugar, por lo menos durante algún tiempo. —Miró el reloj—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Estamos desperdiciando aire.

Los tres exploradores estuvieron preparados en pocos minutos. El doctor llevaba un sensor para localizar y analizar la vegetación local, en busca de concentraciones de O₂.

— La gravedad es baja —advirtió Mahree cuando Dhurrrkk empezaba a pasar el aire de la cámara de descompresión al recipiente de almacenado, para inutilizarlo—. Aproximadamente, medio G. Cuidado.

— ¿Lo sabe Dhurrrkk? —preguntó ella.

Los dos humanos podían hablar; pero no había habido tiempo para ajustar las radios de los trajes a la longitud de onda simiu. Podían comunicarse con su amigo acercando los cascos y gritando, pero esta forma de conversación tenía notables inconvenientes.

— Sí, lo sabe.

Las puertas exteriores se abrieron, Mahree bajó la rampa con cautela, pisando con precaución, porque era empinada y sus pies tenían una alarmante tendencia a resbalar con aquella gravedad tan baja, que ahora parecía el doble de ligera después de vivir durante varios días en una gravedad de un G y medio.

Por fin llegó a suelo firme y pudo mirar en derredor. Apenas podía respirar de la emoción; a pesar de hallarse en una situación desesperada, se emocionaba al saberse en un mundo extraño. «Soy el primer ser humano que pone los pies aquí —pensó—. Un paso de gigante y toda esa historia».

Muy despacio, giró en redondo, buscando ávidamente con la mirada aquellas zonas de vegetación que tanto habían intrigado a Rob.

El panorama era desolador. Frío y bañado en una infernal luz escarlata que despedía la enana roja que brillaba sobre sus cabezas. El suelo era roca de un negro pardo, con una fina y húmeda capa de tierra gris amarronada. Una bruma húmeda y rojiza se pegaba al suelo, borrando las depresiones. Mahree divisaba una gran distancia en cualquier dirección que mirase; porque el suelo, aunque rocoso y agrietado, era relativamente llano.

Levantó la cara hacia el sol. Automáticamente, se activó la acción polarizadora de la máscara, pero la protección no era necesaria. El nivel lumínico era bajo, como un crepúsculo nublado. «Dhurrrkk estará casi ciego», pensó, y se lo comunicó a Rob.

— Tendremos que mantenerlo pegado a nosotros —dijo—. ¿Has visto ese sol?

— Lo estoy viendo —repuso ella, impresionada—. Desde aquí, no parece tan pequeño, ¿verdad?

Arriba, la enana roja dominaba un cielo sin nubes. Su tamaño parecía cinco veces mayor que el del Sol o el de Nekkar (Beta Bootes), el «sol» de Jolie. Brillaba con luz mortecina en un cielo púrpura, y parecía hallarse casi al alcance de la mano. Mahree y Rob podían distinguir con toda claridad protuberancias en el disco.

— Es probable que tenga frecuentes erupciones —dijo Mahree, recordando las conferencias de astronomía del profesor Morrissev—. Ojalá no le dé por eructar una concentración de rayos X mientras estamos aquí.

— Ojalá —respondió Rob en tono fervoroso.

Al cabo de un minuto, Dhurrrkk le tocó el brazo y la joven salió de repente de su abstracción.

— Conviene que empecemos a explorar —dijo—. No debemos desperdiciar más aire aquí plantados.

Echaron los tres a andar por el suelo rocoso. Rob delante, y Dhurrrkk y Mahree pisándole los talones. La muchacha tropezó con uno de los muchos afilados salientes del suelo; pero su caída fue lenta y pudo detenerla con las manos.

— Despacio —aconsejó Rob, levantándola con una sola mano en aquella leve gravedad—. Uno de esos cantos volcánicos podría desgarrarte el traje. ¿Estás bien?

— Muy bien —contestó ella, tratando de no pensar en el desastre que había estado a punto de ocurrir—. Cualquiera diría que andar con una gravedad tan baja tiene que ser fácil, pero no lo es con un suelo accidentado como éste.

Los recién llegados se detuvieron en la orilla de un pequeño lago que habían descubierto durante la órbita de reconocimiento. Una bruma granate empañaba su superficie que reflejaba la luz del sol rojo.

— ¿Qué profundidad tiene? ¿Hay vegetación ahí abajo? —le preguntó Mahree a Rob pisando con cuidado las oscuras rocas de la «ribera».

Él contempló el sensor.

— No es muy profundo. Unos dos metros en el centro. Y sí, hay vida vegetal.

— ¿Despide oxígeno?

— Sí, pero no podemos utilizar estas plantas porque el laboratorio hidropónico simiu, a diferencia del que lleva la *Désirée*, está preparado para vegetación que crece en tierra. Los tanques son poco profundos. Y, por otra parte, no veo la manera de transportar a bordo una cantidad suficiente de agua para alimentar una cantidad considerable de vida vegetal. Aunque la gravedad sea de medio G, el agua *pesa*.

Siguieron andando. Tenían que desviarse a menudo para sortear nubes de bruma que les impedían ver dónde ponían los pies, y para evitar algún que otro pedrusco negro del tamaño de una cabeza.

Llegaron por fin a una zona bastante grande cubierta de vegetación. Las plantas alienígenas llenaban una «cuenca» no muy profunda de la superficie rocosa, y estaban tan juntas que parecían un espeso musgo. Cada planta sólo sobresalía un par de centímetros del suelo que nutría sus raíces. El «musgo» tenía un color verde oscuro y apagado, y unas «hojas» pequeñas y carnosas.

Rob, con las botas metidas en la niebla, se agachó para examinar las plantas con suma atención. Al cabo de un momento, movió negativamente la cabeza.

— ¿Nada de cero dos? —preguntó Mahree, entumecida.

— Un poco. Pero no el suficiente. Estas plantas fotosintetizan; pero... —Se interrumpió y luego explotó—: No pueden ser el origen de los índices de cero dos que hemos leído.

— ¿Cuántas plantas de esas necesitaríamos para sobrevivir?

— Por lo menos, dos mil metros cuadrados —dijo Rob con desánimo—. Olvídate de ello.

Dhurrkk tiró de la manga a Mahree y ella se inclinó hasta que sus cascos se tocaron. Después de darle la mala noticia, se irguió.

— Está bien. ¿Dónde queda esa concentración de cero dos que antes detectaste, Rob?

Él consultó el instrumento y extendió el brazo.

— Por ahí.

— Vamos.

Avanzaron lentamente hacia la zona indicada. Mahree miró la retícula de orientación que tenía en el interior del casco a la altura de los ojos y descubrió que estaban a un kilómetro de la *Rocinante*. La línea del horizonte estaba muy próxima, lo cual dificultaba el cálculo de las distancias a simple vista. Lanzó una rápida y ansiosa mirada al indicador de la cápsula de aire. Poco más de dos horas. «El avance es tan difícil que estoy gastando más aire del que imaginaba».

Este pensamiento le hizo sentir el impulso de andar más de prisa; pero se impuso moverse con sosiego, al tiempo que luchaba contra la sensación de que una mano helada se cerraba poco a poco alrededor de su garganta. «El miedo consume oxígeno —se dijo con severidad—. Cálmate».

Al poco rato, Rob, como si le hubiera leído el pensamiento, le preguntó:

— ¿Cuánto aire te queda?

— Ciento dieciséis minutos. ¿Y a ti?

— Ciento ocho —contestó él—. Como imaginaba, yo consumo más oxígeno que tú.

— Eso significa que a Dhurrkk le queda para poco más de noventa minutos —calculó Mahree y sintió que se le secaba la boca—. Las cápsulas de aire de los simiu tienen menos capacidad que las nuestras, y los pulmones de ellos necesitan más oxígeno que los de los humanos. No podemos compartir con él nuestro aire, porque nuestras cápsulas no encajan en su traje.

— Ya lo sé —repuso Rob en tono lúgubre—. Ha gastado casi la mitad del aire. Deberíamos decirle que vuelva a la nave y nos espere allí mientras nosotros seguimos buscando.

— No querrá —vaticinó Mahree moviendo la cabeza—. Será perder tiempo y aire tratar de convencerle. Consideraría una cobardía y un deshonor dejarnos aquí. No tengo ni que preguntárselo.

— Entonces hemos de reservar el aire suficiente para que todos podamos volver a la *Rocinante*.

Ella se pasó la lengua por los labios, tratando de humedecérselos; pero su intento resultó infructuoso.

— ¿Para qué, Rob? —resistiendo el impulso de golpear la roca más cercana con su puño enguantado, consiguió mantener la voz serena—¿De qué serviría, Rob? Sólo sería retrasar lo inevitable unas horas. Considero preferible pasar nuestros últimos minutos aquí, intentando algo,

que tendida en la nave dejando transcurrir los últimos segundos. Me parece que no tendría valor para eso. ¿Y tú?

Rob no contestó.

Minutos después, el médico se detuvo de pronto y le comunicó:

— Delante de nosotros están las coordenadas cero dos que detectamos antes.

Los dos echaron a correr y luego Mahree profirió un gemido de decepción. No se veía nada.

Nada.

Tan sólo fragmentos de roca negruzca, peñascos desprendidos, guijarros casi enterrados en una capa relativamente profunda de tierra, y unos cuantos macizos de aquellas plantas bajas de hojas carnosas. La ubicua niebla se abría y ondulaba a su paso para volver a cerrarse después.

Mahree oyó en el interior de su casco la voz de Rob, ronca de decepción.

— ¡Pero... si éstas son las coordenadas! ¡Juraría que no me he equivocado! ¡Esto es increíble! ¡Son las mismas plantas de antes, pero no son suficientes para producir la concentración de cero dos que medí hace dos horas!

— ¿Es aquí más alto el nivel de oxígeno?

Él volvió a consultar el instrumento.

— El nivel de oxígeno es un poco más alto, pero ha descendido bastante del que registré antes. No lo entiendo.

Mahree sintió un vahído de frustración. Se agachó y miró el suelo fijamente.

— Estas plantas tienen algo raro —observó al cabo de un momento—. Son más relucientes que las que vimos antes, aunque parecen de la misma variedad.

— Tienes razón —reconoció él—. Es extraño.

La muchacha dio una vuelta, muy despacio, alrededor de las planas de la zona, examinándolas una a una.

— Son todas iguales —manifestó—. ¿Y no podría existir un proceso natural que haga que, al pasar de mate a brillante, desprendan oxígeno?

Rob movió la cabeza dudoso.

— Quizás. Eso parece tan lógico como cualquiera de las cosas que ocurren en este planeta loco. Pero no veo un agente que pueda causar ese cambio. Ni más vegetación, nada. También es posible que estas plantas representen una variedad diferente de la especie básica. Algo así como las rosas de tallo largo o corto, una variedad es brillante y la otra mate.

— Nunca he visto una rosa, salvo en los vídeos —le recordó Mahree...

«Y, por las trazas, me parece que ya no la veré». Desechó ese pensamiento y dijo:

— Rob, *tenemos* que encontrar un macizo que todavía esté emitiendo el cero dos, para averiguar de dónde salen las lecturas de oxigena. Creo que deberíamos registrar toda esta zona. ¿No estarían un poco desajustadas tus coordenadas?

— Imposible —respondió él muy desalentado—. Comprobé las lecturas cuatro veces y luego las supervisó Dhurrrkk. Pero podemos hacer lo que tú dices. Lo único a nuestro alcance es probar.

Mahree se inclinó hasta que su casco rozó el del extraterrestre. Le explicó lo ocurrido. El simiu asintió en silencio.

— Yo iré delante ahora. Tú vigila el sensor, Rob —dijo indicándoles que la siguieran.

Buscando los lugares más despejados, ella apretó el paso hasta moverse con toda la rapidez posible en el accidentado terreno.

Los tres exploradores describían círculos en la zona indicada por las coordenadas de Rob, buscando señales de las misteriosas bolsas de oxígeno. Dhurrrkk seguía gallardamente a los dos humanos. Pero Mahree sabía que su amigo simiu estaba casi ciego con aquella luz tan tenue y de poca ayuda podía servir.

«Noventa minutos de aire», observó en su indicador. Tuvo que apretar los dientes para combatir el pánico.

Siguieron caminando durante varios minutos. Mahree delante, eligiendo el camino más despejado, Rob detrás, sin apartar la mirada del sensor, y Dhurrrkk cerrando la marcha.

Ochenta y dos minutos.

Mahree tenía que hacer un esfuerzo para no estar mirando constantemente el sensor. Avanzar entre las rocas evitando obstáculos, exigía toda su capacidad de concentración. No obstante, a veces tenía que mirar.

Setenta y un minutos.

La respiración de Rob sonaba con fuerza en sus oídos. Mahree pensó lo que sería tener que oír cómo aquel sonido se espaciaba, vacilaba y cesaba, sin poder hacer nada para remediarlo. Resistió la tentación de preguntarle cuánto aire le quedaba. «Mejor ignorarlo —pensó—, Concéntrate en lo que tienes que hacer».

Cincuenta y cuatro minutos.

Ya no había que pensar en volver a la *Rocinante* en busca de las pocas horas de aire que quedaban a bordo de la nave. «Rob me ha tomado la palabra —pensó con gran tristeza—. Seguiremos andando hasta que caigamos».

Tragó saliva al pensar que a Dhurrrkk le quedaba poco más de inedia hora de aire. «¿Cuántos minutos exactamente?», se preguntó, tratando de hacer el cálculo. Estaba reduciendo ese tiempo a causa del creciente nerviosismo. Procuraba combatir el miedo; pero éste era como una criatura viva retorciéndose dentro de ella, royéndole el cerebro hasta hacerle sentir deseos de gritar y salir corriendo.

«Calma, calma... ¡Tienes que conservar la serenidad! Tal vez la vida de Dhurrrkk dependa de que te mantengas tranquila. Respira despacio... despacio. El aire entra... sale... entra... sale...» Poco a poco, el miedo remitió y ella pudo controlar la respiración.

Segundos después, Mahree dejó atrás una roca que tapaba la vista y se detuvo bruscamente haciendo que Rob tropezara con ella.

— ¡Mira! ¿Qué son esas cosas?

— Maldito si lo sé —respondió él mirando atento lo que ella le señalaba.

El terreno estaba cubierto de musgo; pero, entre las plantas, cubriéndolas en algunos sectores, había cinco formas grandes, gruesas y fosforescentes. Despedían una luz malva en la penumbra roja y eran vagamente rectangulares.

Cada forma fosforescente venía a tener un metro de largo por unos setenta y cinco centímetros de ancho. Eran completamente lisas. Al verlas, Mahree recordó una suave mantita blanca que su hermano Steven llevaba a todas partes hasta que se hizo pedazos. Aquellas cosas tenían el mismo

tamaño y la misma forma que la manta de seguridad de Steven. Y los bordes igual de raídos.

Se volvió con rapidez para mirar a Rob, que exploraba la zona con el sensor.

— ¿Hemos encontrado los emisores de cero dos? —preguntó.

Él movió negativamente la cabeza y, a pesar del traje espacial, ella pudo ver que dejaba caer los hombros.

— No —respondió con una voz que denotaba que también él había vislumbrado una chispa de esperanza—. El nivel de oxígeno es un poco más alto, sí, como en el sitio de las plantas brillantes; pero estas cosas no emiten nada. No detecto capacidad de fotosíntesis; y es natural. Fíjate en su color.

Mahree se adentró entre el musgo, mientras jirones de niebla roja se arremolinaban alrededor de sus botas. Pisaba con cuidado, procurando no aplastar aquellas extrañas formas.

— ¿Son plantas?

— Más bien hongos. —Rob consultó otra vez sus lecturas—. En realidad, son de la familia de los líquenes. Deben de nutrirse del musgo a medida que se va descomponiendo.

Mahree consultó el indicador de aire y cuadró los hombros. «Cuarenta y nueve minutos».

— Vale más que sigamos —dijo.

Rob levantó una mano para detenerla.

— Espera. Quiero que Dhurrrkk se quede aquí. Tú y yo podemos dar una vuelta y volver dentro de quince o veinte minutos. Dile que se tienda en el suelo y ahorre aire. Eso le proporcionará cinco minutos extra. De lo contrario, no tiene posibilidad de sobrevivir.

— Él no querrá, Rob.

— ¡Tú prueba! —insistió—. Dile que, si se empeña en acompañarnos hasta caer al suelo, nosotros acabaremos gastando nuestro aire para transportarlo en brazos.

— Es una buena razón —reconoció ella. Se arrodilló al lado del simiu y arrimando el casco al de él repitió la proposición de Rob.

El extraterrestre dudaba. Luego, muy despacio, asintió y se tendió entre las plantas, cuidando también de no tocar las placas fosforescentes.

Sorprendida, porque no esperaba que cediera con tanta facilidad, Mahree miró al interior del casco de Dhurrrkk, tratando de distinguir sus facciones a aquella pobre luz. «Está raro —pensó, intranquila—. Abstraído, con los ojos vidriosos. ¿Será la hipoxia? ¿O estará rezando quizás?»

Acercó de nuevo el casco.

— ¿Estás bien, Dhurrrkk?

— Muy bien, amiga Mahree —dijo el alienígena distraído, como si le prestara su atención sólo a medias—. Prometo que os esperaré aquí.

Robert Gable, mientras se alejaba en pos de Mahree, no pudo resistir la tentación de mirar por última vez al simiu que permanecía tendido en el suelo. «Le quedan unos veinticinco minutos, poco más o menos. Y a mí, veintiocho minutos cuarenta segundos».

— ¿Cómo estás de aire? —preguntó a Mahree.

— Cuarenta y cinco minutos y treinta segundos. ¿Y tú?

— Muy bien. Treinta y nueve minutos.

La voz de ella sonaba por la radio con una nota de perplejidad y desconfianza.

— Pues antes tenías ocho minutos menos que yo —dijo—. ¿Estás recuperando minutos?

— Hay que hacer más esfuerzo para ir delante que para seguir —dijo él en su tono de voz más razonable—. Tú quemas oxígeno más de prisa que yo porque vas delante.

Ella fue a replicar; pero Rob la atajó con sequedad.

— ¡Cuidado! ¡Ibas a tropezar con esa roca!

— ¡No es verdad! —Mahree apretó el paso y Rob trató de seguirla sin dar traspiés—. Espero que Dhurrrkk esté bien —murmuró—. Lo encontré raro.

— Si no está bien, poco podemos hacer nosotros para ayudarle —comentó Rob—. Nuestra única salvación es localizar la fuente que emite el oxígeno... Pero pronto.

— ¿Y entonces?

— Entonces podrás quitarte el casco, tumbarte en el suelo y esperar mientras yo gasto el aire que quede en nuestras dos cápsulas para llevar a Dhurrrkk a la nave, para que despegue y traiga la *Rocinante* cerca de la fuente emisora de oxígeno. Yo volveré a buscarte y entre los dos recogeremos las plantas.

— ¿Por qué tengo que ser yo quien se quede mientras tú vas a buscar a Dhurrrkk? ¿Por qué no lo hacemos al revés? —preguntó Mahree, irritada.

— Porque tú necesitas menos oxígeno para respirar y porque yo soy más fuerte que tú —respondió Rob con calma, obligándose a no mirar el indicador de aire—. Y Dhurrrkk no es una pluma, ni con medio G de gravedad.

— ¿Y cómo piensas volver a buscarme si usas todo el oxígeno para llevar a Dhurrrkk a la nave?

— Tengo oxígeno para dos horas en un cartucho que llevo en mi maletín. Puedo utilizarlo para recargar dos cápsulas. El oxígeno puro durará más que la mezcla de aire corriente. Más de una hora de aire cada uno.

— ¡Oh! —exclamó Mahree y, al cabo de un momento, preguntó, titubeando—: Rob, ¿tú crees que este plan funcionará?

— No —dijo el médico apretando los dientes—. No creo que tenga ni la más remota posibilidad de salir bien. Pero, si se te ocurre algo mejor, soy todo oídos.

Mahree no supo qué responder. Rob se alegró, porque sus dotes de imaginación empezaban a agotarse. Miró el indicador. *Veintiún minutos*.

Antes de salir de la *Rocinante*, el médico, sabiendo que su única esperanza residía en hacer que ella siguiera adelante el mayor tiempo posible, y que él consumiría su reserva de aire antes que Mahree, había dejado fuera de servicio, con disimulo, el avisador de averías de su traje. De lo contrario, cuando se agotara la cápsula de aire, ella se daría cuenta de su situación. «Preocupándose por mí consumiría su propia reserva más de prisa —pensó, reprimiendo una punzada de remordimiento—. Pero si, por un milagro, los dos sobrevivimos se va a mosquear...»

Esforzándose por seguir el paso rápido de Mahree y sin dejar de observar el aparato sensor, Rob apenas tenía tiempo para reparar en lo que le rodeaba. Por la cuadrícula de orientación de su casco, tenía conocimiento de que Mahree describía un gran círculo que les acercaba, poco a poco, al punto en el que esperaba Dhurrrkk.

De pronto, en el interior del casco del médico sonó una voz neutra, generada por ordenador.

— Aviso al ocupante de este traje. Le queda aire para quince minutos. Quince minutos.

«Quince minutos de vida. Me siento como «Dorita» cuando la bruja da la vuelta al gran reloj de arena. Quince minutos...»

Rob, sin darse cuenta, se puso a pensar en cómo había llegado a este momento. En su mente empezaron a parpadear los recuerdos de sus padres y de sus hermanos, de la Facultad, de la epidemia de Lotis, como las imágenes planas y difusas de sus viejas películas en blanco y negro. Sonrió con tristeza detrás de Mahree, sin dejar de mirar el sensor cada dos o tres segundos. «Así que es verdad lo que dicen de que recuerdas toda tu vida en unos segundos...»

— Aviso al ocupante de este traje. Le queda aire para diez minutos. Diez minutos. Debe cambiar la cápsula de aire antes de cinco minutos.

A través de la radio, Rob escuchaba la respiración de Mahree, y recordaba el día en que se conocieron y aquella afinidad casi instantánea que experimentaron. Sólo ella, de todos los que iban a bordo de la *Désirée* compartía su ilusión por establecer el Primer Contacto, no porque ello fuera a hacerles ricos o famosos, sino porque también ella tenía la convicción de que el contacto con seres extraterrestres sería positivo para la raza humana.

Y luego su fe flaqueó y casi se extinguió..., con la de Raoul y el resto de la tripulación... A juzgar por lo que decía Dhurrrkk, los simius también habían perdido la confianza. Sólo Mahree y Dhurrrkk lograron seguir creyendo en la buena voluntad del otro. ¿Sería porque eran tan jóvenes todavía y no habían tenido ocasión de ver sus ilusiones truncadas?

— Rob, ¿cuánto aire te queda?

El médico lanzó una mirada al indicador. *Siete minutos*.

— Diecisiete minutos —mintió con naturalidad.

«Ella nada puede hacer —se dijo para acallar el remordimiento que le causaba la mentira—, y la preocupación sólo servirá para que acelere su consumo de aire. Nuestra única oportunidad es que Mahree siga en pie y localice esas concentraciones de oxígeno».

— ¿Y a ti? —preguntó.

— Veintisiete minutos —respondió—. ¿Nos encontramos muy lejos de Dhurrrkk? Ya debe hallarse casi sin aire.

— Estamos cerca —respondió Rob mirando la cuadrícula de orientación—. Toma, llévalo tú.

«Para que no lo rompa cuando me caiga...»

Ella cogió el aparato sin discutir y siguieron adelante. Rob la veía andar a grandes pasos, obligándose a seguir adelante, y sabía que debía de estar por lo menos tan cansada como él. «Ni una queja —pensó—. Ni un asomo de gemido. Me gustaría saber si estaría dispuesta a admitir que esto es valor...»

El médico sintió una súbita oleada de afecto hacia Mahree. Habían llegado a conocerse tanto durante su extraña odisea... Camaradas, amigos... en cierto modo, Mahree era una de las personas con las que le unía una más estrecha amistad. «Lástima que no pueda verla hecha mujer. Sería extraordinaria, desde luego».

— Aviso al ocupante de este traje. Queda aire para cinco minutos. Cinco minutos. Si no se cambia la cápsula antes de cuatro minutos, se iniciará la hipoxia.

«Vamos, cállate —pensó, furioso—. No hay puñetera cosa que pueda hacer». En un impulso súbito, giró la cabeza y, con movimientos lentos, cerró los dos controles manuales de los indicadores. Los dígitos de la bolsa de aire y la cuadrícula de navegación se borraron. «Así está mejor».

Rob, sin darse cuenta, empezó a pensar en sus relaciones con las mujeres. Las había tenido desde su época de estudiante, y le enorgullecía que, terminada la aventura, todas ellas hubieran seguido siendo amigas suyas. Pero no se había enamorado nunca.

«Si algo lamento —pensó Rob siguiendo a Mahree con tesón y advirtiéndole desolado que empezaba a jadear, y no de cansancio— es no haber sentido nunca...»

— ¡Ahí está! —gritó Mahree cuando divisaron la hondonada de las plantas de musgo y las sustancias fosforescentes. Dhurrrkk se hallaba tendido entre ellas, agarrándose el casco con las manos.

— ¿Respira? —preguntó Rob deteniéndose al borde de la hondonada. Su voz le sonó extraña, metálica y lejana. «Pero si no estoy lejos. Si estoy aquí», pensó vagamente. Trató de dar un paso, se tambaleó y se agarró a una roca. Luego, se deslizó hasta quedar sentado en ella. Sentía un peso muy agradable en las extremidades y su cabeza parecía flotar.

«Es como quedarse dormido después de unas cuantas cervezas». Pensó con indiferencia. En algún punto de su cerebro una voz gritaba: ¡Hipoxia! Pero la palabra no tenía ningún significado. Daba cabezadas y entornaba los ojos.

— ¡Aún vive! —llegó hasta él la voz de Mahree, y Rob tuvo que hacer un esfuerzo para recordar de quién le hablaba—. ¡Pero casi no respira!

Trató de abrir los ojos y vio a Mahree agachada al lado de Dhurrrkk. «Tendría que levantarme —pensó—, ir a ayudarlo».

Pero su cuerpo no le obedecía. Unos puntos negros le bailaban delante de los ojos y apretó los párpados para dominar el vértigo.

— ¡Rob! —gritó una voz en su radio.

El médico volvió a abrir los ojos al sentir que le daban violentas sacudidas. Vio que Mahree se inclinaba sobre él, con los ojos muy abiertos detrás del cristal del casco.

— Rob, ¿cuánto aire te queda? —preguntó ella—. ¡Y esta vez no me mientas, puñeta!

Él trató de explicarle que había desconectado los indicadores, que estaba bien, que no le dolía nada, pero que tenía la lengua torpe y de su garganta no salían los sonidos. Todos los puntos negros se unieron en una oscuridad que todo lo llenaba y que lo envolvía como una criatura viviente, dejándole sin ánimo para luchar.

Con un suspiro, Rob se rindió y se dejó arrastrar.

— ¡Dios mío! —sollozó Mahree, sujetando a su compañero que se desplomaba—. ¡Ayúdame, Dios mío! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

«¿Cuánto aire le queda?»

Tendió a Rob en el musgo, al lado de Dhurrrkk, y le dio la vuelta, para leer el indicador externo de la cápsula de aire, situado en su cadera derecha.

Lo primero que vio fueron unas letras rojas que parpadeaban en la penumbra advirtiéndole:

«Bajo nivel de oxígeno. Estado crítico». En aquel momento daban paso a otra indicación, en letras de tamaño doble.

AGOTADO OXIGENO. APOXIA INMINENTE. CAMBIE INMEDIATAMENTE CÁPSULA DE AIRE.

Entonces Mahree consultó su propio indicador.

Dieciocho minutos.

Dieciocho largos minutos...

«No puedo quedarme aquí sentada dieciocho minutos viéndolos morir —pensó con una calma que iba más allá de la desesperación—. Ni hablar».

Con movimientos rápidos y seguros, como si hubiera ensayado la operación cientos de veces, desmontó la cápsula de aire de Rob y la sustituyó por la suya en pocos segundos. «Perdona, Rob —pensó al oír que se calmaba su jadeo cuando los pulmones, ávidos de oxígeno, absorbían el aire nuevo—. Es una canallada, amor mío; pero no tengo el valor de verte morir primero. Si tenemos suerte, quizá no te despiertes siquiera».

Luego, se sentó entre las dos figuras yacentes, cogió la mano enguantada de Rob y se la puso en el regazo, entre las suyas. «Deben de quedarme unos noventa segundos hasta que agote el aire de dentro del traje —pensó todavía con serenidad—. ¿Cómo los paso?»

La educación religiosa recibida en la niñez la instaba a rezar... Pero la única oración que Mahree podía recordar en aquel momento era la que empezaba: «Si muero antes de despertar».

«Demasiado realista —pensó con humor negro—. No; me parece que rezar queda fuera de...»

Mientras esperaba, Mahree advirtió que estaba tratando de vencer un creciente deseo de quitarse el casco.

«Debe de ser la hipoxia —pensó, atontada—. Eso será. Lo primero que se pierde es la razón».

Seguía dominando en su mente la convicción de que sólo con que se quitara el casco todo se arreglaría. Mahree miró en derredor. La flora fosforescente seguía refulgiendo a la luz roja. «¿Qué me pasa? ¡Es como si mi mente ya no me perteneciera!» Estaba jadeando, se asfixiaba, sus pulmones se esforzaban frenéticos por absorber los últimos vestigios de oxígeno que contenía su traje.

La oscuridad se agazapaba en el límite de su campo visual. Era una negrura infinita que crecía, hambrienta. Pero aquella oscuridad se disiparía sólo con que ella se quitara el casco...

Mahree parpadeaba, aturdida y entonces advirtió que, sin darse cuenta de lo que hacía, había soltado los cierres del casco y ahora lo tenía asido por los costados, disponiéndose a hacerlo girar, para levantarlo y apartarlo de los hombros. El impulso de quitárselo era ya irresistible, una orden que ella ya no tenía fuerzas para combatir.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntaba, angustiada, mientras hacía girar el casco. Estaba en la agonía, los pulmones le ardían y le pinchaban, rebelándose contra el exceso de bióxido de carbono. «¡Oxígeno! —insistía algo en el fondo de su mente—. ¡Tendrás oxígeno! ¡Quítate el casco!»

Con un gemido final y un dolor lacerante en los pulmones, Mahree se quitó el casco, dejándolo caer en la hierba musgosa. Sintió en su cara, bañada en sudor, una atmósfera fría y húmeda, como una bofetada. Cuando la negrura le nublaba la vista, hizo una profunda inhalación.

Lentamente, la negrura empezó a retroceder.

Momentos después, Mahree advirtió que estaba a gatas entre Rob y Dhurrrkk, con la cabeza colgando... Y que respiraba.

«¡Oxígeno! —pensó casi sin poder creer que aquella impresión no fuera fruto de una alucinación agónica—. ¡Aquí hay algo que desprende oxígeno!»

La invadió un profundo sentimiento de convicción, mezclado con intranquilidad. Mahree rápidamente buscó los cierres del casco de Dhurrrkk... Los guantes le impedían asir aquellas formas con las que no estaba familiarizada, y se los arrancó con un sollozo de impaciencia. Palpó el casco del simiu y descubrió con asombro que los cierres ya estaban sueltos. Pero el casco se había atascado y Mahree tuvo que tirar con todas sus fuerzas para hacerlo girar. Por fin cedió.

Segundos después, había tendido de espaldas al extraterrestre. No sabía si respiraba aún, ni si le latía el corazón.

— ¡Dhurrrkk! —gritó golpeándole la cara.

Como no respondía, Mahree, moviéndose con presteza, se situó de rodillas a su espalda, lo agarró por la mandíbula y le echó la cabeza hacia atrás. La mandíbula del simiu se abrió y ella miró en su cavidad bucal, para descubrir la posición de su lengua. Era difícil ver con aquella luz, pero creyó adivinar que nada obstruía el paso del aire.

Cerrándole la boca con ambas manos, Mahree inhaló profundamente el aire oxigenado; luego, se inclinó, le aplicó la boca a la nariz y sopló con todas sus fuerzas.

Empezó con cuatro bocanadas rápidas y fuertes, para proporcionarle un choque de oxígeno, y luego trató de seguir un ritmo regular. Creyó percibir una cierta resistencia, lo cual significaba que había abierto un canal para el aire debidamente aislado... Pero no estaba segura.

La oscuridad se cernía otra vez en el límite de su visión, mientras seguía aspirando y soplando con fuerza en la nariz del alienígena yerto.

«¡Vamos, Dhurrrkk! —pensó—. ¡Como tenga que seguir con esto mucho rato, me desmayaré, conque despierta ya!»

Cuando Mahree levantó la cabeza, con un leve vahído, buscando más aire, tuvo un sobresalto y estuvo a punto de retroceder con brusquedad. A un palmo de la cabeza de Dhurrrkk, había una masa que brillaba con una luz espectral y que palpitaba ligeramente.

«¡Dios mío, es la mantita de bebé! ¡Se mueve!»

Perdió el compás de la respiración; pero en seguida volvió a inhalar con decisión y siguió soplando. Notó otra vez el vahído; pero, cuando aspiró una rápida bocanada para sus propios pulmones, se despejó. «Ese hongo debe de despedir el oxígeno —pensó con brusca seguridad—. Y en ese momento está dando más, como si supiera lo mucho que lo necesito. Pero eso significa que...»

Sintió en las yemas de los dedos un ligero estremecimiento del morro de Dhurrrkk.

«¡Bravo! ¡Muy bien!», le animó mentalmente, llenándose otra vez los pulmones de aire bien oxigenado. Volvió a soplar y esta vez, cuando se volvió hacia la manta para aspirar el aire, sintió en la mejilla el leve cosquilleo de una exhalación cálida. Otra inhalación. Esta vez ella vio su aliento en el aire frío y húmedo. Otra exhalación... y otra...

De repente, Dhurrrkk jadeó, tuvo un espasmo y volvió a jadear.

¡Ya respira!

Mahree lo observaba con mucha atención, dispuesta a reanudar la respiración artificial si era necesario. Pero el simiu ya no precisaba su ayuda. Los ojos violeta se abrieron y la miraron.

— No te muevas todavía, amigo Dhurrrkk. Te desmayaste; pero ahora que tenemos aire, pronto estarás bien —consiguió decir Mahree, aunque su fatigada garganta se resistía más de lo habitual a las sílabas simiu—. No te muevas. Voy a ver cómo está Rob.

Se volvió a mirar al médico y consultó el indicador del aire. Catorce minutos. Meneó la cabeza y volvió a mirar. «¿Catorce minutos? ¡No puedo creerlo! ¿Todo esto, en cuatro minutos?»

Con rápidos movimientos, le quitó el casco y desconectó la cápsula de aire, para conservar el que quedaba. Rob no se movió. Mahree le levantó un párpado y le palpó el pulso en la garganta. «Está bien... sólo roque».

Sonrió al ocurrírsele una idea. Después de cerciorarse de que Dhurrrkk no miraba, se inclinó y dio un largo beso en los labios de su inconsciente compañero de viaje.

— Éstos son mis honorarios por salvarte el pellejo, granuja —murmuró recordando cómo le había mentido acerca del aire que le quedaba.

Luego, lo asió por debajo de los brazos y lo arrastró hasta la hierba musgosa, hasta que él estuvo con la cara cerca de la sustancia fosforescente.

— Hazme el favor, Manta —jadeó—, dale oxígeno también a él.

Se sentó, contemplando admirada aquella criatura hongo. Su salvador.

«Cuando Rob las examinó no emitían oxígeno. Pero, cuando estábamos a punto de morir, por lo menos ésta empezó a emitirlo. Y, cuando yo iba a desmayarme, se me acercó y empezó a soltar más oxígeno todavía. Eso tiene que significar que...»

Mahree se secó el sudor frío de la frente y se mordió los labios muy nerviosa. «¡Es imposible! ¡Esto es un hongo, una de las formas de vida más simples que existen! ¡No seas tonta, Mahree!»

Se inclinó a mirar la sustancia fosforescente. No tenía más rasgo característico que varios millones de cilios cortos y filamentosos en la cara superior. Mahree se tendió de lado entre la hierba musgo para mirar la cara inferior del hongo. «Se movió. Ha tenido que moverse. ¿Cómo diablos puede moverse esto?»

La cara inferior de la manta estaba cubierta de minúsculos apéndices casi tan largos como el dedo meñique de la muchacha. Se movían sin cesar, ondulándose sobre la hierba musgo como minúsculos tentáculos.

— Ah, conque así es como vais de un lado a otro —comentó Mahree.

Se puso a gatas y, con suma cautela, se acercó a la criatura fosforescente, hasta que su nariz estuvo a un palmo de ella.

— Hola, Manta —dijo.

Se sintió ridícula. «¿Pues no estoy hablando con un hongo? Debo de estar chalada».

Sin embargo, continuó:

— Me llamo Mahree Burroughs. Quiero darte las gracias por habernos ayudado hace un momento. Necesitábamos ese oxígeno desesperadamente. Espero que no dejéis de emitirlo sin más —movió la cabeza—. No sé por qué hablo. No tenéis oídos, de manera que no podéis oírme ni entenderme, ¿verdad?

Con gran lentitud, el borde del paño fosforescente se elevó en la hierba musgo y se extendió hacia su cara.

Mahree no pudo evitar lanzar un grito y retroceder de un brinco. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Mordiéndose los labios, trató de tranquilizar su respiración, y se obligó a inhalar y exhalar con sosiego. En la depresión no habría suficiente oxígeno si empezaba a jadear.

«¿No habrá sido un movimiento reflejo involuntario, en respuesta al movimiento?», pensó, observando cómo la mantita de bebé volvía a posarse en la hierba musgo.

Volvió a acercarse muy despacio.

— Manta, si me entiendes, *no* te muevas. Quédate quieta, ¿de acuerdo?

Mahree se acercó hasta casi rozar la manta con la nariz. Pero la criatura fosforescente no se movió.

— Muy... bien —murmuró—. Si me entiendes, muévete *ahora*, Manta.

El borde de la criatura se onduló y se levantó hasta quedar a un palmo de la musgosa hierba.

— ¡Canastos! —susurró Mahree—. Yo tenía razón. Eres inteligente.

Volvió a percibir una afirmación en su cerebro.

— Y también telepática, ¿no? Tú puedes hacer que lo que piensas y sientes vaya de tu mente, o lo que sea, a la mía.

Afirmación.

Un gemido interrumpió su «conversación». Mahree se volvió y vio a Dhurrrkk sentado, con las manos de Rob entre las suyas. El médico se agitaba.

— Perdona un momento, Manta —dijo—. Tengo que ver cómo está mi amigo. Vuelvo en seguida.

Afirmación.

Mahree se arrastró de prisa, hasta poner una mano en el hombro de Dhurrrkk.

— Amigo Dhurrrkk, ¿cómo estás?

El simiu se llevó una mano a la frente.

— Duele aquí —dijo—. Pero por lo demás estoy bien.

— Prométeme que, durante un rato, no vas a hacer esfuerzos. Estabas bastante mal.

— Te lo prometo, amiga Mahree.

Los ojos violeta del simiu estaban llenos de emoción. Con cierta torpeza, sin su gracia habitual, le cogió una mano.

— Tú me diste tu propio aliento, para que viviera —dijo utilizando el idioma de ella—. Siempre te estaré agradecido. Entre tú y yo hay un compromiso de honor. Mientras viva, tu honor y tu vida serán para mí tan importantes como los míos.

— Dhurrrkk...

Mahree no encontró las palabras adecuadas y, en lugar de hablar, tomó la mano del alienígena entre las suyas, mientras movía la cabeza en un gesto afirmativo.

Él señaló a Rob.

— El honorable sanador Gable despierta.

Mahree se volvió presurosa. El médico tenía los ojos abiertos.

— Hola —le dijo con voz suave, inclinándose sobre él—. ¿Cómo estás?

— Respirando —susurró él con una mirada de profundo asombro—. ¿Por qué estoy vivo todavía?

— Porque hemos encontrado la fuente del oxígeno, Rob. Y otras muchas cosas.

— ¿Cómo? ¿Localizaste una de las fuentes de cero dos?

— Sí —se limitó a decir ella, pues lo veía todavía débil y desorientado. El resto de la información podía esperar.

Él extendió una mano.

— ¿Seguro que estás aquí? —murmuró lleno de dudas—. ¿No eres una alucinación?

En respuesta, Mahree le tomó una mano, le quitó el guante y le oprimió los dedos con fuerza.

— Estoy aquí. ¿No lo notas?

— Lo noto, y es agradable —murmuró él sonriendo—. Aprieta con más fuerza.

Al cabo de un momento, el médico se sentó temblando y miró al simiu.

— Honorable Dhurrrkk —dijo—, me alegro de ver que estás bien.

El alienígena hizo el ademán de saludo de su pueblo.

— Honorable sanador Gable —respondió en inglés, con un alegre parpadeo—, me alegra observar lo mismo de ti.

El doctor movió la cabeza con perplejidad.

— Lo que no entiendo es cómo llegamos hasta aquí, estemos donde estemos. Yo me había quedado sin aire. Debí de desmayarme. —Miró el indicador del costado—. ¡Un momento! Aquí dice que me quedan doce minutos de aire —contempló a Mahree con ojos indignados—. Tú cambiaste las cápsulas, ¿verdad? Me diste todo el aire que te quedaba.

— Era lo menos que podía hacer, después de que tú me mintieras —contestó ella con acritud—. Guarrada por guarrada. —Le devolvió su mirada de indignación, con intereses—. Y, si te atreves a decirme que fue por mi bien, volverás a verte tendido en esa maldita hierba de musgo.

— Sabía que te mosquearías —murmuró él, profundamente conmovido por el cambio de las cápsulas de aire—. Pero creí que no iba a vivir para oír cómo me lo reprochabas. ¿Me perdonas?

Era tan impropio de él aquel tono de humildad, que Mahree no pudo menos que echarse a reír.

— Dejémoslo en empate.

El médico miró en derredor y abrió mucho los ojos al reconocer el lugar.

— ¡Este es el sitio donde dejamos a Dhurrrkk! —Se rascó la cabeza—. A ver si me aclaro. Volvimos aquí en busca de nuestro amigo. Pero ahora había oxígeno en la hondonada. ¿De dónde salió?

— Dales las gracias a *ellos* —dijo Mahree señalando a las criaturas planas—. Son los que emiten el cero dos.

— ¿Ellos? ¿Los hongos? —Rob parpadeó—. Es imposible... Un disparate. Si ni siquiera fotosintetizan.

— Pues aún no sabes lo mejor. Prepárate, Rob. Son inteligentes. Acabamos de hacer un Primer Contacto.

Él la miró durante largo rato sin expresión en la cara.

— Inteligentes —repitió al fin.

— Y tanto —insistió Mahree—. Sabían que necesitábamos oxígeno y me convencieron de que

me quitara el casco para respirar. Y cuando me lo quité, ésta —señaló a la más próxima de las criaturas planas— se acercó para que tuviera más oxígeno mientras hacía a Dhurrrkk la respiración artificial.

— Hummmm... Es difícil de creer —respondió él, en tono neutro y cauteloso—. ¿Estás segura?

— Honorable Mahree tiene razón —terció Dhurrrkk en inglés—. Antes de perder el sentido, yo noté que algo establecía contacto con mi cerebro, algo que interrogaba con propósito inteligente. Me ordenaba que me quitara el casco, pero no pude obedecer.

— Lo tenías atascado —le explicó ella.

Rob los miraba. Luego, se volvió hacia la manta.

— ¿Queréis decir que esta *cosa* es inteligente? —preguntó como si no pudiera creer que aquello estuviera ocurriéndole a él—. ¿Esta cosa? —La señalaba—. ¿Este conglomerado de hongos fosforescentes?

— No es una *cosa*, sino una *persona*, Rob. A ver si cuidas tus modales —le reconvino Mahree—. Mira, te lo demostraré.

Mahree se volvió hacia «su» manta y repitió la prueba anterior. Por último, dijo a la criatura:

— Éste es mi amigo Robert Gable, llamado Rob. Ésta es su cara. —Miró la cara del médico—. Y éste es mi amigo el honorable Dhurrrkk. —Miró al simiu—. Ahora, Manta, me gustaría que te parases delante de Rob, para que él sepa que me entiendes.

Con una rapidez asombrosa, la criatura reptó sin vacilar hasta Rob, se paró, levantó un extremo y lo agitó.

El médico palideció, se quedó con los ojos muy abiertos y, de repente, dobló el cuerpo hacia delante hasta rozar con la frente la hierba de musgo.

— ¡Demonio, Rob! —exclamó Mahree—. No hace falta que le reces. Basta con que le digas «hola».

Él inhaló varias veces.

— No estoy rezando, idiota —dijo él bruscamente con voz ahogada—. Si no bajo la cabeza, me desmayo. Tranquila, paloma. Ha sido un día muy largo.

Al cabo de un minuto, Rob irguió el cuerpo. Tenía ya mejor color.

— Que me ahorquen si... —murmuró mirando el hongo y carraspeó—. ¿Cómo está usted... Manta? Mucho gusto.

Mahree se concentró y recibió una clara impresión interrogativa.

— Es algo telepático —dijo—. Ahora quiere saber quiénes somos. Cómo llegamos hasta aquí.

— A mí me pregunta lo mismo —declaró Dhurrrkk.

Procurando ser lo más clara y concisa posible, Mahree pensó, con la mayor lentitud que pudo, en cómo habían llegado hasta aquel mundo a bordo de la *Rocinante*, y por qué. Procuró que sus imágenes de la nave fueran lo más vividas posible, intuyendo que aquella criatura no podía tener un concepto de la técnica ni de construcciones artificiales.

Finalmente, se volvió hacia Dhurrrkk.

— ¿Se lo has dicho?

— Sí —respondió él—. Y he procurado hacerlo del modo más sencillo. La comunicación con

el ser me resulta cada vez más fácil.

Mahree sintió un aguijonazo de envidia.

— Pues a mí aún me cuesta bastante —reconoció.

Rob los miraba.

— Ahora yo también lo percibo —dijo—. Una sensación de pregunta y curiosidad, ¿no? —

Ellos asintieron y prosiguió—: Pero no es nada, comparado con lo que hacía la tía abuela Louise. Ella hablaba con palabras; pero silenciosas.

— Quizá Manta también llegue a aprender palabras —auguró Mahree—. Al principio, sólo comunicaba impresiones ligeras. Ahora son cada vez más fuertes.

— Quiere ayudarnos —manifestó Dhurrrkk súbitamente.

— Ya nos ha ayudado —contestó Rob—. Aunque debo reconocer que habría sido preferible que no hubiera interferido cuando nos desmayamos. Pasar el resto de mi vida en esta hondonada, muriendo de sed poco a poco no es una perspectiva muy agradable.

— No —dijo Dhurrrkk—. Ahora da imágenes. Le parece que sabe la manera.

Mahree sintió una absurda sensación de traición al advertir que «su» manta se comunicaba mejor con el simiu. «No seas tonta —se dijo en tono severo—. Resulta evidente que se ha dado cuenta de que le es más fácil llegar a un cerebro simiu».

Rob y ella se quedaron esperando mientras el extraterrestre se mantenía en silencio, abstraído. Hasta que, por fin, los miró con sus ojos violeta.

— Ya sé algo más acerca de estos seres. Son muy viejos, e inteligentes. Casi nunca sienten interés por cosas que no sean sus oscuros razonamientos, sus juegos mentales y sus reflexiones filosóficas. Pero el ser al que Mahree llama «Manta» es diferente. Es más joven, no tiene más que un millón de mis años o cosa así.

Mahree y Rob dieron un respingo.

— ¿Un millón de años? —repitió ella y el simiu asintió gravemente.

— Manta está más interesado que sus compañeros por los estímulos y hechos externos. Siente curiosidad por nuestra nave y los viajes espaciales. Le hemos gustado. No quiere que muramos y está dispuesto a ayudarnos a llegar sanos y salvos a nuestro destino. Si lo deseamos, Manta vendrá con nosotros a bordo de la *Rocinante*, para darnos oxígeno. A cambio, tenemos que prometerle que lo traeremos aquí de nuevo cuando le apetezca regresar a su propio mundo.

— ¿Tanto oxígeno puede producir? —preguntó Rob con escepticismo, después de asimilar las palabras del simiu—. ¿No lo necesita para sí?

— No. Los seres manta no precisan más que de un poco de oxígeno. Es un subproducto que generan durante la digestión. No forma parte de su proceso de respiración.

«¿Despiden oxígeno como el que expelle una ventosidad?», pensó Mahree; y se echó a reír por lo bajo, sin poder contenerse. Rob le puso una mano en el hombro para que se serenara.

— Tendremos que proveer a Manta de hierba musgo y rocas suficientes para que tenga alimento durante nuestro viaje —dijo Dhurrrkk como final de su información.

— Si nos dice cuánto va a necesitar, lo haremos con mucho gusto —respondió Rob—. Pero hay una cosa que me gustaría saber. Y es cómo diablos vamos a salir de esta hondonada para volver a la *Rocinante*.

— Manta ha pedido a sus compañeros que nos ayuden, y ellos están de acuerdo. Piensan que él está loco por querer marcharse de este mundo a fin de ayudarnos. —El simiu hizo una pausa y luego continuó al recibir nueva información—: Pero ninguno desea vernos morir. Mientras puedan permanecer aquí, los otros están dispuestos a ayudarnos a llegar a la nave.

— ¿Y cómo piensan hacerlo?

— Ya lo veréis. Quedaos quietos, por favor. No os harán daño.

Rob se sobresaltó cuando otras dos criaturas se agitaron y empezaron a moverse hacia ellos por encima de la hierba musgo.

La «Manta» de Mahree empezó a deslizarse hacia la muchacha, la cual sintió una viva satisfacción al observar que había optado por volver junto a ella en lugar de permanecer con Dhurrrkk. Pero entonces la criatura pasó por su lado y desapareció de su campo visual. «¿A dónde irá?»

Mahree tragó saliva al notar que algo rozaba el material de su traje espacial. El escote del traje se le clavó en el cuello cuando algo pesado empezó a subirle por la espalda. Apretó los puños y cerró los ojos, mientras Manta iba subiendo muy despacio. «Va a salvarte la vida —se repetía la chica—. Lo que te sube por el cuerpo no es un hongo, es una *persona*. Una persona buena y amable. Va a salvarte la vida...»

La criatura se quedó sobre sus hombros, colgando por la espalda como una capellina fosforescente. Por el rabillo del ojo, Mahree advirtió un movimiento, y entonces aparecieron como un par de dedos estrechos y brillantes, que Manta extendió sobre sus mejillas.

Mahree se estremeció, obligándose a permanecer sentada. Cerró los ojos al sentir aquella sustancia fría y viscosa que se le deslizaba por la piel hasta que los dos seudópodos se unieron y anudaron sobre su labio superior.

Mahree abrió los ojos y vio que Rob contemplaba como hipnotizado la masa fosforescente que se movía hacia él. Estaba blanco como el yeso, y copiosas gotas de sudor le resbalaban por la cara. Temblaba con violencia.

— Rob —le gritó ella en tono áspero—. ¡Rob!

Él alzó la mirada, muy despacio.

— No nos hagas un número a lo Simón Viorst, Rob. Van a ayudarnos, no lo olvides.

El médico hizo varias aspiraciones profundas y asintió. Un ligero color le volvió a los labios.

— Está bien. No te preocupes por mí, cariño. Ya pasó.

Permaneció quieto mientras la masa fosforescente le subía lentamente por la espalda.

— Ojalá no hubiera visto tantas veces aquella versión de los años noventa de *Los teleñecos* —dijo, y en la voz se le notaba el esfuerzo que hacía para dominarse—. Recuerda que te la pase si volvemos a casa —bromeó.

Mahree suspiró con alivio y recogió el casco y los guantes.

— ¿Todos preparados? —preguntó poniéndose en pie.

Entonces advirtió que, con la cabeza por encima del nivel de la hondonada, respiraba bien. El nivel de cero dos no era menor que el que encontraba en las montañas de Jolie cuando iba de acampada.

— Preparados —dijo Dhurrrkk.

Entregó el casco a Rob. La criatura manta del simiu le cubría el cuello y la espalda como una segunda y refulgente melena.

— Preparados —dijo Rob—. Que empiece el *rock*.

— ¿Rock? —repitió Dhurrrkk cuando los tres exploradores comenzaron a andar por la hondonada de la hierba musgo—. Tenemos que recoger rocas, sí, y también plantas; pero..., ¿no te parece, amigo Rob, que sería preferible recogerlas cerca de la nave? Las rocas son pesadas y duras.

— Oh, sí —convino Rob guiñando un ojo a Mahree y hablando con cierta dificultad a causa de los seudópodos, que se entrelazaban sobre su labio superior—. Cierto, amigo Dhurrrkk, hay *rock* muy *duro*.

XIV. LA CURA MILAGROSA DEL DOCTOR MANTA

Hay gente rara.

Hace una semana, me encontraba sentada en Avernus (así llamamos al asteroide, un nombre clásico, el de una de las puertas del infierno) pensando que iba a morir antes de un minuto. Después de una experiencia semejante, cabría esperar que pasara los restantes minutos de mi existencia dando gracias por estar viva, *n'est-ce pas?*

ERROR. En lugar de estar contenta, estoy celosa de mi mejor amigo. Hasta el extremo de que no soy capaz ni de pensar con lógica.

¿Por qué razón? Porque Dhurrrkk puede «charlar» con toda facilidad con el doctor Manta, y yo no.

Creí haber descubierto que yo era «algo especial»; pues, de todos los humanos que viajaban a bordo de la *Désirée* yo era la que mejor se comunicaba con los extraterrestres. Por primera vez en mi vida, yo sobresalía en algo, era *única*. Pero eso lo creí sólo hasta hace una semana.

Ya no lo soy.

El extraño ser manta (al que Rob dio el nombre de «doctor Manta» porque «manta» a secas le parece irrespetuoso) está cómodamente instalado en la parte del laboratorio hidropónico que hemos acondicionado para él, reproduciendo el entorno del Averno. Va ondulándose muy satisfecho entre los macizos de las plantas musgo que transplantamos y montones de rocas de su planeta nativo. Se dedica a absorber nutrientes y a «evacuar flatulencias», las cuales nos proporcionan un nivel de oxígeno suficiente para mantenernos con vida, aunque sin permitirnos realizar grandes esfuerzos.

De las pruebas que ha hecho Rob, resulta que los avernianos extraen la mayor parte de su alimento de una variedad de hongo insensible que crece en las hojas de las plantas musgo, y que ellos cultivan para alimentarse. Además, también precisan ciertos elementos que consiguen descomponiendo pequeñas cantidades de las rocas de su mundo. ¡Uno de los productos de este peculiar proceso digestivo es el oxígeno!

Rob se ha divertido muchísimo tratando de descubrir la fisiología de los avernianos. Dice que, en cierto modo, se asemejan tanto a los ascomicetos (el moho del pan, las trufas y similares) como a los basidiomicetos (setas, hongos de soporte y semejantes). Son multinucleados y carecen de barreras celulares internas. Sus cuerpos están cubiertos de una pared semirrígida compuesta de material celulósico. Dice que las mantas pueden considerarse «culminación del estado coccínico dentro de la evolución protistánica». Y yo no me atreví a pedir que me lo tradujera.

También dice Rob que cada uno de los muchísimos «núcleos» que posee la criatura, contiene infinidad de minúsculos «filamentos» entrelazados, de una especie de material orgánico que hasta ahora él nunca había hallado con esta forma molecular. Piensa que esos millones de filamentos subnucleicos son para la criatura lo que las neuronas son para nosotros.

Al parecer, las mantas se reproducen (muy de tarde en tarde, dada su longevidad) soltando esporas, de manera deliberada, mientras cultivan sus parcelas de musgo. Son asexuadas, por lo que no tiene sentido que al referirnos a nuestro bienhechor le llamamos «doctor» Manta, como si perteneciera al género masculino. Debe de ser que, instintivamente, vemos en él a un patriarca sabio y bondadoso.

Hemos tenido que hacer varias modificaciones ambientales a fin de acomodar a nuestro huésped averniano. La luz blanca podría quemarlo literalmente, por lo que tenemos que movernos en una penumbra rojiza, salvo cuando estamos en la sala de control, con la puerta bien cerrada. El doctor Manta soporta mal el calor (a diferencia de muchos tipos de hongos terrestres). La gravedad le molestaba. Dhurrrkk redujo, pues, la temperatura y también la gravedad de la nave a medio G.

De manera que ahora, en lugar de calor, tengo frío a todas horas. Gastamos tanto combustible durante la búsqueda que no disponemos del que haría falta para mantener una temperatura diferente en cada compartimiento de la nave. Además, no podemos pedir al doctor Manta que esté siempre metido en el laboratorio.

A propósito, se han realizado mis sueños. Por fin duermo con Rob, lo malo es que también duermo con Dhurrrkk. Todas las «noches», los tres nos hacemos un ovillo de carne y pelo en el suelo de la sala de control, para conservar el calor. Rob le llama la A.P.S.C.C. o Asociación de Primates Soñolientos para la Conservación del Calor.

Hace tanto frío que Rob y yo apenas resistimos tener que lavarnos las manos y la cara; y no digamos darnos un baño de esponja con el agua helada. La hipotermia es un peligro constante, sobre todo para Dhurrrkk, ya que el pobre está habituado a un clima cálido.

Menos mal que a bordo de la *Rocinante*, en el pequeño dormitorio de la tripulación, había gran cantidad de esterillas, por lo que presurizamos la zona el tiempo suficiente para sacarlas y, utilizando las tijeras quirúrgicas de Rob y una resina que los simius emplean en casos de emergencia para «soldar» sus aparatos electrónicos al lugar de utilización, nos confeccionamos trajes con capuchas.

Dice Rob que parecemos monjes medievales, pero es porque la nave tiene una iluminación rojiza. Con luz normal, nuestros «hábitos» parecerían el muestrario de una fábrica de pinturas.

¿Qué es preferible? ¿Congelarse o asfixiarse? Por si fuera poco, empieza a escasear la comida humana, ya que tenemos que comer más para mantener la temperatura del cuerpo. Dhurrrkk afirma que los mizaritas tienen una biología muy adelantada y que podrán reproducir la comida humana si les presento unas muestras. Ojalá tenga razón.

¡Ha sido un viaje tan *divertido*!

Estamos a sólo seis días de viaje de Shassizss. Vamos despacio, para economizar combustible.

Es posible que, si me esfuerso más en «escuchar» al doctor Manta, llegue a comunicarme mejor con él. El averniano es muy sabio. Podría enseñarme muchísimas cosas, si yo consiguiera hablar con él.

Mahree se interrumpió al ver a Dhurrrkk, que, envuelto en su tosco «hábito», estaba sentado a la puerta del laboratorio hidropónico. En cuanto advirtió la presencia de la joven, brilló una chispa

de alegría en sus ojos violeta. La cresta se le levantó debajo de la capucha.

— Hola, Mahree. Ahora íbamos a la sala de control, para que el doctor Manta pueda «ver» las estrellas con los ojos de mi mente.

Mahree tardó un segundo en comprender la causa de la alegre expresión del alienígena. Dio un respingo.

— ¡Dhurrkk! —exclamó—. ¡Hablas mi idioma a la perfección! ¿Cómo lo has conseguido?

— Ha sido gracias al doctor Manta —contestó Dhurrkk, sin tratar ya de disimular su excitación—. Esta mañana, mientras yo practicaba mi inglés y mi mizarí, él «sintonizó» conmigo y me preguntó por qué no utilizaba toda la zona de expresión oral que tenía en mi cerebro, para que el pensamiento pudiera viajar con mayor rapidez entre las distintas lenguas. Yo respondí que no sabía que no estuviera usando toda mi capacidad lingüística. Entonces él me preguntó si quería aprovechar por completo esas zonas. Yo, naturalmente, le dije que sí.

Dhurrkk hizo una pausa y entonces cambió sin esfuerzo a los sibilantes sonidos del lenguaje mizarí.

— Mientras estaba allí sentado, percibí una oscuridad cosquilleante que me envolvía la mente. ¡Cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, descubrí que ya podía pensar en inglés! ¡Y en mizarí! ¡El averniano debió de modificar la comunicación neuronal entre mi memoria y mi zona de lenguaje!

La fluidez del simiu parecía un milagro. Todavía tenía cierta dificultad para pronunciar algunas palabras, a causa de su estructura facial y la forma de su lengua, y aún hablaba con un marcado ceceo; pero las vacilaciones provocadas por la necesidad de traducir de una lengua a otra habían desaparecido.

— ¿Y cómo hablas con la manta? —preguntó Mahree.

— El pensamiento del doctor Manta también me resulta ahora mucho más comprensible: imágenes, palabras... ¡todo!

— ¡Oh, Dhurrkk, me alegro por ti!

Mahree abrazó a su amigo. Los fuertes brazos de él la rodearon con delicadeza, como si fuera una frágil porcelana.

Cuando se separaron, ella se quedó pensativa y luego entornó sus ojos castaños con expresión decidida.

— Dhurrkk, quiero que preguntes al doctor Manta si puede hacer lo mismo por mí.

Entraron juntos en el laboratorio hidropónico.

El averniano se hallaba tendido sobre un montón de rocas, ondulándose suavemente. Dhurrkk lo miró con aquella expresión atenta que adoptaba para conversar con la telepática criatura.

Al cabo de varios momentos, parpadeó y su mirada se suavizó.

— El doctor Manta responde que, aunque hay en tu cerebro zonas de lenguaje no utilizadas, y más que en el mío, al parecer, no cree que sea prudente abrir nuevos «canales» entre ellas.

Mahree tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir un sollozo de desilusión.

— Pregúntale por qué.

Los segundos se hicieron interminables hasta que el simiu volvió a hablar.

— Dice que mi cerebro es más joven que el tuyo, y por lo tanto, más... —por primera vez en

muchas conversaciones, tuvo que recurrir al traductor electrónico—, más maleable. Dice que tu cerebro, aunque no tan rígido como el de Rob, es menos flexible que el mío. Según él, este «endurecimiento» está causado por la edad.

Mahree lo miraba perpleja. Luego, apretó los labios. «¡Mierda, hace que me sienta como si tuviera noventa años!»

— ¿Eso significa que no puede modificar los canales?

Dhurrkk «escuchó» de nuevo.

— Dice el doctor Manta que, si bien podría hacer a tu cerebro lo mismo que al mío, tal vez el proceso no te resultara cómodo. Quizá fuera doloroso.

— ¿Y qué importa un poco de dolor de cabeza? —contestó ella, frunciendo el entrecejo—. ¡Anda, Dhurrkk, convéncele de que me haga el tratamiento! Imagina lo bien que iría que yo pudiera hablar el mizari y el simiu con la misma facilidad con que tú hablas el mizari y el inglés. No tendrías que llevar tú solo todo el peso de las conversaciones cuando lleguemos a Shassiszss. Entre los dos, podríamos explicar la situación a los mizaritas.

Dhurrkk asintió.

— Eso podría ser una ayuda —reconoció—. Le diré que no te asusta el dolor.

Al cabo de un momento, el simiu dijo:

— Responde que no está seguro de que el «tratamiento» no sea perjudicial. Él actuaría con la máxima precaución, desde luego; pero... —Movi6 la cabeza—. Amiga Mahree, no creo que debas intentarlo...

Mahree advirtió que la manta empezaba a titubear. Se puso de rodillas para tenerla a la altura de los ojos y le «habló», con la esperanza de que la criatura comprendiera su pensamiento: «Doctor Manta, se lo ruego. ¡No me importa el peligro! Esta misión es vital. Por favor, por favor... ¡supone tanto para mí!»

Se quedó esperando, sin atreverse a respirar. Entonces, con mucha lentitud, como de mala gana, la respuesta de la criatura le llenó la mente:

Afirmación.

Mahree lanzó una mirada de triunfo al contrariado Dhurrkk, y se sentó con la espalda apoyada en el mamparo del laboratorio.

— Adelante, doctor Manta —dijo en voz alta, conteniendo la respiración.

Al principio la muchacha no notó nada; sólo la impresión de «oscuridad cosquilleante» a la que se había referido Dhurrkk. Pero entonces, entre un latido del corazón y el siguiente, sintió como si un Atlas hubiera levantado todo el mundo y se lo hubiera tirado a la cabeza.

Mahree sólo tuvo un instante para advertir que pasaba algo muy malo, que su cerebro se rompía, se desgarraba, se *desmenuzaba*... y Perdió el conocimiento.

El alarido de angustia de Dhurrkk despertó a Rob de la siesta. El médico se levantó de un salto, cayendo casi sobre una de las consolas del puente, en el momento en que el simiu, frenético, entraba corriendo.

— ¡Amigo Rob! ¡Mahree está mal! ¡Me parece..., me parece que puede estar casi muerta!

Rob sintió que se le paraba el corazón y, durante un terrible instante, no pudo moverse. Luego, la parálisis cedió. Agarró el estuche de auxilio y echó a correr para mantenerse a la par de

Dhurrkk, que avanzaba a grandes saltos apoyándose en sus cuatro extremidades, mientras sus pulmones trabajaban frenéticos en el aire enrarecido.

Jadeando, a punto de perder el conocimiento, frenó patinando en la puerta del laboratorio hidropónico. Mahree se hallaba tendida con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera. Tenía los brazos y las piernas doblados, como si una mano gigante la hubiera cogido y arrojado al suelo sin contemplaciones. No respiraba, y cuando Rob le palpó la garganta no encontró pulso.

Mahree, por lo menos momentáneamente, estaba muerta.

«Dios mío, que esta vez no falle, haz que pueda salvarla...»

Rob le aplicó a la sien una placa sensora. Al detectar actividad cerebral, sintió una oleada de alivio. Pero su alegría fue breve, porque, al momento, observó que las ondas cerebrales eran anormales, irregulares, como si fallaran las neuronas.

«No es un derrame cerebral, ni un ataque cardíaco... ¿Qué diablos ha pasado?»

Dentro de su cabeza un reloj iba desgranando segundos.

«Las preguntas, después. Lo primero es hacer latir el corazón, lograr que respire». Rob aspiró profundamente, para serenarse y despejar el cerebro, y se puso a trabajar.

Le aplicó el cartucho de oxígeno a la boca y nariz, y la entubó con cuidado.

El cardioestimulador no podía actuar debidamente a través de la ropa, por lo que le cortó las gruesas capas de la túnica y la camisa y le colocó el aparato sobre el pecho, regulándolo para estímulo cardiopulmonar. A los pocos segundos, Mahree empezó a emitir suaves jadeos.

Rob volvió a comprobar el sensor cerebral. La actividad involuntaria volvía a la normalidad a medida que el estimulador regulaba las pulsaciones y la respiración.

Cuando los latidos se hicieron más firmes y uniformes y su respiración se regularizó, Rob consultó en el sensor su temperatura corporal. Frunció el entrecejo. «Trauma... Hipotermia... Necesita calor». Sacó una sábana y la extendió en el pasillo.

— Ayúdame a sacarla de aquí y a tenderla ahí encima —dijo a Dhurrkk.

En cuanto la paciente estuvo sobre la transparente sábana, el médico la envolvió en ella, la selló y le puso la capucha, para conservar el calor corporal. Después de fijar los controles de temperatura, Rob volvió a comprobar la placa sensora.

Gable sólo había visto un caso parecido en un hombre que había sido alcanzado por un rayo. Algunas de las ondas cerebrales del paciente daban lecturas como éstas. El hombre sobrevivió... pero con lesiones cerebrales permanentes.

— Dhurrkk, su actividad cerebral no es normal —dijo—. ¿Qué diablos le habrá ocurrido?

— El doctor Manta —informó el simiu mirando al averniano por la puerta abierta—. Amiga Mahree le pidió que le modificara los canales del lenguaje del cerebro, como a mí. Entonces ella tembló de arriba abajo y cayó al suelo.

— ¿Que el doctor Manta le alteró el cerebro?

— Yo no quería, amigo Rob. Yo le advertí que no debía hacerlo. Pero ella insistió. Deseaba mejorar sus facultades de comunicación.

Al recordar el desánimo sufrido por Mahree la semana anterior, cuando comprobó que, por mucho que intentara, casi no podía «hablar» con el averniano, Rob no tuvo dificultad para creer la explicación de Dhurrkk.

Suponiendo que el simiu hubiera tardado sesenta segundos en ir a buscarme, ella habría estado «muerta» menos de tres minutos, calculó Rob, comprobando la lectura de «tiempo transcurrido» del sensor.

— No es suficiente para que la falta de oxígeno le haya dañado el cerebro... en circunstancias normales, se entiende.

— El doctor Manta lo lamenta —prosiguió Dhurrrkk, después de «escuchar» al averniano—. Dice que está haciendo cuanto puede para restablecer el funcionamiento normal del cerebro.

Rob se volvió a mirar al extraño ser y estuvo tentado de decirle que se reservara sus «modificaciones» para sí. Pero era evidente que las ondas cerebrales de Mahree se normalizaban, por lo que guardó silencio.

«¿Cómo habrá podido un telépata dar lugar a algo semejante? —se preguntaba—. La tía abuela Louise no podía, desde luego...»

Ahora que Mahree se hallaba fuera de un peligro inminente, Rob advirtió que empezaba a producirse la reacción a lo que estuviera a Punto de ocurrir. Sintió un sudor frío en la frente y las manos empezaron a temblarle con tanta violencia que apenas podía fijar la temperatura de la sábana médica. «He estado a punto de perderla. Todavía podría perderla».

— ¿Se pondrá bien? —preguntó Dhurrrkk, inclinándose sobre la muchacha como una madre angustiada.

— Todavía no lo sé —contestó Rob—. Respira y el corazón le late otra vez con normalidad; pero la actividad cerebral, aunque va mejorando, no es normal.

Al cabo de media hora, Rob abrió la sábana para retirar el cartucho de oxígeno y el estimulador. Le administró electrolitos y *vita-stim*, y vio que Mahree recuperaba el color. El sensor indicaba ondas cerebrales normales. «Vivirá —pensó Rob—. Esta vez no he fallado... A no ser que tenga un trauma mental que el sensor no puede detectar».

Minutos después, los párpados de Mahree temblaron y la joven empezó a moverse. Pero, cuando abrió los ojos, miró al médico inexpresivamente, como si no le hubiera visto nunca. A Rob le dio un vuelco el corazón.

— Mahree —dijo acariciándole la mejilla—, estás bien. No trates de hablar todavía. Ella volvió los ojos hacia Dhurrrkk.

— Mahree —repitió Rob, y sintió que el corazón le brincaba en el pecho cuando ella se volvió a mirarle—, cariño... —Tuvo que hacer un esfuerzo para serenar su voz—. Si me entiendes, parpadea tres veces. Despacio, tres veces.

Ella cerró los ojos y volvió a abrirlos. Una... dos... tres... Movié los labios formando palabras que él casi no podía oír.

— Rob... qué dolor... y qué oscuridad...

— Lo sé —dijo él en voz baja—. Quiero que descanses, ¿entendido? Duerme. En seguida estarás bien. Yo no me moveré de tu lado.

Al cabo de unos momentos, ella cerraba los ojos. Rob consultó de nuevo el sensor. Sueño normal.

— Gracias, gracias —susurró, sintiendo unas lágrimas calientes en los ojos y en las mejillas. Se las enjugó con la manga y empezó a ordenar el maletín de urgencias. «Estuve a punto de no

cogerlo —recordó—. Si no llego a traerlo... ella habría muerto, y mi vida estaría oscura. Como una estrella agotada... oscura, fría y sin vida...»

Hacía tiempo que tenía la verdad delante de los ojos. Ahora se daba cuenta... pero había hecho falta casi una tragedia para que esto ocurriera.

— Dhurrrkk —dijo poniéndose en pie— voy a trasladarla a la sala de control. ¿Puedes llevarme el maletín?

— Desde luego, amigo Gable.

Rob tomó en brazos la figura yerta de Mahree y se irguió jadeando.

— ¿Necesitas ayuda? —preguntó Dhurrrkk intranquilo—. El aire está enrarecido y ella debe de pesar.

— No —contestó el médico, apretando a Mahree y sintiendo con placer su peso cálido y vivo—. No pesa en absoluto.

Hubo dolor, eso lo recordaba ella. Y luego, la oscuridad. Con la oscuridad vino la paz, el fin del dolor. Ella no quería regresar, porque el dolor podía estar esperando.

Esto era lo que Mahree recordaba antes de abrir los ojos.

Se hallaba tendida en el puente de la *Rocinante*, en el lugar habilitado para dormir. Sentía el cuerpo rígido y extraño, pero no le dolía, lo cual era tranquilizador.

Entonces advirtió que no llevaba nada más que los pantalones cortos. Abrazándose a un cobertor simiu, se sentó.

En el momento en que se incorporaba, algo se movió al otro lado del asiento del piloto, y apareció Rob.

Mahree se humedeció los labios.

— Hola —consiguió decir.

En silencio, él le pasó el bioscanner y luego asintió. Alargó el brazo y retiró algo que tenía adherido a la sien. Ella vio que era la placa de un sensor.

— ¿Estoy bien? —preguntó.

— Al parecer, sí —respondió él con voz serena y controlada.

— ¿Puedo levantarme? Tengo que ir al baño.

— Yo te acompañaré —dijo él—. Vístete.

Rob se volvió de espaldas mientras ella, de pie, se ponía la bata ciñéndosela al cuerpo.

— ¿Dónde está Dhurrrkk?

— Lo envié a buscar algo de comer. Quiero que tomes alimentos cuanto antes.

Al regresar del aseo, Mahree se puso una camisa y la túnica. Vio que sus ropas estaban cortadas por delante y torpemente pegadas con resina simiu.

Tenía tanta hambre que el insípido concentrado le pareció casi apetitoso. Mientras ella comía y bebía. Rob y Dhurrrkk la miraban sin pestañear, como si tuvieran miedo de verla desaparecer.

Cuando ya no pudo soportar más el silencio, Mahree aspiró profundamente.

— ¿Qué me ha pasado? —preguntó—. No recuerdo nada. Yo quería...

— Sé muy bien lo que querías —dijo Rob apretando los dientes—. Dhurrrkk me lo ha explicado. Debes una sincera disculpa al doctor Manta. Del susto, casi le da también un paro cardíaco. A pesar de que tiene corazón. Pero se quedó desolado por lo ocurrido.

— Oh, no —murmuró Mahree, pensando en la dulce criatura; entonces reparó en algo más—. ¿Es que yo tuve un paro cardíaco? —preguntó con voz insegura—. ¿No sería taquicardia?

Los ojos oscuros de Rob no se movían.

— Mahree —dijo, hablando todavía en aquel tono sereno en exceso que no presagiaba nada bueno—, se te paró el corazón. No tenías pulsaciones. Estabas muerta.

— ¿Qué pasó? —susurró ella, asustada.

«¿Muerta? ¡Ay, Dios mío!»

— ¿Por qué se me paró el corazón? —preguntó.

— Lo que te hizo el doctor Manta te produjo el efecto de un electrochoque de gran potencia.

Mahree tragó saliva.

— ¿De verdad he estado casi muerta?

— ¿Casi? Sin el «casi» —dijo él, y la voz le tembló un poco—. Cuando pienso que estuve a punto de no traer el maletín de urgencias en este viaje...

Se interrumpió moviendo la cabeza.

— Tú me salvaste la vida —susurró—. Gracias, Rob.

Dhurrkk habló entonces por primera vez.

— Acabo de informar al doctor Manta de que has despertado. Se ha alegrado mucho. Quizás, en lo sucesivo, cuando te diga que algo puede ser peligroso, tú le hagas caso.

Mahree hizo una mueca.

— En otras palabras: «Ya te lo advertí». Lo tengo merecido.

Rob y Dhurrkk la miraban asombrados. Mahree parpadeó.

— ¿Qué ocurre? —preguntó hablando despacio.

— Amiga Mahree —dijo Dhurrkk lentamente—, ¿qué lengua usaste ahora, al hablar conmigo?

Ella frunció el entrecejo.

— Pues... ¿inglés?

Dhurrkk movió la cabeza en signo negativo.

— No —dijo con énfasis—. Me has hablado en la misma lengua que usé yo para hablar contigo: la mía.

— Pero... pero... —tartamudeó ella mirándole a él y a Rob, el cual movió afirmativamente la cabeza—. Entonces... es que he pensado en simiu. Si he podido contestarte en la misma lengua que has usado tú, sin darme cuenta de ello siquiera, eso quiere decir que el tratamiento del doctor Manta, por lo menos en parte, ha sido eficaz.

— Sí —contestó Dhurrkk—. Me alegro... por ti, amiga Mahree. Pero me parece que lo que estuvo a punto de ocurrirte hubiera sido un precio excesivo. Cuando pienso que habías... que si hubieras...

El simiu se interrumpió con los ojos bajos y la cresta caída, al recordar el susto.

— Amigo Dhurrkk... —empezó Mahree, pero el simiu dio media vuelta y salió del puente—. Está disgustado.

— Sí, lo está —reconoció Rob, todavía con su voz fría y neutra—. Cree que no supo traducirte bien la advertencia del doctor Manta.

— Apretó los labios—. Yo le he dicho que, cuando a ti se te mete algo en la cabeza, no hay quien te detenga; pero no creo que haya servido de mucho.

Mahree tragó saliva.

— Fue culpa mía, así se lo diré y le pediré perdón —dijo con un hilo de voz.

«También debo disculpas a Rob. Y al pobre doctor Manta, no digamos».

«No seas tan severa contigo misma, amiga —dijo una voz dentro de su cabeza—. También yo hacía locuras cuando era joven y apenas había dejado atrás mi época de espora».

«¿Doctor Manta? —pensó Mahree, casi sin poder creer lo que «oía»—. ¿Eres tú?»

«Sí, soy yo —respondió el averniano—. Pero ya tendremos tiempo de «charlar» más adelante, cuando hayamos descansado los dos».

Todo el diálogo había tenido lugar en cuestión de segundos. Rob aún le decía:

— Me parece bien que le pidas disculpas. ¿A dónde vas? —preguntó al ver que ella se disponía a levantarse.

— A pedir a Dhurrrkk que me perdone.

Rob levantó una mano para detenerla.

— Después hablarás con él. Quiero que hoy descanses durante todo el día.

— Me encuentro bien —protestó Mahree—. Casi normal.

— Casi —repitió Rob, aún con aquella voz artificialmente tranquila que hacía pensar a Mahree en un trueno lejano, pues poseía el mismo tono amenazador—. Cuando estés bien del todo, te agradeceré que me lo digas.

— ¿Por qué? —preguntó.

La máscara de serenidad de Rob se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Porque, cuando estés bien del todo, te mataré! —gritó rojo de indignación, subiendo la voz a cada palabra—. ¿Cómo pudiste hacer semejante estupidez? Es la locura más aberrante que has cometido en tu vida. ¡Creí que tenías cerebro! Y has estado a punto de pulverizarlo.

«Ya la he liado», pensó ella bajando la cabeza ante la acometida.

— Tienes razón para enfadarte conmigo —admitió en tono muy suave—. Fue una tontería y lo siento, Rob.

Él no se apaciguaba.

— Si te hubieses muerto, ¿qué diablos habríamos hecho Dhurrrkk y yo en Shassiszss? Sin ti hubiéramos estado perdidos. Tú eres la que Puede hablar con esta gente sin tener que pararse a buscar una traducción a cada dos palabras, no yo. ¡No se te olvide!

— Vi la oportunidad de mejorar... —se justificó.

— ¡Demasiado peligroso! —la interrumpió él, y al cabo de unos segundos, agregó—: Creí que formábamos un equipo. Pensé que te importábamos.

— Y me importáis —replicó ella con lágrimas en los ojos—. Me importáis. Supongo que, después de salir indemne de tantos peligros, empecé a descuidar la precaución. Quizá necesitaba que se me recordara que soy tan mortal como cualquiera.

— Sí; «mortal» es la palabra exacta —confirmó él con acritud— Y Dhurrrkk y yo estuvimos a punto de pagar las consecuencias de tu imprudencia.

Mahree sintió una oleada de indignación.

— ¡Ya te he dicho que lo siento, Rob! Me parece que exageras. Pude morir, sí, pero la verdad es que no he muerto. ¿Por qué te pones tan furioso?

Gable permaneció durante largos segundos inmóvil, con la cabeza inclinada y los hombros tensos. Luego, alzó la mirada.

— Porque te quiero, maldita sea —dijo con suavidad—. Y si hubieses muerto...

No pudo terminar.

Mahree lo miraba impasible. Le parecía que su corazón necesitaba una sacudida del estimulador para volver a arrancar. «No seas idiota —pensó al fin—. Él te «quiere» como tú quieres a Dhurrrkk. Ahora no hagas el ridículo...»

La chica tuvo que humedecerse los labios antes de hablar.

— ¿Tú me quieres? ¿Cómo me quieres?

La expresión de Rob era un estudio de exasperación y ternura combinados.

— Pues como un enamorado. ¿Cómo, si no?

«Esto no es verdad. Esto no puede pasarme a mí».

— Bromeas.

— ¿Bromear con una cosa así? Jamás lo haría.

Ella lo miró asombrada. Su conmoción debía de ser evidente, porque él se acercó y le rodeó los hombros con el brazo.

— Eh, supongo que no debí soltártelo así. En realidad, eso empezó hace tiempo; pero no lo comprendí hasta ayer, cuando me di cuenta de lo que significaría perderte.

La miraba entornando los ojos en la penumbra.

— Te ha causado mucha impresión, ¿no? Quizá no debí decir nada —murmuró, cada vez más nervioso—. Mira, yo no espero... —Tragó saliva—. Lo que trato de decirte es... maldita sea... que ya sé que tú no... bueno que...

Mahree empezó a temblar de arriba abajo.

— Rob —consiguió decir con un castañeteo de dientes—. ¡Calla!

Él retiró el brazo.

— Bueno, perdona. ¿Estás bien?

— Estoy atontada... o algo así —murmuró la muchacha—. Oh, Rob... ¿puede ser fatal un exceso de felicidad?

Haciendo acopio de valor, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, mientras decía con voz clara:

— Yo también te quiero. Te he querido desde el primer momento que te vi, desde el día en que me colé en los archivos saltando el código de seguridad y contemplé el vídeo de tu entrevista con Personal.

— ¡Oh! —exclamó él con acento de sorpresa, y su pecho se ensanchó con un largo suspiro de alivio.

La abrazó.

— Mírame —dijo minutos después y ella sintió en la mejilla el calor de su aliento—. Quiero verte la cara cuando lo digas.

Mahree levantó la cabeza.

— Te... te quiero, Rob —dijo y sonrió con incredulidad—. Me cuesta decirlo, después de tanto tiempo de tener que disimular.

— ¿Por qué disimulabas?

— ¿Crees que soy tonta? —murmuró ella riendo entre dientes—. Me tratabas como a tu hermanita pequeña, ¿no te acuerdas?

— Sí..., se me olvidaba. Qué imbécil he sido. —Su sonrisa se ensanchó—. Me parece que fue entonces cuando empecé a enamorarme de ti.

— ¿Cuándo?

— Cuando me llamaste imbécil. A partir de aquel momento, por más que me esforzaba no podía evitar verte como una mujer...

Mahree se echó a reír.

— No te rías —dijo él secamente.

— ¿Por qué no?

— Porque quiero darte un beso y es difícil atreverse a besar a una mujer que se ríe de ti.

Mahree dejó de reír en seguida.

Rob volvió la cabeza y sus labios se unieron. Ella sentía su boca suave y cálida, y al momento se relajó y cerró los ojos. Poco a poco, él se hizo más exigente, abriéndole los labios, al principio con delicadeza y después con más insistencia. Mahree gimió un poco al sentir la lengua de él en la suya, y se estremeció de placer.

Cuando él se apartó, los dos tenían la respiración entrecortada; pero, sólo en parte se debía a la escasez de oxígeno.

— Yo no pensé... —murmuró ella—. No imaginaba que sería así. No creí que pudiera sentir esto.

Los oscuros ojos de él no se apartaban del rostro de la joven mientras reseguía con las yemas de los dedos la línea de la mandíbula y de los labios. Mahree volvió a cerrar los ojos cuando él le acarició el cuello.

— ¿Vas a hacer el amor conmigo? —susurró—. ¡Lo deseo!

Oyó a Rob aspirar con furia y entonces notó que la soltaba bruscamente. Mahree abrió los ojos y vio que se había apartado de ella con una expresión extraña de tristeza, resignación y ternura a la vez.

— Ojalá pudiera —murmuró—. Es lo que más deseo.

— ¿Por qué no? —preguntó la chica desconcertada y un poco molesta—. Llevas el dispositivo, ¿verdad?

— Claro que sí —contestó él—. Pero... Mahree... El sexo exige un cierto esfuerzo físico. Aunque creyera que iba a poder... actuar aquí —señaló con un ademán el puente en el que apenas había espacio para moverse—, y no estoy seguro de que pudiera, preocupado por si entraba Dhurrrkk, el cual se hallaría encantado de aprovechar la oportunidad de observar el apareamiento humano... —agregó ahogando la risa—. Pero lo principal, amor mío, es que no tenemos suficiente cantidad del dichoso oxígeno. No podemos permitirnos derrochar tanto aire.

XV. INMUNIDAD DIPLOMÁTICA Y OTRAS AMENIDADES

Estoy más nerviosa que una gata y más sucia que una marrana. Pero nada importa, porque Rob me quiere. ¡No acabo de creerme la suerte que tengo! Y pronto estaremos en nuestro punto de destino. Dhurrrkk dice que dentro de treinta minutos avistaremos Shassiszss.

La emoción es terrible. ¿Cómo nos recibirán los mizaritas? ¿Decidirán que lo que más les conviene es aliarse con los simius? ¿Qué pensarán de la raza humana los otros miembros de la Confederación?

¿Estaremos en peligro? Ahora, de repente, tengo miedo...

A petición suya, hemos encerrado al doctor Manta en el laboratorio hidropónico. El averniano quería entrar en lo que llama un «estado de reposo» durante cuatro o cinco días, para asimilar todos los conocimientos recién adquiridos. Desde el momento en que se tendió sobre sus plantas, quedó insensible a todo contacto. Su brillo se apagó. Si no hubiéramos estado sobre aviso, habríamos creído que se hallaba muerto.

Aunque el viaje ha sido largo, duro y penoso, no me lo hubiera perdido por nada. He aprendido muchísimo.

Antes de salir de Jolie, siempre trataba de actuar como una persona mayor y me indignaba siempre que la gente no me considerara adulta. Pero ahora que ya sé que lo soy, eso no me preocupa.

Cuando se lo expliqué a Rob, él dijo que se alegraba mucho. Y agregó, con entonación solemne, que si yo no fuera una persona mayor, tendría que dejarme, porque, a bordo de la *Rocinante*, se siente como si tuviera ochenta años: siempre sin respiración, helado y a media luz. Los verbos mizaríes me andan por la cabeza como una letanía. Sólo faltan unos minutos...

— ¡Canastos! —exclamó Rob—. ¿Eso es una estación espacial? ¡En comparación, la Estación Uno parece un sello de Correos, Dhurrrkk!

Tanto el simiu como Mahree lo miraron con extrañeza.

— ¿Sello de Correos? —preguntaron al unísono.

El médico se encogió de hombros.

— Perdón. Era una antigua forma de envío de mensajes. Mi padre heredó una colección que data de antes de la Primera Colonia Marciana.

Dhurrrkk seguía intrigado.

— ¿Para qué quiere tu padre una colección de viejos mensajeros? —preguntó desconcertadísimo.

Mahree ahogó la risa y Rob la miró furioso.

— Me refería a un objeto de este tamaño —dijo indicando un espacio entre el índice y el pulgar.

— Muy interesante —murmuró Dhurrrkk lanzando a Mahree una mirada de «¡Qué raros son los humanos a veces!»

— De todos modos —dijo ella antes de que Rob pudiera complicar las cosas todavía más—, tienes razón. La estación es enorme.

La estructura era una gigantesca mancha circular sobre el pálido disco amarillo verdoso de Shassiszss. Consistía en dos vastas formas cilíndricas compuestas por multitud de aros concéntricos y situadas en ángulo recto una respecto a otra.

— Es como un giroscopio colosal —murmuró Mahree.

Por la parte de planeta que cubría, resultaba evidente que la estación era inconmensurable; pero Mahree no pudo hacerse una idea de su tamaño hasta que vio acercarse una de las pequeñas naves simiu en forma de pez martillo. «Ahí podrían vivir miles y miles de personas —pensó—. Quizá centenares de miles».

— Sí, es grandísima —corroboró Dhurrrkk—. Los vídeos en tres dimensiones no te dan idea de la escala. Pero esa estación es el Cuartel General de la Confederación y alberga a representantes de diferentes mundos, con su personal y sus vehículos. Además, es centro de todas las funciones de la Confederación, tales como la Liga Irónica, es decir, los que salvaguardan la paz y el cumplimiento de las leyes que dictan los miembros.

— ¿Esa estructura es el Cuartel General? —preguntó Rob—. Creí que estaría en el planeta.

— Oh, no —respondió Dhurrrkk—. Es mucho más práctico utilizar para Cuartel General de la Confederación un cuerpo orbital. Hay muchas razas que precisan menor gravedad y, como ya sabéis, las condiciones ambientales se crean con mayor facilidad en el espacio que en la superficie de un astro.

— Sí —reconoció Rob—. Y, además, siempre existe el peligro de la posible mutación de un microbio extraño. Las cuarentenas son más fáciles de observar en el espacio.

El simiu volvió a contemplar la estación espacial que se iba viendo cada vez más próxima.

— Además, posee cierto valor simbólico el hecho de que la estructura fundamental del Cuartel General no esté asentada en el suelo de un mundo determinado sino flotando libremente en el espacio.

— El tamaño me parece increíble —insistió Rob—. ¿Tan grande la proyectaron?

— Oh, no —dijo Dhurrrkk—. En un principio sólo tenía el núcleo. Cuando se formó la Confederación, los mizaritas aportaron su estación para que sirviera de base al Cuartel General de la Liga. Las aportaciones de muchos mundos se fueron agregando hasta llegar a la estructura que contempláis ahora.

El simiu se instaló en el asiento del piloto, preparándose para supervisar y asistir el funcionamiento de los ordenadores que acercaban más y más la *Rocinante* a su punto de ataque asignado.

La tensión aumentó en la pequeña sala de control cuando se permitió a la nave seguir hasta el muelle sin escolta ni obstáculo.

Cuando hubieron atracado, Dhurrrkk salió del compartimiento con un suspiro.

— Dhurrrkk —dijo Mahree hablando despacio para que Rob entendiera sus palabras—, ¿crees que podemos estar en peligro?

— Lo dudo mucho —repuso el simiu—. Vosotros dos sois representantes de una especie inteligente desconocida hasta ahora y, en calidad de tales, vosotros y vuestro mundo suponéis un tesoro en potencia de nuevo talento, recursos, tecnología e ideas para la Confederación. Protegerán vuestra vida con gran solicitud.

— Dhurrrkk —dijo Mahree con un nudo que parecía habersele congelado en la garganta—. Yo me refería a los tres, y tú lo sabes. Contesta con sinceridad.

— Lo ignoro, amiga Mahree. Yo soy ahora un criminal, un ladrón y un embustero. Son delitos graves por los que podría pasar varios años de servicio público, hasta que recuperara mi honor. Estar deshonrado y repudiado por mi familia sería grave, pero es que, además... —titubeó— el Consejo podría considerarme traidor. Y las penas por traición son mucho más severas.

— ¿Cómo de severas?

Dhurrrkk guardó silencio.

— Podría tener que enfrentarse a un gladiador profesional en la Arena —explicó Rob en simiu bastante dificultoso, y pasó al inglés—, Rhrrrkkeet dijo que eso era lo que podría ocurrirle a ella. —Se pasó la mano por el pelo, frunciendo el entrecejo—. Pero quizá no haya que llegar tan lejos...

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Mahree.

— Dhurrrkk es el único ciudadano de la Confederación que se ha puesto abiertamente a nuestro lado... que sabe toda la verdad de lo que ha ocurrido. Quizás al Consejo Simiu le conviniera que tuviera un desafortunado accidente. O que desapareciera, sin más...

El miedo envolvió el corazón de Mahree como una jaula de hielo.

— Los simiu no harían eso —protestó—. Sería deshonesto.

— Hay simius como el gladiador Hekk'ees que actúan más bien como asesinos profesionales, ¿recuerdas?

— Dhurrrkk, ¿es posible eso?

— No lo sé... De verdad que no lo sé, amiga Mahree.

La chica imaginó a un pelotón de simius esperando en la compuerta de la *Rocinante*, y le pareció que se ahogaba.

— Dhurrrkk —dijo impulsivamente, pensando de prisa—, ¿por qué no dejas que Rob y yo salgamos solos? ¡En cuanto hayamos salido, puedes despegar! Tienes víveres en abundancia y el doctor Manta puede suministrarte oxígeno indefinidamente. ¿Por qué no te vas cuando todavía puedes?

— Olvidas el combustible, amiga Mahree —respondió el simiu, con una profunda tristeza en sus ojos violeta.

— Podrás encontrarlo en cualquier sistema cercano. Dijiste que el combustible de crucero interestelar mizari sirve para la mayoría de los mundos de la Confederación. ¿Tienes moneda de la Liga?

— Algo tengo —dijo Dhurrrkk—. Pero lo que dices es imposible. No nos queda combustible suficiente ni para una sola transición de espacio real a hiperespacio. Y eso es imprescindible.

— Oh, es eso —suspiró Mahree—. Pero, amigo Dhurrrkk, ¡tengo miedo por ti!

Dhurrrkk asintió.

— Yo conocía las consecuencias.

Se quitó la improvisada túnica.

— Vamos.

El extraterrestre dio media vuelta y salió de la sala de control, con paso corto y un poco vacilante. Los dos humanos lo siguieron con la mirada. Mahree movió la cabeza, muy triste, mientras se quitaba su propia túnica y se arreglaba las ropas deterioradas por el viaje.

— ¡Maldita sea, Rob! ¡Si están esperando a Dhurrrkk ahí fuera y se lo llevan, quizá no volvamos a verlo!

— Lo sé —dijo él recogiendo el maletín.

— ¿Y no podríamos... luchar o hacer algo?

— Los simius no tienen la talla adecuada para que se pueda andar con ellos a puñetazos — señaló Rob mientras iban por el pasillo hacia la cámara de descompresión.

— De todos modos, yo nunca he pegado a nadie —reconoció ella apenada—. ¿Y tú?

— Yo boxeaba en la Universidad. Peso welter. Pero, en una pelea de verdad, no. —Movió la cabeza—. No podemos pelear, Mahree. Recuerda lo fuertes que son.

Cuando Dhurrrkk los introdujo en la cámara de descompresión de la *Rocinante*, a Mahree le palpitaba con fuerza el corazón. Rob estaba pálido, pero apretaba los dientes y tenía la mirada firme y decidida.

Se abrieron las puertas. Mahree y sus amigos miraron al exterior con los nervios en tensión. Al advertir que no había nadie esperándolos se tranquilizaron y salieron a un túnel redondo, iluminado por una brillante luz blanca. La gravedad venía a ser como en Jolie. El aire era cálido, seco y bien oxigenado. «Menos mal que no hemos traído al doctor Manta», pensó Mahree, entornando los ojos ante aquella luz tan intensa, deslumbradora después de los muchos días pasados en la penumbra de la *Rocinante*. Las paredes del túnel eran de un blanco resplandeciente; el suelo, negro y brillante.

Estaban agrupados junto a la compuerta, parpadeando y gozando del grato calor del ambiente. No sabían qué hacer, cuando una espesa niebla azul empezó a salir de las paredes. Pronto, todo el corredor se llenó de una bruma color zafiro.

Resonó una voz que dijo en sibilante simiu:

— Avance por el vapor descontaminante. Lamentamos necesidad de esta operación y les pedimos paciencia. No inhalen el vapor. Gracias por su ayuda.

Los tres viajeros se miraron.

— ¿Qué ha dicho? —preguntó Rob—. Yo sólo he entendido la primera parte.

Mahree repitió el mensaje. El médico se encogió de hombros.

— ¡Qué diablos! —murmuró metiéndose en la niebla.

Momentos después, Mahree oyó su voz, amplificadas por las paredes curvas:

— ¡Di a Dhurrrkk que no hay peligro! —gritó—. Adelante, alguien nos espera. Un mizarita, no hay simius a la vista.

Rápidamente, Mahree se introdujo en el vapor descontaminante. Lo sentía cálido y húmedo en la piel y le picaba en los ojos. Los cerró y siguió avanzando. Percibió un leve zumbido y los destellos de una potente luz. Tres pasos más y dejó atrás luz y vapor. Oía a Dhurrrkk, que se

acercaba detrás de ella, arañando suavemente con las uñas el pulimentado suelo negro.

Mahree abrió los ojos al volver a sentir aire en la piel. El corredor estaba inundado de una luz dorada que irradiaba del ser que estaba aguardándoles.

«De manera que éste es un mizarita». Mahree, con los ojos muy abiertos, examinó la forma sinuosa del ser. «¡Los vídeos tridimensionales no indicaban que fueran tan preciosos!»

La criatura que les esperaba era hembra. Mahree lo advirtió inmediatamente porque le faltaba la aleta dorsal. Debajo del resplandor dorado (una aureola protectora sin duda), las escamas de la mizarita tenían un brillo plateado con rombos escarlata, negros y naranja en el dorso. Tenía levantada la tercera parte de su cuerpo, y los humanos veían los pequeños apéndices prensiles que erizaban las escamas de su cara anterior.

Los ojos de la criatura eran negros, sin pupilas y de mirada fija. Estaban a la altura de la cabeza de Mahree. El cráneo del aborigen tenía forma de cuña, con la nariz achatada, y estaba rodeado de una espesa nube de «tentáculos» que hacían las veces de manos y dedos. Los sensibles apéndices se ondulaban hacia fuera, rodeando la cabeza del ser, y continuaban a lo largo del «cuello» en una extensión de más de medio metro. Eran negros, escarlata y naranja con las puntas de un blanco plateado. Se movían sin cesar, por lo que Mahree no podía ver si tenían escamas o no.

La longitud de la criatura era impresionante, de más de cinco metros. Su cuerpo estaba extendido detrás de ella, haciendo contrapeso a la parte levantada. Pero, cuando los tres viajeros se detuvieron frente al desconcertante ser, éste enroscó despacio la parte inferior del cuerpo, con un siseo de escamas.

— ¡Qué preciosidad! —susurró Rob con una gran sonrisa de placer; luego, rió entre dientes murmurando—: Serpientes... ¡Nada menos que serpientes!

Mahree le dio un codazo, para imponerle silencio; pero no chistó porque «chisst» en mizari quiere decir «me pica el cuerpo por estar cambiando la piel», y le pareció que como primer comentario no sería oportuno. Juntó las manos, las levantó sobre la cabeza y dobló la cintura tal y como Dhurrrkk les había enseñado.

— Saludos —dijo en mizari. (En realidad era una expresión antigua que literalmente significaba «buena caza»; aunque los mizaritas ya no se alimentaban de presas vivas. Hacía cientos de siglos que subsistían a base de formas sintéticas de proteína.)

La criatura levantó todos sus tentáculos sobre la cabeza y luego, con un gracioso movimiento, dobló un metro de cuerpo.

— Saludos —dijo en su propia lengua. Tenía unos colmillos finos como agujas, y más largos aún que los de Dhurrrkk. Pero los mantenía escondidos en la boca, de manera que apenas los enseñaba al hablar—. En mi propio nombre y, en el de mi pueblo los... —siseó el nombre que los mizaritas se daban a sí mismos—, así como en mi calidad de representante de la Liga de Sistemas Confederados, es para mí un honor y una satisfacción daros la bienvenida a este lugar que representa el espíritu de nuestra unidad. Soy Shirazz, enlace de viajeros de la Liga. Lamento tener que permanecer envuelta en este campo bioprotector; pero ello es tanto para vuestra seguridad como para la mía.

— Lo comprendemos, estimada Shirazz —dijo Mahree en mizarí—. Yo soy Mahree

Burroughs y mis compañeros y amigos son el doctor Robert Gable y el honorable Dhurrrkk, del clan... —pronunció el gruñido grave y sibilante de la gran familia del simiu—. Venimos a solicitar vuestra ayuda en un asunto que atañe a la paz interestelar. Si no se resuelven las malas interpretaciones surgidas entre mi pueblo y el del honorable Dhurrrkk, puede haber conflicto físico entre nuestras respectivas especies.

Shirazz había detenido su movimiento ondulante y estaba muy quieta. Hasta sus tentáculos dejaron de moverse mientras escuchaba.

— Hablas nuestra lengua —dijo—. Ello me complace, me honra y me sorprende, lo confieso. No creo que haya habido relaciones entre nuestras especies.

— No; no las ha habido. Yo aprendí vuestra lengua a bordo de la nave del honorable Dhurrrkk. Él también la habla, pero mi amigo, el doctor Gable, no.

— ¿El doctor Robert Gable habla...? —y la criatura siseó el nombre que los simius daban a su lengua.

— Sí, lo habla.

— En tal caso, hablemos en esa lengua —dijo la mizarita en correcto simiu—. Honorable sanador Gable —hizo una reverencia a Rob—. Honorable Dhurrrkk —dedicó otra reverencia al simiu.

Ellos saludaron a su vez.

— También he preparado cassettes que pueden utilizarse con equipo simiu, las cuales dan la traducción del mizarí al simiu y del simiu al inglés, que es nuestra lengua de uso corriente. Hemos confeccionado, además, un diccionario simiu-inglés. Pensé que estas cosas podrían ser útiles.

Sacó del bolsillo las pequeñas cassettes y las mostró.

— Es impresionante —comentó Shirazz—. Te damos las gracias. Puedes dejarlas en esa repisa.

E Acercó un tentáculo a la pared, a la altura del hombro de un ser humano, y la blanca y lisa superficie formó súbitamente la repisa prometida.

Mahree se apresuró a hacer lo que se le pedía.

Cuando volvió a su lugar entre sus compañeros, Shirazz dijo:

— ¿Disponéis también de traductores electrónicos?

— Sí, por lo menos del simiu al inglés —comentó Mahree.

— Magnífico. Para haber hecho una salida tan precipitada, habéis llegado bien preparados.

— Es que la comunicación con vuestra especie y con el resto de la Liga de Sistemas Confederados es nuestro mayor deseo —dijo Mahree.

— Hemos hablado con la honorable Rhrrrkkeet —informó Shirazz—. Ella nos ha puesto al corriente de la situación. Los representantes de Hurrreeah prestarán declaración en una reunión de los Consejeros Planetarios que se celebrará mañana. Pero estamos deseosos de oír vuestro testimonio.

Mahree cerró los ojos durante un segundo y exhaló un inaudible suspiro de alivio.

— Lo haremos con mucho gusto —respondió—. ¿Mañana?

— No, en la reunión de Consejeros Planetarios siguiente, dentro de tres días simiu. Los consejeros querrán veros, oíros y tener oportunidad de hablar con vosotros... Desearán haceros

preguntas acerca de vosotros y de vuestros mundos. ¿Os parece aceptable?

— Nos parece perfecto. Estamos muy interesados en conocer a todas las razas que forman la Confederación.

— Se dispondrán las reuniones —dijo Shirazz—. Pero antes deberéis pasar una breve cuarentena. Cuando habéis atravesado el vapor descontaminante se os hizo una exploración. Pronto sabremos si estáis en condiciones de entrar en contacto con nosotros sin peligro para vuestra salud. De lo contrario, os proveeremos de campos protectores como el mío.

— Nos agradecería poder descansar —planteó Mahree con decisión—. El viaje no ha sido fácil.

— Hemos solicitado a la honorable Ahkk'eerrr, Primera Consejera simiu, permiso para hablar con Rhrrrkkeet, y también con vuestros amigos humanos —dijo la Enlace de Viajeros—. Cuando termine la cuarentena podréis hacerlo. Ahora los humanos seguidme, que os acompañaré a vuestro alojamiento.

— ¿Y el amigo Dhurrrkk, ilustre Shirazz? —era lo primero que decía Rob; su pronunciación del simiu era dificultosa pero comprensible—. ¿Dónde se alojará él?

— El honorable Dhurrrkk no está en cuarentena —respondió Shirazz—. Él estará en la zona simiu de la estación. La honorable Ahkk'eerrr desea hablar con él.

«¡Vaya si tiene que desearlo!», pensó Mahree.

— Ilustre Shirazz —dijo con acento cortés pero firme—, el doctor Gable y yo deseamos que Dhurrrkk se aloje con nosotros. No queremos separarnos.

La criatura se desenroscó con un leve crujir de escamas.

— Lamento mucho no poder acceder a vuestra petición —dijo—. Pero el honorable Dhurrrkk debe ir con *ellos*. —Sus tentáculos señalaban a dos fornidos simius que se acercaban por el corredor—. La honorable consejera Ahkk'eerrr insiste.

Mahree se volvió hacia su amigo, asustada.

— ¡Dhurrrkk! —susurró arrodillándose para mirarle a la cara.

— No te aflijas, amiga Mahree —dijo él abrazándola con cariño. Ella sintió en la mejilla el contacto del pelo cálido y perfumado del simiu—. Iré con ellos. No me pasará nada.

— ¡Y un cuerno vas a ir con ellos! —gruñó Rob en inglés.

Se sentó en el suelo del túnel, con las piernas cruzadas, y rodeó a Dhurrrkk con los brazos agarrándose las muñecas. Su amigo simiu le miraba asombrado, sin acertar a protestar.

— Tendrán que llevarme a mí con él —desafió el médico—. Mahree, tú también.

Ella lo miró boquiabierta durante un segundo. Luego, sonrió maliciosa, se sentó y rodeó el pecho de Dhurrrkk con los brazos, asiéndose las muñecas lo mismo que Rob.

— Ilustre —dijo dirigiéndose a la mizarita—, no consentiremos que nos separen. ¡Es imprescindible que Dhurrrkk permanezca con nosotros!

Shirazz los miraba inmóvil. Los otros dos simius se acercaron al grupo, saludaron solemnemente a la Enlace de Viajeros y se sentaron sobre los cuartos traseros, mirando atónitos al extraño trío que seguía abrazado.

La Enlace de Viajeros parecía desconcertada por la actitud de los humanos.

— No acierto a comprender —dijo hablando muy despacio—. ¿Qué ocurre? ¿Hay razón para alarmarse?

— ¡La hay, ilustre! —exclamó Mahree—. ¡Te ruego que me escuches y me creas! El honorable Dhurrrkk tiene que declarar con nosotros ante la reunión del Consejo. De lo contrario, nuestro testimonio no estaría completo. ¡Y, para asegurarnos de que asiste, debemos retenerlo a nuestro lado!

Shirazz miró a los dos simius.

— Quizá no comprendisteis cuando dije que el honorable Dhurrrkk debía ir con su pueblo. Yo me refería al contingente de simius que se encuentra aquí, en la estación, no en su mundo —explicó.

Mahree comprendió que sus palabras estaban dirigidas también a la pareja de simius.

— Sí, pero, ¿lo entiende así también la honorable consejera Ahkk'eerrr? —preguntó Rob, pronunciando el simiu con meticulosa precisión—. El honorable Dhurrrkk podría estar en camino de Hurrreeah cuando el Consejo se reuniera. No podemos correr un riesgo semejante.

El médico tuvo que carraspear cuando acabó de hablar; pero lanzó a sus acompañantes una mirada de triunfo.

«Nunca había dicho tanto de un tirón —pensó Mahree—. ¡Y Shirazz lo ha entendido!» Le sonrió con orgullo.

— No dejaremos que nos separen del honorable Dhurrrkk. Nuestro amigo tiene que declarar también en la reunión del Consejo. —Miró a los otros simius—. Hasta entonces debe permanecer bajo protección —terminó en voz baja.

Uno de los simius habló por primera vez.

— Tenemos órdenes, ilustre y honorable Shirazz —dijo el más alto, un macho adulto que aventajaba a Dhurrrkk en media cabeza; y el otro era casi igual de grande—. Es asunto que atañe a la seguridad interna de nuestro mundo. Dhurrrkk... (Mahree observó con un sobresalto que no le daba el tratamiento de «honorable».) Dhurrrkk debe venir con nosotros. Ahkk'eerrr lo ordena. Lo acompañaremos a su presencia... por cualquier medio.

— Ilustre y honorable Shirazz —agregó el otro—, nosotros no deseamos violencia. Ordena a los humanos que se retiren o tendremos... —y terminó titubeando—: que cumplir con nuestro deber.

. Al oír la velada amenaza, Dhurrrkk trató de desasirse.

— Amigos, no puedo permitir que pongáis en peligro vuestra seguridad —murmuró en inglés—. Dejadme ir. Después de lo que ha visto Shirazz, no se atreverán a hacerme daño.

— ¡No! —se opuso Mahree apretándole el abrazo de tal manera que su amigo hubiera tenido que lastimarla para soltarse; se dirigió a los «escoltas» airadamente—: ¡Vuestras amenazas no nos asustan! —El furor era más fuerte que su miedo—. ¿Cómo os atrevéis?

Los guardias simius entornaron los ojos y apretaron sus grandes manos, como si les costara trabajo dominarse.

— Suéltalo —ordenó el más alto hablando directamente a Mahree, por primera vez—. No tienes ningún derecho.

Mahree se enojó. Miró furiosa a los dos simius y, con gran parsimonia, enseñó los dientes.

— Sí lo tengo —gruñó—. ¡Estamos unidos por un compromiso de honor! ¡Su honor es mi honor! ¡Para llevároslo a él tendréis que llevarme a mí también porque no pienso soltarlo! ¡Si

tratáis de separarnos, yo misma os desafiaré!

— Y yo también —siseó Rob.

Mahree no apartaba la mirada de sus posibles oponentes. El primer simiu alzó la cresta. Su aureola llameante anunciaba que estaba dispuesto para el combate.

— Estoy segura de que los desafíos no son necesarios —dijo Shirazz en tono plácido. Con un rápido movimiento, situó su largo cuerpo entre ambas partes.

Los enormes músculos del simiu se dilataron durante unos momentos, hasta que su cantarada lo asió del brazo murmurando unas palabras inaudibles. Muy despacio, la cresta del gran simiu se bajó.

Shirazz miró al trío.

— Habéis viajado juntos y vuestra versión ha de ser la misma —dijo—. Es costumbre de la Confederación escuchar todas las versiones de un caso. —Se volvió hacia los dos simius, y agregó—: Nuestros visitantes humanos manifiestan, con gran dramatismo por cierto, la necesidad de que el honorable Dhurrrkk asista a la reunión del Consejo. Es mi deber hacer que se cumpla la política de la Confederación.

Los dos simius se agitaron, violentos.

— Nosotros lo acompañaremos a la reunión —dijo el mayor, de mala gana, después de mirar a su compañero.

— Estoy segura de ello —manifestó Shirazz con su proverbial tono afable—; pero también estoy segura de que la honorable Ahkk'eerrr no tendrá inconveniente en acceder a la petición de los humanos. Por lo tanto, asumo la responsabilidad de alojar al honorable Dhurrrkk donde lo considere conveniente. Como ya sabéis, nuestra seguridad ofrece las máximas garantías. Confío en que estaréis de acuerdo.

Los dos simius, desasosegados, volvieron a mirarse.

— Decid a la primera consejera Ahkk'eerrr que yo hablaré con ella personalmente tan pronto como haya instalado a nuestros visitantes —terminó Shirazz.

Los dos guardias tenían las crestas caídas, pero consiguieron recuperar algo de su aplomo.

— Como dispongas, ilustre y honorable Shirazz —dijo el más grande—. La honorable consejera Ahkk'eerrr recibirá tus noticias con honorable placer.

«Eso, seguro», pensó Mahree, reprimiendo una sonrisa de triunfo. Abrazó con fuerza a su amigo, llena de alegría, pero no lo soltó hasta que los escoltas se marcharon sin despedirse, al típico estilo simiu.

Rob se puso en pie con un largo suspiro de alivio.

— Lo hemos logrado por los pelos —murmuró dando la mano a Mahree.

Ella respondió con un abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

— *Je t'aime, M'sieu le docteur! Tu es magnifique!*

— Me gusta que me digas obscenidades, cariño —respondió él con una risa un poco histérica.

— Sólo he dicho que te quiero y que eres estupendo, Rob —sonrió Mahree.

— Yo también te quiero —contestó él muy serio.

— ¿Cuánto? —preguntó ella.

— Hasta los confines del Universo y más allá de la muerte. —La miró alzando una ceja—. ¿Te

parece bastante?

Mahree fingió pensarlo y asintió con aire grave.

— Sí. Tendré suficiente.

— Honorable Dhurrrkk —decía Shirazz cuando los humanos se volvieron hacia su amigo—, ¿permities que te acompañe a tu alojamiento? —Mahree hizo un involuntario movimiento hacia el simiu, y la mizarita agitó ligeramente los tentáculos—. Lo instalaré cerca de vosotros —prometió—. Yo garantizo su seguridad.

Mahree vacilaba. Luego, preguntó de pronto con cierta brusquedad:

— ¿La puerta tiene cerrojo?

Los tentáculos de Shirazz se agitaron, aunque la joven no supo si era de irritación o de regocijo.

— Sí, hay cerrojo —repuso la Enlace de Viajeros—. Y también le enseñaré a activar el campo de reclusión.

— Estaré muy bien, amiga Mahree —dijo Dhurrrkk con paciencia—. No temas por mí. Ahora que estoy bajo la protección oficial de la Confederación, me encuentro tan seguro como en casa de mi madre. Más seguro, incluso.

Mahree miró a Rob, el cual asintió con un gesto tranquilizador.

— Está bien —dijo—. Te visitaremos en cuanto nos hayamos instalado.

Dhurrrkk titubeaba.

— No quisiera aparecer poco hospitalario —dijo al fin en inglés—; pero creo que me gustaría dormir. Dormir un buen rato.

— De acuerdo —rió Mahree—. A buen entendedor... Hasta mañana entonces. —Miró a la mizarita—. ¿Existe algún medio para comunicarnos entre nosotros?

— Desde luego —dijo su anfitriona—. Ahora, si me dais permiso, acompañaré a vuestro amigo.

Mahree siguió con la mirada al simiu, que se alejó por el corredor en compañía de la Enlace de Viajeros. Comprobó con satisfacción que su amigo había recobrado su airosa forma de andar.

Minutos después, reaparecía Shirazz.

— Ahora, a fin de asegurar vuestra comodidad, tengo que saber vuestras preferencias de gravedad, aire, dispositivos sanitarios, descanso, higiene, alimentación y todas esas cosas... ¿Podéis especificármelas?

Mahree miró a Rob con desconsuelo. Tenía la mente en blanco. Estaba agotada. El médico dio un paso adelante y la agarró del brazo, para sostenerla con disimulo mientras decía:

— ¿Dispones de aparato traductor al simiu o de algún medio que te permita oír en tu propio idioma lo que yo digo, Ilustre? f. Uno de los tentáculos mostró algo brillante.

— Sí, doctor Robert Gable. Y también tengo el programa de traducción del honorable Dhurrrkk y de la honorable Mahree.

— Bien. —Rob se ciñó el traductor a la muñeca y accionó el terminal de ordenador—. Esta gravedad es perfecta, ilustre Shirazz —dijo en inglés—. Estamos acostumbrados a las instalaciones sanitarias y de reposo de los simius. La composición de la atmósfera es ideal. Los dos necesitamos H₂O líquido y puro para beber, a una temperatura ligeramente superior al punto

de congelación. Nos queda poca comida, pero podemos proporcionarte muestras para que, si es posible, las reproduzcas.

— Muy bien —dijo Shirazz—. Ten la bondad de poner las muestras en el estante, con el otro material. ¿Qué cantidad de alimento necesitáis diariamente?

Rob sacó dos paquetitos que depositó junto a las cassettes del diccionario de Mahree.

— Cada uno de nosotros necesita, por día, cinco veces esta cantidad.

— Entendido —dijo la mizarita—. ¿Y la higiene personal?

— ¿Podríamos tomar un baño? —preguntó Mahree en inglés, para que Rob lo entendiera, y después en mizari, ya que en el vocabulario simiu no figuraba la palabra «baño». ¿Un baño de verdad?

Shirazz se quedó impasible.

— Desde luego. ¿Arena? ¿Lodo? Si deseáis otro agente limpiador, ruego especificación de la composición química.

Mahree miró a Rob desolada, pero él le sonrió animándola y dijo con suavidad:

— H₂O líquido, ilustre. En cantidad suficiente para una inmersión.

— ¿Hasta dónde deseáis sumergiros? —Los tentáculos de la Enlace de Viajeros se movían con rapidez y Mahree supuso que estaba tomando notas.

— Que sea lo bastante hondo como para sentarnos —terció la joven antes de que Rob pudiera contestar, y se sentó en su bolsa para que la extraterrestre pudiera comprender lo que quería decir — y que el agua nos llegue por aquí —señaló la clavícula—. Si no es molestia, ilustre.

— Claro que no —se apresuró a responder el ser anfitrión—. Nuestros receptáculos de baño están diseñados para acomodar a criaturas de nuestro tamaño. No será difícil adaptar uno a las necesidades humanas. ¿Temperatura?

Rob y Mahree se miraron desconcertados. Desconocían todavía la unidad de temperatura simiu.

— Este aire está a diez unidades nuestras por debajo de la temperatura de nuestro cuerpo, la cual habréis registrado cuando nos reconocisteis. Nos gustaría que el H₂O líquido estuviera a ocho unidades por encima de nuestra temperatura corporal, si es posible.

— Perfectamente —acordó la Enlace—. No hay inconveniente.

— Oh, y por favor, varios largos de esa tela que los simius usan para cubrir sus esterillas de dormir —agregó Mahree, pensando en las sucias toallas que llevaba en la bolsa.

— Desde luego.

Rob miró a Mahree y se encogió de hombros.

— Me parece que eso es todo —dijo a la mizarita, y agregó con una sonrisa tímida—: Espero que no sea mucho pedir.

Shirazz le dirigió una mirada serena, disponiendo su esbelto cuerpo en una actitud que sugería cierta sorna.

— En absoluto, sanador Gable. Yo he alojado a los ri, que son unas criaturas acuáticas tan grandes que casi llenarían esta parte del túnel, y tan tímidos que pueden morir de miedo si se ven de pronto frente a un ser de otra especie. También he hospedado a criaturas que requieren atmósferas de metano y cianuro, baños de amoníaco líquido, seres vivos para alimento y una

gravedad cinco veces superior a la que tenemos en este lugar. Vuestras necesidades son bastante modestas. Ahora tened la bondad de aguardar un momento y en seguida os acompaño a vuestro alojamiento.

Sus tentáculos se movieron con elegancia durante varios minutos, mientras comunicaba a sus ayudantes las necesidades de los huéspedes. Al final, hizo una reverencia y dijo:

— Vuestro alojamiento está preparado. ¿Tenéis la bondad de acompañarme?

Shirazz se desenroscó grácilmente y empezó a deslizarse por el corredor a considerable velocidad, la cual hubo de reducir para acomodarla al paso de los humanos.

— Cuando lleguemos a la Tierra estaremos tan curtidos en Primeros Contactos que nadie podrá soportarnos —le comentó Rob a Mahree en inglés.

— Me imagino la escena —rió ella suavemente—: «...y luego pase la tarde con aquella criatura del océano del amoníaco... ¿cómo se llamaba?»

Shirazz, que iba delante, se detuvo frente a un punto de la pared del túnel.

— Aquí está vuestro alojamiento —dijo, y en la lisa pared se marcó entonces una abertura—. Y ahí está vuestro compañero.

Señaló otra puerta, situada no muy lejos.

Las hojas de la puerta se deslizaron hacia los lados.

— Adelante —dijo Shirazz, invitándoles a pasar.

Los humanos penetraron en un apartamento que era tan grande como la mitad de la *Rocinante* y estaba compuesto por sala, amueblada al estilo simiu, un pequeño comedor, un dormitorio y, más allá, en el aseo, algo que hizo suspirar de satisfacción a Mahree.

— ¡El baño! ¡Muchas gracias, ilustre Shirazz!

— ¿Existe alguna manera de reducir la intensidad de la luz? —preguntó Rob a la mizarita—. La luz simiu es demasiado blanca para nuestros ojos. Nosotros preferimos una luz más suave, a ser posible, amarilla mejor que blanca.

— Yo os indicaré cómo regular la luz y hablar con vuestro amigo por el intercomunicador, sanador Gable —dijo Shirazz haciendo una reverencia a Mahree, quien se la devolvió—. Disfruta de tu baño, honorable Mahree —dijo.

La joven creyó percibir una nota zumbona en su voz. Shirazz salió entonces a la habitación anterior, con su movimiento ondulante, y Rob la siguió.

Mahree miró la depresión profunda y circular del suelo, que estaba llena de agua. El líquido burbujeaba levemente debido a la turbulencia que creaban los chorros que circulaban por el fondo de la pila, la cual tendría más de tres metros de diámetro, con una rampa a un lado. «Es natural —pensó Mahree—, para que los mizaritas puedan entrar y salir con facilidad». Por la parte interior, a media altura, discurría una estrecha repisa.

Mahree abrió la bolsa y sacó el jabón y el champú. Luego, se quitó la ropa y la arrojó al otro lado de la habitación con una mueca de repugnancia. Apoyándose cautelosa en el saliente, por si el fondo era resbaladizo, se introdujo en el agua tibia con un suspiro de satisfacción.

Estuvo unos minutos solazándose, dejando que la suciedad se ablandara, y luego empezó a frotarse con brío.

Al asomar la cabeza después del primer aclarado, oyó la voz de Rob.

— ¿Cómo está el agua?

Tapándose la nariz, ella hundió la cabeza hacia atrás para mojarse el cabello, y se escurrió el agua de los ojos. Él estaba apoyado en la puerta sin mirarla directamente.

— Estupenda —contestó la muchacha, sintiendo un absurdo alivio porque el pelo le flotara alrededor, cubriéndole los hombros—. Podría estar un poco más caliente; pero, dadas las circunstancias, te explicaste admirablemente. A mí no se me hubiera ocurrido describir las temperaturas como lo hiciste tú.

— La necesidad es madre de la inventiva —sentenció él alegremente—. Shirazz ha tenido que recordar a su personal que trajera las toallas. —Señaló las telas simiu escarlata y azules que llevaba al brazo—. Me parece que rodarán cabezas. Conrad Hilton hubiera podido aprender mucho de ella.

— ¿Conrad qué?

— Déjalo. ¿Dónde pongo la toalla?

Mahree vaciló un rato y luego sonrió con timidez.

— Vamos, Rob, no seas tonto. No quiero hacerte esperar mientras yo me recreo con el baño; pero tampoco pienso darme prisa para que puedas entrar tú. Ven, el agua está estupenda.

Como él vacilaba, le animó agitando un brazo lleno de jabón, mientras alargaba la otra mano hacia el champú.

— ¡Vamos!

Ella estaba inclinada frotándose la cabeza cuando sintió elevarse el agua, al ser desplazada por él. A pesar de su aparente despreocupación, no levantó la mirada hasta hallarse bien segura de que él se había sumergido.

Lo vio, sentado a cosa de un metro de distancia, balanceándose en el estrecho saliente. Él se deslizó hacia atrás hasta que el agua le llegó por la barbilla. Tenía en la cara una expresión de profunda beatitud.

— Que no me molesten hasta dentro de cien años —suspiró—. Quizá decida no salir de aquí.

Mahree sonrió mientras volvía a enjabonarse las manos y los brazos.

— Casi compensa de todas las molestias del viaje, ¿no? La *Désirée* no tiene nada que pueda compararse a esto.

Él se incorporó, al fin.

— Ahora, fuera la mugre —dijo.

Ella advirtió que él procuraba mirarla directamente a los ojos. El agua estaba turbia, pero el sistema de regeneración impedía que quedara totalmente opaca.

— ¿Me prestas el jabón? —pidió Rob.

— Pues claro —dijo alargándoselo.

Él le rozó la mano al cogerlo y Mahree enrojeció. Se volvió de espaldas y empezó a aplicarse la crema suavizante. Luego, se aclaró el pelo de nuevo. Sin levantar la mirada, se desenredaba el pelo con los dedos, mientras se preguntaba cómo diablos iba a salir de la bañera y envolverse en una toalla. «Eres tonta —pensó—. Llevas días durmiendo con este hombre. Esto es una idiotez...»

Pero sentía lo mismo que aquella vez que estuvo en la compuerta de la *Désirée* mirando al vacío. Un estremecimiento, un trémulo vahído, como si hubieran quitado la gravedad.

El agua le cubrió los hombros cuando Rob sesumergió y reapareció chorreando. Durante un momento, la miró fijamente, y Mahree vio algo en sus ojos que la hizo enrojecer de nuevo. Por primera vez, se vio mujer como la vería un hombre. Tragó saliva.

— ¿Te ayudo? —le preguntó él acercándose lo suficiente para levantar un mechón de pelo que ella tenía pegado al hombro y cuyo extremo flotaba como una exótica alga—. ¿Quieres que te frote la espalda?

— Hum... —murmuró ella retirándose precipitadamente—. Yo... no, bueno... ya me la he frotado.

— Entiendo —dijo él plácidamente; pero ella creyó percibir un cierto desencanto en sus ojos—. Vale más que vaya a ver si Shirazz ya tiene la comida. ¿Crees que Dhurrrkk estará bien? ¿No tendríamos que preguntar?

1 Mahree negó con la cabeza.

— Está bien y ha dejado muy claro que quería estar solo —dijo, y se volvió cuando Rob salió del baño izándose a pulso. Le oyó chapotear hacia donde estaban las «toallas», y luego percibió el suave roce de la tela contra la piel. Después, sus pasos se alejaron hacia el dormitorio.

Ella sacudió el cuerpo y salió del baño poniendo las manos en el borde de la pila a su espalda y sentándose luego en él. Dejó escurrir el agua del pelo y se secó con la toalla simiu. «Estúpida —se dijo con un nudo en la garganta y el estómago contraído—, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué te has mostrado tan arisca?»

Paradójicamente, también estaba furiosa con Rob, por no insistir, por haberse dejado frenar. «¿Por qué ha tenido que dejarlo? ¿Por qué no pudo...?» Frunció el entrecejo al comprender la razón. «Porque es una buena persona, idiota».

Mahree suspiró y sacó las piernas del agua haciendo girar el cuerpo. Se secó de prisa con la tela simiu color escarlata, y se la ciñó al cuerpo, sujetándosela con un nudo flojo en el pecho. Le temblaban las rodillas mientras se dirigía despacio hacia la habitación en la que las esterillas habían sido colocadas. Rob se hallaba de espaldas a ella, con la improvisada toalla sujeta a la cintura.

Mientras la joven se acercaba sigilosa, él cogió una camisa, la olió con cautela y dijo, alzando la voz de modo que llegara hasta el baño.

— ¡Puá! La siguiente operación, a poder ser, colada. Todo lo que tengo huele a rancio. ¿Cuánto jabón te queda?

Mahree sentía el corazón en la garganta. Lo dominó y le puso a Rob una mano en el hombro. Él tuvo un violento sobresalto. Pero, al comprender quién estaba detrás de él se quedó quieto, con los músculos tensos bajo los dedos de ella. La chica tuvo que humedecerse los labios antes de susurrar:

— Casi una garrafa entera. ¿Y no puede esperar la colada?

Rob no contestó y se quedó quieto mientras ella, lentamente, le pasaba la palma de la mano por la espalda hasta el otro hombro, y luego describía una espiral sobre su espina dorsal.

— Rob, me parece que esta estación es muy grande —murmuró con mucha suavidad—. Y debe tener atmósfera de oxígeno y nitrógeno en casi todas sus secciones, lo cual significa que aquí hay gran cantidad de aire. Aire que consumir... aire que malgastar.

Sus dedos rozaban el borde de la tela azul y, aspirando profundamente, Mahree deslizó la mano hasta el glúteo. Unos pelillos suaves le hicieron cosquillas en la palma.

— ¿Quieres desperdiciar aire, Rob?

Él se volvió bruscamente, la asió por los hombros y se quedó mirándola a los ojos. El súbito giro de su cuerpo hizo que se le soltara la toalla; pero él, que estaba mirando a la joven con avidez, no se dio cuenta.

— ¿Estás segura, Mahree? —preguntó, y ella vio latir el pulso en su garganta—. ¿Segura del todo?

— Estoy segura —asintió ella en un susurro, aunque tuvo que volver a humedecerse los labios antes de hablar.

Apretó los dientes para dominar el temblor.

Rob se acercó un poco, escudriñando sus facciones con inquietud. Sus manos la asieron con más fuerza.

— ¿Estás asustada? —preguntó—. Dime la verdad.

Mahree movió la cabeza negativamente.

— Asustada no —respondió poniendo más firmeza en su voz—. Sólo nerviosa. Pero sé lo que quiero.

Él sonrió torciendo la boca.

— Yo también estoy nervioso.

Deslizó los dedos por la garganta y la mejilla de la muchacha, en una lenta caricia. Luego la abrazó. Con suavidad al principio y después con ansia.

Aquel beso fue muy distinto al primero; menos experimental, más sensual. Más provocativo. Durante unos instantes interminables, los labios de Rob rozaron los de ella, resiguiendo, pellizcando levemente, incitando, hasta que Mahree no resistió más. Abrió la boca y su lengua buscó la de él. Lo sintió apartarse un poco y notó que le acariciaba los pechos, la espalda, las nalgas y, con una parte de su mente que parecía estar muy lejos, se dio cuenta de que su toalla había seguido el mismo camino que la de él. Le asió con fuerza, y tuvo vértigo al sentir su cuerpo contra el suyo. Hasta que, al fin, cuando ella ya jadeaba y temblaba, él la depositó en la cama.

XVI. ¿ALGO ESPECIAL?

Desde ayer, Rob yo y somos amantes, pero eso no es ni con mucho lo más importante que ha ocurrido durante los dos últimos días. (¡Aunque sí lo más agradable, desde luego!)

Todo empezó anoche, mientras Dhurrrkk, Rob, Shirazz y yo cenábamos juntos en el apartamento de Dhurrrkk. Como era de prever, la Enlace de Visitantes fue una compañera de mesa encantadora, simpática e ingeniosa. Rob y la diplomática tenían mucho de que hablar, porque ella, además, es médico. El médico mizari cuida de la salud total de las personas: cuerpo, mente y espíritu.

Acabamos contando toda la historia de cómo nos encontramos a bordo de la *Désirée* y del contacto entre los humanos y los simius. Dhurrrkk, Rob y yo hablábamos por turno. Aunque una parte de nuestra aventura la silenciemos. Antes de atracar en la estación de Shassiszss, decidimos que sería preferible no mencionar al doctor Manta ni al planeta Avernus hasta averiguar cuál era su situación con la Confederación.

Cuando me tocó hablar, procuré llenar los huecos del relato de Rob, porque él siempre resta importancia a todo lo que hace. Pero luego Rob se desquitó. Algunas de las cosa que dijeron Dhurrrkk y él me sacaron los colores a la cara.

A mí me encantaba poder hablar en mizari con una nativa; pero Shirazz insistía en que, tanto Rob como yo, le habláramos en inglés, a fin de poder comprobar el programa de traducción que los mizaritas habían confeccionado a partir del que habíamos hecho Dhurrrkk y yo a bordo de la *Rocinante*. Como es natural, encontramos algunos gazapos, el más gordo fue la confusión de «público» con «púbico». ¡Menos mal que pudimos corregirlo!

Al parecer, la dramática escena de nuestra entrada está siendo comentadísima en toda la estación.

Dice Dhurrrkk que la Primera Consejera se refirió a ella cuando lo llamó esta mañana. No se mostró muy contenta. Pero toda esta publicidad impedirá que los simius hagan desaparecer a Dhurrrkk. Me gustaría tener un vídeo de la escena del túnel. Deberíamos parecer salidos de una de las películas de las que tiene Rob, de los Hermanos Marx.

De todos modos, después de cenar, Rob y Dhurrrkk pasaron a nuestro apartamento para que el simiu viese nuestra bañera. Yo me quedé en el apartamento de Dhurrrkk charlando con Shirazz. Le dije que estaba preocupada por nuestro amigo, y ella me explicó que la Confederación haría todo lo posible para garantizar su seguridad mientras permaneciera en la estación de Shassiszss. Pero que era contrario a la política de la Confederación interferirse en los procesos legales de los simius.

Luego, me miró con sus ojos de ónice y me dijo que tenía un asunto muy importante que tratar conmigo y un gran favor que pedirme.

¡Quiere este Diario! Al parecer, Dhurrrkk le dijo que yo había hecho un relato por escrito de todo lo que le habíamos contado y pidió que se lo enseñáramos. Por dos razones. La primera porque desea utilizarlo para comprobar el nuevo programa de la traducción que los mizaritas están

confeccionando; y la segunda porque el Diario les ayudará a tomar una decisión en un proyecto de gran envergadura que la Confederación tiene desde hace mucho tiempo.

No me dijo en qué consistía el proyecto; pero es evidente que lo considera esencial para los cinco mundos fundadores y sus seis mundos filiales (Hurrreeah y sus colonias figuran en la última categoría).

La Conferencia busca a una persona que dirija la operación. Tiene que ser alguien muy especial, que proceda de un mundo política y económicamente independiente de las influencias e implicaciones de la Confederación.

A Shirazz le parece que Rob es la persona indicada, pues, según dice, les impresionó desde el principio.

Reconozco que cuando empezó a hablar de que buscaba una persona para dirigir la operación, empecé hacerme ilusiones... Pero, al oírle decir que estaban interesados en Rob, me sentí un poco defraudada. Aunque en seguida me enorgullecí de él y me alegré.

Quería saber si a Rob le agradaba lo que había visto de la Confederación hasta el momento. Le contesté que sí.

— Tu Diario nos permitirá conocerlo mejor —manifestó—, saber si es en verdad la persona que buscamos. Sería una crueldad desilusionarlo si no fuese así, por lo cual te agradeceré que no le digas nada de nuestra conversación.

Desde luego accedí a ello. Sin embargo, la idea de que Rob se quede en Shassiszss mientras yo sigo viaje a la Tierra me hizo el efecto de una puñalada en el corazón. No sé si resistiría perderlo ahora que por fin nos hemos encontrado. Las cassettes me queman en el bolsillo hasta que pueda entregárselas a Shirazz. Ahora que ha terminado la cuarentena, va a llevarnos a visitar la estación. No he borrado nada, ni la angustia ni la ansiedad. Tan sólo las referencias al doctor Manta como ser inteligente.

Ahora ya saben por qué la pérdida de mi virginidad ha pasado a «segundo plano», como dice Rob.

Pero hablando de cuestiones personales...

¡Bueno! Yo no tenía ni idea.

Rob es un amante fabuloso. Apasionado, comprensivo, considerado... No me imaginaba que el acto del amor pudiera ser tan divertido. Cuando miras a las parejas abrazadas en el vídeo, todo parece tan terriblemente serio, con tantos gemidos, jadeos y retorcimientos. Bueno, eso también, pero es que, además es un juego y eso es lo fabuloso. Para dos personas que, como nosotros, han estado «a las puertas de la muerte» (suena a melodrama, pero es la verdad), poder entregarse a un juego, reír, bromear tontamente, hacer inocentes juegos de palabras, en fin, actuar como adolescentes... es maravilloso.

La Enlace de Visitantes de la Confederación de Sistemas Interplanetarios acompañó a los dos humanos y a su amigo simiu a una visita por la estación que fue un alud de nuevas imágenes, sonidos y olores. El paseo, a pesar de ser largo, no abarcó ni una tercera parte de la enorme estación.

La arquitectura mizari se basaba en círculos y esferas. Las paredes blancas y lisas y los suelos

negros daban una sensación de frescor y pureza, animada por toques aislados de colores vibrantes. Aquí una pieza de cerámica, allí un audaz mural.

Abundaban las plantas. Los mizaritas eran unos jardineros entusiastas. Las plantas de Shassiszss tenían un verde tan intenso que, con ciertas luces parecía negro. Había muchas flores de formas y colores extrañísimos. Tenían arcos de celosía cubiertos de enredaderas y macizos que rodeaban artísticas fuentes de agua y cristal. Aquellas esculturas acuáticas producían un murmullo cantarín en todas las zonas de la estación ocupadas por los mizaritas, que ahogaba el sonido de las voces y los medios de locomoción de otros mundos.

Otros «radios» de las seis enormes ruedas reflejaban diferentes arquitecturas y entornos. Para entrar en algunos de ellos, tanto la guía como sus acompañantes tenían que envolverse de brillantes «campos» protectores para sustraerse a las atmósferas tóxicas o a fuerzas de gravedad aplastantes, y recibir al mismo tiempo aire respirable.

Rob, Dhurrrkk y Mahree visitaron las «cavernas» de la raza simbiótica de los shadgui, procedentes de un astro cercano a Proción. La mitad «shad» de la criatura tenía un vago parecido con los osos perezosos, que hace tiempo se extinguieron en la Tierra.

Los «gui» eran criaturas pequeñas, de piel roja y forma de sapo que los «shad» llevaban en los hombros. Estos últimos carecían de ojos, pero «veían» perfectamente a través de sus huéspedes, mientras que los «gui», a su vez, necesitaban que sus robustos compañeros hablaran por ellos. Se hallaban unidos por un fuerte lazo telepático y metabólico. Shirazz explicó que la separación durante más de diez horas acarrearía la muerte de ambos.

Después vieron a los ris, los seres de los que Shirazz había dicho que eran tan tímidos que ver a un alienígena podía causarles una impresión mortal. Por consiguiente, los tres visitantes sólo pudieron contemplar su zona a través de un espejo transparente. Los ris eran una especie acuática que hacía recordar enormes pulpos cubiertos por un caparazón color lavanda. Cada individuo tenía el tamaño de una habitación mediana. El consejero ri, según les explicó Shirazz, no asistiría personalmente a la reunión del día siguiente, sino que participaría a través de una pantalla en relieve.

Los viajeros vieron después a los chhhh-kk-tu, unas criaturas pequeñas y peludas procedentes de una estrella próxima a Sirio, y se parecían a cierta especie de canguros.

Los chhhh-kk-tu eran bípedos. Le llegaban a Rob a la altura del pecho. Poseían ojos pequeños y brillantes, nariz puntiaguda, orejas redondas en lo alto de la cabeza y manos con cuatro dedos. Tenían bolsas en las mejillas y pequeñas bolsas en la parte delantera, como las de los marsupiales. Dhurrrkk les explicó en voz baja que no servían para llevar a las crías sino que formaban parte de sus órganos sexuales. Su pelo era suave y brillante, y el color iba del marrón oscuro al azul pálido. Muchos tenían antifaz como los mapaches terrestres.

Todas las criaturas se mostraban muy amistosas con los recién llegados, y se interesaban mucho por ellos. El consejero chhhh-kk-tu los invitó a cenar después de la reunión del consejo.

— No estoy segura de que podamos quedarnos —dijo Mahree—. ¿Puedo responderle cuando la reunión haya acabado?

A continuación, visitaron a los seres de la estrella brillante, que los humanos llaman Rigel. Mahree se estremeció al asomarse a un acuario maloliente y lleno de agua salobre y ver a tres

criaturas del tamaño de perros grandes. Rob la comprendió muy bien. Eran unos seres tan extraños que él los encontraba inquietantes por algo más que por sus formas viscosas, rezumantes y cambiantes.

Las sensibles fosas nasales de Dhurrrkk temblaban. Estaba de pie, con las manos apoyadas en la barra protectora.

— Sin ánimo de ofender —murmuró en inglés—, esta gente huele como si necesitara urgentemente un buen lavado. O quizás uno de vuestros baños.

— Parecen un cruce entre una ostra y una babosa de jardín —comentó Rob en voz baja.

— Son de pesadilla —susurró Mahree—. Pueden ser muy buena gente pero... no sé, son horrendos.

— No son peores que lo que he visto durante las autopsias —dijo Rob—. Pero es algo que está más allá del aspecto física. Ahora sé cómo se sentía Steve McQueen en *The Blob*.

— Procuraré perdérmela —respondió Mahree secamente.

Rob hizo acopio de valor y saludó cortésmente a las criaturas. Para alivio general, Shirazz les informó que entenderse con los rigelianos era una habilidad que sólo dominaban unos cuantos chhhh-kk-tu especializados. Las criaturas «hablaban» sólo mediante impulsos. No eran capaces de utilizar traductores electrónicos ni otros sistemas artificiales de comunicación.

— ¿Cómo hablan con ellos los chhhh-kk-tu? —preguntó Mahree.

— Se meten en las pilas y los rigelianos los abrazan. Es un trabajo difícil y agotador el de traducir para el consejero rigeliano y sus ayudantes —explicó Shirazz.

Dhurrrkk consideró el caso con la cresta caída.

— Los chhhh-kk-tu son seres de gran honor y valentía —dijo gravemente.

— Uno de los mejores artistas de Rigel nos honra ahora con su presencia. ¿Queréis ver sus obras?

— Cómo no —aprobó Mahree con fingido entusiasmo—. ¿Qué clase de arte pueden crear semejantes criaturas? —susurró Rob mientras seguía a la Enlace de Visitantes.

En una galería contigua al acuario, había una serie de formas expuestas sobre unos pedestales. Los humanos se quedaron mirándolos sin pestañear.

Las «esculturas» eran unas maravillosas filigranas en forma de bucles irisados del tamaño de una mano, hechas de un material que parecía un cruce de perla y ópalo.

Cada una de las figuras tenía un color predominante: azul empolvado, lila, rosa, amarillo pálido, verde menta. Pero lo que cautivaba la vista, más que la forma y el color exquisitos, era la delicada simetría y el armonioso diseño de cada creación.

— ¡Son una maravilla! —suspiró Mahree—. ¿Cómo las hace?

— Los rigelianos segregan esa sustancia nacarada —explicó Shirazz—. Es una característica común. Pero no todos son artistas. La mayoría producen bloques de la sustancia, que luego son tallados y usados en joyería o en incrustaciones. Pero este rigeliano (no tiene nombre, por lo que nosotros le llamamos, simplemente, «el Maestro») es diferente. Produce obras de peculiar belleza.

— ¿Los rigelianos venden esa sustancia que producen? —preguntó Rob, deseoso de adquirir una pieza para Mahree.

— Sí; tiene gran demanda.

— ¿El Maestro vende sus obras? —preguntó Dhurrrkk—. Parecen... de un extraordinario valor.

— Sí. Todas esas piezas serán vendidas. Nos sentimos muy honrados de poder exhibirlas aquí, antes de que pasen a las casas de los ricos.

— Me gustaría tener una —dijo Mahree en voz baja, todavía extasiada—. Me pasaría horas contemplándola. Y, cada vez que la mirara, aprendería algo nuevo... sobre mí y sobre la trascendencia del verdadero arte, de la verdadera belleza —dirigió a Rob una tímida mirada—. Ya he aprendido algo viendo al creador y después sus creaciones.

— Rob...

Mahree fue a decir algo; pero se calló.

Él, al borde del sueño, abrió los ojos en la penumbra del dormitorio.

— Dime, amor mío.

— ¿Alguna vez has deseado quedarte aquí y no regresar?

— ¿A la *Désirée*?

— Ni a la Tierra.

El médico se estiró, dio media vuelta, se apoyó en un codo y se quedó mirándola. Distinguía el pálido óvalo de su cara, rodeado de la oscura masa de pelo, pero no podía ver su expresión.

— ¿Suponiendo que Dhurrrkk estuviera a salvo, quieres decir?

— Sí. ¿Te parece Shassiszss un lugar en el que podrías ser feliz?

Él se encogió de hombros.

— No me gustaría quedarme aquí y no volver a ver mi casa; pero reconozco que este lugar es maravilloso. —Se quedó unos momentos pensativo—. Sí, podría vivir aquí... Me atrae sobre todo cuando pienso lo mucho que las biociencias mizaríes pueden ofrecer.

— Yo también podría quedarme aquí —susurró ella.

— No necesito preguntarte por qué —sonrió Rob—. Se te iluminan los ojos a cada nueva especie que descubres. —Bostezó; había sido un día muy largo—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Piensas pedir a los mizaritas que nos dejen quedarnos?

— Tal vez —respondió ella medio en serio.

— Duerme —le sugirió él ahogando otro bostezo—. Mañana nos espera una jornada de mucho ajetreo.

Él casi se había quedado dormido cuando ella se le arrimó.

— Rob... ¿me abrazas?

— ¿Qué ocurre? —preguntó él poniendo la cabeza de ella sobre su hombro—. ¿No seguirás teniendo pesadillas relacionadas con lo que ocurrió cuando el doctor Manta te reestructuró el cerebro?

— No...

— ¿Pues qué es?

— Nada... sólo quiero sentirme cerca, nada más.

— Como me hagas hablar mucho más, me despertaré del todo y entonces sabrás lo que es «cerca».

Él adivinó una sonrisa en su voz cuando respondió:

— No hagas amenazas vanas.

Rob la rodeó con los brazos.

— Está bien. Pero luego no digas que no te previne.

Mahree y Rob se apretaban, incómodos, en la otomana simiu colocada delante del equipo de comunicaciones. La «pantalla» parpadeó y apareció la cara de Rhrrrkkeet. Los dos humanos hicieron el ademán de saludo.

— ¡Honorable Mahree Burroughs, honorable sanador Gable! —exclamó la Primera Embajadora—. ¡Me alegro de veros a salvo!

— Estamos bien, honorable Rhrrrkkeet.

La embajadora simiu tuvo un gesto de sorpresa casi humano al oír a la joven hablar su lengua. Pero se repuso en seguida.

— Acabo de hablar con el hijo de mi primo y ayer conversé con la Primera Consejera Ahkk'eerrr. Vosotros tres, tunantes, habéis corrido muchas aventuras a bordo de mi nave y en la estación de Shassiszss.

Había un brillo malicioso en sus ojos violeta.

— Es cierto, honorable Rhrrrkkeet —dijo Mahree—. Pero tu nave está en perfecto estado. — Bajó la cabeza, un poco confusa—. Te pedimos perdón por llevárnosla sin permiso.

— Alabo vuestro valor, aunque no vuestros actos.

La expresión de la embajadora simiu era triste, su melena estaba medio caída.

— Te lo ruego, honorable Rhrrrkkeet —dijo Mahree—, no seas muy severa con el hijo de tu primo. Le pedí ayuda porque teníamos un lazo de honor. Si quería conservar su honor, no podía elegir.

— No es eso lo que me ha dicho el honorable Dhurrrkk —contestó la embajadora—. No me ha presentado excusas ni se ha mostrado arrepentido. —Entornó sus pálidos párpados con aire pensativo—. Francamente, su arrojo me sorprende. Antes de que llegerais los humanos, el hijo de mi primo carecía de iniciativa. Ahora, al parecer, le sobra.

— ¿Vais a castigarlo por lo que ha hecho? ¿Tendrá que enfrentarse a un gladiador profesional en la arena?

— No lo sé —respondió la simiu—. Eso depende de la decisión que los miembros de la Confederación adopten mañana, sobre si se concede derecho de plena asociación a nuestro mundo, en mérito al contacto establecido con tu puebla. A mí no me parece justo y hago cuanto puedo para lograr que comprendan que no se puede atribuir al hijo de mi primo la responsabilidad por las imprudentes decisiones tomadas por nuestro Consejo. Tengo partidarios, pero aún es pronto para saber si nuestro bando ganará.

— Me alegra oír que defiendes al honorables Dhurrrkk, honorable Rhrrrkkeet —dijo Mahree agradecida—. Temí que nadie se pusiera a su lado.

— El hijo de mi primo actuó con el ímpetu de la juventud; pero de acuerdo con su honor personal —dijo la Primera Embajadora—. Otros coinciden conmigo. Esta comunicación ha sido autorizada para que podáis hablar con los vuestros. Os paso comunicación.

Su imagen se borró y fue remplazada inmediatamente por las facciones anchas y afables de

Raoul Lamont, que mostraba una ancha sonrisa bajo su bigote. La potente iluminación simiu hacía brillar su incipiente calva.

— ¡Mahree! —exclamó—. Tesoro, ¿cómo estás? ¿Y Rob? ¿Os halláis bien los dos?

— Estamos perfectamente, tío Raoul.

— Muy bien, capitán —dijo Rob, y, de manera ostensible, rodeó con el brazo los hombros de Mahree y la atrajo hacia sí—. Los dos hemos vivido muchas peripecias; pero estamos bien.

Raoul alzó las cejas.

— ¿*Los dos*? —fue todo lo que dijo, pero la entonación era elocuente.

Miró muy fijo a su sobrina. Ella asintió a la pregunta no formulada. El médico titubeó y luego sonrió débilmente.

— Felicidades —dijo con un leve acento de ironía—. ¿Estás contenta, Mahree?

— Oh, sí, tío Raoul —contestó ella mirándole a los ojos a través de las distancias siderales—. ¡Nunca fui tan feliz! —suspiró—. Es decir, si no me preocupara tanto la sesión de mañana. —Su sonrisa se desvaneció—. Dhurrrkk puede tener graves problemas.

— Eso parece —dijo Raoul.

— Dígame, capitán, ¿cómo está Joan? ¿Alguna complicación en el brazo?

La expresión de Lamont se ensombreció.

— El brazo está curado —respondió—. Pero aquí han cambiado muchas cosas. —Hizo una pausa—. Nosotros dos... estamos separados.

— Tío Raoul... —exclamó Mahree y agregó, en francés—: Cuando oí cómo te hablaba en aquella reunión, temí que pudiera ocurrir eso.

— Gracias por tu discreción —respondió él en la misma lengua—. Pero Rhrrrkkeet está al corriente de lo ocurrido en la reunión. Ella y yo somos muy buenos amigos. De todos modos, los trapos sucios no se deben lavar en público.

— ¿Contaste a Rhrrrkkeet lo que ocurrió en la reunión? —Mahree estaba asombrada—. *Mon Dieu!*

— Se lo dije, en efecto, y aun así la dama nos defendió. El Consejo estuvo a punto de cesarla por ello. Ahora se halla convencida de que su defensa de Dhurrrkk será la última gota. Pero le tiene sin cuidado.

— *Oh, mon onde...* —dijo ella, pensando en todo lo sucedido y en cómo habían cambiado las circunstancias—. Yo lo compliqué todo viniendo aquí, ¿verdad? Pero entonces me pareció que era la única solución. Ahora, sin embargo...

Raoul esbozó una sonrisa que quería ser tranquilizadora.

— Se necesitaba valor para hacer lo que habéis hecho. Siento que no acudieras a mí antes de marchar... Pero comprendo por qué fue así. No había buenas comunicaciones con nadie en aquel entonces —suspiró.

— Dime cómo están las cosas ahora —pidió Mahree para cambiar de tema.

No soportaba ver decaído a su tío, siempre tan jovial.

— Vuestra marcha planteó una crisis. Cuando la noticia de lo que habíais hecho Dhurrrkk y tú llegó a los medios de comunicación de los simius, comprendieron que sólo era cuestión de tiempo que la Confederación se enterase de vuestra existencia. Y, a partir de aquel momento, el Gran

Consejo empezó a darnos toda clase de seguridades de que, como era natural, podíamos marchar libremente en cuanto lo deseáramos.

— ¿Sigue exigiendo satisfacción la familia de Khreekk?

— Tengo entendido que la familia de Khreekk dimitió de todos sus cargos, en señal de protesta, cuando se reanudaron las relaciones diplomáticas con nosotros. Una buena noticia: ahora seleccionan con más cuidado a los que han de acercarse a nosotros —agregó con tono irónico—. Existe aún cierta tirantez; pero estoy seguro de que la *Désirée* ya no corre peligro.

— No sabes cuánto me alegro —dijo Mahree—. Y, *mon oncle*, procura hacer comprender al Consejo simiu que los humanos tomarían muy a mal que trataran de castigar a Dhurrrkk por habernos ayudado. Se lo debes.

— Estoy de acuerdo —convino Lamont—. Así lo haré. ¿Cuándo regresáis vosotros dos?

«Ay, Dios mío —pensó Mahree con una punzada de angustia—, ¿Y si sólo regresara yo? ¿Y si Rob se quedara aquí?» Pero dominó su expresión.

— No lo sé con seguridad. Los mizaritas avisarán a Rhrrrkkeet, y entonces os enteraréis. El viaje durará un mes. Tenemos que quedarnos mañana, para asistir a la asamblea de los miembros de la Confederación, en la que tenemos que declarar.

— Rhrrrkkeet me lo explicó —dijo Raoul, y agregó en inglés—: Os deseo buena suerte mañana. Rob, me parece que deberías dejar que ella dijera las últimas palabras... No se me olvida con qué elocuencia me convenció para que fuera en busca de aquella frecuencia de radio. Si me convenció *a mí* no veo por qué no va a poder convencer a un puñado de alienígenas —sonrió a su sobrina con orgullo—. Aguarda a que el Gobierno de la Tierra se entere de que nuestra más brillante esperanza en el mayor acontecimiento de la Historia es una jovencita de diecisiete años. Espero ser yo quien se lo diga. Me gustará ver la cara que pone el Presidente —rió entre dientes y luego agregó muy serio—: Me parece que eso es todo. Sólo quiero deciros que tengáis mucho cuidado.

Rob carraspeó.

— Una pregunta, Raoul... ¿Cómo está *Sekhmet*?

Lamont sonrió de oreja a oreja.

— Esperaba esa pregunta —dijo—. ¡Yoki! —Hizo una seña y, un segundo después, unas manos depositaban en sus brazos un ovillo negro que ronroneaba—. Por las noches duerme en mi cama.

XVII. LOS CONSEJEROS

Me parece estar suspendida en un cubo de plásticero transparente. No puedo pensar en nada que no sea la asamblea general. Todo lo demás parece borroso, lejano..., irreal. Ni Rob, ni Dhurrrkk están aquí. El simiu se halla en su habitación, acicalándose muy nervioso. Y Rob fue a hablar con Shirazz para pedirle consejo acerca de cómo debemos comportarnos durante la reunión.

¿Aprovechará ella la ocasión para plantearle lo del cargo? ¿Tendré que volver sola a la *Désirée*? Quizá los mizaritas puedan darme alguna misión a mí también. La de traductora, por ejemplo. Así no tendré que separarme de él. No puedo ya imaginarme a mí misma estudiando en una Universidad de la Tierra, como si nada, después de todo esto que ha ocurrido. No me interesa ninguna de las carreras que puedan enseñarme en la Sorbona. Rob tenía razón. Lo que yo quiero es aprender cosas acerca de los extraterrestres, y eso no es una carrera universitaria.

En cierto modo, todo resultaba más fácil cuando mi única preocupación era si iba a llegar viva al día siguiente.

Faltan cuatro horas para la reunión. Ojalá pudiera dejar de contar los minutos.

Rob y Shirazz estaban en el gabinete de la mizarita, hablando. El doctor se hallaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. La Enlace de Visitantes se había enroscado en torno a una serie de perchas sujetas a la pared. Rob vio un conjunto de recipientes en forma de cubo, acolchados en su interior, que servían a los alienígenas para sostener las espiras de su cuerpo si deseaban descansar en un sitio fijo; o sea, eran sillas para mizaritas.

Pero Shirazz se asemejaba a esos humanos que mientras piensan tienen que pasear, y no cesaba de retorcerse entre las perchas, con movimiento lento y pausado.

Rob iba girando lentamente sobre las posaderas, para seguir el desplazamiento de la mizarita.

— El último comentario de Raoul me hizo pensar en ello —reconoció.

— ¿Raoul Lamont? ¿El capitán de vuestra nave?

— Sí. ¿Tú crees que hago bien?

Shirazz permaneció un momento suspendida de sus perchas, en actitud reflexiva. Ni siquiera movía los pequeños tentáculos escarlata, naranja y negro de la aureola. Luego, volvió su cabeza en forma de cuña y lo miró con aquellos ojos sin pupilas que nunca parpadeaban.

— Sí; estoy de acuerdo —contestó—. Creo que harías bien. Pero reconozco que ha de ser una decisión muy difícil de tomar, doctor Gable.

— Llámame Rob, por favor. Sí; ha sido una decisión muy dura —reconoció él—. Pero ahora que ya la he tomado me siento mucho mejor. Gracias por tu consejo. Me ha sido muy útil.

— Sentirse mejor después de tomar una decisión difícil parece ser un rasgo que nuestros dos pueblos tienen en común —comentó ella—. Ahora, Rob, si me permites, te haré una pregunta personal.

Él la miró sorprendido y, en su fuero interno, se encogió de hombros. Los mizaritas eran unos seres curiosos en extremo. A pesar de su diplomática manera de hablar, podían ser muy

indiscretos si la ocasión lo requería.

— Adelante —la animó él—. ¿Qué quieres saber?

— ¿Te gustan los niños, Rob?

El médico, desconcertado, se preguntó si iría a ser el destinatario de la primera proposición de matrimonio interespecies. Pero en seguida reaccionó: «No seas idiota. Shirazz está casada y los mizaritas son monógamos».

— ¿Los niños? —repitió él reflexionando—. Sí; me gustan los niños. En realidad, hubo un tiempo que pensé en especializarme en pediatría; es decir, en el tratamiento de los niños, antes de dedicarme a la medicina colonial.

— ¿Niños de cualquier edad? —insistió ella.

«¿Qué pretende?» se preguntó Rob, cada vez más atónito.

— Sí, de cualquier edad. Tengo hermanas pequeñas; y a cambiar pañales no hay quien me gane.

Siguió una breve deliberación acerca del significado de «pañales» y ella preguntó:

— ¿Y los jóvenes de la edad de Dhurrrkk? Me refiero a los que están en el umbral de la mayoría de edad.

— Es una de las edades que prefiero —respondió él—. Me gusta mucho trabajar con adolescentes.

— Entonces..., ¿tienes experiencia?

— Sí. Intervine en el tratamiento de adolescentes cuando estudiaba psicología. Yo era más joven que los otros consejeros y, quizá por eso, muchos chicos se sentían mejor dispuestos a confiar en mí.

«No te alabes demasiado, Rob —pensó—. Recuerda lo torpe que fuiste con Mahree». Suspiró. «Claro que ella no era una paciente. Debes de ser justo contigo mismo. Había otros factores que influían en ti cuando te hallabas con ella, aunque entonces no te dieras cuenta».

— Me satisface oír eso, Rob —dijo Shirazz deslizándose de las perchas, espira a espira, y situándose frente a él—. Sé que estarás preguntándote por qué deseo saberlo. Pero todavía no puedo decírtelo. Si más adelante se me autoriza, te prometo que te lo diré.

— Habré de conformarme con eso —dijo Rob asintiendo; miró el reloj y agregó—: Tengo que marcharme, Shirazz, hemos hablado más tiempo del que pensaba. Debería comer algo antes de testificar.

Sonreía con la boca torcida.

Ella, en señal de asentimiento, inclinó la cabeza con uno de los elegantes movimientos de su raza.

— Mis respetos, Rob —dijo en tono formal—. Dentro de dos de tus horas, te acompañaré a la reunión.

— Estaremos preparados —contestó él poniéndose en pie.

— ¡Qué asco, un grano! Precisamente ahora, cuando vamos a ser presentados a la Confederación para la Cooperación Interplanetaria como ejemplares de la Humanidad, tenía que salirme un maldito grano —murmuró Mahree, furiosa, palpándose la barbilla con mucho cuidado.

Rob y ella se encontraban en la puerta de su alojamiento, esperando a Shirazz y a Dhurrrkk.

Él inspeccionó atentamente la zona.

— No es para tanto. Deja de tocarlo o se pondrá peor.

— Pensaba que la vida sexual te aclaraba la piel —gruñó ella mirándolo por el rabillo del ojo.

— Pero... ¿todavía dura esa fábula?

— Pues claro —contestó ella, muy seria—. ¿Quieres decir que no es verdad? ¿Que eran unos embusteros los chicos que me lo aseguraban? ¡Qué frescura! —Se puso seria—. Sé sincero, ¿estoy horrible?

— Estás espléndida. Parece un lunar.

— Mientes. Pero te lo agradezco —dio unos pasos arreglándose el pantalón azul oscuro y la túnica celeste y echando a la espalda el pelo que le caía sobre los hombros—. Tendría que haberme recogido el pelo en un moño. Parecería mayor.

Rob rió entre dientes.

— La mayoría de los que estarán en la reunión nunca han visto una criatura humana. ¿Cómo quieres que calculen la edad que tienes? Deja de preocuparte. Empiezas a ponerme nervioso a mí también.

— Mejor. Tú actúas muy bien cuando te hallas en tensión.

— Pero tú eres la que habla su lengua —apuntó él con una mueca.

— Tienen el programa de traducción —le recordó Mahree, haciendo un esfuerzo hercúleo para no hurgarse en la barbilla.

Rob se revolvió inquieto y hundió las manos en los bolsillos.

— Sí, el programa de traducción —murmuró con acritud. Paseó por el corredor y se volvió hacia la chica—. Mira, ya me has contagiado. Me gustaría llevar algo que no fuera el mono de diario. Debiste hacerme traer algo.

— Gracias que te traje a ti.

Él la miró con una leve sonrisa.

Se abrió la puerta contigua y apareció Dhurrrkk.

— Hola, amigos —dijo.

Era evidente que se había acicalado con esmero. Cada pelo de su melena estaba perfectamente alineado y su manto moteado relucía como metal bruñido bajo la luz brillante del pasillo.

— Dhurrrkk, estás magnífico —elogió Mahree.

— Gracias, amiga Mahree. Estaba nervioso, y el aseo tranquiliza.

Al oír el leve roce de escamas sobre la pulida superficie del suelo, se volvieron y vieron llegar a Shirazz, a la que saludaron al modo mizarita. La Enlace de la Confederación correspondió al saludo.

— ¿Nos vamos? —preguntó moviendo la mitad de sus tentáculos.

Cruzaron la pasarela y entraron en un ascensor que los condujo a zonas de la gigantesca estación situadas a mayor profundidad que las visitadas hasta entonces. Cuando llegaron al núcleo del inmenso giroscopio, Shirazz dijo:

— La cámara del Consejo está encima de nosotros. —Con una señal, abrió la puerta de una habitación circular y vacía e hizo ondear los tentáculos para invitarles a entrar—. Nosotros nos

situaremos en la zona central, en la que estarán, además, las consejeras simius, la que vosotros denominaríais Secretaria General, una dirniana llamada Fys. Para dirigiros a ella podéis decir: «Muy Estimada Fys». También estará presente el Estimado Ssoriszszs, Primer Mediador de la Confederación. Alrededor de nosotros se sentarán los consejeros de los otros mundos.

— ¿Ese Ssoriszszs... es mizarita? —preguntó Rob.

— Sí —respondió Shirazz—. Él preside la reunión y emite juicio cuando es necesario.

— ¿La Primera Consejera Ahkk'eerrr estará con nosotros en el centro? —preguntó Dhurrrkk con aprensión.

— Sí, con toda la delegación simiu. Tú puedes elegir entre unirse a ellos o permanecer con los humanos.

Dhurrrkk alzó la mirada hacia Rob y Mahree.

— Estaré con mis amigos —decidió sin vacilar.

— Muy bien —aprobo Shirazz—. Cada uno de vosotros tendrá ocasión de hablar. Si los humanos preferís utilizar vuestra lengua, el programa de traducción está preparado.

— ¿Y qué pasará cuando los consejeros hayan escuchado nuestra declaración? —preguntó Rob en esmerado simiu.

— Decidirán si el pueblo de Dhurrrkk es admitido como miembro de pleno derecho y se le concede el privilegio de estar representado en la Confederación por un mayor número de delegados. —Shirazz inclinó ligeramente la cabeza hacia Rob y Mahree—. Después de oír vuestro testimonio, se os dará la bienvenida oficial como nueva especie inteligente. Muchos de los consejeros tal vez deseen expresar su felicitación y formular preguntas. Podéis responder de manera extensa o breve, como deseáis, no hay limitaciones. Los consejeros saben que no estáis aquí como representantes oficiales de vuestro mundo sino como huéspedes nuestros. Cuando se levante la sesión, habrá una recepción, una reunión social —prosiguió Shirazz—. Asistirán a ella todos los consejeros que toleren vuestro mismo entorno. Quizás os pregunten si vuestro pueblo estaría interesado en unirse a la Confederación.

— Hay evidentes ventajas —comentó Rob.

— Tanto para nuestros pueblos como para el vuestro. ¿Preparados?

Mahree se acercó a Rob y él le tomó la mano. Entonces ella tendió la otra mano a Dhurrrkk, que se sentó y le oprimió los dedos con los suyos. Mahree sintió el roce sedoso del pelo alazán del dorso de aquella mano ancha, de palma dura.

— Preparados.

El suelo tembló y se elevó lentamente mientras el techo se abría en estratos irisados.

Subían hacia una gran sala abovedada que era el espacio cerrado más grande que Mahree había visto en su vida. La cúspide de la enorme cúpula semiesférica era transparente y revelaba una profusión de estrellas y parte de la estación shassiszszs del exterior. La vista era fabulosa.

Las curvas paredes eran opacas. Había asientos. Pero en ninguno de ellos hubieran hallado buen acomodo los humanos. También había cabinas envueltas en una nube fosforescente, que indicaba la presencia de condiciones atmosféricas distintas y que ocultaban lo que había en su interior.

Los shadqui y los chhh-kk-tu estaban visibles, al igual que varios seres alados cuyo aspecto

recordaba un poco el de ciertos insectos; en concreto a las abejas terrestres que Mahree había visto en grabados. Aunque, por supuesto, eran mucho mayores, casi del tamaño de su brazo. Otra sección estaba llena de alienígenas altos que parecían relucientes manojos de brócoli verde oscuro con reflejos púrpura, lo cual reforzaba la impresión de que eran enormes hortalizas ambulantes.

— «Día de los trífidos» —murmuró Rob cuando ella le indicó con disimulo las criaturas brócoli—. ¿Imaginas que sean realmente plantas?

— Son los vardi —informó Dhurrrkk en voz baja—, una raza que tiene rasgos tanto de planta como de animal. Absorben nutrientes de ciertas especies de algas y producen clorofila por fotosíntesis. Se comunican por medio de olores. Los «ramilletes» que tienen en la cabeza son órganos olfativos y emisores de odoríferos.

— El doctor Manta es un hongo —recordó Mahree a Rob en un susurro—. O sea, un ser más extraño todavía que las plantas inteligentes.

Cuando la plataforma apareció con sus ocupantes ante los seres que aguardaban en la sala, Mahree vio que todos los extraterrestres que poseían órganos ópticos observaban con gran avidez a Rob y a ella. Descubrió una criatura que le recordó un video de *Caperucita Roja*. El ser la contemplaba con ardientes ojos amarillos incrustados en una cabeza de pelo plateado. Su hocico era puntiagudo, al igual que sus muchos dientes.

Una vez que la plataforma llegó al nivel de la sala, Rob miró a Mahree, a Dhurrrkk y luego otra vez a Mahree, y asomó a sus labios aquella sonrisa amplia y audaz que ella encontraba irresistible.

— ¡Casi no puedo creer que de verdad estoy aquí! —exclamó paseando la mirada por todas las criaturas allí congregadas—. Tendrían que estar tocando una pieza de John Williams como música de fondo.

Mahree le dirigió una mirada cariñosa y exasperada a la vez.

— ¿John qué?

Mahree vio que la plataforma elevadora ocupaba una quinta parte de la zona central de la sala. No había mesas ni sillas; sólo otomanas simius, un banco y un podio detrás del que estaba enroscado un mizarita. Probablemente, el Estimado Mediador Ssoriszsz.

Ssoriszsz poseía un brillante colorido. Sobre sus escamas de irisado verde pálido, se dibujaban rombos esmeralda y ámbar. Sus ojos eran dorados. Al advertir que Mahree le miraba, el curioso ser se inclinó con un gracioso movimiento. Mahree dio un leve codazo a Rob, quien hacía esfuerzos por no mirar descaradamente al caniforme de los dientes afilados; y oprimió la mano de Dhurrrkk. Los tres viajeros hicieron una reverencia al mizarita.

Otro alienígena se acercó entonces al Mediador. Mahree decidió que debía de ser la Secretaria General. Fys, la dirniana, era un bípedo alto, con dos brazos y una piel seca, reluciente y color castaño oscuro. Era la primera criatura alienígena que veían los humanos que usaba prendas de vestir. Llevaba una túnica verde corta, sin mangas, ceñida a una cintura increíblemente delgada. Por debajo, asomaban dos piernas como palillos. Sus pies, de larguísimos dedos, estaban calzados con sandalias del mismo color. Lucía collar, pulseras y pendientes del iridiscente material segregado por los rigelianos.

Si el cuerpo de la dirniana tenía reminiscencias humanoides, todo el parecido terminaba ahí,

porque la cabeza estaba cubierta de tirabuzones de finísimo alambre y las protuberancias de la frente y la nuca hacían que quedara aplastada por la parte superior. Sus ojos, enormes y encarnados, se hallaban medio cubiertos por trémulas membranas y, en lugar de nariz, tenía una hendidura con dos pequeñas ranuras que Mahree supuso serían las fosas nasales. La boca de Fys era pequeña, redonda y húmeda. Mahree, que observaba a la dirniana con disimulo, vio asomar una lengua tubular, rosa pálido.

«Recuerda la lección que te enseñó el Maestro rigeliano», pensó.

Fys era medio metro más alta que los humanos.

— ¿Cómo estás, Muy Estimada Fys? —preguntó Mahree en lengua mizarí tendiéndole la mano—. Es un placer y un honor.

La dirniana titubeó un momento antes de contestar:

— Yo estoy muy bien, Mahree Burroughs —dijo en un inglés que se entendía muy bien, aunque tenía fuerte acento, y extendió la mano.

Mahree, sorprendida y emocionada, le estrechó con delicadeza los finos dedos.

La Secretaria General agregó entonces en mizarí:

— Gracias por asistir a nuestra reunión. Estamos ansiosos de oír vuestro relato.

Dhurrrkk, que se encontraba al lado de Mahree, hizo el ademán de saludo simiu, y Fys le saludó a su vez en simiu, lengua que hablaba también, aunque con marcado acento.

— Muy estimada —dijo Dhurrrkk.

La dirniana volvió a vacilar al volverse hacia Rob. Pero éste ya tenía la mano extendida.

— Es un placer y un honor conocerte, Muy Estimada Fys —dijo en mizarí, inclinándose sobre su mano.

— ¿Cómo estás, doctor Robert Gable? —dijo Fys en inglés, con esmerada pronunciación.

— Muy bien, muchas gracias —respondió él sonriendo.

La dimiana dio media vuelta y los humanos y Dhurrrkk retrocedieron. Ssoriszsz les hizo una reverencia a ellos; otra a la Secretaria General y otra, muy ceremoniosa, a la asamblea.

— Empezamos —dijo formalmente en mizarí.

Rob, Mahree y Dhurrrkk se acercaron al banco que les indicó Shirazz. Al parecer, había sido construido especialmente para los humanos. Dhurrrkk se sentó en el suelo, a un lado del banco, y Shirazz se enroscó al otro lado.

Mahree sacó su terminal de ordenador para grabar el proceso, mientras que Rob reservaba el suyo para la traducción; ya que, según les había indicado Shirazz, la lengua oficial de la Confederación era el mizarí.

Mientras esperaba a que comenzasen sus declaraciones, Mahree miró en derredor. En el grupo simiu, instalado en sus otomanas acolchadas, se adivinaba la tensión. La hembra de más edad debía de ser Ahkk'eerrr, la Primera Consejera. Había otras tres hembras y un macho, que representaban a los mundos simius.

A poca distancia de ellos, una complicada percha en forma de trapecio sostenía al único shadqui presente. Mahree se preguntó qué estaría haciendo allí el simbionte. Pero, en aquel momento, empezaba a hablar Ssoriszsz y se olvidó de él.

— Amigos, nos hemos reunido para conocer a dos individuos de una especie hasta ahora

ignorada, ocasión siempre grata para nuestra Confederación. Permitid que os presente a los humanos Mahree-Burroughs... y doctor Robert Gable.

Cuando su nombre fue pronunciado, la joven se levantó y saludó al modo mizari. Y lo mismo hizo Rob.

Los murmullos recorrían la sala.

— Hoy nos hemos congregado en sesión especial para oír las palabras de estos humanos y del joven honorable Dhurrrkk. —El amigo de Mahree saludó a su vez—. La Consejera simiu ha declarado que la venida aquí de los tres fue un acto injustificado y gratuito, ya que la intervención de la Confederación no era necesaria ni deseada ni por su mundo ni por las autoridades humanas. Los simius mantienen que su Primer Contacto con los humanos ha sido por completo satisfactorio y, por lo tanto, les da derecho a plena integración y representación en la Confederación.

La fina lengua de Ssoriszsz ondeó un instante en el aire. El Mediador prosiguió:

— Puesto que el acceso a la plena integración está supeditado al establecimiento de un Primer Contacto satisfactorio con un pueblo desconocido, es indispensable averiguar la verdad. Por lo tanto, pedimos a nuestros visitantes que presten declaración.

El mizarita miró a Dhurrrkk.

— Honorable Dhurrrkk, en tu calidad de miembro de una especie afiliada a la Confederación, ¿querrás hablar en primer lugar?

Dhurrrkk irguió el cuerpo.

— Con el debido honor y respeto, Estimado Ssoriszsz, renuncio.

El mizarita se quedó inmóvil, actitud por la cual, según había advertido Mahree, su especie manifestaba la sorpresa o el pesar. En el silencio se oyó el gruñido inarticulado de la consejera Ahkk'eerrr.

— ¿Podemos saber la razón, honorable Dhurrrkk? —preguntó la Secretaria General.

Dhurrrkk asintió.

— Yo tengo compromiso de honor con Mahree Burroughs. Juntos afrontamos el peligro, juntos hemos conocido la amenaza de una muerte inminente y el aliento de la nueva vida. Su honor es mi honor. Ambos compartimos muchos secretos. Por tanto, la invito ahora a hablar por los dos. Tengo confianza en su buen juicio. La libero, pues, de todos los compromisos de silencio que haya contraído conmigo, para que pueda hablar con toda libertad y exponer los hechos.

Mahree miraba a su amigo con espanto.

— Dhurrrkk —susurró—, tienes que defenderte. ¡Es tu única oportunidad!

Él movió la cabeza con gesto sereno.

— Tengo derecho a pedir que hables tú por mí. Di la verdad y nos honrarás a ambos.

Ssoriszsz se dirigió entonces a Rob.

— Bien, doctor Robert Gable, ¿desea hablar en primer lugar?

Rob se puso en pie y miró al mizarita con firmeza.

— Estimado Ssoriszsz —dijo lentamente en mizarí, como si recitara una lección de memoria—, respetuosamente declino.

— ¡Rob! —exclamó Mahree.

— ¡Calla! —susurró él en inglés—. Es mejor así. No lées las cosas más de lo que están.

El Mediador parecía de nuevo desolado.

— ¿Podemos saber la razón, doctor Robert Gable?

— Sí —dijo Rob con aquella pausada entonación—. Prefiero que Mahree Burroughs hable por mí, ya que mi facultad para hablar las lenguas oficiales de la Confederación es inferior a la de ella. En una situación como ésta, la buena comunicación es esencial. No se puede, pues, confiar a programas de traducción mecánica, que con toda probabilidad, son defectuosos.

Hizo una reverencia y volvió a sentarse.

Ssoriszs siseó por lo bajo a Fys, con evidente preocupación, y se volvió hacia los humanos.

— Mahree Burroughs, ¿hablarás tú?

Mahree, temblando, se puso en pie.

— ¿Me concedéis un momento, Estimados?

— Desde luego —accedió el Mediador—. Puedes empezar cuando lo desees.

A pesar del temblor que tenía, Mahree consiguió doblar las rodillas y sentarse en el banco. Miró a Rob, que apretaba los dientes con gesto decidido.

— ¿Por qué? —le preguntó.

Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

— Ya sabes por qué —dijo él secamente en voz baja—. ¿Crees que me gusta hacer mutis en la escena más importante de la Historia de la Humanidad? ¡Una mierda! Pero es mejor prescindir de los programas de traducción. Recuerda el «conocimiento público» de la otra noche. ¡No podemos exponernos a malas interpretaciones!

— Pero yo no puedo... —empezó ella.

«Es una responsabilidad muy grande. ¡Es demasiado!»

— ¡Tú puedes! —susurró él con vehemencia—. ¡Anda! ¡Adelante!

Entre todas las protestas y objeciones que bullían en su cabeza, a Mahree sólo se le ocurrió decir:

— Pero si tú... ¿Desde cuándo hablas tú mizari?

— Respira hondo —le ordenó él tomándole las manos—. Relájate. Lo harás muy bien. ¿Qué crees que Shirazz y yo hemos estado haciendo toda la mañana? Le expliqué que había decidido que fueras tú nuestro portavoz, y a ella le pareció acertadísimo. Hasta Raoul lo cree así. ¿No recuerdas ya lo que me aconsejó? De manera que le expuse lo que quería decir, ella me lo tradujo y yo lo memoricé.

Mientras hablaba, le apretaba las manos y la observaba con suma atención. Mahree trataba de respirar de forma acompasada y, aunque aún estaba estremecida, empezaba a calmarse.

— ¿Estás seguro? —insistió—. ¿Y si lo lío todo?

— Estoy segurísimo de que vas a hacerlo estupendamente —le dijo, mirándola a los ojos.

Mahree se puso en pie.

— Muy Estimada Fys, Estimado Ssoriszs, Estimada Shirazz... Honorable Ahkk'eerrr y acompañantes. Honorable Amigo Dhurrrkk, estimado compañero, doctor Robert Gable... y miembros de esta admirada e ilustre Confederación. —Les hablaba mizari y le parecía que su voz procedía de un lugar situado a años luz—. Os estoy muy agradecida por invitarme a hablar.

Mahree advirtió la reacción de la Primera Consejera Ahkk'eerrr al oírla expresarse en la

lengua oficial de la Confederación. Su rojiza cresta cayó bruscamente y se aplastó por completo. «¿Sorprendida? ¡Pues aguanta, por lo que quisiste hacer a Dhurrrkk!», pensó con una sensación de triunfo.

Mahree había aprendido de memoria un discurso Pero la mayor parte del texto preparado no servía, ya que ahora tenía que hacer el relato completo de los hechos desde el punto de vista de una parte y de otra.

«¿Qué digo?», se preguntaba de forma angustiada.

De pronto, recordó algo que le había aconsejado su madre años atrás. Cuando ella estaba en tercer grado: «La sinceridad es la mejor arma, Mahree. Porque no sólo es lo moralmente correcto sino también lo más seguro. De una mentira puedes olvidarte; pero siempre sabes cuál es la verdad».

«Está bien, mamá. Allá voy». Inspiró hondo.

— Yo soy muy joven, hija de una constructora y de un médico. Hacía un viaje por el espacio, camino de un lugar en el que continuar mi educación, cuando nuestra nave captó unas señales de radio. —Expuso lo ocurrido tal y como ella lo había presenciado, sin disculpar ni a su propio pueblo ni al simiu. Los equívocos y las reticencias, la locura de Simón y la herida de Khrekk. Le tembló la voz al describir la muerte de Jerry y el trágico suicidio de Khrekk, debido a la negativa de Raoul de autorizar a su pueblo a salir a la Arena. Explicó su pánico cuando oyó a la asustada tripulación planear la huida a toda costa... Habló con orgullo de la decisión de Dhurrrkk de pedir la ayuda de la Confederación, sin importarle ser castigado por ayudar a los humanos y, finalmente, hizo un resumen del viaje y de sus peripecias.

Calló dos cosas: que había amenazado a Rob con la pistola y que el doctor Manta era un ser inteligente. Pero, mientras se refería estrictamente a la propiedad del hongo para producir oxígeno, en su cabeza empezaba a cristalizar un plan relacionado con el averniano.

A medida que hablaba, Mahree iba dejando de sentirse cohibida, y su voz adquiría el vigor de la convicción.

— Mi pueblo sólo desea ventura y honor para los simius que con tanta hospitalidad nos acogieron. Lamentamos las malas interpretaciones surgidas y no deseamos que nuestro viaje hasta aquí sea un obstáculo para su plena integración en la Confederación. —Tomó aire—. Nuestro proceder fue impulsivo lo reconozco. Es posible que Dhurrrkk y yo hiciéramos mal en no acudir a nuestros superiores. Pero éramos dos seres jóvenes enfrentados a una situación que podía tener trágicas consecuencias, y que había que evitar a toda costa. Por eso decidimos actuar. Para mí la decisión era fácil, ya que mi pueblo era el que más podía perder con la inactividad. Mi amigo, el honorable Dhurrrkk, empero, demostró no sólo nobleza de espíritu y valentía, sino también auténtico fervor por la paz interestelar. Él hubiera podido revelar a su pueblo lo que yo le había dicho... Sin embargo, prefirió ser fiel a su honor personal y a nuestra amistad. Confío en que no sea castigado por ayudar a mi pueblo —dijo mirando fijamente a la consejera Ahkk'eerrr.

Hizo una pausa para humedecerse los labios.

— El objetivo simiu —continuó— de conseguir la plena integración en la Confederación me parece natural, y espero que los humanos se lo fijen también. Yo no estoy oficialmente autorizada para hablar en nombre de los jefes de nuestros mundos. No obstante, creo que la Tierra y sus

colonias estarán muy interesadas en pertenecer a la Confederación. Vuestra organización me parece la plasmación de los mejores y más nobles afanes humanos y, si mis palabras han contribuido en alguna medida a acercar el día en que la Tierra se una a vosotros, mi vida habrá adquirido pleno significado. —Hizo una pausa y agregó—: Muchas gracias por vuestra atención.

Mahree se sentó.

Otro murmullo, éste más fuerte, recorrió el vasto auditorio. Mahree cerró los ojos y luego miró a Rob con expresión de muda interrogación.

— Has estado magnífica —susurró él con voz apagada, sonriendo con la boca torcida.

Mahree oyó un sonido emitido por la dirniana. Se volvió hacia la Secretaria General y, a una señal de Shirazz, se puso en pie de nuevo.

— Te damos las gracias, Estimada Mahree Burroughs —dijo la dirniana—. No será fácil olvidar tu relato. —Lanzó una rápida mirada a la representante simiu—. Entre otras cosas, porque lo que nos has dicho es verdad.

Ahkk'eerrr se mantuvo inmóvil pero pareció estremecerse por dentro.

La Secretaria General señaló al shadqui, del que Mahree se había olvidado y que seguía colgado de su percha, callado y quieto.

— Tú no lo sabías, pero nuestro estimado Buscador-de-la-Verdad, ha leído tus sentimientos, para medir la veracidad de tus palabras.

«¡El shadqui es un detector de mentiras viviente!» Mahree lanzó una rápida mirada a Rob como diciendo: «Ésta sí que es buena». Se preguntaba si Dhurrrkk conocería la función del shadqui y se volvió hacia él con expresión interrogativa. Su amigo, adivinando su pensamiento, asintió con orgullo.

— Ahkk'eerrr rehusó la prueba —susurró—. Esta actitud es frecuente en mi pueblo, dada nuestra reconocida honorabilidad. Por ello, tu testimonio la deja en mal lugar.

«Dhurrrkk confía en mí más de lo que merezco», pensó Mahree conmovida. Devolvió la reverencia a la dirniana y se sentó.

Ssoriszs se dirigió entonces a los reunidos:

— Miembros de la asamblea —dijo—. Habéis escuchado el relato de los humanos. En nuestra sesión anterior, pudisteis escuchar también el testimonio de la Primera Consejera Ahkk'eerrr. ¿Cuál es vuestra decisión? ¿Se otorga a los simius categoría de miembros de pleno derecho, en virtud de la realización de su Primer Contacto? Expresad vuestra decisión ahora.

Durante el tiempo de un latido, se hizo el silencio en la vasta sala. El Mediador bajó la mirada al podio sobre el que estaba colocado.

— La decisión ha sido comunicada —dijo—. En su relación con esta nueva especie, los simius no han observado una conducta que los califique para ser miembros de pleno derecho de la Confederación.

Mahree ahogó una exclamación. En el fondo, nunca creyó que el veredicto fuera adverso a los simius. «Dhurrrkk va a tener graves problemas. ¿Qué le harán ahora? ¿Qué harán a la *Désirée*?»

La Primera Consejera Ahkk'eerrr irguió el torso. Sólo su formación diplomática le impidió gruñir con todo descaro.

— ¡Apelo contra la decisión!

— Lamento que la votación no os haya sido favorable —dijo el Mediador—. Pero la decisión de los miembros de la asamblea es coherente y justa. Ocultaciones, evasivas e intolerancia para con las costumbres ajenas no son buena base sobre la que asentar la confianza y la amistad. Denegada la apelación.

Ahkk'eerrr dirigió a Dhurrrkk una mirada incendiaria y se recostó en su otomana.

La Secretaria General tomó la palabra:

— El contacto con los humanos será continuado mediante una misión conjunta de mizaritas y simius que irá a su mundo Tierra. Nosotros transportaremos a los humanos a Hurrreeah, donde se entablará contacto entre la Confederación y la nave *Désirée*. El Estimado Ssoriszs encabezará la delegación de nuestros especialistas en primeros contactos.

Rob dio un disimulado codazo a Mahree y susurró:

— Los simius no se atreverán a intentar nada bajo la vigilancia de los mizaritas.

— Sí. Pero esto es un descrédito para los simius. Es posible que su Consejo eche la culpa a Dhurrrkk —apuntó ella con gran tristeza.

— Tienes razón —convino él en tono lúgubre.

Con gesto decidido, Mahree se puso en pie y esperó a que se le concediera la palabra. Cuando Fys la miró, dijo:

— Existe una prueba de la capacidad de los simius para iniciar un buen Primer Contacto de la que no he informado a esta asamblea. Ello se debe a que, en realidad, la información no era mía. Pero, dado que el honorable Dhurrrkk renuncia a hablar, tengo que hacerlo yo por él. Sé que esta asamblea desea actuar con la mayor justicia posible. Pido permiso para presentar ahora esta prueba.

La dirniana miró al Mediador, el cual dijo algo en voz baja. Fys advirtió entonces:

— La decisión de la asamblea no será revocada por lo que respecta al Primer Contacto entre simius y humanos, Estimada Mahree Burroughs.

— Comprendido, Muy Estimada Fys —dijo ella—. Lo que deseo exponer se refiere a un asunto diferente por completo.

— Puedes presentar tu prueba.

Mahree se arrodilló al lado de Dhurrrkk y susurró tres palabras en inglés junto a su pequeña y peluda oreja. Luego, se volvió hacia la Enlace de Visitantes.

— Estimada Shirazz, ¿tendrás la bondad de ayudar al honorable Dhurrrkk? Sin tu ayuda, sería muy difícil aportar la prueba prometida. Pero tú podrás disponer todo lo necesario.

La Enlace, muy sorprendida, asintió.

Shirazz y Dhurrrkk abandonaron el auditorio en la plataforma ascensor.

Pasó el tiempo y la asamblea esperaba, entre murmullos. Mahree se hallaba encogida en el banco. Rob le sostenía la mano. Los minutos transcurrían lentos. Ellos no se miraban.

Por fin, al cabo de media hora, la luz se amortiguó y adquirió un tono rojizo. Los murmullos subieron de tono.

Mahree miró entonces a Rob, y él levantó el pulgar.

Se produjo una ligera vibración en el suelo. Se abrió y reapareció la plataforma.

En ella venían Dhurrrkk y Shirazz. El simiu estaba envuelto en una «capa» fosforescente, de

un tono blanco azulado, que se destacaba en la penumbra.

Mahree y Rob se situaron cada uno a un lado de su amigo. Juntos quedaron frente a la Secretaria General:

— Muy Estimada Fys, Estimado Ssorisz, Consejera Ahkk'eerrr... —dijo Mahree—. Os presento al doctor Manta, el segundo, y plenamente satisfactorio, Primer Contacto simiu. El primer ser que pudo comunicar perfectamente con el doctor Manta fue mi amigo, el honorable Dhurrrkk.

Los bordes del averniano ondeaban sobre la melena de Dhurrrkk; una sensación de calor y leve regocijo llegó a la mente de Mahree con delicadeza.

«Os habéis portado bien, jóvenes amigos —observó la criatura— Esta reunión contiene en verdad grandes maravillas. Aquí aprenderé muchas cosas».

La «voz» mental del averniano llenó el auditorio cuando la criatura empezó a formular pensamientos en perfecto mizarí.

«Saludos a la Confederación de Sistemas Planetarios. Os los desea este habitante de un planeta al que los humanos han llamado Avernus. Mis tres jóvenes amigos me han dado también la designación personal de doctor Manta. Me siento muy complacido y honrado de saludaros».

XVIII. REGRESO TURBULENTO

Dhurrrkk se pasa de honrado. Si hubiera mantenido el hocico cerrado acerca de quién fue la primera persona que entabló comunicación con el doctor Manta, los simius hubieran podido anotarse el contacto con el averniano. Pero el muy honorable cabeza de chorlito dijo la verdad y los simius, en el curso de una sesión sin precedentes, consiguieron sólo la mitad de los puestos de representación en la Confederación a la que tanto deseaban pertenecer.

Ahora bien, puesto que, dadas las circunstancias, no esperaban conseguir ninguno, esa mitad los aplacó un poco y ahora Dhurrrkk es un héroe en su planeta.

— ¡Qué ironía!

El Estimado Mediador me dijo que la participación humana en el contacto con Avernus pesará de modo favorable en las posibilidades de ingreso de la Tierra en la Confederación... y hasta puede darnos derecho a una representación más numerosa si nos integramos. No está mal, ¿verdad?

Me dijo también que la Confederación colocará a Avernus bajo su protección, tanto si los seres manta se unen a ella como si no. El descubrimiento de una especie con tan grandes poderes telepáticos es trascendental. Las coordenadas del sistema averniano se mantendrán bajo el más RIGUROSO SECRETO.

El doctor Manta se encuentra muy bien. Shirazz y Ssoriszs parecen estar cautivados por la sabiduría y la amabilidad del averniano y por su fino sentido del humor. Ha aceptado la invitación de Ahkk'eerrr a ser presentado a las componentes del Gran Consejo simiu. Pero con la condición de que Dhurrrkk le sirva de «intérprete», ya que le resulta difícil «conversar» con mentes nuevas.

Pero la noticia del contacto averniano llegó demasiado tarde para salvar a Rhrrrkkeet. El Consejo simiu, a instancias de los partidarios de la «tía» de Khrekk, ya le habían dado el cese. Pero ello fue una suerte, ya que el Estimado Ssoriszs quedó tan impresionado por lo que le contó el tío Raoul que le ofreció el cargo de enlace entre los simius y los mizaritas durante su misión en la Tierra. Ella aceptó. Y confío en que les haya sacado la lengua a sus antiguas jefas.

Ahora estamos a bordo de la nave mizari *Viento del Alba*, en ruta hacia Hurrreeah y a la *Désirée*. Llevamos diez días de viaje y dentro de otros diez habremos llegado. Las naves mizaríes son rapidísimas.

espaciosas, hasta el punto de que la *Rocinante* cabe en la cubierta de las naves salvavidas. Rob y yo tenemos una *suite* con baño. ¡Qué lujo!

Durante el viaje, he tenido ocasión de comprobar que Ssoriszs es un tesoro. Siempre me llama «Estimada Mahree» en un tono amable y ceremonioso. Me enseña muchas cosas acerca de los miembros de la Confederación y de sus culturas.

. Cuando me devolvió las cassettes de mi Diario, le pregunté sin rodeos si iban a ofrecer a Rob el cargo en la Confederación, y me respondió que no lo sabía; pero que pensaba recomendar que así se hiciera. No quiso ni insinuar qué clase de cargo iba a ser.

Empiezo a plantearme pedir a los mizaritas que me dejen quedarme junto a Rob. Me parece

que no soportaría verlo trabajar con la Confederación sin poder yo intervenir. Es una mezquindad, pero lo siento así.

Quizá deseen que actúe de enlace entre la Tierra y la Confederación. Parece lo más lógico. Van a necesitarlo.

Es duro pensar en estas cosas, sobre todo cuando después del acto del amor, Rob se pone a hablar de nuestro futuro, de lo que haremos en la Tierra y de las cosas que veremos.

La otra noche estábamos viendo juntos *Casablanca*, y yo tuve que excusarme cuando Monsieur Rick dice a Elsa: «Siempre nos quedará París».

Y es que, por lo menos, Rick y Elsa van a vivir en el mismo planeta...

Mahree accionó la puerta y entró en su pequeño camarote de la *Désirée*. Se apoyó en el mamparo de plástiacero y se enjugó las lágrimas. Resonaban aún en sus oídos los jubilosos saludos de sus amigos y notaba en los hombros el cosquilleo de los abrazos y las palmadas.

En el camarote había silencio. Suspiró aliviada. Se alegraba de verlos, desde luego; pero... seguían vibrando en sus tímpanos sus voces estridentes. El lenguaje humano le parecía demasiado ruidoso, comparado con el suave siseo del mizarí. ¡Y hasta ahora no se había dado cuenta de la brusquedad con que se movían los humanos!

«Es tu gente —se reconvino—. Hace dos meses que te fuiste; eso es todo. No tiene nada de particular que te produzca extrañeza estar otra vez entre tus congéneres. Ya te acostumbrarás».

Pero, cada vez que pensaba en su habitación del *Viento del Alba*, sentía nostalgia.

Exhausta, se dejó caer en la cama y miró en derredor con extrañeza. «Todo parece estar igual. ¡Pero qué distinto!»

La gran nave mizarí se hallaba amarrada en la Estación Tres, cerca del nuevo emplazamiento de la *Désirée*. Los simius, con su nueva política de apertura, habían pedido a los humanos que trasladaran su nave a uno de los atraques de su estación «interestelar».

Mahree y Rob, con las bolsas en la mano y acompañados de Dhurrrkk y Rhrrrkkeet, habían recorrido los iluminadísimos corredores, de sección trapezoidal, hasta llegar a uno de los túneles blancos como el que todos recordarán siempre. Entonces Dhurrrkk accionó la compuerta exterior y les dijo:

— Hasta pronto, amiga Mahree, amigo Rob. Feliz regreso a casa.

Los viajeros empezaron a avanzar por el túnel. Antes de llegar a la mitad del recorrido, la compuerta de la *Désirée* se abrió. Toda la tripulación, con Raoul a la cabeza, surgió en una oleada de humanidad exuberante y vocinglera...

«Bueno, no puedo quedarme aquí sentada —pensó Mahree dándose una sacudida mental—. Raoul dijo que nos reuniríamos en el comedor para contar nuestras aventuras. Pero, ante todo, necesito un baño y un cambio de ropa...»

Minutos después, salía del aseo con un mono limpio.

— Espejo —ordenó.

Distraída, alargó la mano hacia el cepillóse quedó pasmada.

«¿Quién es ésa?», pensó durante una fracción de segundo, antes de comprender que estaba contemplándose a sí misma.

La que la miraba desde la superficie reflectante era casi una desconocida, una mujer esbelta, angulosa, de gesto aplomado. Tenía los pómulos muy acusados, y sus ojos castaños parecían más grandes. La cara que aparecía frente a ella había perdido los últimos vestigios de redondeces infantiles. Se acercó al espejo y descubrió pequeñas sombras en la piel junto a los ojos y la boca, que un día formarían pliegues. «*Mon Dieu* —pensó, atónita—, parece que tengo varios años más, y no un par de meses».

Se apresuró a buscar canas en el pelo. Comprobó con alivio que seguía siendo completamente castaño.

Mahree ladeó la cabeza, analizando las facciones reflejadas, y decidió que le gustaba lo que veía. «Ya no parezco una chica corriente —descubrió—. Tengo aspecto de persona que ha visto y ha hecho cosas. Una persona singular. Eso es mejor que ser bonita».

Tuvo una súbita idea, y se puso en seguida de perfil para mirarse el busto. «En fin, hubiera sido mucho pedir», pensó. La imagen del espejo le sonrió con cierto desencanto.

Sonó un golpe en la puerta.

— ¿Mahree?

— Pasa, Rob.

El médico venía con el pelo recortado y la cara rasurada. Antes de que salieran de Shassiszss ya había dejado de ser el represor de la barba. Traía en brazos a *Sekhmet*.

— Hola.

— ¡*Sekhmet*! —exclamó Mahree acariciándola—. ¿Cómo estás, cariño?

— Estoy muy bien, gracias —respondió Rob—. Contento de haberme librado de la barba.

Le pasó la gata.

— No hablaba contigo —aclaró—, sino con ella.

Acarició la garganta del animal, murmurando suaves frases, hasta conseguir un débil ronroneo.

— ¿Qué ha hecho al verte? —preguntó.

— No estoy seguro de que me haya reconocido. Me parece que está indecisa entre derretirse en mis brazos o hacer como si no me conociera.

— Vale más que vayamos al comedor —sugirió Mahree sin entusiasmo—. Durante algún tiempo, seremos el centro de atención. Es inevitable.

— Lo imagino —contestó Rob mirándola con aire de preocupación.

Luego, con mucha delicadeza, le quitó la gata y la depositó encima de la cama. Cogió a Mahree por la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

— Un momento... ¿Qué te pasa?

— No lo sé —suspiró ella—. ¿No te resulta extraño volver a estar entre humanos?

— No lo he pensado. ¿Te resulta extraño a ti?

— Un poco —la joven desvió la mirada—. Se halla esto tan... concurrido. Y es tan ruidoso. Todo parece... chabacano. Me duele decirlo, pero no puedo evitarlo.

— Eso se debe a que has visto a los alienígenas en su mejor momento, haciendo grandes cosas, tomando decisiones trascendentales... No has tenido ocasión de ver a un colega del Estimado Ssoriszs tropezar con los muebles antes de tomar su primera taza de café.

Ella consiguió sonreír.

— Puede que tengas razón. Ya me acostumbraré. Pero los humanos me parecen ahora tan... insignificantes. Me decepciona todo.

Rob sonrió.

— Es duro volver a la realidad cotidiana después de haber visto Shassiszss, ¿verdad? Anda, ánimo. Vamos a contarles todo lo que hemos hecho, sin ahorrar morbo ni escatimar lo escabroso —hizo un sugestivo gesto con las cejas.

Sonrieron.

— ¿También lo del día en que quitamos la gravedad, para ver cómo resultaba hacerlo en condiciones de ingravidez, pero nos olvidamos de vaciar antes la bañera?

— También —decidió él muy serio, mientras la miraba intentando leer en su rostro—. ¿Estás mejor?

Ella asintió y él volvió a sonreír.

— Bien. Después de nuestro relato, tomaremos una cena de verdad a solas tú y yo. ¿Deseas llevar algo a mi alojamiento?

Ella lo miró parpadeando sorprendida.

— ¿Llevar?

— Yo tengo cama doble.

Mahree miró su estrecho catre.

— Oh, no había pensado en eso.

— ¿Imaginabas que íbamos a vagar de un lado a otro de la nave, a las tantas, como chicos de internado? —La sacudió por los hombros—. Quiero tenerte a mi lado al despertarme por la mañana. Me he acostumbrado a verte allí.

Mahree recordó las palabras de Ssoriszss: «La decisión no es definitiva, pero tiene mi recomendación...»

Se mordió los labios y le dirigió una forzada sonrisa.

— De acuerdo, si tú quieres, allí estaré.

— Claro que quiero —dijo con una mirada intensa en sus ojos oscuros—. En realidad, yo... bueno... No es el momento... Hablaremos después, ¿de acuerdo?

Ella se encogió de hombros, desconcertada.

— Claro, como tú decidas.

— Así me gusta, una mujercita sumisa que a todo dice «sí» —bromeó él.

— ¡Comida de verdad! —exclamó Rob, satisfecho, levantando la jarra de cerveza hacia Mahree—. ¿Te ha gustado mi selección?

La chica asintió y acercó su jarra a la de él.

— Fabulosa. Ha sido una idea estupenda utilizar la máquina procesadora de la enfermería y comer en tu despacho. No hemos tenido un solo momento para nosotros en todo el día.

— Ya lo sé. Y mañana será también una jornada de mucho ajetreo.

Rob, cejijunto, empezó a revolver los trozos de lechuga del fondo de su ensaladera, apartó la bandeja y se levantó.

— ¿Otra cerveza? —preguntó.

— No; dos son suficientes —respondió ella, desconcertada por su súbito cambio de actitud,

pues parecía violento y tenso, muy distinto de lo habitual en él.

Rob fue a la enfermería y al momento volvió a su despacho con otra cerveza. Pero no se sentó, sino que empezó a pasear por la pequeña habitación, mientras tomaba su bebida a sorbitos. Hasta que al fin se detuvo y pareció que examinaba los anticuados diplomas y certificados colgados de la mampara, encima de su mesa.

— ¿Ya has decidido lo que quieres hacer cuando lleguemos a la Tierra? —preguntó de repente, con cierta brusquedad.

Mahree se encogió de hombros.

— No sé. La idea de ir a la Universidad no me seduce tanto como antes.

— Sí, ya sé a lo que te refieres.

Rob se hallaba vuelto hacia la pared, de modo que Mahree sólo podía verlo de perfil. La rigidez de sus hombros le recordó la actitud que tenía el día en que le dijo que la quería.

— ¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó, procurando hablar con naturalidad.

«¿Tiene ya idea del cargo de la Confederación? ¿Le habrá dicho algo Ssoriszsz? ¿Estará preparándome para darme la noticia?»

— No estoy seguro —respondió él—. Lo normal sería que volviera a la Facultad para hacer un par de cursos de recuperación, ya que tenía pensado establecerme después en Norte Am, que es donde yo pensaba ejercer en un principio. —Frunció el entrecejo—. Pero ahora todo ha cambiado. No sé lo que haré. Supongo que se producirá mucho revuelo en los medios de comunicación, que habrá que dirigir informes al Gobierno y todas esas cosas. Seremos famosos, imagino. —Suspiró y movió la cabeza—. Eso me deprime. Yo puedo estar sediento de gloria; pero no de publicidad.

Mahree asintió, pues comprendía muy bien lo que él sentía.

— Quizá surja algo —apuntó—. Algo... realmente especial.

Por fin él se volvió a mirarla.

— Eso ya lo tengo. Tú eres especial, Mahree.

Ella le contempló con una sonrisa forzada. «Pronto ya no podré oírle decir eso».

— Tú también eres especial —repuso, echándose hacia atrás en la silla y apurando su cerveza.

— Mahree... —Sus ojos negros se prendieron en los de la joven, y en su mirada había algo que la turbaba—. ¿Me quieres? —preguntó con suavidad.

— Hasta los confines del Universo y más allá de la muerte —contestó ella repitiendo la frase ritual.

— Eres tan experta en lenguas que ya debes de saber lo que eso quiere decir, ¿no? —inquirió mirándola con fijeza.

Mahree sintió que el corazón empezaba a latirle muy fuerte, y tuvo que dominar el impulso de echar a correr. Pero, haciendo un esfuerzo, sostuvo su mirada.

— ¿A qué te refieres? —preguntó con una voz que sonó muy lejana y opaca en sus propios oídos.

— Es como decir: «Hasta que la muerte nos separe» —respondió él muy serio—. O, lo que es igual: ¿Quieres casarte conmigo?

Ella lo miraba boquiabierta, preguntándose si habría oído bien. Rob aspiró hondo y se peinó con dedos temblorosos.

— Bueno..., no creí que fuera tan difícil decirlo —murmuró como hablando consigo mismo—. Pensé que me saldría con más soltura. En las películas parece que no cuesta nada.

Mahree seguía muda.

— ¿Qué te pasa, cariño? —dijo él al advertir su asombro.

Volvió a sonreír, se acercó a ella y se sentó en el borde de la mesa. Se inclinó, le tomó las manos y las sostuvo entre las suyas, cálidas y fuertes.

— Al verte, cualquiera diría que te había pedido que te metieras en aceite hirviendo, en lugar de proponerte honorable matrimonio.

A Mahree se le llenaron los ojos de lágrimas y le oprimió la mano.

— Rob, no sé qué decir —susurró.

— Di «sí» —sugirió él en tono alegre.

— Ni sé cómo decirlo —prosiguió ella, como si no le hubiera oído.

— Es fácil —insistió él; pero su optimismo mermaba a medida que reparaba en la grave expresión de ella—. Puedes decirlo en inglés, en francés, en simiu o mizarí... hasta en indostánico si quieres. Es una sílaba muy corta y muy bonita: «Sí». Prueba.

— No —dijo Mahree con voz ronca, mientras una lágrima rebosaba del párpado y le resbalaba por la mejilla—. Te quiero, Rob; pero no. No quiero casarme contigo. Lo siento.

A él se le cortó la respiración, como si le hubieran abofeteado. Mahree tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada, pues volver la cara hubiera sido una cobardía. Pero le había sido más fácil saltar sobre el arma de Simón Viorst o sentarse a esperar la muerte en Avernus que contemplar primero la sorpresa, después la perplejidad y, finalmente, el dolor que se pintaba en sus facciones. De buena gana hubiera estallado en sollozos.

— Mahree —dijo él al fin—, si es una broma, no tiene ninguna gracia.

Hablaba en voz alta, como si tratara de convencerla de que en verdad lo había dicho para bromear.

La muchacha tragó saliva y se enjugó las lágrimas.

— Rob, yo no bromearía con esto, créeme.

Él aspiró hondo.

— Está... bien. Vamos a hablar. ¿Por qué...? Mejor dicho: ¿Por qué no? Tú dices que me quieres.

— Y es verdad.

— Entonces... ¿qué tiene de malo la idea del matrimonio?

— Soy muy joven —suspiró ella.

— Un momento. Por ahí no paso. Hiciste de todo para convencerme de que eres una mujer hecha y derecha. Me dijiste que, en tu mundo, muchas chicas se casan a tu edad.

— Es verdad —convino ella—. Pero, después de todo lo que ha sucedido... Rob, tú puedes tener que... en fin, los dos tenemos muchas cosas que hacer antes de pensar en adquirir un compromiso semejante. En estos momentos, la situación está todavía muy indecisa.

La expresión de él se despejó.

— De acuerdo. No tiene que ser hoy mismo, Mahree... Aunque nada me gustaría más que pedir a tu tío que nos casara mañana mismo.

Volvió a peinarse con los dedos.

Como ella no respondía, le cogió la barbilla para obligarle a levantar la cara.

— Está bien. Mañana tampoco. Soy paciente, cariño, esperaré. Si lo prefieres, nuestro noviazgo será largo. Un año, incluso dos...

— Aun así, yo no tendría más que diecinueve años —susurró ella.

— Pues tres años, o cinco, o los que quieras, con tal de saber que ha de llegar... que siempre hemos de estar juntos.

Mahree vacilaba, tentada de decirle que sí. «Siempre puedes romper el compromiso», pensó. Pero respondió:

— Decirme que estás dispuesto a esperarme es el mayor cumplido que me han hecho en la vida, Rob.

Él la miraba con los ojos entornados en actitud pensativa.

— Hay algo más que aún no me has dicho. Vamos, suelta la verdad. ¿Es que no me quieres lo suficiente?

Ella tragó saliva muy entristecida. «Tendría que alegrarme saber que me quiere lo suficiente como para desear comprometerse conmigo para siempre. Sin embargo, en lugar de ponerme contenta, me siento acorralada. ¿Qué diablos me pasa?»

Mahree se mordía los labios, buscando angustiada algo que decir; pero las palabras no acudían.

Rob la miraba con el rostro contraído. Mientras ella vacilaba, él le soltó las manos, se levantó y se alejó.

— ¿Y no podemos estar juntos por ahora, sin formalidades ni compromisos? —propuso ella de pronto, temiendo que él siguiera alejándose.

Rob se detuvo en el centro de su despacho y se quedó inmóvil durante un rato. Luego, sin volverse, contestó:

— No sé. Me induces a dudar de que hablas en serio cuando dices que me quieres.

— Por favor, créeme —pidió ella, tratando de contener nuevas lágrimas—. ¡Claro que te quiero!

«Si tú supieras lo que probablemente te reserva el futuro, comprenderías que éste no es el momento de hablar de tales cosas, ¡idiota! ¡Y luego me llamas cabezota a mí!»

Mahree, un poco mareada por el alcohol, apoyó la frente en las manos. «No deberíamos discutir temas tan importantes después de haber bebido», pensó con tristeza.

— Rob, estoy tan cansada que no puedo pensar con claridad. Por favor...

— Está bien —concedió él fríamente. Se acercó, cogió la cerveza y empezó a beber a pequeños sorbos, sin mirarla.

— ¿El qué está bien? —preguntó la chica enjugándose los ojos.

Cuando le vio la cara se asustó por su total inexpresividad, pues percibió que, bajo aquella máscara de serenidad, había furor, frustración y decepción. Hubiera preferido que le gritara. Cualquier cosa antes que verlo alejarse de ella de este modo.

— De acuerdo, lo haremos a tu manera. Sin compromisos, ni promesas. Hoy sí, tal vez mañana, y después quién sabe. —Hablaba de un modo sardónico, con una voz fría y distante que

ella no le conocía; Mahree deseaba taparse los oídos con las manos para no oírla—. Si quieres volver a hablar de ello, tendrás que sacar tú el tema.

«¿Tan terrible sería decir «sí» al compromiso, sólo para que estuviera contento?»

— Rob... —empezó.

«No. No puedo vacilar. El matrimonio es algo que deben desear los dos, y yo no quiero casarme. Estoy enamorada de Rob, pero éste no es el momento».

Él ya había levantado una mano para atajarla:

— No; no deseo hablar más de esto No quiero que digas que sí a algo que no desees sólo por compasión. —Estaba pálido, pero su voz se mantenía firme, así como la mano con que la levantó de la silla—. Es tarde —dijo mirando el reloj—. Hora de ir a la cama. Acuéstate, yo vengo en seguida.

Mahree, sintiéndose embotada de cansancio y de cerveza, entró en el camarote anejo al despacho que ocupaba él y se preparó para acostarse. Se desnudó y se metió en la cama, preguntándose dónde estaría Rob.

Casi una hora después, Mahree despertó de un sopor intranquilo, al oír los pasos de él. En voz baja, Rob dio la orden de bajar la luz. La cama vibró cuando él se acostó en la oscuridad. No la tocó ni dijo nada. Gradualmente, su respiración se hizo más profunda y regular y, al poco rato, empezó a roncar con suavidad.

«Está borracho —comprendió Mahree—. Maldita sea, tampoco pide tanto... Ojalá hubiera podido decirle que sí, que algún día... Ojalá hubiera podido prometerle: “siempre”».

Suspiró, comprendiendo que podía ser más sencillo tratar a seres de especies totalmente distintas que a los de la propia. «Yo le compensaré —se prometió a sí misma, mientras sentía que el sueño volvía a invadirla—. Ya se me ocurrirá algo. De algún modo, ya.».

Dándose media vuelta en la cama, Mahree le puso un brazo sobre el pecho y se acurrucó contra su cuerpo cálido. Por fin se relajó y pudo quedarse dormida...

XIX. DESAFÍO A MUERTE

Hace dos días que regresamos.

Han sido dos penosos días.

Tenemos que superarlo como sea. Yo deseo que las cosas estén claras, no turbias; ordenadas, no confundidas; enteras, no hechas trizas.

Necesito hallarme en paz conmigo misma, cueste lo que cueste, para poder estar en paz con Rob. Me aterra pensar que esto pueda destruir por completo nuestra relación.

Cuando desperté ayer por la mañana, él se había ido. Y anoche estuvo amable... No frío, pero sí ausente. No sé si me explica Su cuerpo estaba allí, pero sus sentimientos y su... esencia... permanecía muy lejos. No conseguí ni vislumbrarlos, y no digamos percibirlos.

Estuvo ocupado todo el día, sacando el trabajo atrasado, por lo que tuvo una excelente excusa para acostarse temprano. Yo quería volver a hablar del asunto. Pero no sabía qué decir ni cómo. Me quedé levantada, pensando; aunque sin obtener nada en limpio y, cuando me acosté, él ya dormía y no quise molestarle.

Pero después, mientras yo permanecía mirando al techo y deseando tener el valor de tocarlo, pensando que el palmo de distancia que nos separaba era como un segundo paraláctico de espacio vacío, me di cuenta de pronto de que él también estaba despierto, mirando la oscuridad con los ojos muy abiertos.

No pude hacer nada. Quería hablar; pero no encontraba nada que decir. Tenía ganas de llorar pero no lágrimas. Yo deseaba que todo estuviera como antes, y sabía que no podía ser.

Aunque lo superemos, intuyo que estas situaciones todo lo cambian: las relaciones, las personas. Nada volverá a ser lo que era.

Mahree se sintió desolada al ver a Joan. Su tía estaba sentada en el camarote, con las manos yertas sobre el regazo y los hombros caídos. Tenía un aspecto lastimoso, como una muñeca de trapo a la que se le hubiera salido la mitad del relleno.

Su pelo rojizo estaba veteado de gris y, al ver las arrugas de su cara, Mahree sintió ganas de llorar. La mujer parecía haber envejecido décadas desde la marcha de su sobrina.

Cuando Mahree entró en el pequeño camarote individual encontró a Joan tendida en la cama, mirando al techo. Giró el rostro para ver quién entraba y en seguida desvió la mirada. Mahree titubeó; pero, en vista de que su tía no le decía que se fuera, se sentó en la única silla del camarote y esperó en silencio.

Al fin Joan se incorporó y examinó la cara de su sobrina. Al cabo de un rato, habló con suavidad:

— Me dijeron que habías vuelta Hola, Mahree.

— Hola, tía Joan.

No le preguntó cómo estaba, porque no hacía falta.

— Yoki me contó dónde habéis estado —dijo la primer oficial—. ¿Qué pasó ahí fuera, cariño?

Mahree le hizo un relato completo de lo sucedido, sin omitir que había apuntado a Rob con una pistola. Quería que Joan supiera que no era ella la única persona que, en un momento de crisis, se había visto impulsada a actuar con desesperación.

Cuando Mahree acabó de hablar, su tía guardó silencio durante varios minutos y luego dijo:

— ¿Y esas criaturas serpiente, los mizaritas, os trajeron?

— Sí, en el *Viento del Alba*.

— Yo, Mahree, cometí un solemne disparate. Perdí la cabeza y estuve a punto de arruinar el Primer Contacto. Lo que arruiné por completo fue mi matrimonio. Quería obligar a Raoul a hacer algo que hubiera sido desastroso... Fue casi un motín.

— El tío Raoul me lo dijo. Aunque no creo que piense acusarte de insubordinación —la tranquilizó Mahree.

Era lo único que se le ocurrió para consolarla.

— Eso dijo el doctor Gable esta mañana cuando vino a verme —murmuró Joan.

— ¿Sí?

Cuando Mahree despertó Rob ya se había marchado. No le había visto en todo el día. Aunque trató de mantener la voz firme y mostrar un tono indiferente, algo debió delatar su cara. Joan entornó los ojos.

— Vosotros dos estuvisteis mucho tiempo por ahí solos —comentó con dulzura.

— Sí, mucho tiempo —asintió Mahree.

Joan asintió con la cabeza, como si acabara de ver confirmada una suposición.

— Has crecido —comentó con una débil sonrisa.

Su sobrina sonrió también.

— A la fuerza. Tengo ganas de recorrer el resto del camino.

La sonrisa de Joan se acentuó pero en sus ojos había una tristeza que apenó a Mahree.

— No hay «resto del camino», cariño. Te pasas la vida intentando llegar, hasta que un día te das cuenta de que ya es tarde.

Se miró las manos, unas manos fuertes, capaces, achatadas, con las venas bien marcadas... Manos trabajadoras. No eran bonitas; pero sí útiles.

— Raoul... —empezó a decir y se interrumpió—. Desde aquel día no me habla más que para comunicarme cosas de la nave. Yo traté de decirle que lo lamentaba...

— Lo sé —dijo Mahree recordando la charla que mantuvo con el capitán el día del regreso—. Y sé también que esta situación le hace sentirse desgraciado; pero aún es pronto... —Vaciló y se lanzó—: Él te quiere, tía Joan.

— Ya lo sé. Y yo a él... Pase lo que pase, una parte de mí siempre lo querrá. —Miró a su sobrina con amargura—. Pero esto no tiene arreglo, Mahree. Hay casos en los que no basta el amor.

— Acabo de descubrirlo —confesó la muchacha con la garganta tensa—. Tía Joan, cuando él venga a verte, no te quedes ahí sentada, por favor. Habla con él. Tiene que haber comunicación entre vosotros dos para que podáis tratar de comprender y aceptar lo ocurrido. Esta situación no puede continuar.

— Hablar con él —repitió Joan en voz baja—. Eso se dice con facilidad —agregó, mostrando

vestigios de su antigua aspereza; aspiró hondo y sonrió a su sobrina con orgullo—. Aún no puedo creer que tú hables con esos alienígenas. Dime algo en mizarí.

Mahree obedeció. Pronunció una frase.

— ¿Qué quiere decir?

— «Aférrate a tu valor con todos tus apéndices prensiles, porque no hay noche sin amanecer, mi querida pariente».

De pronto, las lágrimas brillaron en los ojos de Joan. Mahree le oprimió una mano. Joan cubrió la de la muchacha con la suya libre y las dos mujeres guardaron silencio.

Hasta que, por fin, Joan dijo:

— Vale más que te marches. ¿No dices que vais a visitar la Estación Tres?

Mahree asintió.

— Dhurrrkk y Rhrrrkkeet nos han invitado a Rob, al tío Raoul, al estimado Ssorisz y a mí a visitar la estación. Tengo ganas de que el tío Raoul conozca a los mizaritas. ¡Son tan amables!

— Pues vete ya —le aconsejó Joan y Mahree se levantó—. No sea que llegues tarde. ¿Querrás...? —Vaciló—. ¿Querrás saludar de mi parte al tío Raoul?

— Pues claro —respondió Mahree sintiendo un nudo en la garganta—. Y volveré a verte, si no te importa.

— No me importa. Así podrás relatarme la visita. Que te diviertas, Mahree.

Mahree miraba a Dhurrrkk con incredulidad.

— ¿Dices que todo el Consejo ha venido a la estación sólo para conocer al doctor Manta?

Su amigo asintió. Estaban en el túnel de comunicación, junto a la compuerta de la cámara de descompresión de la *Désirée*, esperando a los demás para iniciar la visita de la Estación Tres.

— Había varias consejeras, entre las de más edad, que nunca habían salido del planeta. Amiga Mahree. ¡Tenías que haberlas visto haciendo el ademán de saludo en la atmósfera de menor gravedad que requiere el averniano! Una de ellas perdió el equilibrio y se cayó.

Ella sonrió al imaginar la escena.

— ¿Y cómo se te dio eso de hacer de «intérprete» del doctor Manta?

Dhurrrkk la miró de soslayo.

— Estoy seguro de que Manta recibía sus pensamientos sin mi ayuda. Ahora bien, todavía le cuesta proyectar los suyos a una mente desconocida. En la asamblea de Shassiszs tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para dirigirse a todos los reunidos.

— ¿Ha dicho el doctor Manta cuánto tiempo desea quedarse aquí? —preguntó ella—. Por la lentitud con que crecen ellos y sus plantas, podría quedarse bastante tiempo, y para él no representaría nada. Rob me dijo que se lo llevaste a la enfermería para que tomara un buen «baño» de rayos X.

— Semejante concentración de rayos X podría matar tanto a tu pueblo como al mía Pero nuestro amigo lo encontró tan refrescante como un buen acicalado.

— ¡Todas las comodidades del hogar! —comentó Mahree riendo entre dientes.

— Me alegra ver que no has perdido del todo tu sonrisa —manifestó el simiu moviendo la cabeza de arriba abajo—. Antes, cuando nos encontramos, me pareció hallarte distinta. Pareces

haber perdido tu alegría. Y lo mismo advertí ayer en el amigo Rob. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

— Es difícil de explicar, Dhurrrkk —suspiró ella—. Tuvimos... una desavenencia. Podríamos llamarle una pelea.

— ¿Te pegó? —preguntó Dhurrrkk con indignación—. Es mi amigo; pero por mi honor no puedo permitir...

— ¡Oh, no, no! —se apresuró ella a interrumpirle—. Fue una pelea de palabras nada más, ¡créeme! Y la culpa fue tanto mía como de Rob. Pensamos de modo distinto acerca de algo que es muy importante para él.

— ¿Qué es?

— Resulta difícil de explicar... ¿Tú sabes que mi gente se empareja de forma permanente?

— Sí. Tanto para vivir en compañía como para educar a los hijos, ¿no?

— Eso es. Bien, Rob quiere que yo sea su esposa, que él y yo seamos pareja siempre.

— ¿Y tú no quieres?

Ella hizo un ademán de resignación.

— No es eso Yo creo que un día desearé ser su esposa; pero no ahora mismo. Soy muy joven para casarme, para tomar un compañero definitivo.

Los ojos color violeta de Dhurrrkk tenían una mirada de entendimiento.

— Comprendo. Tú eres muy joven, lo mismo que yo. Es natural que aún no hayas concebido. Estas cosas no deben precipitarse, amiga Mahree. Tienes que dar tiempo a que tu cuerpo madure.

Mahree miró al techo.

— Hum... sí. No me refería a eso; aunque para el caso es igual. Y el amigo Rob está triste por lo que él considera un rechazo.

— Tendrás que explicárselo —razonó Dhurrrkk—. Él es bueno y al final entenderá.

— Así lo espero —concluyó ella con un suspiro—. Si no, yo...

Se interrumpió al advertir que se abría la cámara de descompresión simiu y salían al túnel Rhrrrkkeet y el Mediador de la Confederación.

Estaban todavía intercambiando saludos cuando se abrió la compuerta de la *Désirée* y Raoul Lamont y Robert Gable se unieron a ellos.

Mahree presentó a su tío al Estimado Ssorisz y se sintió muy orgullosa por lo bien que el capitán hizo la reverencia y dijo en lengua mizarí, «es un placer y un honor conocerlo».

Raoul llevaba su traductor electrónico, y el grupo acordó hablar en simiu para que Lamont y Rhrrrkkeet pudieran seguir la conversación. Mientras el capitán terrestre y el representante de la Confederación intercambiaban bromas con Rhrrrkkeet, Mahree lanzó una cauta mirada a Rob y se encontró con que él la estaba contemplando. Cuando sus ojos se encontraron, él desvió la mirada.

Ella suspiró; y sintió deseos de escabullirse de la visita. Representaba una tortura estar cerca de Rob en aquellas circunstancias. Sintió una mano consoladora en la suya y, al bajar la cabeza, vio que Dhurrrkk la miraba afectuoso. Se sintió invadida por una oleada de ternura hacia el simiu. «Es el mejor amigo que nadie ha tenido jamás», pensó conmovida.

Tras unos minutos de conversación, el grupo inició la visita. Mahree caminaba al lado de Dhurrrkk, escuchando las explicaciones de Rhrrrkkeet.

La Estación Tres era aún mayor que la Estación Uno, y tenía la misma forma de «ábaco». El grupo observó diversas muestras del comercio interestelar que se canalizaba a través de la estación. Se cruzaron con varios chhh-kk-tu, de una nave que transportaba mineral, y con uno de los vardis del *Viento del Alba*. Los saludó por medio del traductor electrónico, al mismo tiempo que el corredor se llenaba de olor a flores de invernadero, tocino frito y playa con marea baja.

Vieron en puerto naves mizaríes, naves chhhh-kk-tu y una perteneciente a los insectoides que Rob y Mahree llamaban «apis». Más de una vez, se detuvieron frente a enormes portillas y lanzaron exclamaciones de admiración ante las diversas formas de las naves mercantes espaciales.

Mahree observó que Raoul y Ssoriszsz hacían muy buenas migas. Ella seguía su conversación, por si necesitaban traducción. Pero se las arreglaban muy bien ellos solos. Ssoriszsz hablaba el simiu con bastante soltura y, mientras Mahree y Rob estuvieron ausentes, Paul Monteleón y Ray Drummond habían ampliado y perfeccionado el programa de traducción.

En un momento dado, Mahree se encontró andando al lado de Rob y tuvo que reprimir el impulso de cogerle la mano. Él se mostraba lo mismo que durante los dos últimos días: cortés, incluso amistoso, pero impersonal. Y seguía sin mirarla a los ojos.

«Esta noche —pensó Mahree con desolación y firmeza—. Si no conseguimos aclarar las cosas esta noche, me voy de su lado. No puedo más».

— ¿Dónde está la *Rocinante*, Dhurrrkk? —preguntó Rob—. Me gustaría hacerle una visita.

— A mí también me gustaría ver esa nave —dijo Raoul—. Después de todas las aventuras que habéis corrido con ella, es ya famosa.

— ¿*Rocinante*? —preguntó Rhrrrkkeet—. ¿Qué es eso?

— Tu nave, honorable Rhrrrkkeet —respondió Dhurrrkk mirándola de soslayo—. La que nosotros... tomamos prestada.

— Le están dando un repaso —dijo la ex Primera Embajadora con un leve guiño.

— La *Rocinante* está... —Dhurrrkk se interrumpió—. Está dentro, en ese lugar al que se lleva una nave para que los obreros puedan trabajar sin el traje espacial... ¿cómo se llama?

— ¿Dique seco? —apuntó Mahree.

— Sí, dique seco —aprobo Dhurrrkk—. Muelle veintinueve. Se halla cerca de aquí.

El grupo siguió al simiu por varios corredores hasta llegar a una zona situada en el «marco» exterior del ábaco. La espaciosa zona estaba presurizada y dotada de grandes plataformas móviles elevadas y de pasarelas, para mayor comodidad de los operarios. Podía despresurizarse cada vez que se introducía una nave para su repaso o reparación. Se entraba por una cámara de descompresión, lo mismo que a los túneles de unión.

Después de accionar el cierre, los visitantes pasaron al muelle.

La pequeña *Rocinante*, con su forma de pez martillo, estaba vacía, ya que había acabado el turno de trabajo y tenía los compartimientos de los motores abiertos. Una celosía que recordaba una enorme telaraña, y que era la versión simiu de una escalera, ascendía por un costado hasta una pequeña plataforma elevada situada en la parte superior del casco, a fin de que los operarios pudieran llegar con facilidad a todos los puntos de la nave.

— Ahí está —dijo Rob—. Parece mentira que siendo tan pequeña pueda viajar más aprisa que la luz.

— Pobrecita —exclamó Mahree—. Parece un cetáceo varado en la playa —dijo Mahree—. Fuera de su elemento.

— El Consejo ya me ha preguntado si estaría dispuesta a ceder mis derechos de propiedad —les informó Rhrrrkkeet—. Les gustaría exhibir la nave en la que el honorable Dhurrrkk, la honorable Mahree Burroughs y el honorable sanador Gable entablaron contacto con los avernianos.

— Todo el honor es de ellos, honorable Rhrrrkkeet —dijo Rob haciendo una mueca y buscando con mucho cuidado las palabras en simiu—. Si hubiera tenido que ser yo quien descubriera que los mantas eran seres inteligentes, seguiríamos teniéndolos por colonias de hongos.

— No estés tan seguro, Robert —le corrigió Ssoriszsz—. Por lo que me ha contado la estimada Mahree, tú...

— ¡Enfréntate a la muerte como una persona civilizada, humano, si quieres demostrar tu honor! —gruñó una voz en simiu detrás de ellos, seguida del suave chasquido de la compuerta de la cámara de descompresión al cerrarse.

Se oyó un siseo y se percibió un olor a ozono procedente de un cortocircuito.

Mahree dio media vuelta y vio frente a sí a dos simius, un macho enorme y lleno de cicatrices y una hembra de menor tamaño y de mediana edad. Contempló atónita cómo se acercaban despacio, cruzando el muelle del dique seco.

— ¿Quién...? ¿Qué...? —jadeó.

— ¡Es Kk'arrsht! —murmuró Dhurrrkk, horrorizado—. ¡Y el que viene con ella es Hekkk'eesh!

¡La tía de Khrekk! Mahree reconoció los nombres. ¡Y el famoso luchador que mutiló de forma tan horrible al maestro de Dhurrrkk!

— ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Rhrrrkkeet—. ¡Debéis marcharos inmediatamente!

La ex consejera no le hizo el menor caso.

— ¡Raoullamont! —su pronunciación hacía casi irreconocible el nombre—. ¡Yo te desafío en nombre de mi clan y de mi estirpe, para que podamos recuperar nuestro honor! ¡Prepárate a combatir con el honorable Hekkk'eesh, depositario de nuestro honor!

— ¡Kk'arrsht! —La voz de Rhrrrkkeet taladró el silencio como un láser, y la antigua Primera Embajadora salió al encuentro de la otra hembra simiu—. Estás provocando una grave crisis diplomática. ¡Fuera de aquí ahora mismo! ¡Tus actos son contrarios a todo honor y toda ley! ¡Márchate! ¡En este preciso momento! ¡O llamo al personal de seguridad!

— He bloqueado las puertas y el intercomunicador —respondió la pariente de Khrekk, señalando la compuerta de la cámara de descompresión—. No malgastes el tiempo tratando de escapar o de pedir ayuda. Nadie saldrá de este lugar hasta que haya terminado nuestro encuentro con los humanos. Aparta, Rhrrrkkeet, porque esto no te atañe. Sólo concierne a los humanos. —Miraba al capitán de la *Désirée*, del que la separaba el enlace simiumizarí—. ¡Ven aquí, Raoullamont, a enfrentarte con el depositario de nuestro honor! O corre para ser perseguido como el cobarde que eres.

— ¡No podéis hacer eso! —protestó Rob en simiu situándose entre Lamont y los dos simius, y

agregó en inglés, dirigiéndose al capitán—: ¡Raoul, márchate, tiene que haber otra puerta!

— ¡Tiene razón, tío Raoul! —le apoyó Mahree—. Dhurrrkk, ¿existe alguna otra salida?

— Lo lamento, amiga Mahree; pero no lo sé.

Mahree, aturdida, parpadeando bajo la brillante iluminación simiu, dio una vuelta en derredor buscando una vía de escape.

— ¡Tienes que salir de aquí, tío Raoul! ¡Te matará!

— Qué más quisiera yo que salir corriendo, *cherie* —contestó su tío apretando los dientes; sudaba, no sólo por efecto de la cálida y húmeda temperatura, sino de miedo—. Pero sólo veo una puerta.

— Honorable Kk'arrsht —dijo Ssoriszsz empleando su tono más persuasivo—, busquemos la forma de reparar tu honor sin recurrir a actos ilícitos. Quizá yo pudiera actuar de intermediario...

— ¡Calla, montón de escamas! —cortó Kk'arrsht—. ¡Tú y los de tu especie debilitáis a mi pueblo haciéndole dudar de los códigos del honor que nos han regido durante siglos! ¡No te interfieras en lo que no te atañe!

Dirigió una seña al luchador y éste, haciendo caso omiso del médico, se acercó muy despacio a Raoul. Los potentes músculos se ondulaban bajo su piel rojiza, y sus ojos violeta brillaban de ansia y ferocidad.

— Yo, depositario del honor del clan... —gruñó el nombre de la familia de Khrekk—, te desafío. Exijo reparación por las ofensas que nos has hecho. Deberás pagar con tu sangre, con tus huesos, con tu vida. ¡Yo te desafío a muerte!

Se irguió sobre los cuartos traseros, y lanzó un rugido mientras las crines se le erizaban formando una flamígera aureola. Enseñó los relucientes colmillos en la ritual actitud de amenaza.

— Ven a luchar, Raoullamont, o sigue escondiéndote detrás de tu subordinado, no importa. Quédate o corre, es igual. Yo soy Hekkk'eesh y tú eres el camino que me llevará a recuperar mi honor y el de mi cliente.

Rob dobló ligeramente las rodillas, adoptando la actitud del boxeador, con los puños alzados, en guardia. Raoul, detrás de él, también apretó los puños, preparando su cuerpo para la acometida del enemigo.

Las ancas moteadas del luchador tremolaron tensándose para el salto con el que el simiu se disponía a lanzarse a la batalla.

— ¡No! —gritó Mahree, frenética—. ¡No! ¡Basta!

Y fue a arrojarle sobre Hekkk'eesh.

— ¡No!

Una borrosa mancha color de fuego voló ante los ojos de Mahree, la cual sintió un golpe en las pantorrillas que la sentó en el suelo, con un golpe reforzado por la mayor gravedad. El aire le salió silbando de los pulmones.

— ¡Yo te desafío!

Dhurrrkk, con gran agilidad, se plantó delante de Hekkk'eesh. Tenía la melena casi tan poblada como la del otro simiu, mayor en edad y envergadura.

— ¡En nombre de mi amiga Mahree Burroughs, yo te desafío! Ella y yo estamos unidos por un compromiso de honor, ¡y nadie puede tocarla ni a ella ni a su familia mientras yo viva! —gruñó.

Entonces, abrió la boca y sus colmillos casi rozaron la nariz del atónito luchador.

— Aparta, pequeño —rezongó Hekkk'eesh, extendiendo una mano para empujar al simiu más joven—. Contigo no es la pelea.

— ¡Yo digo que sí! En nombre de mi amiga Mahree Burroughs y en nombre de mi maestro K't'eerrr, a quien mutilaste de manera deshonrosa, yo digo que, antes de tocar a cualquiera de los humanos, tendrás que matarme a mí.

Al oír el nombre de K't'eerrr, los ojos violeta del luchador se entornaron con enojo. Pero todavía vacilaba. Dhurrrkk señaló la plataforma situada sobre el casco de la *Rocinante*.

— Si mamaste de tu madre un mínimo de valentía y de honor, te enfrentarás a mí en esa plataforma, para que podamos resolver esto entre nosotros, sin interrupciones. ¡Si aún te queda algo de honor, Hekkk'eesh, y no quieres ser conocido de ahora en adelante como el cobarde Hekkk'eesh, me seguirás!

Sin mirar atrás, Dhurrrkk se dirigió de prisa hacia la escala y se izó ágilmente a la plataforma. Hekkk'eesh, sin atender a los rugidos de protesta de Kk'arrsht, lo siguió con grandes y furiosas zancadas. Su melena se hallaba erizada de indignación por los insultos proferidos por su retador.

Ayudada por Rob, Mahree se levantó con movimientos vacilantes.

— ¡Dios mío! —sollozó aterrada, sin reparar apenas en la mano del médico que le oprimía el brazo para tranquilizarla—. ¡Lo matará! ¡Él no puede pelear con un luchador profesional como Hekkk'eesh!

Todos miraban paralizados a los dos simius que se habían situado frente a frente en lo alto de la plataforma. Los combatientes hicieron el ademán de saludo, ceremonioso como la reverencia de los expertos en artes marciales, e iniciaron los movimientos del ritual, que Mahree conocía bien por los vídeos que había contemplado a bordo de la *Rocinante*.

— ¡Tenemos que impedirlo! —murmuró Rob oprimiéndole el brazo.

«¿Pero cómo? —pensaba Mahree mirando aquellas dos figuras de grandes melenas—. Hekkk'eesh pretende recuperar su honor matando al tío Raoul, y Dhurrrkk está decidido a morir para impedirlo. Sé muy bien que no se retirará por graves que sean sus lesiones. ¡Lo sé! Él seguirá peleando hasta quedar malherido... o muerto».

Mahree se retorció las manos, pensando con ansiedad, dando vueltas al problema mientras los luchadores empezaban a girar uno alrededor del otro antes de la primera acometida del combate. «Hekkk'eesh ve en esto la posibilidad de recuperar el verdadero honor, él mismo lo dijo... Pero, en realidad, no es más que una artera maniobra de él y de los suyos. Pues esta pelea no les devolverá el honor, y ellos lo saben... Todo el planeta se volverá contra ellos. Sólo buscan venganza...»

Cuando consiguió dominar el terror, y la angustia por Dhurrrkk, que le impedían pensar con claridad, su cabeza se despejó y Mahree volvió a plantearse el problema, tratando de hallar alguna solución.

En busca...

Se volvió hacia Rob y lo agarró del brazo.

— ¡Me parece que ya sé cómo detenerlos! —susurró, tensa—. ¡Pero tengo que subir ahí, para que Kk'arrsht no oiga lo que tengo que decir! No dejes que nadie me impida subir, Rob,

¿comprendes?

— Pero...

— ¡Sin peros! —insistió ella—. ¡Puede ser la única posibilidad de salvar a Dhurrrkk! ¡No permitas que nadie me detenga, pase lo que pase!

El médico asintió, aunque a su pesar, y entonces Mahree echó a correr hacia la plataforma. Antes de que los demás pudieran darse cuenta, ella se había apartado del pequeño grupo de tensos espectadores. Oyó que su tío le gritaba que se detuviera, escuchó rápidas pisadas humanas y obligó a sus doloridas piernas a cruzar el duro muelle en un tiempo récord.

A los pocos segundos, estaba junto a la escala, sus manos se aferraban ya a los curvos travesaños, mientras sus pies buscaban apoyo para empezar la ascensión.

— ¡Mahree! —vociferó Lamont.

Ella subía por la celosía como un pirata treparía por las jarcias, felicitándose por no tener vértigo. La plataforma quedaba por lo menos a quince metros de altura.

— ¡Mahree! —gritaba Raoul debajo de ella, y una mano la agarró del tobillo.

La chica se aferró a la celosía con todas sus fuerzas mientras trataba de liberar el pie.

La mano de Raoul le atenazaba el tobillo pero, en aquel momento, Rob le dio un violento empujón en un costado, embistiendo contra él y obligándole a soltar su presa. Mahree subió un poco más y miró abajo. El capitán se enderezó y Rob volvió a la carga. El médico que, frente al corpulento capitán, parecía peligrosamente frágil, se apoyó en la celosía.

— ¡Raoul—, no!

— ¡Aparta! —rugió Lamont, y apartó al joven con la facilidad con que un toro ahuyentaría a un gorrión. Rob patinó, recuperó el equilibrio y volvió a embestirle con un alarido. Raoul, medio distraído, extendió el brazo para rechazarlo; pero el médico se agachó esquivando el golpe y, con la izquierda, descargó un fuerte puñetazo en el estómago del capitán. Lamont exhaló un gemido y dobló el cuerpo. Rob ligó con un golpe de derecha a la mandíbula que hizo gritar de dolor a los dos hombres, ya que los nudillos del médico dieron en hueso. Raoul se tambaleó y Rob le lanzó la izquierda al ojo. El más corpulento de los dos hombres dobló las rodillas y se desplomó.

Jadeando por el dolor y el esfuerzo, Rob levantó la cabeza asiéndose la mano derecha.

— ¡Vamos, sigue!

Mahree, con un gemido de horror, continuó ascendiendo.

Cuando la muchacha se encaramó a la plataforma, Dhurrrkk y Hekkk'eesh ya habían formado una masa compacta de pelo rojizo, de la que escapaban sordos gruñidos. Ella tardó unos instantes en distinguir quién era cada uno entre las dos feroces criaturas que forcejeaban mordiéndose la cabeza y el cuello con sus relucientes colmillos, que destellaban bajo la potente iluminación.

«¡Dios mío, he llegado tarde!», pensó ella viéndoles rodar hasta el mismo borde de la plataforma entre convulsiones y sacudidas. Ambos sangraban por desgarraduras en la cara y en los hombros. Dhurrrkk había hecho buen papel. El luchador profesional tenía una herida en el brazo y una oreja desgarrada.

Pero Hekkk'eesh era fuerte y experto, y conocía todos los trucos. Despacio, pero de modo inexorable, puso a su adversario de espaldas contra el suelo y hundió las manos en la melena del joven simiu, buscando el cuello.

A los pocos segundos, había hecho presa en él y los músculos de sus brazos se tensaban a medida que apretaba sin compasión. Dhurrrkk se debatía infructuosamente tratando de liberarse.

Mahree se agachó al lado del luchador, sabiendo bien que físicamente nada podía hacer.

— ¡Hekkk'eesh! —gritó—. ¡Escucha lo que tengo que decirte! ¡La familia de Khrekk te ha engañado! Si matas a Dhurrrkk, a mí o a Raoullamont, habrás perdido el honor para siempre. ¡Escucha!

Sin disminuir la presión en la garganta de Dhurrrkk, el simiu la miró por el rabillo del ojo. La oreja de aquel lado, que era la herida, tembló. Mahree continuó en simiu:

— Matando a este joven no recuperarás el honor. ¿Qué honor puede haber en eso? Eres tan superior a él que todos sabrán con cuánta facilidad pudiste vencerlo..., a él y a todos nosotros. El verdadero honor reside sólo en *no* matar. En no consentir que Kk'arrsht te convierta en su instrumento.

Dhurrrkk jadeaba convulsionándose con desesperación.

— ¡Escucha, Hekkk'eesh! —suplicó ella—. Si no es verdad lo que te digo, que mi madre muera miserablemente... Ellos pretenden utilizarte, y después prescindirán de ti como han prescindido de su propio honor... ¡Ya debes de saber que el Consejo ha decidido en contra de ellos! Desde que se estableció el contacto con los avernianos, su clan carece de apoyo público... Y Dhurrrkk, al que ahora tienes asido por el cuello, es el héroe que hizo posible el contacto. Contéstame a esto: ¿honrará tu mundo al responsable de su muerte?

Los dedos de Hekkk'eesh no siguieron cerrándose, ni era necesario, porque los ojos violeta de Dhurrrkk empezaban a ponerse vidriosos, en tanto que su movimientos se debilitaban.

— Tú sabes quién soy —dijo Mahree—. Soy Mahree Burroughs y mi nombre es pronunciado con honor por tu pueblo, ¿no?

Hekkk'eesh no contestó; pero a ella le pareció ver asentimiento en sus ojos.

— Reflexiona, pues. Yo he contemplado tus vídeos, te he visto pelear y he admirado tu destreza y tu fuerza. Antes de que mancharas tu honor al herir a K't'eerrr, tú eras el mejor. ¡El mejor! No me gusta que destruyas tu honor de esta manera. Tanto me preocupa tu honor que no he vacilado en comprometer el mío. ¿Acaso no he quebrantado la regla del silencio hablando durante el combate? ¡Una persona de honor jamás haría tal cosa, salvo para impedir una desgracia todavía mayor! ¡Te digo la verdad!

Las manos del gladiador se abrieron un poco al volverse a mirarla de frente. Mahree se arriesgó a tocar aquel antebrazo ensangrentado, poniendo su mano a menos de un palmo de unos colmillos que podían desgarrarla con la misma facilidad con que ella desgarraría un papel.

— Confía en mi honor —dijo—, te lo suplico. No permitas que sea en vano mi sacrificio de romper el silencio. Haz que los dos podamos recuperar nuestro honor. Suéltalo.

El simiu vaciló un segundo y retiró las manos. Dhurrrkk cayó a la plataforma, inerte...

Pero respirando todavía.

Mahree observó cómo se movían sus fosas nasales y cómo subía y bajaba su pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas de alegría. «¡No está muerto! ¡Sólo se halla inconsciente! ¡Se pondrá bien!»

Se volvió hacia Hekkk'eesh que la miraba fijamente.

Despacio, con solemnidad, el luchador hizo la señal por la que declaraba que el combate era ritual y formalmente concedía la victoria a Dhurrrkk.

— ¡Con esto alcanzas gran honor, honorable Hekkk'eesh! —exclamó con la garganta contraída por la emoción ante el gesto del simiu—. ¡Hablaré a todos de tus gestas, lo juro por el honor de mi madre!

Abajo sonó un alarido de rabia:

— ¡¡No!! ¡Mátalos! ¡Debes matarlos!

Mahree y Hekkk'eesh se asomaron al borde de la plataforma.

Kk'arrsht y todos los demás estaban mirándolos. La ex consejera casi echaba espuma por la boca cuando dijo a su ex paladín:

— ¡Mata a Raoullamont!

Hekkk'eesh se quedó mirándola muy fijo.

— No —dijo al fin—. No pienso matarlo.

— ¡Pues lo mataré yo!

La ex consejera saltó al cuello de Raoul. Kk'arrsht no poseía los grandes colmillos de los machos simius; pero aun así constituía una grave amenaza, furiosa como estaba. Produciendo un gran estrépito, Lamont cayó al suelo con los brazos rígidos, tratando de rechazarla.

— ¡No! —gruñó Rhrrrkkeet abalanzándose sobre la otra simiu para apartarla del capitán. Las dos hembras se desgarraban a dentelladas, entre jadeos y gruñidos.

— ¡Tenemos que separarlas! ¡Tú coge a Dhurrrkk! ¡Vamos!

Mahree, apresurada, empezó a bajar de la plataforma. Hekkk'eesh, con el cuerpo inerte de Dhurrrkk cargado sobre un hombro, la adelantó antes de que llegara a la mitad de la escala.

Cuando Mahree llegó al suelo, vio que Rhrrrkkeet yacía inerte, mientras que Raoul y Rob hacían esfuerzos desesperados por apartar a Kk'arrsht. El Estimado Ssorisz se hallaba en la compuerta, moviendo ágilmente los tentáculos para desbloquear los controles y pedir ayuda.

Mahree se inclinó sobre Dhurrrkk durante un segundo, vio que su amigo empezaba a volver en sí y corrió hacia las combatientes. Hekkk'eesh trotaba a su lado.

Al llegar junto a la ex embajadora, Mahree lanzó un grito de espanto. Lo que se veía de la cara de Rhrrrkkeet era una masa ensangrentada. La tía de Khrekk tenía los colmillos hundidos en la garganta de su adversaria.

— ¡Dejadme a mí! —dijo el gladiador, empujando con violencia a Rob y a Raoul. Hekkk'eesh agarró los maxilares de su antigua jefa y, poco a poco, la obligó a abrirlos y se llevó en vilo a la ex consejera que hacía frenéticos e inútiles esfuerzos por escapar.

En el momento en que se soltó la presión en la garganta de Rhrrrkkeet, brotó de la herida un surtidor de sangre magenta. Mahree se tapó la boca con la mano para ahogar un grito de horror.

Maldiciendo por su inútil y tumefacta mano derecha, Rob hurgaba ansioso con la izquierda en el pelo ensangrentado, buscando la forma de frenar la hemorragia.

Raoul pasó el brazo alrededor de los hombros de Mahree, para sostenerla y sostenerse. Los tres humanos se hallaban arrodillados junto a Rhrrrkkeet. Mahree rezaba casi sin atreverse a respirar, viendo sangrar a borbotones a la simiu.

— ¡Dios mío! —susurraba Rob, tratando de protegerse los ojos de las cálidas salpicaduras—.

Tengo que... no recuerdo dónde... ¡Ya lo tengo! —murmuró triunfante cerrando los dedos con fuerza.

Aunque muy despacio, la hemorragia fue remitiendo hasta cesar por completo. Rob volvió hacia Mahree su cara ensangrentada:

— ¡Por Dios, hagan venir a un médico!

XX. LA OPORTUNIDAD

Me ha llamado Dhurrrkk. Rhrrrkkeet se encuentra ya fuera de peligro.

El tío Raoul y Rob se recuperan. Ayer los dos pasaron por la unidad regeneradora y hoy han vuelto. El tío Raoul debido a la lesión de la espalda y la hinchazón del ojo y de la mandíbula; Rob porque, cuando le dio el puñetazo al tío Raoul, se fracturó dos nudillos.

Han decidido dejarlo en empate.

El tío Raoul estaba francamente anonadado, por la forma en que Rhrrrkkeet lo defendió, casi a costa de su propia vida. Cuando supo que ella iba a perder el ojo derecho, lloró como un crío. Luego, se dominó y se plantó en la puerta de la sala de operaciones. No le dejaron verla, pero allí se quedó, esperando.

Dhurrrkk estará magullado durante unos días. Pero, por lo demás se encuentra bien. Anoche, cuando fui a verlo al hospital simiu de la Estación Tres, hasta estaba orgulloso por haber conseguido «primera sangre» en un combate con el temible Hekkk'eesh. (Rob estaba igual de ufano por haber derribado al tío, que tiene un tercio más de la envergadura que él. Desde luego, los hombres...)

Y fue *Hekkk'eesh* el que pidió combate ritual, no Dhurrrkk, no hay que olvidarlo. Como dice Yoki, esto le dará mucho «nombre».

Kk'arrsht se encuentra detenida, junto con los otros miembros de la familia que conspiraron para matar al tío Raoul. Espero que el Consejo los trate con severidad.

El tío Raoul entró a ver a Joan ayer por la noche, cuando volvíamos del hospital, salpicado todavía por la sangre de Rhrrrkkeet. No sé lo que se dirían; pero él se quedó casi media hora. Luego, ella salió, le ayudó a lavarse y le puso algo en el ojo.

No sé si podrán salvar su matrimonio... pero creo, que por lo menos, tratarán de ser amigos.

Y anoche, por fin, hablé con Rob...

Mahree estaba sentada en el borde de la cama, haciéndose la trenza.

— Rob... tenemos que conversar.

Él suspiró y tiró la camiseta sobre el respaldo de una silla. Luego, la miró con expresión aprensiva y resignada a la vez.

— Está bien.

— La otra noche me pillaste desprevenida —dijo ella atando el extremo de la trenza—. Nunca se me había ocurrido pensar que quisieras casarte conmigo. Al fin y al cabo, cuando nos conocimos... —lo miró por el rabillo del ojo— tú no parecías ser de la clase de hombres a los que interesa el matrimonio.

Él se sentó en una silla frente a ella, para quitarse los zapatos. Se encogió de hombros.

— No lo era —reconoció—. Nunca pensé que me ocurriera esto. Pero ha ocurrido —esbozó una sonrisa—. Debo de haber cambiado.

— Yo también he cambiado —dijo Mahree—. Probablemente más, puesto que yo tenía que

crecer más que tú. Voy a serte sincera, Rob, te quiero más de lo que puedas imaginar. Deseo que estemos juntos, deseo dormir contigo todas las noches. Hasta... —a pesar de su firme decisión de mantener la calma, vaciló y se puso colorada—...hasta he deseado que tú seas el padre de mi hijo... un día. Creo que juntos podemos ser felices.

El rostro de él se iluminó. Extendió la mano buena y oprimió la de ella. Al sentir su tacto cálido, firme y familiar, Mahree no pudo contener las lágrimas. Le besó el dorso de la mano y sintió una tirantez en la garganta, por lo mucho que lo quería, y también por lo que tenía que decirle.

— Trata de comprenderlo, Rob... Yo no estoy preparada para casarme. Quizá dentro de seis meses piense de otro modo. O dentro de seis años, no lo sé. Necesito tiempo para asimilar todo lo que ha ocurrido, tanto entre tú y yo como entre nosotros y los simius... los mizaritas... la Confederación... ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Él movió la cabeza en signo afirmativo; pero en sus ojos había decepción.

— Temo que sí —dijo—. La otra noche te presioné, ¿verdad?

Ella asintió.

— Francamente, me asustaste —confesó—. Me pareció que el mundo se me caía encima. No sé lo que deseo ni lo que voy a hacer; pero de una cosa estoy segura, y es que sería una equivocación que nos casáramos ahora.

Él la miró con gesto de dolor y apretó los labios. Ella se apresuró a agregar:

— Si tuviera que perderte... probablemente cedería y me casaría contigo. Pero eso no es lo que tú quieres, ¿verdad?

Él reflexionó y movió la cabeza en silencio.

— No sería correcto —admitió al fin—. Pero me has tentado a ello, lo reconozco. Y es que te quiero tanto... —Se mordió los labios sin mirarla a los ojos—. Me asusta lo mucho que te necesito.

Ella quería abrazarlo; pero se contuvo.

— Sé que esto no es fácil para ti. No pienses por eso que no te quiero.

Las cosas habían cambiado entre ellos, y Mahree lo notó al verle asentir en silencio. «Nada volverá a ser como hasta hace poco...» Antes todo era alegría, mientras que ahora conocían la tristeza de saber que podían lastimarse.

Raoul Lamont retrasó la partida de la *Désirée* hasta que tuvo la seguridad de que Rhrrrkkeet iba a recuperarse y a poder desempeñar sus funciones de enlace mizarí-simiu a bordo de la nave *Viento del Alba*. Durante aquellas tres semanas, el Consejo simiu nombró oficialmente a Dhurrrkk Primer Embajador en Avernus, si bien, según él mismo confió a Mahree, lo más probable era que sus funciones quedasen reducidas a llevar al doctor Manta a su hogar y cuidar de que los seres-hongo no fueran molestados.

Dhurrrkk le dijo también que, tan pronto como la *Désirée* partiera hacia la Tierra, él pensaba salir hacia Avernus y, desde allí, proseguir a Shassiszs. Mahree tuvo que reprimir cierta envidia, al imaginar los viajes de su amigo entre Shassiszs y Hurrreeah en sus misiones en relación con los avernianos. La noticia le hizo concebir respeto hacia el Consejo simiu, que había sabido elegir a la

mejor persona para el cargo.

Cuando Rob logró poner al día su trabajo, Mahree y él pasaban casi todas las veladas viendo viejas películas o charlando con Joan, Raoul y Dhurrrkk. El doctor dedicaba todos los días unas horas a estudiar el mizarí con Ssoriszszs. Ahora lo hablaba ya mejor que el simiu; aunque sabía que su acento dejaba mucho que desear.

Unos días antes de las fechas fijadas para la marcha de la *Désirée* y la *Viento del Alba*, el Consejo simiu se trasladó a la Estación Tres para ofrecer una recepción oficial en honor de los humanos. Toda la tripulación fue invitada.

A instancias del Estimado Ssoriszszs, Rob se trasladó temprano a la estación para hablar con el mizarita. El médico sentía curiosidad acerca del motivo de la entrevista. Shirazz se había mostrado muy reservada cuando le preguntó qué podía desear de él el Mediador de la Confederación.

Rob encontró al alienígena esperándole en el corredor, delante de la sala de reuniones. Ssoriszszs parecía contento y excitado. El médico lo saludó.

— ¿Querías verme?

— Deseo hablar contigo, Robert. Es importante.

Lo llamó haciendo ondear los tentáculos.

El médico, intrigado, siguió al Mediador a una pequeña cámara y se sentó en unos almohadones, con las piernas cruzadas, mientras el mizarita se enroscaba.

— Robert, esta mañana llegó a la Estación Tres una de nuestras naves, la *Flor del crepúsculo*. En ella vino una mensajera del Consejo de la Confederación que dijo que cierta recomendación mía había sido estudiada y adoptada. Por lo tanto, ahora puedo hablarte de cierto asunto que ha estado sometido a estudio desde que llegasteis a Shassszszs.

Rob parpadeó.

— ¿De qué se trata?

— Durante muchos años, los mizaritas hemos visto crecer la Confederación y hemos podido observar que la comunicación exacta y fidedigna entre nuestros miembros se hace cada vez más difícil. Cuantas más especies abarcamos, más arduo y complicado nos resulta entendernos. Como tú sabes, los aparatos de traducción mecánica tienen sus limitaciones. Hace tiempo que buscamos la manera de salvar esta dificultad, la cual, no obstante, sólo hace que acrecentarse. Hemos pensado que la solución pueden dárnosla los jóvenes de las distintas especies, seres dúctiles y enérgicos, con facilidad para aprender otras lenguas y adaptarse a costumbres ajenas.

— Como Dhurrrkk y Mahree —dijo Rob.

— Exacto. Ellos son el modelo de lo que desearíamos alcanzar a mayor escala. Después de mucha reflexión, los mizaritas estamos convencidos de que, reuniendo a los jóvenes de las distintas especies, para que puedan aprender las distintas lenguas y costumbres, podremos garantizar el entendimiento y la buena comunicación en el futura. Nos gustaría fundar una escuela para enseñar a esos jóvenes.

De pronto, Rob recordó la pregunta de Shirazz, de si le gustaban los niños, y las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Esperó en silencio a que el mizarita prosiguiera.

— Pero había un obstáculo —dijo Ssoriszszs—. A menudo se nos ha acusado de pretender

gobernar la Confederación a nuestra manera. Por ello, no queríamos tomar la iniciativa en la propuesta de la escuela, ni deseamos destacar entre los que la dirijan y administren.

Las escamas del alienígena crujieron suavemente cuando la criatura ladeó la cabeza para mirar al médico con sus ojos de ámbar.

— Pero, al conoceros a vosotros, los humanos, empezamos a pensar que el problema estaba resuelto. Sois un pueblo fuerte e inteligente, dotado de mucha vitalidad y entusiasmo. Y, lo que es más importante, todavía no estáis relacionados con la política de la Confederación; por lo cual os hallaréis durante algún tiempo al amparo de intrigas y rivalidades.

Cuando el mizarita hizo una pausa, Rob la aprovechó para decir:

— Comprendo lo que pretendéis. Pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

— Queremos que tú propongas la idea de la escuela a tu pueblo y nos ayudes a buscar apoyo y financiación, tanto en la Tierra como en los mundos de la Confederación. Y, cuando tengamos la escuela, nos agradaría mucho que trabajaras en ella, en calidad de director y consejero de los estudiantes. Nosotros admiramos la forma en que te has adaptado a la amistad entre Dhurrrkk y Mahree y la has fomentado. Mahree te atribuye el mérito por las buenas relaciones que, desde un principio, se establecieron entre los humanos y los simius.

Rob se pasó la mano por el pelo, pensativo.

— Eso supone depositar mucha confianza en alguien a quien apenas conocéis —murmuró, tratando de asimilar la idea.

— Yo te conozco, Robert. Alguien que te conoce bien me ha hablado mucho de ti.

El médico sonrió y empezó a entusiasmarse por la idea, al pensar en lo que este ofrecimiento podía suponer para él... y para Mahree. «¡La oportunidad de trabajar para la Confederación! ¡Es lo que ella siempre soñó! ¡Le encantará formar parte del proyecto!»

Durante las tres últimas semanas, Rob había empezado a convencerse de que pronto, quizás al año siguiente, Mahree accedería a casarse con él. Y ahora intuía que aquel cargo podría favorecer sus planes.

«¡Qué diantre! A ella le encantan los alienígenas. Le gustaría estar en una escuela llena de ellos —pensó—. Y sería de gran ayuda. Quizá pudiera enseñar... o ser mi ayudante. Los mizaritas son monógamos y se emparejan para toda la vida, por lo que tendrían que dejarnos vivir juntos».

Pensó en lo que podría representar vivir entre extraterrestres. «Eso supondría tener que dejar la medicina, imagino. ¿Podría dejarla? Claro que también me encargaría del consultorio psicológico; y eso es algo que me gusta...»

Imaginó una escuela llena de jóvenes de diferentes especies, y en lo que significaba encargarse de su formación y verlos luego ocupar posiciones preeminentes en la comunidad galáctica. Jóvenes humanos, jóvenes mizaritas, jóvenes simius... jóvenes chhh-kk-tu... ¡Diantre! Hasta jóvenes rigelianos. Se prepararían para ser embajadores y diplomáticos. Consejeros de la Confederación... intérpretes...

«Y yo sería una especie de decano —pensó—. No es un cargo muy brillante para quien sueña con la gloria... ¿Hay alguien que se fije en un decano? Un cargo importante... pero no muy lucido».

— ¿Dónde estaría situada la escuela? —preguntó a Ssoriszs.

— Existe una zona del espacio que se encuentra a unos tres meses de viaje de la mayoría de los mundos habitados, incluida vuestra Tierra. En ella las estrellas son relativamente escasas, por lo cual es utilizada por las naves como punto de transición para cambiar de velocidad y pasar del hiperespacio al espacio real y reactivar el accionamiento de velocidad interestelar. El capitán Lamont dice que vuestras naves terrestres la conocen. Los mizaritas tenemos una estación muy cerca. Nosotros llamamos a esta zona...

El mizarita utilizó una definición que Rob tardó unos segundos en descifrar.

«¿Eslabón? ¿Enlace... entre astros? No; esa palabra significa «a través»... ¿Puente entre estrellas? Algo así».

— ¿Starbridge? —preguntó Rob en inglés.

El mizarita inclinó su irisada cabeza con elegancia.

— Es una buena traducción —dijo—. Nos parece conveniente que la escuela esté situada, más que en un mundo determinado o en sus proximidades, en el espacio, lo más equidistante posible de los Doce Mundos Conocidos. Los mizaritas poseemos un gran asteroide que donaríamos con mucho gusto. Tiene una enorme veta del material que acciona las naves. Vuestro Paul Monteleón dice que vosotros, los humanos, le llamáis «radonio». Eso podría proporcionar energía para la escuela. El asteroide sería remolcado hasta la zona y emplazado en un lugar que quedara fuera de la trayectoria de las naves espaciales; pero que fuera muy accesible desde las rutas comerciales.

Rob movió la cabeza en señal afirmativa.

— Tu oferta me halaga, Estimado Ssoriszs; pero me gustaría poder reflexionar sobre ella —dijo en mizari—. Antes de darte una respuesta, deseo hablar con una persona.

— Desde luego —accedió Ssoriszs—. Si aceptas, yo te acompañaré a la Tierra a bordo de la *Viento del Alba*. Durante el viaje, diseñaremos nuestra estrategia. Yo consultaré asimismo con otras personas con cuya colaboración me gustaría poder contar. Una de ellas es Kkint-ha ch'aait, la mensajera chhh-kk-tu que llegó hoy. Le pediré que nos acompañe a la Tierra. Kkintha es una administradora muy competente. También deseo hablar con el doctor Manta antes de que emprenda el regreso a Avernus. Creo que el averniano sería un excelente instructor para estudiantes telepáticos. En la Tierra tenéis telépatas, ¿verdad?

— Los tenemos —respondió Rob—. Y estoy de acuerdo contigo en lo que se refiere al doctor Manta. Es ideal para el puesto.

Entonces advirtió que ya estaba pensando en la manera de organizar la escuela y movió la cabeza. «Eh, despacito... Antes habla con Mahree. Piénsalo con calma».

Como si su pensamiento tuviera el poder de hacerla acudir, Mahree se asomó a la habitación.

¡Vamos, conque estabais aquí! Dhurrrkk y yo os buscábamos. Los miembros del Consejo ya están entrando.

Rob salió al corredor y saludó a Dhurrrkk que entraba en la sala. El mizarita se deslizó rápido en pos de su amigo simiu. Cuando Mahree se disponía a entrar a su vez, Rob la retuvo del brazo.

— Espera, cariño. Tengo que decirte una cosa.

Ella se volvió y dejó que él la condujera a lo largo de un trecho de pasillo.

— ¿De qué se trata?

— El estimado Ssoriszs me ha ofrecido un cargo en la Confederación.

A Mahree se le iluminó la cara. Le echó los brazos al cuello y lo besó efusivamente.

— ¡Te lo ha dicho! ¡Oh, sabía que te lo iban a dar! Dime, ¿qué clase de cargo?

— Un momento... —Rob la sujetó y la miró muy fijo—. ¿Tú estabas enterada?

— Sólo sabía que habían pensado en ti para un cargo dentro de la Confederación; pero nada más.

— Quieren fundar una escuela en la que jóvenes de distintas especies puedan estudiar lenguas y culturas de otros mundos. Han decidido que los jóvenes son la clave... Al parecer, han llegado a esa conclusión después de observaros a Dhurrrkk y a ti. Quieren que yo les proporcione apoyo en la Tierra y que trabaje luego con ellos.

— ¡Es maravilloso! —exclamó ella con entusiasmo—. ¡Jóvenes de todos los mundos en un mismo sitio!

— Sabía que ibas a decir eso. —Rob puso ceño de pronto—. Aguarda. Si estabas enterada ¿fue la posibilidad de que me hicieran este ofrecimiento la razón por la que me dijiste que no cuando te propuse que te casaras conmigo? ¿Te imaginabas que así me dejabas en libertad para decidir?

Mahree negó con la cabeza.

— En parte, sí. Pero la razón principal fue la que te expliqué.

— De acuerdo —dijo él, con alivio—. Aunque, en realidad, éste es el mejor argumento en favor de nuestro matrimonio, cariño. Si acepto, regresaré a la Tierra a bordo de la *Viento del Alba*, no de la *Désirée*, y tú irás conmigo. Serías de gran ayuda en las etapas del proyecto. Y, cuando la escuela esté construida, podrías ayudarme a dirigirla, a no ser que prefieras enseñar.

Ella se encogió de hombros, pensativa.

— Quizá. No sé si tengo aptitudes para la enseñanza. Creo que, por lo menos a los alumnos humanos, podría manejarlos. Porque habrá humanos, ¿no?

— Por supuesto.

— ¿Piensas aceptar?

— Es tentador —repuso él moviendo la cabeza—. No es el «algo especial» que yo ambicionaba; pero tengo que reconocer que la confianza de Ssoriszs me halaga. Aunque, con franqueza, no sé si soy la persona que ellos necesitan.

— ¡Pues claro que sí! —replicó Mahree—. Eres inteligente, competente y sociable con toda clase de gente. Y te gustan los niños.

— Algunos de mis mejores amigos son niños —sonrió él.

— Tenemos que entrar —le recordó Mahree mirando a Raoul, Paul y Joan que pasaban hacia la sala—. ¿Qué tal estoy?

Rob la observó con detenimiento y abrió mucho los ojos.

— ¡Canastos! Ni siquiera sabía que tenías un vestido. ¿Y qué son esas cosas de ahí abajo? —preguntó con burlona incredulidad—. ¿Son piernas? ¿Piernas de verdad?

Ella alisó la tela color turquesa, riendo.

— No me digas que no las habías visto. Y éste es mi único vestido. Shirazz insinuó que me arreglara. Supongo que el Consejo querrá darnos las gracias oficialmente por salvar la vida a Dhurrrkk y a Rhrrrkkeet.

— Es curioso... —comentó Rob frunciendo el entrecejo—. A mí nadie me ha insinuado nada

—dijo mirándose el mono de diario.

— Seguramente, Shirazz no tuvo ocasión de avisarte —contestó ella dándose una vuelta—. Dime, ¿cómo estoy?

— Fantástica. Tanto que es como para saltarse la fiesta... —Se interrumpió mirándola de un modo muy significativo—. Ven conmigo —agregó cogiéndola del brazo y haciendo como que la arrastraba por el corredor—. El Consejo puede dar las gracias a Raoul.

Mahree se resistió riendo.

— Entremos ya, idiota.

Rob se encogió de hombros y, con gesto muy ceremonioso, le ofreció el brazo.

— Tendría que haberme puesto el traje.

Mahree se colgó de su brazo sonriendo.

— No te imagino con traje.

— ¿Qué te has creído? —murmuró él por lo bajo, mientras iban hacia la puerta y subía de tono el murmullo de las conversaciones alienígenas y humanas—. En casa, niña, tengo un esmoquin de terciopelo. Tendrías que verme. Me encantan las fiestas de gala.

La respuesta de ella quedó ahogada por el ruido de la gran sala.

Durante la hora siguiente, Rob tuvo que saludar a las consejeras y sentir cómo se le iba secando la garganta del esfuerzo por conversar en simiu y servir de intérprete a algún que otro miembro de la tripulación de la *Désirée* que se atascaba. De cuando en cuando, paseaba la mirada por la sala en busca de un vestido turquesa y una melena castaña, y descubría a Mahree con los ojos brillantes y en animada charla con los alienígenas.

Rob la miró moviendo la cabeza. Pensó que ella se hallaba como el pez en el agua.

A la recepción no asistían sólo mizaritas y simius, sino también Kkintha ch'ait, la mensajera chhh-kk-tu, de la que Ssoriszszs había hablado, y un vardi de la *Viento del Alba*. Hasta el doctor Manta estaba presente, protegido de la luz simiu por una especie de umbráculo o «anulador de luz» diseñado por los técnicos mizaritas. Envuelto en la protectora oscuridad, el averniano se había instalado sobre una de las otomanas simiu y «hablaba» con los invitados con ayuda de Dhurrrkk.

Las consejeras simius agradecieron oficialmente a Mahree, Rob y Raoul Lamont su contribución a salvar la vida de Rhrrrkkeet. La nueva Enlace entre simius y mizaritas hizo una breve aparición, exhibiendo sus recientes cicatrices y su cuenca vacía. Los simius nunca disimulaban las marcas de las luchas de honor.

Rhrrrkkeet pronunció un breve discurso de gratitud y terminó haciendo votos para que los humanos y los simius siguieran avanzando por el camino de la comprensión y el conocimiento mutuos durante el largo viaje que iban a emprender. Puesto que ambas naves iban a viajar relativamente cerca una de otra, podrían comunicarse por radio.

Cuando Rhrrrkkeet acabó de hablar, los humanos aplaudieron, lo cual hizo que de algunas consejeras simius les dirigieran miradas de asombro. A continuación, Ssoriszszs ocupó el lugar de Rhrrrkkeet en la presidencia de la sala.

— En esta ocasión solemne y grata en que celebramos hechos tan faustos —empezó el Mediador—, deseo referirme a una persona extraordinaria. Esta mañana, recibí de Shassiszss la

noticia de que los consejeros de la Confederación han acordado conceder un honor sin precedentes a un miembro de una nueva especie.

Rob sintió que se le encendía la cara.

«Mierda —pensó—. ¿Voy a tener que hablar desde ahí?»

— Esta criatura humana —prosiguió Ssoriszs— ha dado pruebas de gran valor, nobleza y serenidad al servicio de la paz y las buenas relaciones entre los pueblos, por lo que hoy todos nos complacemos en dedicar a ella nuestro homenaje.

«¿Ella?», se dijo Rob, sorprendido, pensando que el mizarita se había equivocado. Pero en seguida enrojeció otra vez, al darse cuenta de que quien cometía un error era él. «¡Oh, claro!»

— Estimada Mahree Burroughs, ¿quieres acercarte? —la invitó Ssoriszs.

Mahree, colorada y sonriendo muy nerviosa, se adelantó y se situó al lado del mizarita.

— Estimada Mahree —dijo Ssoriszs—, de no haber sido por ti, este día... esta reunión... tal vez no se hubiera celebrado. Los consejeros de la Confederación estaban impresionados por tu carácter y tu actuación durante la crisis del Muelle veintinueve hizo aumentar su admiración. La Confederación tiene en gran estima el talento para la comunicación y el coraje para la defensa de la verdad. Tú has demostrado poseer estas cualidades, además de una firme devoción por la paz interestelar. Tú eres una persona notable y me siento honrado de conocerte.

El viejo mizarita hizo una profunda y ceremoniosa reverencia.

— Los miembros de la Confederación, por decisión unánime, acordaron otorgarte. Estimada Mahree, derecho de pertenencia a título personal, aparte del que pueda recibir tu pueblo. La pertenencia a título individual es una distinción que nunca se había concedido.

Ssoriszs paseó la mirada por la sala y continuó dirigiéndose a todo el auditorio:

— La Confederación, al ofrecerle este honor, espera que la Estimada Mahree permanezca entre nosotros en calidad de consejera. Siempre son necesarias las personas valerosas y sinceras que deseen servir la causa de la paz y las buenas relaciones entre los mundos. También esperamos que, por mediación suya, nos sea posible empezar a conocer y comprender mejor a los humanos.

El mizarita se dirigió entonces a Mahree:

— Estimada Mahree, tendrás un voto en nuestros consejos, el cual será sólo tuyo, con independencia del número de representantes que se conceda a tu mundo, en el caso que solicite ser admitido en la Confederación.

Mahree estaba atónita. Entonces Raoul, y toda la tripulación de la *Désirée*, empezaron a aplaudir con entusiasmo. Rob, con un nudo en la garganta y los ojos cerrados, también aplaudía.

«Esto es el final —pensaba con lúgubre certeza—. Ahora sí que la he perdida La he perdido, Dios mío. Yo no puedo competir con esto».

El mizarita agitó los tentáculos solicitando silencio y, poco a poco, los humanos se fueron apaciguando.

— Estimada Mahree, tengo un regalo para ti —dijo—, un objeto creado por un individuo de una especie perteneciente a la Confederación. Esta persona te lo ofrece con la esperanza de que consientas en visitar su mundo.

El mizarita se volvió hacia la pequeña mensajera chhh-kk-tu, la cual le entregó un paquetito.

Después de retirar el envoltorio con sus tentáculos superiores, Ssoriszs se inclinó y puso en

manos de Mahree una pequeña escultura opalina.

— Cuando el Maestro rigeliano oyó el relato de tus aventuras, quedó tan conmovido por tu valor que hizo esta pieza especialmente para ti, en testimonio de que el valor y el aprecio del valor, no son sino unas de las muchas cualidades admirables que trascienden las barreras de las formas físicas. Te rogamos que aceptes esta obra de arte de parte del Maestro y de todos los miembros de la Confederación.

Mahree contempló la pequeña y delicada figura y la acarició con reverencia. Rob vio que le brillaban los ojos y que parpadeaba para reprimir las lágrimas.

— Gracias —dijo ella en mizari—. De todo corazón, gracias. Nunca me había sentido tan emocionada. La conservaré siempre como un tesoro.

Repitió sus palabras en simiu y después en inglés.

Una vez terminada la ceremonia del ofrecimiento, Raoul y los demás rodearon a Mahree para felicitarla. Rob se quedó atrás, zarandeado por la multitud que se aproximaba a la joven. Estaba como paralizado por la tristeza, anodado por la idea de regresar a la Tierra solo. «Todavía no se ha dado cuenta de que esto es el adiós», pensó mirando el rostro encendido y risueño de Mahree. La imaginó sentada entre los consejeros de Shassiszss, tratando de los problemas del comercio y de la paz interestelares.

Rob deseaba marcharse. Sin embargo, comprendía que tenía que permanecer allí. Procuró sonreír y actuar con toda la normalidad posible.

Acababa de intercambiar unas frases de cortesía con una de las consejeras simius cuando Raoul Lamont le puso una mano en el brazo y susurró:

— ¿Estás bien, muchacho?

Rob asintió.

— Sí... sí.

Raoul lo miró con escepticismo.

— ¿Seguro?

— Seguro.

El capitán observaba a su sobrina.

— Quizá te dejen quedarte.

— Nadie me lo ha pedido —respondió Rob secamente.

— Tal vez cuando se dé cuenta de lo que esto supone, renuncie.

El médico lo miró sin contestar y movió la cabeza.

Antes de alejarse, Raoul dio al joven una afectuosa palmada en el hombro. Cuando la primera oleada de felicitaciones se calmó, Rob se acercó hasta quedar a pocos pasos de Mahree, medio escondido detrás del corpulento Raoul. La vio inclinarse y oyó que le decía a Ssoriszss:

— Ten la bondad de comunicarle al Maestro y a los demás rigelianos que será un gran honor para mí visitar su mundo.

— Y no sólo su mundo —respondió el mizarita—. Cada uno de los Doce Mundos Conocidos, incluido el mío, ha enviado invitaciones. Si lo deseas, primero viajarás a Shassiszss a bordo de la *Flor del Crepúsculo*. La nave saldrá de este mundo al mismo tiempo que la *Viento del Alba* y la *Désirée* parlan hacia la Tierra.

Mahree parpadeó.

— Oh, no pensé que... entonces será casi de inmediato...

Ssoriszs flexionó los tentáculos en señal de asentimiento.

— Me gustaría ser yo quien te enseñara mi mundo. Podríamos pasear por sus jardines y contemplar las lunas en el cielo nocturno... pero, puesto que yo debo ir a la Tierra, la Estimada Shirazz —el mizarita señaló a su ayudante— te acompañará en mi lugar.

— Será un placer poder gozar de su compañía —sonrió Mahree.

Ssoriszs movió los tentáculos en dirección a Dhurrrkk, que se hallaba sentado al lado de Mahree.

— Tu amigo, el honorable Dhurrrkk, también ha solicitado permiso para acompañarte. Después de su nombramiento de Primer Embajador en Avernus, ha decidido dar prioridad a la misión de devolver al doctor Manta a su mundo y fijar las bases para las futuras relaciones con los avernianos. Avernus será vuestra primera escala.

El Mediador señaló al ser hongo, protegido por el anulador de luz.

— ¡Dhurrrkk! —exclamó Mahree—. ¿Irás conmigo?

— Sí, amiga Mahree —respondió—. Después podemos seguir juntos viaje a Shassiszss, donde yo deberé informar a Ahkk'eerrr y a los demás consejeros de la Confederación.

— ¡Qué alegría! —Mahree entregó su escultura a Shirazz y se agachó para abrazar a su amigo—. ¡Será formidable! —exclamó—. Viajar otra vez todos juntos...

Se interrumpió y Rob comprendió que, por fin, se había dado cuenta. Vio la desolación que le producía descubrir la realidad. Mahree irguió el cuerpo y se mordió los labios.

— ¿Y Rob? —dijo mirando en derredor—. ¡Rob! —gritó.

«Ahora entro en escena yo», pensó el médico saliendo de detrás de Raoul.

— Felicidades, cielo —dijo con voz insegura extendiendo la mano.

Ella lo cogió del brazo, pálida y estremecida.

— Rob... ¡Oh... Rob!

— Sí —dijo él—. Ya lo sé.

Mahree aspiró hondo, tratando de serenarse y dijo al mizarita:

— Estimado, ¿me disculpas? Yo... necesito algún tiempo para asimilar todo esto.

El mizarita se inclinó.

— Me parece muy bien. Mañana hablaremos.

Rob se fue hacia la puerta, con Mahree a su lado. Vio que Dhurrrkk se disponía a seguirlos y luego vacilaba. Miró entonces al simiu moviendo la cabeza.

Fuera, en el corredor, rodeó con el brazo los hombros de Mahree y la llevó a la *Désirée*. Ella andaba como un autómata, con expresión de desconsuelo. Rob la condujo a su despacho y, al entrar, echó a *Sekhmet* de la silla más próxima.

— Siéntate.

Ella le obedeció con un movimiento maquinal y se quedó encogida sobre sí misma, retorciéndose las manos. Rob llevó una taza de café para cada uno.

— Café —anunció—. A los dos nos vendrá bien.

Se sentó en el sillón de la mesa, frente a ella.

A Mahree le temblaba la voz y hablaba sin mirarlo.

— Cuando Shirazz me comunicó que pensaban ofrecerte ese cargo, yo creí que tú serías el que se quedaría. Estaba preparada para verte marchar a Shassiszss. Confiaba en que me dejaran ir contigo, quizá como intérprete.

Rob tomó un sorbo de café. Le quemó la lengua y el paladar; pero apenas lo notó.

— Qué ironía —comentó y, sin poder contenerse, agregó—: Siempre podrás rehusar. —Le costaba trabajo mantener la voz firme, pero lo consiguió—. Cuando te conviene sabes decir que «no».

Ella lo miró en silencio, con los ojos muy abiertos en su cara pálida y ojerosa.

— Perdona, fue un golpe bajo —dijo Rob, tomando otro sorbo de su taza—. ¿Por qué no puede haber café decente en una nave espacial? —agregó como si hablara consigo mismo y notó consternado que le fallaba la voz. Carraspeó.

— Rob... —Mahree se puso las manos en las mejillas y movió la cabeza con desesperación—. Ahora sé lo que es sentirse desgarrado, como en aquellas ejecuciones de los tiempos antiguos, con troncos de caballos.

— Te comprendo —dijo él.

— Si hubiera modo...

— Tú podrías... dejarlo... para más adelante —propuso Rob—. Ir a la Tierra juntos y luego regresar los dos a Shassiszss.

Tragó saliva. «No mendigues —pensó—. Basta».

«Pero ella debe saber a lo que renuncia —decidió—. Si no hablas ahora, te pasarás todo el viaje de regreso a la Tierra maldiciéndote por no haberlo intentado al menos». Respiró profundamente.

— ¿Y la Universidad, Mahree? ¿Y tus estudios?

— ¡Piensa en todo lo que pueden enseñarme los mizaritas, Rob! Su ciencia está más adelantada que la nuestra. ¡Es muy probable que, con lo que me enseñe Shirazz, pudiera doctorarme en Ciencias Físicas!

— Pero está la Tierra en sí —insistió él—. Si vas a representar a la Humanidad, ¿no crees que deberías dar un vistazo a su cuna? —Se inclinó hacia ella—. Hay tantas cosas que podemos hacer en la Tierra, mi vida... París... ¡Mierda, tú no has visto París y es la mitad de tu legado! El Louvre, el Arco del Triunfo... —Se inclinó más y le tomó las manos—. Mahree... las Rocosas son una preciosidad. El Gran Cañón quita el hipo. Lo mismo que la Gran Muralla. Y luego están Tokio, y Moscú, y Nueva York... Cielo, ¿te das cuenta de que nunca hemos *salido* juntos, de que jamás nos hemos divertido...?

Ella miró la puerta del camarote y luego lo miró a él, ladeando la cabeza. Rob suspiró y miró al techo.

— De acuerdo, nos hemos divertido, sí. Pero no hemos tenido la ocasión de estar juntos sin tener que preocuparnos de otra cosa que de querernos, sin sentirnos responsables del destino de mundos.

Ella asintió con lentos movimientos de cabeza.

— Tienes razón.

— Al baile. ¿Has ido al baile alguna vez?

— Yo no sé bailar —confesó ella con un hilo de voz.

— Yo podría enseñarte. Y a esquiar. En las Rocosas. O en los Alpes.

— Soy buena esquiadora —suspiró ella.

— Mejor. Yo también. ¿Patinas sobre hielo?

— Claro.

— Pues yo no. Podrías enseñarme, Mahree. —Le oprimió las manos—. Podríamos ir de excursión, montar a caballo... tumbarnos en la playa. Tú conocerías la Tierra. Y después, dentro de un año o de dos, podrías volver aquí. Y yo vendría contigo.

Ella negaba ya con la cabeza.

— No, Rob... En primer lugar, decir a la Confederación: «Ahora, no; después» sería una grosería. En segundo lugar, ¿qué harías tú aquí conmigo? ¿Seguirme a todas partes como mi médico personal? ¿Permanecer en la oscuridad viéndome actuar bajo los focos? No creo que lo soportaras, como yo tampoco soportaría ser una simple esposa de profesor. Por cierto, ¿qué hay de los planes de Ssorisz para esa escuela?

Rob se había olvidado de la escuela de Starbridge. Soltó las manos de la muchacha y se levantó. Empezó a pasear por el pequeño despacho. Luego, se paró a acariciar a *Sekhmet*, que estaba sentada en el borde de la mesa. Su gutural ronroneo sonó con fuerza en el silencio.

Finalmente, Rob cuadró los hombros y levantó la cabeza.

¡*Mierda!* Tienes razón, nena... Yo no soportaría ir detrás de ti como el típico cónyuge del político. Más tarde o más temprano, me atacaría la envidia, maldita sea, me atacaría.

Mahree se echó a llorar con la cara entre las manos. Rob deseaba consolarla. Pero, en aquel momento, la pena no le dejaba. Se quedó donde estaba, luchando con la opresión del pecho, respirando hondo, tratando de tragarse el nudo de la garganta.

Consiguió dominarse lo suficiente como para acercarse a ella, asir sus trémulos hombros, levantarla y estrecharla entre sus brazos.

— Bueno..., todo se arreglará —susurraba, acariciándole el pelo—. Ya lo verás. Tú tienes la oportunidad más brillante de la Historia de la Humanidad. Serías una idiota si no la aprovecharas. Yo he sido un egoísta; pero es sólo porque te quiero tanto que no podía separarme de ti sin rebelarme. Pero ya me callo, te lo prometo. Esto no es el final. Nos veremos, como sea... Cálmate, nena... Vamos... serénate —Al fin remitieron los sollozos, y dieron paso al hipo.

— Entra ahí y lávate la cara —le indicó Rob, al tiempo que la empujaba con suavidad hacia el aseo—. Te encontrarás mejor.

Cuando volvió, aún tenía los ojos irritados pero parecía serena.

— Vamos, ánimate, que no es un adiós para siempre —dijo Rob—. Yo regresaré con la *Viento del Alba*. Son sólo seis meses.

— ¡Seis meses! —lo miró con desconsuelo—. ¡Yo no puedo estar seis meses sin ti!

— Pues claro que puedes —dijo él, incapaz de dominar el acento de angustia de su voz—. Y los vas a estar. Tendrás cosas que hacer, cariño. Y se hallarán contigo Dhurrrkk y Shirazz. —Bajó la mirada y se encogió de hombros—. Estarás mejor tú sin mí que yo sin ti.

Mahree lo miraba entristecida.

— No sé qué hacer.

Rob la miró a los ojos.

— Sí que lo sabes. No te amargues ni me amargues a mí. Bastante duro va a ser. Tú te quedarás, Mahree, eso lo sabes muy bien. —Hizo una pequeña pausa y agregó en voz baja—: ¿No lo sabes?

Ella suspiró de forma entrecortada.

— Tienes razón. Me quedaré.

XXI. DESEOS, ASTROS Y PROMESAS

Él se ha ido.

Todos se han ido.

Yo soy la única criatura humana que queda en una extensión de segundos paralácticos.

La *Viento del Alba* salió ayer, dos días después que la *Désirée*. Las naves mizaríes son más rápidas, por lo que no tendrá dificultades de darle alcance.

Todavía no puedo creerlo. Hoy he pensado cien veces: *Tengo que decir a Rob...* Y otros tantos he tenido que recordar que él ya no está, ni estará en mucho tiempo. Es posible que se quedara corto al calcular seis meses. Quién sabe el tiempo que necesitarán los poderes de la Tierra para reaccionar cuando se presenten la *Désirée* y la *Viento del Alba*.

Mis padres no sabrán lo sucedido hasta dentro de dieciocho meses, por lo menos.

Me han dado un bonito apartamento en la Estación Tres, aunque ahora ya estoy autorizada a bajar a la superficie de Hurrreah.

Dhurrrkk quiere que pase una temporada en casa de su madre cuando regresemos. Me parece que eso me gustará.

Anoche, cuando Rob se fue, me hundí por completo. Me sentía tan sola. Mi pequeño apartamento estaba tan silencioso...

Al fin me quedé quieta en la cama, con un dolor muy grande y deseando morir. Pero sin hacerme ilusiones de conseguirlo. Entonces Dhurrrkk llamó a la puerta y entró. No nos dijimos mucho. Él se limitó a cogerme las manos entre las suyas, grandes y fuertes, con esas palmas que parecen de cuero, y me acarició el pelo con la misma delicadeza que tocaba a *Sekhmet*. Poco a poco, fui sintiéndome mejor. Acabamos abrazados, como en la *Rocinante*. Hasta que al fin me dormí.

Shirazz también es una gran ayuda. Ella es mi médico personal. Curioso ¿no? Rob pasó una semana entrenándola y le dio copia de todos sus textos médicos, además de una serie de medicamentos que pueden resolver cualquier problema de salud que yo pueda tener. También me explicó a mí lo que tengo que tomar si enfermo.

El tío Raoul me dejó bien aprovisionada. Una máquina procesadora de alimentos, libros de texto, vídeos... todo cuanto pueda necesitar. Shirazz y yo haremos un programa de estudios y la primera nave que venga de la Tierra me traerá un curso a distancia completo. Quizá tarde más, con todas mis nuevas responsabilidades, pero estoy decidida a conseguir un título universitario. Y espero que, un día, podré ver la Tierra.

Rob me dejó un montón de sus películas viejas. Encima de todo había puesto una copia de su adorada *Casablanca* con un papel que decía:

Hasta que también nosotros podamos tener nuestro París...

Te quiero, Rob

Y, al pie, un dibujo, una estupenda caricatura de Rob y Ssorizsz vestidos con aquellas viejas gabardinas de hace treinta años, caminando y deslizándose respectivamente por un aeropuerto sumido en la niebla. Y Rob dice: «¿Sabe, Ssorizsz, creo que esto puede ser el comienzo de una buena amistad?».

Yo no sabía que Rob dibujara tan bien.

Ésta es mi última anotación en el Diario. Lo dejaré aquí cuando salgamos en la *Flor del Crepúsculo* pasado mañana. Como me he acostumbrado a escribir, seguramente empezaré otro. Pero en el nuevo escribiré acerca del presente y de mis planes para el futuro, y trataré de no pensar en el pasado.

«Ten cuidado con lo que deseas, porque podrías conseguirlo», dice el viejo refrán.

Antes de acostarme, subiré al observatorio, a contemplar las estrellas. Siempre me consuelan. Pienso en los planetas y en toda la gente que tal vez esté orbitando alrededor de ellas, y sonrío.

Durante un rato, miré a las estrellas, que aquí brillan con luz fija porque aquí no hay atmósfera que las haga parpadear. Hermosas estrellas, de tantos colores... azules... blancas... amarillas... rojas y naranjas.

Las miré... Pero me parece que, durante mucho tiempo, me guardaré de pedirles nada.

EPÍLOGO DE LA AUTORA

Un día, cuando yo estaba todavía en tercero, fui a mi biblioteca pública y escribí algo terrible: *había leído todos los libros del Oeste*.

¡Qué espanto! Ante mí se abría una vida de desolador aburrimiento.

Repasé las estanterías acongojada, buscando a la desesperada algo nuevo que leer. Mis dedos se detuvieron en un libro que tenía un cohete en el lomo. Lo saqué, empecé a ojearlo y, al cabo de un par de minutos, en lugar de volver a colgarlo en la estantería, lo puse a mi lado, encima de la mesa. Creo que se titulaba *Rocket to Luna* y su autor era Richard Marsden. Un momento después, otro libro iba hacerle compañía... *Star Ranger*, de Andre Norton.

No sé cuál leí primero; pero, cuando terminé los dos, ya estaba *enganchada*. La ciencia ficción se había convertido en mi pasión. Leí todos los libros que tenían el cohete en el lomo, y todos los libros de Andre Norton... y, con los años, los de Robert Heinlein, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon, Samuel R. Delaney, Harlam Ellison, Roger Zelazny, Anna McCaffrey, Ursula K. LeGuin... y sigue la lista.

En los primeros tiempos de aficionada a la ciencia ficción, aunque seguía devorando ávidamente las novelas del espacio, empecé a darme cuenta de que allí faltaba algo. Pero hasta los catorce años, cuando leí *Ordeal in Otherwhere*, de Andre Norton, no caí en lo que era. Faltaban féminas, chicas, *mujeres*.

¡Yo quería leer aventuras espaciales con protagonistas femeninas!

No simplemente muchachas a las que algunas veces había que rescatar, sino mujeres que corrieran aventuras, las mismas que vivían los hombres. ¿Por qué no podía haber pilotos especiales femeninos, o comerciantes, o exploradoras? ¡No era justo que sólo se divirtieran los hombres!

Desde luego ahora tenemos a Cirocco Jones, a Ellen Ripley, a Kate Harlin (de *No Safe Place* de Anne Moroz) y docenas de grandes protagonistas femeninas. Las heroínas abundan en la ciencia ficción. Pero entonces, antes de que Anne creara Charis Nordholm, la heroína de *Ordeal*, las mujeres brillaban por su ausencia.

Hasta en *Star Trek* (Viaje a las estrellas), serie que yo seguí desde el principio, la mayoría de las mujeres hacían poco más que suspirar por James T. Kirk. Observen que digo «la mayoría». Había excepciones, tales como la «Número Uno». Gene Roddenberry dice que los jefazos de la cadena de televisión palidecieron ante la idea de que el segundo de a bordo fuera mujer. «Mátala —le aconsejaban—. Y, de paso mata también al de las orejas». En fin, eran los mismos que suprimieron la serie al terminar la tercera temporada, porque no era lo suficientemente popular. Lo que demuestra su sentido de la realidad.

Pasaron los años, yo me hice escritora y me gustaba que mis protagonista femeninas exploraran, mandaran, pelearan, espíaran... y hasta rescataran a los chicos alguna que otra vez.

En 1985 mi agente me dijo que le parecía que había llegado el momento de lanzar una serie de libros de aventuras del espacio. Y me propuso crearla. Así nació *Starbridge*. Yo sabía lo que me

gustaba leer y sabía también, por la popularidad alcanzada por mis libros de la serie *Star Trek*, que esta clase de relatos gusta a mucha gente. Me puse a inventar un universo en el que pudiera tener lugar esta clase de aventuras: libros sobre viajes espaciales, con extraterrestres interesantes, poniendo el acento más en las relaciones entre personajes que en los robots.

Libros como las viejas aventuras espaciales que tanto me gustaban cuando era niña..., pero con una diferencia. Lo habéis adivinado: los protagonistas serían, indistintamente, hombres o mujeres.

Observaréis que todo esto que tenéis en las manos lleva la indicación «Libro Primero». Hay ya contratados otros cuatro libros de la serie *Starbridge*, con la posibilidad de que el número aumente en el futuro. En el próximo tomo, *Shadow World* (Mundo de sombras) colabora conmigo un nuevo valor, Jannean Elliott. *Shadow World* se sitúa unos quince años después de los hechos narrados en este libro.

Aunque los cinco títulos forman una serie, son narraciones independientes y pueden leerse en cualquier orden. (Prometo no dejar en ninguno a la heroína colgando de una roca sobre el precipicio para obligar al público a esperar, con el alma en un hilo, la aparición del libro siguiente.) ACE dice que serán editados con intervalos de unos seis meses.

Espero que disfrutéis con *Starbridge*...

Ann Crispin Abril, 1989

DATOS DE LA PUBLICACION

PUENTE
A LAS
ESTRELLAS
A.C.CRISPIN

PLAZAS JANES EDITORES, S. A.

Título original: STARBRIDGE

Traducción de ANAM.' LAFUENTE

Portada de GS-GRAFICS, S. A.

Foto de la portada: THE IMAGE BANK

Primera edición: Setiembre, 1990

© 1989 by A. C. Crispin

Copyright de la traducción española: © 1990. PLAZA & JANES EDITORES, S. A.
Virgen de Guadalupe, 21-33.

Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de STARBRIDGE
(ISBN: 0-441-78329-5 ACE BOOKS, NEW YORK. Ed. original.)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN 84-01-32342-8

Depósito Legal: B 35.094-1990

Impreso en HUROPE. S. A. — Recaredo. 2 — Barcelona